

---

# Mañana, el porvenir

---

Por

Juan Manuel Malda Barrera

Ciudad de México  
CopIt ArXives  
2008

# CopIt ArXives

Ciudad de México Madrid  
Boston Cuernavaca Viçosa  
Publicado 2008 por CopIt ArXives

Todos los derechos de esta obra pertenecen al autor. El lector puede copiar, imprimir y distribuir este trabajo libremente, con la única condición que (i) el nombre del autor y el título original del trabajo sea citado en todo momento, (ii) que el texto no sea modificado o mezclado y (iii) el uso final de este contenido no debe ser comercial.

Imagen de portada: Aslam Narváez Parra, biólogo egresado de la Universidad Autónoma de Querétaro. "Sin título" (2004)

Producido electrónicamente con un espíritu de Contenido Abierto

## *Agradecimientos*

Aslam Narváez Parra, artista, colega y amigo, es el causante directo de este intento. Su sensibilidad me permitió vislumbrar los textos que aquí traté de transcribir. Si alguna línea escrita por mí llegara a ser elocuente, se debe tan sólo a la nitidez de sus pinturas. El acto mismo de escribir, sin embargo, jamás lo habría llevado a cabo sin la paciencia y amor de Sulima, mi esposa. Pedro Martínez Figueroa, mi amigo *Petrus*, latinista y verdadero literato, me permitió descubrir el título de las tres partes de esta novela. Sin su ayuda jamás habría sabido lo que, en su lenguaje arcaico, decía la diosa Escritura. El título general de la novela fue propuesto por mi *gurú* en el arte de escribir, mi viejo amigo Juan Andrés Ordóñez.

La sugerencia que me hizo Pedro Miramontes de someter al consejo editorial de CopIt Arxives este texto, es la causa directa de que esta obra haya salido a la luz. La generosidad de Octavio Miramontes y CopIt Arxives, me hacen sentir orgulloso de participar en un proyecto tan desinteresado como creativo.

*Para Diego*

*«Dum mortem vitare studet, vitamque tueri,  
se toto vitæ tempore torquet homo.  
Bruta bonis fruitur præséntis béstia vitæ;  
dum vivit, vivit; cum móritur, móritur.»*

*John Owen (1564-1622)*

Mientras en evitar la muerte y salvar la vida se afana,  
todo el tiempo de su vida se tortura el hombre.  
La bruta bestia sólo de riqueza y prestancia disfruta.  
¡Mientras vives, vives; cuando mueres, mueres!

*John Owen*, Versión al español de Pedro Martínez Figueroa

---

# εαμερου



La voluntad del viento estaba quieta. Él caminaba despreocupado, alguien podría agregar “sin rumbo”, pero no había “alguien” y la palabra “rumbo” no significaba gran cosa en esos días. Ante sus ojos estaban el sol y las piedras, los dedos largos de los cactus y el color inquieto, volátil, de las aves. Una paz muy mansa le acompañaba en las entrañas, la sonrisa se le había esculpido como un gesto constante en el rostro y la soledad había pasado a ser una amiga fiel. Casi no había ruidos: el silencio se interrumpía apenas por el crujir de los guijarros del camino y por el golpeteo de las ramas secas, agitadas muy de vez en cuando, por ese viento perezoso. La tarde habría transcurrido con el mismo fluir de otros días de no ser por la inesperada aparición de aquel objeto. Allá abajo, en el fondo de la cañada, como el trofeo mineral de otros tiempos, yacía un cascarón herrumbroso y maltrecho. La incipiente sed había dirigido al caminante hasta el lecho del río, pero ahora, ante la súbita visión de aquella cosa, en lugar del deseo de satisfacer al cuerpo, desde los laberintos de su memoria se despertó el recuerdo inútil de una época ya ida, inexistente. Una urgencia, parecida a la necesidad, lo obligaba a mirar de cerca. Bajó por la ladera pedregosa, levantando una nube de polvo blanquecino que lo siguió, como una estela, hasta la mismísima orilla del arroyo. Porque aquel pequeño río no era sino un hilo de agua cristalina que reptaba, como una culebra, por el páramo desierto. La memoria, sacada de su persistente sopor, aprovechó para coincidir con los apetitos corporales y pudo refrescarse con el agua recién bebida. El sabor delicioso de aquel líquido condimentado por las sales de la tierra, contrastaba con la sensación del agua de antaño, insípida o ligeramente picante, con ese leve olor

clorino, entonces símbolo de limpieza y salud. El caminante levantó la vista: la cosa estaba a unos pasos de él. Observó la silueta opaca y sintió el deseo de tocar su superficie áspera. Las manos percibieron un tacto terroso, cortante, que le dejaba una pátina oscura, casi indeleble, sobre la piel. Se retiró un poco para observar su forma. Era como un gran caparazón metálico. Al frente, una larga trompa. Los costados, un día suavemente curvos, alguna vez intentaron ser sensuales, aunque hoy estuviesen deformados por el óxido y el tiempo. En el interior persistían los despojos de algún asiento, refugio ideal de arácnidos y helechos. En sus cuatro esquinas, el arco que alojara las llantas era madriguera de una familia de tejones, y atrás, en la cajuela, un joven mesquite crecía a salvo de intrusos que quisieran dar un mordisco a sus retoños delicados.

“Debo estar cerca de la ciudad”, pensó, y un escalofrío extraño le surcó la espalda. Caminó por el lecho del río y como a unos veinte metros se detuvo. Contempló por última vez al esqueleto de aquel automóvil y se dio cuenta de que por fin, sus minerales retornaban al origen. Pudo percatarse de que su aspecto, antes arrogante y ridículo, ahora recuperaba un poco la dignidad de las rocas. Al fin, comprendió que la Tierra, generosa, lo incorporaba a su seno, le permitía ser parte de ella, le dejaba convertirse en el refugio temporal de plantas y animales. Reanudó la marcha, inseguro de seguir por la cañada o de subir al otro lado, hasta lo alto, donde seguramente encontraría las huellas de la carretera que explicaba al fósil urbano con el que se acababa de topar. Optó por lo último. Subió por la ladera y al fin llegó hasta el asfalto. El camino estaba casi cubierto por las plantas del desierto. Entre las grietas de la deteriorada autopista, biznagas y agaves recuperaban de nuevo el terreno que, alguna vez, el hombre había intentado robarles. Pese a todo, la carretera era perfectamente visible: una sinuosa línea oscura que se perdía en el horizonte. El caminante sabía que

siguiéndola llegaría a la ciudad. De nuevo se detuvo. Vio el cielo, tan azul como antes. Miró al desierto, extendido por todas direcciones, como el abrazo cálido de un viejo amigo. ¿Regresaría a la ciudad? Estaba tan acostumbrado a la compañía de los órganos y los mesquites que lo dudó con fuerza. Pero algo le impulsó a seguir. Tal vez fueran, precisamente, sus amigos espinudos, tal vez, sus recuerdos recién despertados, el caso es que siguió adelante, por el asfalto, que como aquel cascarón de metal, también estaba recuperando la dignidad de su origen.

Caminó casi una semana por aquel agrietado río. Subió cuestras, traspasó las temibles dunas y su infernal calor aprovechando la gélida protección de la noche, cruzó con cierta dificultad entre los matorrales que invadían la carretera, y a lo lejos, por fin, pudo ver el monumento que, orgulloso, daba la bienvenida a la enorme extensión de la metrópoli. Pese al tiempo seguía allí, intacto, como si nada hubiera sucedido. Desde lejos, la ciudad permanecía con la apariencia inalterable del pasado. Allá se veían las cúpulas de los templos, por el otro lado, el viejo acueducto. Si se exceptuaba la autopista abandonada y el persistente ingreso de la vegetación al concreto, todo parecía como cuando él se había marchado. Sólo un detalle hacía singular aquella visión: el silencio. Ningún murmullo alteraba al silencio; un silencio natural, con los destellos sonoros del viento, con el lejano canto de un ave. El rugir grave, poderoso y constante, del monstruo urbano, había muerto. El caminante dudó, ¿sería bueno ceder a la nostalgia visitando las calles desnudas? ¿sería mejor regresar a la sobriedad dura del desierto?

Acostumbrado como estaba a que sus pensamientos permanecieran en calma, la marea imparable de la memoria lo tomó por sorpresa, causando tal turbulencia en su mente que perdió la atención. En los muchos años de andar por el desierto se acostumbró a vivir con la perfección impecable de los animales. Sus sentidos estaban en

un estado continuo de alerta: la vida exigía concentración para buscar alimento, para encontrar agua, para protegerse del sol, del terrible frío invernal o de algún eventual peligro. No había tiempo para reflexiones continuas durante el día, éstas surgían de vez en cuando, ya en la noche, bajo la protección del fuego, en la seguridad de una cueva o de otro refugio. Pero ahora, en un instante, su condición urbana le arrebatava el duro aprendizaje de casi dos décadas. El pasado, con toda la fuerza de viejas costumbres, le había hundido en su antigua y casi olvidada afición: pensar todo el tiempo. Tan absorto estaba en sus introspecciones, que no reparó en el clarísimo ruido de unos pasos que se acercaban. Sólo volteó cuando un grupo de tres hombres armados con palos y machetes ya lo habían flanqueado sin remedio.

—Hola, buenas tardes... bonita vista ¿verdad? —dijo un hombre de mediana edad, el que estaba más cerca, a menos de un metro de su brazo izquierdo- ¿No estará pensando en ir allá verdad? Ya es muy tarde y la ciudad no es nada segura. ¿Qué dicen ustedes?

Los otros dos hombres respondieron a coro “sí, sí, claro, muy peligroso”, poniendo un rostro serio, para luego, sin transición, reír a carcajadas. El caminante guardó silencio. Seguía pensando. Esta vez en la torpeza de haberse distraído, en la amenazante actitud de aquellos hombres, pero sobre todo, en el extraño y vulgar sonido de la voz humana. Dentro de su mente, los pensamientos por cierto que surgían con palabras, pero con una “voz” abstracta, sin tono, silenciosa. En cambio allá afuera, en el mundo, el hablar de los hombres mostraba ese carácter grosero que casi había olvidado: un repicar de tonalidades que siseaba con modulaciones abruptas, aperiódicas, que difícilmente podría despertar un sentimiento distinto de la aprehensión.

—Oye Nico, ¿ves? Es idiota, sí, sí —dijo uno de los muchachos del coro, y su voz era desagradable, balbuceante- mira, mira qué cara que pone, ¡se le cae baba!, sí, sí, ¡se le cae baba a él, no a mí, a él se le cae baba!

Todos se carcajearon. Esta vez los miró con más detenimiento. El hombre que había hablado primero era el mayor, parecía ser el líder. Ahora sabía que se llamaba Nico. Los otros dos eran muy jóvenes, se veían, a lo mucho, de 18 años. Su apariencia general era miserable, vestían harapos, traían una greña apelmazada y ceniza, tan opaca como la piel, que por cierto parecía adherirse directamente al hueso. No obstante su escualidez, el caminante sabía que estaba en peligro. El muchacho que lo había tildado de idiota parecía el más violento. Agitaba el palo que traía en la mano izquierda, golpeando de vez en cuando el suelo, riéndose con una boca enorme que mostraba las encías hinchadas y rojas, casi sin dientes, lo que aunado a lo huidizo de su frente y lo gris de su mirada, le daba toda la facha de un retrasado mental.

—No Loco, a mí me parece que está mudo, o sordo.

Se le acercó sonriente y le gritó: “¿Me oyes? El Loco dice que eres un idiota”. El caminante lo miró y comenzó a incorporarse. El movimiento fue rápido, casi brusco, y debe haber inquietado a aquellos hombres. No pasó ni un segundo cuando sintió un golpe fortísimo en su costado izquierdo. Cayó. Luego siguieron más y más golpes. Él se hizo un ovillo, protegiéndose el vientre y recibiendo toda la furia del castigo en las extremidades y en las manos.

—Ya, ya estuvo suave —dijo Nico, intentando calmar a sus compinches, que no parecían tener intenciones de detener la paliza- este no nos puede hacer nada. ¡Loco, Chino, ya esténse quietos! Será muy grandote y todo, pero no tiene con qué defenderse, además está viejo. ¡Ya párenle!

De inmediato cesaron los golpes. El dolor y la memoria se confabularon: “además está viejo” recordó. Así era. La juventud estaba lejos, sus músculos y huesos resistían menos, pero aún así, hasta ese día, la edad se le había olvidado. Estuvo a punto de hundirse en pensamientos oscuros, depresivos, pero la algarabía de sus agresores fijó su atención. El que tenía cara de idiota dijo “no hace ruido, está mudo” Todos se carcajearon, como si ese alboroto espasmódico, estruendoso, fuera la coda indispensable para acompañar cualquier diálogo.

—Pues ahora sabemos como te vamos a llamar. Vas a ser el Mudo. ¿Me oyes?  
Te vamos a decir el Mudo.

El caminante, aún adolorido, vio la cara del Nico. Decidió mirarlo con un rostro inexpresivo, sin sentir ningún odio. Sólo una terrible tristeza parecía inevitable. En su largo andar, la memoria había expulsado de su seno a los hombres, tanto, que a él mismo se le había olvidado que era un hombre. Nunca antes cayó en la tentación de acercarse a las ciudades, pero esta vez su nostalgia había podido más. El pasado lleno de vacíos y sinsentidos seguía habitando las urbes, aún en sus márgenes. Aquellos pobres seres eran la prueba de que el pasado seguía vivo, agónico tal vez, pero vivo al fin.

Amenazándolo con machetes, los tres hombres le ordenaron levantarse. Lo llevaron por una vereda hacia una hondonada. Caminaron unos quince minutos entre

matorrales y al fin llegaron a una charca de agua turbia al lado de la cual se erguían unas toscas chozas de palos, láminas y ramas, remedo patético de un hogar para aquellos miserables. Una mujer casi vieja salió de una de las casuchas. Vestía una túnica grisácea que le cubría de la cabeza a los pies. Era como si estuviera envuelta en una roída sábana.

—Lola, mira lo que nos encontramos. Este es el Mudo. Está grandote, flaco y casi viejito, como te gustan.

De nuevo todos cacarearon aquellas risas espasmódicas, ruidosas. La mujer se acercó en silencio, sin acompañar a los otros en su escandalosa bulla. La supuesta anciana, en cercanía, le pareció joven. Había sido su caminar, cansado, triste, el que lo había llevado a confundirla con alguien mayor. Tenía un rostro moreno, delgado, anguloso. Las facciones eran delicadas, muy contrastantes con la vulgaridad de aquella reducida horda de bárbaros. Los ojos negros, enormes, brillaban. Vaya y si diferían de las miradas apagadas y opacas de los desdichados que lo habían conducido hasta allí. Se descubrió la cabeza, dejando ver una cabellera oscura, surcada de vez en cuando por mechones grisáceos. Ciertamente era una mujer madura, pero de ningún modo estaba vieja. Tendría más de treinta años, casi cuarenta. Aún así, pese a que también mostraba la facies implacable de la desnutrición, al caminante le pareció bella, incluso hermosa, muy hermosa. Ella lo miró, como evaluando su estado, como analizando si era un objeto digno de ser adquirido.

—Es cierto, es alto y delgado – su voz suave tenía un acento más bien educado, claro, dulce-. Pero Nico, por favor, ¿cómo dices que está flaco? ¿Es que no te has visto?

El triste séquito carcajeó como de costumbre, pero de inmediato fue atajado por la voz pausada, aunque enérgica, de aquella mujer.

—¿Pero es que no se han mirado ustedes? ¿No se dan cuenta de que nosotros sí que estamos flacos?

Las carcajadas estallaron como nunca. Parecían el clamor de un grupo de aves salvajes, espantadas por el propio estruendo de su escándalo, azuzadas en un proceso sin fin, hacia nuevos espasmos cacareantes, enfermizos. La mujer los estuvo mirando en silencio, con una expresión que al caminante le pareció de lástima. Por fin habló.

—Ya, ya chiquitos, cálmense. Este hombre puede ayudarnos mucho, se ve que ha comido bien. Sí, es viejo, pero está sano, fuerte, él posee algo que, hace mucho, nosotros no tenemos. Vamos a ver... yo no creo que esté mudo. Oye, dime —se dirigió al caminante— ¿cómo te llamas?

—Mudo —dijo sin pensarlo dos veces.

Antes de que surgiera el repetido escándalo de hilaridad, la mujer habló con fuerza, mirando primero a los pobres miserables y luego al caminante.

—¡Silencio!, este mudo, como yo, ama el silencio. Mudo, dime, ¿dónde guardas tu comida? ¿es en algún lugar cercano? Yo creo que no vas a tener ningún inconveniente en compartirla con nosotros, ¿verdad?

—No.

—¡Bien, bien!, entonces, ¿en donde guardas tu comida?

—En ninguna parte.

El Loco se adelantó, enarbolando su machete con toda la intención de herir al caminante. La mujer lo detuvo gritando.

—¡Niño, no seas tonto! Baja eso. Ya, ya, cálmelo. A ver Mudo, tal vez te pregunté mal: ¿dónde consigues tu comida?

—En el desierto.

—Así que eres uno de esos ermitaños ¿no? Como dicen ellos, ya eres mayor; mucho has de saber. Bueno, pues mañana mismo nos vas a enseñar cómo conseguir la comida, ¿verdad? Ya verás que te caeremos muy bien –guardó silencio, pensativa, se llevó una mano al mentón, frunció ligeramente la boca y entrecerró los ojos, de una manera que al caminante le pareció encantadora- Acompáñame – dijo al fin con sequedad.

Todos se mostraron incómodos, el caminante y los desarrapados. Estos últimos murmuraron gemidos de desaprobación, pero la mirada severa de la mujer los hizo callar.

—Mudo, quiero enseñarte algo, estoy segura que te va a interesar. Todos vengan conmigo, sin replicar, que no estoy de humor para oír quejas. ¡Ah! —volteó hacia el mudo cambiando su enojo por una sonrisa- Y ¿sabes? Serás algo mayor, pero no te ves tan viejo.

Ella lo tomó de la mano y echó a andar hacia una pequeña loma, como a cien metros de donde estaban. El gesto molestó a la triste comitiva; el Nico y los otros les escoltaron con recelo. Al llegar a la parte alta, una roca plana parecía coronar al montículo con una meseta. Mirando con atención podía notarse que aquella superficie pareja y dura no era natural. Algunas varillas oxidadas se insinuaban entre el concreto, evidenciando el esqueleto reticular de una losa, que a fuerza de líquenes y tiempo, había adquirido esa apariencia casi pétreo. La meseta era rectangular, como de unos doscientos metros cuadrados. En el centro se erguía una enramada, con un tosco techo de varas y burdas paredes del mismo material, sólo que trabajadas con lodo, como un estucado arcaico, primitivo. La mujer se dirigió a la única entrada, deteniéndose en el umbral. Volteó hacia su séquito y habló con gran suavidad, casi con dulzura.

—Chiquitos, sólo van a entrar conmigo el Mudo y Nico; esto es cosa de viejos. Ustedes quédense afuera. Loquito, Chinito, cuiden, cuídenlo todo, desde aquí se ve muy bien hacia abajo, anden vayan, vayan ya.

Los muchachos, a regañadientes, se fueron. Hacía años que las hordas de la ciudad habían desaparecido; no había de qué cuidarse. Sin embargo obedecieron. El Mudo acompañó a su captor y a la mujer al interior del recinto. El lugar era muy oscuro,

pero al cabo de un rato, la penumbra fue menos insondable para los ojos. La habitación estaba casi vacía, sólo se podían apreciar las siluetas de dos objetos imprecisos hacia el centro.

—Mudo, supongo que has de saber leer —dijo la mujer. Es más, me parece que has de haber sido uno de esos hombres sabios, ¿un ingeniero? ¿un escritor? ¿un científico? A ver Nico, rápido, súbete a la bici que necesito verle la cara a este mudo.

Al caminante le pareció muy extraño lo que decía la mujer. Vio cómo la silueta del Nico se alejaba de él para aproximarse a uno de los bultos que estaban en el centro del cuarto. Luego escuchó un zumbido grave que, poco a poco, subía de tono. Simultáneamente una débil lucecita comenzó a brillar en el techo. El resplandor parpadeaba en armonía con el zumbido: el tono grave acompañaba a un centelleo rojizo y muy tenue; el tono agudo era sinónimo de una luz más amarillenta, casi blanca y fuerte. Con la nueva iluminación distinguió algunos detalles. Para empezar, la curiosa bicicleta fija en la que el Nico pedaleaba con afán. En la única rueda habían adaptado una dínamo de la que partían sendos cables, primero hacia el techo, donde se conectaban al foco parpadeante y luego hacia el otro objeto que, ahora, estaba frente a la mujer. No pudo creerlo. Era un aparato de radio. Lola fijó su vista en el caminante, sonriendo. Se detuvo un rato, le exploró el rostro y casi de inmediato se volvió hacia la radio. Tocó un botón y una suave luz azul iluminó el dial. Se escuchó un ruido siseante. La mujer siguió manipulando la máquina y el silbido variaba ligeramente de tonalidad, aunque permaneciendo en un volumen similar, con muy pocos matices. Un “sssssss” en donde ocasionales chisporroteos parecían despertar breves chillidos en las bocinas. Fuera de eso, nada más se escuchaba.

— Es lo mismo siempre —dijo ella— desde hace años, cuando sacamos este radio de la ciudad. Me gustó porque además de captar transmisiones digitales y de satélite, tiene las viejas bandas convencionales de onda corta, AM y FM. Ya sabes, uno de esos equipos “retro” tan de moda poquito antes de que todo se terminara. Para echarlo a funcionar el Nico fue muy ingenioso: no le costó trabajo hallar la bicicleta y la dínamo. Lo difícil ha sido percibir algo que no sea ruido, o nada, sólo silencio. Todos se fueron, quién sabe a dónde. No sé mucho, pero algo te puedo decir con certeza: ya nadie transmite señales. Bueno, recuerdo que hace tiempo oí algo. Una voz desesperada ¿te acuerdas Nico? Decía en inglés “Is there anybody out there?” ¿Cómo contestarle? Yo sólo podía escuchar. Una y otra vez repetía lo mismo “Is there anybody out there?”. Lo único que hacíamos entonces, Nico y yo, era cantar una vieja y melancólica canción de Pink Floyd. ¿Los recuerdas? Estoy segura que sí, eres mayor que yo. Pero bueno, eso no importa pues ahora ya no hay nadie, o unos pocos que nada saben. ¿Tú qué sabes Mudo? ¿has visto a alguien en el desierto? ¿has ido a otras ciudades? ¿de veras todo se acabó?

El Mudo guardó silencio, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Luego vio cómo la mujer le tomaba nuevamente de la mano. Sintió aquella piel, algo endurecida pero delicada. Se dejó llevar. El zumbido bajó de tono, la luz parpadeó. La mujer volteó a ver con rudeza al Nico y éste pedaleó de inmediato con vigor. A un lado de la bicicleta, en el suelo, había una placa cuadrada de metal, como de un metro de cada lado. La mujer se agachó hasta ella y la levantó. Dejó la precaria puerta abierta y descolgó el foco pulsante, llevándolo hasta la entrada, donde una escalera se perdía hundiéndose en la oscuridad.

— A ver Mudo, detenme la luz mientras bajo.

Él hizo lo que le habían pedido, entre tanto observaba lo poco que le era posible, escrutando las tinieblas con curiosidad.

— Mudo, a un lado del pasamanos hay un gancho, cuelga de allí el foco y ven acá abajo conmigo. ¡Nico! —dijo gritando, conforme su voz se opacaba al bajar - no vayas a dejar de pedalear, necesito buena luz.

Era sorprendente. Todo aquel montículo escondía en su interior una enorme bodega, atestada de libros, de papeles, de cajas con videos, con discos, tablillas de memoria, computadoras, muebles, en fin, un abigarrado museo de una época ya ida que la mujer veía con una enorme sonrisa.

—Es mi tesoro, ¿te gusta? Anda, mira lo que quieras —al tiempo que decía eso, extrajo algo de una pila de papeles- toma esta revista, es encantadora.

El caminante sintió el tacto del papel. Fue hacia la luz sin dejar de disfrutar las casi olvidadas impresiones que estimulaban su piel. La sensación suave en sus manos ásperas le apretó la garganta, pero la imagen vulgar de cierto anuncio en la contraportada casi le produjo un espasmo de llanto. Sintió la fuerza de la nostalgia, como una tempestad agitando la piel de un lago, como una terrible turbulencia rompiendo la superficie tranquila del presente. Era la publicidad de un autoplano BMW, el más moderno justo antes de la Catástrofe, diseñado especialmente para México, el

primero que hubiera llegado a venderse en toda América, pues en Estados Unidos estaban prohibidos. Las formas aerodinámicas, agresivas, de aquella máquina voladora, hacían juego con el porte de un joven muy moreno, impecablemente vestido, con el rostro afeitado y la cabeza rapada, que luciendo una gran sonrisa presumía su máquina a una mujer escuálida, casi albina, de pelo cortísimo y senos pequeños, con las piernas largas cubiertas por unas mallas negras, como de seda. El slogan, despreocupado y simplón, le pareció de una ingenuidad sobrecogedora: “Próximamente, también en México la podrás llevar al cielo”

— Todo lo hemos ido acumulando por años –dijo la mujer sin reparar en la tristeza que ya le nublabla la vista al Mudo-. Este lugar fue un viejo depósito de agua. Lo hallamos casi en ruinas, era totalmente inútil para lo que fue diseñado. Ya sabes, el agua de por sí era escasa en estas ciudades y una vez que se acabó todo, las tuberías se convirtieron en caños secos donde apenas si vivían las hormigas del desierto... jamás pensamos en almacenar agua aquí, pero el mismo día que lo vi se me ocurrió qué hacer con tanto espacio. Lo primero fue construir un refugio. A pesar de que ya nadie vivía en kilómetros, no podíamos confiarnos. Entre todos fuimos cubriendo sus muros agrietados. Tuvimos que usar muchísima tierra, pues no hallamos otro modo de arreglar una estructura tan peligrosa, tan inútil. La colina que acabamos de subir se convirtió en un cerrito artificial para sostener estas paredes. Pero algo debía hacerse para que tanto esfuerzo no se fuera a perder con alguna de esas tormentas que muy de vez en vez caen por acá. Se me ocurrió que para retener los escombros plantáramos pasto encima, esa hierba dura y grisácea que crece tan bien hasta en los arenales. Al fin, con el hoyo que quedó por haber sacado tanto material, hicimos un reservorio de agua: el charco que viste hace un momento. Esa es la historia de cómo convertí esto en un refugio, que entre

otras cosas, impide olvidar. Algunos de los cachivaches que ves son símbolos inservibles: las computadoras o las revistas, como esa que tienes ahora. Pero otros son muy útiles: los libros por ejemplo. También el papel y las plumas. Si eras escritor aquí tendrás material para volver a hacer lo que hacías antes. Si eras científico, aquí tendrás cosas para reconstruir las máquinas que supiste manejar. Si eras abogado, aquí te podrás hundir en la nostalgia, porque las ciudades se extinguieron y tu poder es inservible.

—Fui director de un centro de investigación —dijo el Mudo.

—¡Ah! Fuiste burócrata. Pues bienvenido a la nostalgia.

\*\*

Después de ese día el Caminante dejó de caminar. El Mudo se adaptó a aquella vida sedentaria. Primero aprendió a sobrellevar la barbarie de los miserables, luego tuvo por el Loco un cariño grande: era un muchacho bueno, así, nada más. Se volvió muy su amigo, disfrutó animándolo, regañando al Chino cuando se burlaba de su modo de hablar. Al Chino también lo quiso; admiraba su habilidad en el uso de la honda. Al Nico lo soportó. Y a la mujer... por ella llegó a sentir algo muy parecido al amor. Les enseñó a vivir del desierto y ellos le enseñaron a cultivar la tierra estéril, que pese a todo, a veces llegaba a fructificar. Por mucho tiempo evitó regresar al oscuro museo de la nostalgia. Pasó un año, llegaron las lluvias y en invierno cayó un poco de nieve. La primavera fue seca y al fin, cierta tarde muy calurosa de verano, con el pretexto de sentir algo de frescura, aceptó aventurarse con Lola en el viejo depósito. Esa fue la

primera de muchas incursiones; a veces iba solo, a veces con ella, aprovechando la débil luz de una lámpara solar que había logrado reparar en una de sus nostálgicas visitas a la Ciudad. Tal vez por sus habilidades, tal vez por su silencio, la mujer le tomó cariño, y así, como intentando retenerlo, llena de expectativas, le mostró la enorme enciclopedia Espasa, un tesoro en el que se sumergió como en prolongado viaje. Le dio los tomos de libros de pintura que recorrió con triste devoción. También le dio papel, plumas, todo para que desfogara su espíritu en la creación de unos textos que ella devoraba como si fueran sutiles manjares. Comenzó escribiendo poemas, una afición que había abandonado en la adolescencia. De ahí pasó a escribir cuentos muy tristes, hasta que un día, sin remedio, la melancolía le atascó el ánimo. Dejó de escribir, dejó de ir al depósito. Dejó de hablar; fue un verdadero mudo.

El recuerdo del pasado le dolía; los sueños de su vida urbana no lo dejaban: aquel viejo mundo de miseria no era ni mejor ni peor que éste. No podía evitar pensar así, porque él, el caminante, el mudo, había jugado un papel crucial en la catástrofe. Ése era su secreto, un secreto tan bien guardado como el de su nombre: Leonardo. El doctor Leonardo Ancira, director del Instituto de Geología de la Universidad Nacional; cómplice del Gran Desastre.

Algo debía hacer para apaciguar su alma, para tranquilizar las turbulencias de su memoria. Hurgó en los recovecos del pasado intentando hallar una pista. Mucho había sucedido en las proximidades de la tragedia sin que nadie tuviera lucidez para prever lo que ya era casi un hecho. Salvo unos pocos. El doctor Wedgewood había sido uno de esos raros visionarios. Tratando de convertir los recuerdos en una cura, Leonardo volvió a escribir. Esta vez quiso recuperar, palabra a palabra, la larga perorata que Wedgewood le había espetado implacable. Escribió mucho, como en un trance revivió las circunstancias: el tono de reproche que imprimía el viejo en cada alusión hacia su

persona, el flujo verbal casi ininterrumpido. Llenó hojas enteras, pero la tristeza le sedimentaba su lodo pesado en el centro del pecho. Sin remedio.

Un buen día, al terminar la transcripción de las casi olvidadas profecías, decidió hacer algo que había postergado mucho. Subió al montículo, entró al oscuro recinto, sacó varios paquetes de papel, plumas, algunos libros y láminas ilustradas. Guardó todo en una mochila sin olvidar el texto recién escrito y con sigilo, abandonó a Lola y sus compinches, dejando, como agradecimiento, la pequeña lámpara solar. Regresó al desierto, al encuentro de sus queridos amigos espinudos. Anduvo por los parajes que tanto extrañaba y recogió algunas de sus antiguas pertenencias, que habían permanecido a buen resguardo durante su ausencia, en el fondo de una escondida cueva. Eran papeles, diarios propios y ajenos que le impedían olvidar aquel viejo mundo extinto. Caminó varios días protegiendo carga tan preciada. Al principio siguió el curso agrietado del río de concreto, tal vez porque la nostalgia de su remota vida urbana se le había adherido a la voluntad como un parásito. Pero el generoso fluir de la vegetación penetrando al asfalto, disgregándolo y fecundándolo a la vez, llevándolo hasta su origen, tuvo una influencia benéfica en su alma. Como antes, sintió el placer del cansancio, se entregó al delicioso palpitar de la sangre recorriéndole frenética los músculos. El amor de estar vivo se le fue entrañando dándole una energía desbordante para andar. ¿A dónde iba? Eso ya no importaba, sabía bien que el rumbo sólo surge a cada paso, así que se guió por el simple amor de mover las piernas. Pasaron semanas, dejó atrás al desierto, subió laderas apoyando sus pies cansados en el cada vez más agrietado concreto, nuevamente, con la protección de la noche, atravesó las extensas e intermitentes dunas de polvo, hasta que al fin, cuando el aroma frío de los pinos le llenó los pulmones, cuando el cuerpo de los árboles decidió aposentarse sobre el pavimento,

bloqueando por completo al viejo camino, supo que era hora de abandonar las huellas fosilizadas de la urbe.

Bajó la empinada ladera y esta vez, en su descenso lo fue acogiendo un clima cada vez más húmedo, más cálido también. Se regocijó, pues había creído que desde la Catástrofe, nada había más que la febril sequedad del desierto. La vegetación desaforada parecía celebrar la huida de los hombres. Por un momento se sintió como un intruso, pero él quería convencerse de que ya no era humano, de que era tan sólo un caminante. Y en esa creencia olvidó que en su espalda llevaba una inestimable carga, casi llegó a sostener ante sí mismo, que siempre había sido un habitante de aquel lugar, uno más entre las plantas y el curso agitado de los arroyos de la sierra. Pero un ancla contundente le alejó de acabar tragándose tan grandes fantasías: al bajar por una cañada, impulsado por la sed, justo en el fondo, entre la abundante corriente, la humedad del musgo y los helechos, había *una cosa*. Otro cascarón, otra huella implacable de pasado, un trofeo de óxido y formas rimbombantes. El esqueleto de ese auto, semihundido en el cauce del río, no sólo le recordó su condición humana: le urgió apuradamente a cumplir su propósito, le hizo pensar en su carga, en la finalidad de su andar; el alivio de la memoria, la cura de su nostalgia. Como Juan el apóstol, como tantos otros que sintieron la urgencia de expresar algo para la posteridad, buscó una cueva. Acomodó sus utensilios, las escasas migajas de un mundo y con ellas, algo amedrentado, se dispuso a escribir lo que había vivido, el torcido e inocente hilo, al principio apenas una hebra, que, fatalmente, deshilaría toda la trama de una civilización, provocando su derrumbe.

## *Prefacio para un lector desconocido I*

Es extraño sentir cómo corre la tinta sobre el papel. Casi tan extraño como la blancura precisa, la frágil delgadez de esta lámina de celulosa, tesoro de una época ya ida y aún así próxima. Escribo sacrílegamente, hiriendo estos vestigios, extinguiendo para siempre su virginidad. Pero una confianza relictual me impulsa a hacerlo. Alguien me leerá, y supongo que también habrá quien intente proteger estas hojas. Si el peligroso arte de la escritura sobrevive, tal vez mi testimonio sirva de algo: la memoria es la raíz de la identidad y el germen de la sabiduría.

He estado a punto de borrar la última oración. Sólo el escrúpulo de dañar la hoja inmaculada me lo ha impedido. Sé bien que caeré en la insolencia de mi tiempo; frases lapidarias como la anterior lo demuestran. Buena advertencia para no ahuyentar al posible lector, pues así sabrá que este anónimo redactor es nada más que un hombre común, un pobre hombre de una pobre era. Creo indispensable escribir manteniendo una total sinceridad, sin esconder ni un ápice mis defectos, por eso me detengo en tantos preámbulos. Hay pocas personas en el mundo y de éstas, supongo que aún menos se habrán interesado en preservar la tradición de la lectura. ¿Qué otra cosa podría esperarse si los libros ya eran una rareza en mi propia época? En fin, que mis esfuerzos serían vanos si no establezco un lazo cristalino con ese potencial lector, ese hombre invisible con el que deseo entablar un diálogo. Por eso, pido perdón de antemano por las manías que sea incapaz de evitar, pido indulgencia, pero sobre todo, confianza en que estas memorias sean capaces de explicar, en mucho, al mundo desolado que ahora vivimos.

Diré otra cosa: no pretendo ni una biografía ni un relato anecdótico y personal. Intentaré con mis precarias habilidades aludir a un mundo reciente y extinto, intentaré describir la sorpresa y la rapidez de esa extinción.

Puedo hablar de los momentos previos al final con gran lucidez. Estoy seguro de que esa afirmación parecerá arrogante; he de justificarla, pero como estoy impuesto a mantener la sinceridad, me debo dirigir sin más rodeos a ti, improbable pero deseado lector. Haré como si te tuviera enfrente. Ahora, tú intenta imaginar mi voz y escucha: conforme avances en lo que estoy por contarte confío en que estarás de acuerdo conmigo en eso de la lucidez. El azar quiso que residiera muy cerca del origen de toda la cadena de eventos que llevaría al derrumbe, situación que creo, me autoriza a tener tanta confianza en lo que afirmo.

Años antes del desastre logré una estancia en La Laguna, una de las islas del Archipiélago Canario. No entraré en detalles para explicar mi llegada, sólo he de decir que su causa fue el cinismo y la curiosidad. También agregaré que ese cinismo se incubó, creció y maduró en Querétaro, mi ciudad natal. Por motivos personales -que es natural que a nadie interesen, pues forman parte de mi pequeñísimo y prescindible universo interior- en los que como siempre jugó un papel definitivo el azar, estudié biología. Luego de un peligroso y divertido interludio otra vez el azar me llevó a estudiar, según algunos muy tardíamente -a la sazón tenía 28 años-, un doctorado en Geología. Si bien esos estudios serían la causa próxima de mi estancia en Las Canarias, fue más bien la singular etología de los queretanos, la irresistible telúrica de la ciudad, la misteriosa historia de Querétaro, la verdadera fuerza que no sólo me impulsó a estar tan cerca del centro del colapso, sino también a barruntar la lógica imparabla que al fin nos condujo hasta allí.

Aunque debo ser franco. En aquel entonces, pese a intuir el desastre, yo era tan ciego como los demás. Unos días antes de que todo terminara me enfrenté a la lucidez regañona e implacable de un hombre que sí tenía claridad. He escrito mis recuerdos de aquel encuentro, he intentado que la memoria sea exacta. ¿Será excesivo que ahora mismo te muestre, querido lector, esas líneas? No lo sé. Pero ya que te has de preguntar cómo era el mundo del que vengo, cómo es que se convirtió en *esto*, no se me ocurre mejor recurso para comenzar una respuesta que las palabras del viejo doctor. Debo decir que Wedgewood (el hombre del que hablo) pensaba que la sociedad entera era un sistema que podía entenderse matemáticamente. Hoy día, hasta donde he visto, apenas si existen aldeas vulnerables y las ciudades sólo son ruinas de un pasado pretensioso; hablar de ellas como un “sistema” te debe parecer ridículo. Pero en mi juventud eran monstruos vivientes, llenos de algarabía, movimiento y excesos. Eran estructuras complejísimas, difíciles de aprehender. Wedgewood creía que las urbes y con ellas la opresiva comunidad global, habían perdido la capacidad de autoregularse. La crisis se antojaba inevitable pues el motor de la vida social siempre había sido *la Utopía*, concepto que no sólo las circunstancias sino los mismísimos intelectuales habían condenado a muerte. Un par de esos despreciables “sabios”, Reveilhac y Carneiro, incluso inventaron una “tesis” que explícitamente se burlaba de toda utopía: el Topismo. Era esa una versión mediocre y “remozada” del fascismo...

*¿Utopía? ¿topismo? ¿fascismo?* Términos anacrónicos, misteriosos; tal vez comenzar así estos apuntes esté fuera de toda lógica y tiempo. Uso palabras extrañas que hoy parecen sin sentido, pero justo por ello, creo que *debo* comenzar con *recuerdos de ese talante*. Confío lector, en que tal vez llegues a comprender la perversidad del pasado al leer lo dicho por el viejo sabio. Ante todo, ten paciencia: es sólo un capítulo inicial. Si el lenguaje te resulta chocante, lee de corrido, sin preocuparte, sólo intenta

recrear el ambiente y contrástalo con este presente que ahora vives. Los rebuscamientos verbales tómalos como un recurso que ejerzo (quizás con torpeza) para acentuar todavía más el contraste del que hablo. Si aún así no te convengo, considera esto: las líneas con que transcribo aquel monólogo poseen las primeras letras que han salido de mi memoria con plena sinceridad. No creo que sean exactas, pero eso no importa: son sinceras.

Así pues, lector desconocido, déjame que te lleve a un lugar muy lejano. Oxford. Al otro lado del mar. A un tiempo muy lejano. Tres días antes de que todo terminara. A un recinto de comodidades vulgares, ahora inexistentes, sede de una de aquellas pomposas reuniones de la *elite* a las que nombraban con el arcaico e inapropiado nombre de *Simposios*. Ahora imagina a un hombre viejo, de unos sesenta y cinco años. Su mirada muy profunda, acentuada por el hecho de tener unos ojos casi grises, coronados por unas cejas negrísimas y gruesas, hundidos en marcadas ojeras. Completamente calvo y de cráneo dolicocefalo. Alto y un poco encorvado, de rostro enjuto y barba descuidada, canosa: el Dr. Wedgewood.

*La larguísima opinión de*

*Sir Charles Robert Wedgewood en Oxford, I*

«Carneiro y Reveilhac son la demostración más viva de que éste es el milenio de la estupidez. Y mire que el hecho de que yo hable del milenio como si fuera un sustantivo, siendo no más que una categoría arbitraria, es ya de por sí una gansada. Para los topistas, el milenio no sólo es un sustantivo, es uno de los *topos* o *lugares reales* de su “tesis”. Es evidente que si tuvieran el atributo de la inteligencia, esos “sabios” serían menos burdos en la expresión de “tesis” tan vulgares como simplonas. La estupidez es un atributo ligado a la desverguenza; la baja capacidad intelectual conduce a una total falta de escrúpulos: para el imbécil es imposible la reflexión. Y ya que hablamos de los rasgos de “nuestro milenio”, es claro que la vulgaridad es el otro signo de los tiempos. Aquí mismo, en Oxford, la otrora *elite* más culta de Gran Bretaña se ha convertido en mera comparsa de un mundo frágil gobernado por bárbaros. Nuestros más preclaros intelectuales, Hardy, Mac Bride, Stephenson, sólo se han dedicado a escribir apologías que alaban las atrocidades del neopositivismo de Taft y Eckstein y por supuesto de los topistas. Wallestone fue el único que hizo notar la pobreza argumental de esa pseudofilosofía, pero sus críticas pasaron inadvertidas por una comunidad acostumbrada a la autocomplacencia. Eso no importa, es más, casi fue una bendición, porque la marginalidad de Wallestone lo alejó del ensimismado mundillo “académico” de los sociólogos europeos. Él siempre fue un hombre muy dotado para las matemáticas, así que trató de aliviarse un poco del desierto intelectual en el que se movía, páramo de “estadísticos pragmáticos”, dedicándose de cuerpo entero a la modelación matemática.

Fíjese, en lugar de las obvias correlaciones estadísticas que la bobería del mundillo académico confunde con matemáticas, él se dedicó a formular *teorías*, dando alternativas muy inteligentes que siempre causaban escozor a los seguidores de Taft y Eckstein, creyentes dogmáticos de la “condición obsoleta” de teorizar. Por eso lo conocí y juntos fuimos a Rusia. De veras, aquel congreso en San Petersburgo fue una curiosa celebración de marginados, nada que ver con este ostentoso Simposio en el que estamos ahora. Ningún instituto “de prestigio”, ninguna universidad de “renombre” apoyaba a los allí reunidos. Con limitadísimos recursos, la Perelman Foundation organizó el coloquio en sus instalaciones, nos ofreció habitación y comida, de modo que sólo tuvimos que cargar con el gasto del viaje, como si fuéramos adolescentes. Habíamos físicos, biólogos, sociólogos, lingüistas, una diversidad de profesionales cuyo único aglutinante eran las matemáticas. Mi primera plática verdaderamente sustancial con Wallestone fue al término de una conferencia sobre el Teorema de Noether. Arie Quallenberg -entonces un muchachito- insinuaba al final de su exposición, que la modelación geométrica asociada a la termodinámica podría explicar ciertos fenómenos sociales. Su enfoque matemático de las utopías llamó mucho la atención. Desde su rigurosa aproximación sistémica, una utopía representa *un programa*, vaya, es un componente de información que *puede* proveer de *movimiento ordenado* a la estructura social. Pensando termodinamicamente, Quallenberg probaba que sin utopías, las estructuras sociales necesariamente colapsan; y bajo su perspectiva geométrica, sin utopías, la *simetría* del sistema se pierde, pues el movimiento tiende a ser caótico. Todo un desafío a la arrogancia de los topistas, aquella teoría fue el germen de varios días de discusiones fascinantes. De ellas surgió el artículo que, en su momento, enfureció a Reveilhac y Carneiro: “*Objeciones termodinámicas a las especulaciones topistas*”, firmado por Quallenberg, Wallestone y Wedgewood, un servidor. »

## *Prefacio para un lector desconocido II*

Tengo el impulso de extenderme ahora mismo en las minucias de lo que acabo de transcribir, pero debo ser más ordenado y sobre todo, más respetuoso con mi eventual lector, vaya, contigo querido desconocido. México, este lugar que alguna vez fue un país, será descrito por el viejo doctor como un ejemplo de la miserable persistencia de la civilización. Pero como verás más adelante, qué digo, como tú mismo sabes por experiencia propia, esa “persistencia” siempre fue patéticamente frágil.

Dejaré para después la opinión profética de Wedgewood, por ahora, lo único que podría agregar es que la idea de visualizar la estructura de algo tan abstracto como el concepto *sociedad* con el enfoque geométrico de aquellos sabios, ha sido uno de los mayores logros del pensamiento humano. Pero vaya, los logros de esos tiempos se han olvidado para siempre. En fin, que me estoy abandonando a la nostalgia y el entusiasmo (si bien un entusiasmo *negro*, pesimista). Seré más sobrio. Por el momento renunciaré a contar las reflexiones enredadas y llenas de misterios que ya mismo comienzan a forjarse en mi cabeza. Lo dije antes: forman parte de mi pequeño mundo interior, son por tanto completamente prescindibles. Ya llegará la hora en que, de manera mucho más fluida, pueda escribir sobre los elementos sustanciales de esa historia, sin perderme en las necesidades que exige mi ego. Tendré que comenzar algo mucho más neutral en términos de mi persona.

Me doy cuenta de que un texto así bien podría semejar una novela, aunque ciertamente no tengo ni la menor idea de qué vaya a ser. Así que emprenderé mi labor sin más guía que la sinceridad, despreocupado por el estilo o las categorías literarias.

Como ya lo dije al principio, intento hacer el retrato fiel del desmoronamiento súbito de toda una civilización. Yo soy el personaje principal, cierto, pero abandonaré el protagonismo, ensayaré un relato objetivo y tal vez, esclarecedor. Para ello voy a aprovechar el diario y otros manuscritos de una amiga a la que extraño a pesar de sus excentricidades: Alejandra Araujo, una mujer sin la cual, lo que pasó habría sido seguramente distinto.

Aunque la conocí desde mis tiempos de estudiante, esas hojas dan inicio a partir del momento en que ella comenzó a trabajar conmigo en la Universidad Nacional. Son el testimonio de alguien que intentó vivir como pensaba. Guardan también una revelación inquietante: sus sueños. Desde que todo esto comenzó a fraguarse, Alejandra fue presa de sueños misteriosos, de una continuidad admirable, que la impulsaron a redactar lo que, ella pensó, podría ser un libro de cuentos. A mí me parecen un contrapunto que entrañaría la clave para comprender tanto desorden. Tengo la impresión de que todo lo que pasaba en la proximidad del Final debe tener algún significado. Por eso incluiré sus declaraciones oníricas. Cada sueño será una transcripción literal de lo escrito por mi amiga. Puso tanto empeño en expresarse con claridad, que incluso la letra tiene cierta hermosura, algo que siempre he pensado, sólo logran con facilidad las mujeres. Digo esto sin ánimo de disculpar mis garabatos, pues como espero se note, me empeñaré en escribir con nitidez. Sin embargo, el lector podrá disfrutar la belleza del viejísimo arte de la caligrafía con lo redactado por mi amiga. Cada vez que me sea posible incluiré el texto original. Es mi modo de hacer realidad lo que ella deseaba.

Para no dejar inconclusa la argumentación de Wedgwood, luego del diario insertaré el fragmento de su monólogo donde describe el caso de México y su relación con la fragilidad del mundo. Ni qué decir que esa visión profética, terrible, en nada influyó para modificar la próxima, evidente catástrofe.

Una última aclaración antes de comenzar de inmediato con el primer segmento de tan anunciado diario: al redactarlo Alejandra procuró ser discreta, hiriendo el papel con una grafía hermosa pero casi ilegible; gran diferencia con los apuntes de sus sueños. Sólo por eso, cada vez que transcriba algo del diario, me tomaré la licencia de corregir y tal vez, aumentar. No es que tenga pretensiones literarias -eso sería absurdo, por anacrónico-, sólo intento guardar cierta distancia hacia unos recuerdos que me provocan sensaciones oscuras, de una nostalgia que temo y que podría bloquear este esfuerzo, quizás inútil: perpetuar la memoria de los últimos momentos de un mundo, reciente pero ya extinto. Un lugar del que todos descendemos.

## *El diario de Alejandra (1)*

Hay una palabra que sintetiza bien el carácter de la vida: *paradoja*. Alejandro significa *el protector de los hombres*. Yo me llamo Alejandra. En mi nombre, como estigma imborrable, está la raíz griega *andros*. Mis padres no me llamaron Andrea, lo que simplemente me habría marcado como una hembra de carácter masculino, no, tuvieron que llamarme Alejandra, anclándome también el atributo de la protección. De manera que Alejandra sólo podría querer decir *la protectora de los machos*, vaya, la madre perfecta, la esposa ideal del arquetípico Edipo. Pues no. Yo soy mujer y punto, aunque no sepa qué quiera decir serlo. Tal vez por eso no me he casado, tal vez por eso no me imagino madre. En este mundo, hombres y mujeres desconocemos nuestra identidad, sólo disponemos del pobre concepto *hombre*: el *andros* griego que derivó en *Anthropos*, definido por Platón como aquel que contempla y razona, limitado por Aristóteles a ese ser condenado al yugo del *Logos* y a la cárcel de la *Polis*.

Ante tales contradicciones, con tal apelativo y peor carácter, no debe extrañar que tenga muy pocos amigos. Casi toda la gente que frecuento no ha variado desde mi niñez, vaya, quiero decir que no soy dada a las nuevas amistades. Muchos me consideran misántropa y tienen razón. Sin duda, una de mis mayores presunciones es vivir al margen de la sociedad sin ser delincuente o terrorista: un logro del que pocos se pueden ufanar. Soy la última de un larguísimo linaje cultural por varios motivos. Por un lado está mi condición de *mujer auténtica*, esto es, de ser humano del género femenino: íntegra, independiente. Por otro mi condición de *científica*, perteneciente a un gremio

casi extinto y teóricamente abierto, neutral en lo que a género se refiere. Digo esto con la certeza de un orgullo que a nadie importa, pues en México, no sólo las científicas, también las *mujeres auténticas* han dejado de existir, dando lugar a esa extraña fauna de *esposas, madres, amantes, obreras, técnicas, ejecutivas* y demás, todas ellas perfectos engranajes de la atroz maquinaria de la civilización, el mayor logro del *hombre*, así a secas, o sea, *del macho*.

Agradezco a la ciencia el haberme aproximado a unos pocos *hombres auténticos*. Bueno, he de ser clara, no todos los *hombres auténticos* han de ser científicos, pero mis afinidades están con aquellos seres humanos que se han comprometido con ese rarísimo logro de nuestra cultura occidental. Supongo que en otros ámbitos debe existir la autenticidad, pero en mi caso, sólo he conocido ese rasgo entre los pocos que permanecieron fieles, pese al triunfo de la barbarie neopositivista de Taft y Eckstein y su devastador decreto: la muerte de la ciencia. Sus toscos argumentos se aceptaron como si fueran pensamiento; no más teorías, no más comprobaciones: con la mera correlación de datos basta. La “nueva ciencia” de Taft y Eckstein transmutó a la estadística en un sustituto de las matemáticas. Por eso hoy sólo existen “investigadores”, léase obreros especializados del dato y las cosas o burócratas que simulan pensar. Y en cuanto a la *enseñanza de la ciencia*, pues con tan “nueva ciencia” ésta ha sido sustituida por el *amaestramiento experto*.

Pero que más da, si en este triste país los catedráticos desaparecieron desde los remotos años de la privatización de la enseñanza universitaria. Yo aún tuve el privilegio de estudiar en la Universidad Nacional, cuando todavía era “Autónoma” y “Pública”. Participé, junto a un puñado de *auténticos* investigadores, en los poquísimos actos de resistencia, que al final, fueron olvidados por una sociedad pusilánime y abyecta. Que conste: esa adjetivación tan negativa no es el producto de una madurez amarga, pues ya

desde mi juventud había perdido toda esperanza en la rectitud y bondad del *hombre*. Y ese desencanto se extendió a toda la humanidad. Percatarme de que vivía en un mundo dominado por machos, en un mundo donde las mujeres, pese a todo, se creían el cuento de que eran “iguales”, de que estaban “reivindicando” la feminidad, me asqueó. Recuerdo las discusiones con “feministas” que acabaron detestándome, pensando que era “negativa”, sin aspiraciones, “retrógrada”. Todo por embarrarles en el rostro su condición de mujeres masculinizadas, dóciles creyentes de que el universo entero no es sino una colección de *datos*, de *algo dado* que ni ha de cambiar ni ha de interpretarse, sólo *obedecerse*. Obediencia, algo que ellas, como todo el mundo, confundieron con “sabiduría”. Valientes feministas encerradas en la lógica vulgar del amo y el esclavo, sometidas a los mismos propósitos e inclinaciones de un macho: el “éxito”, en una palabra: el poder. Poder edulcorado con el cuento de “obediencia al dato”. Si hombres y mujeres se rigen por el molde del macho ¿es posible la esperanza en lo humano?

Vaya, tal vez sea para tanto, tal vez no, lo que sí puedo asegurar sin reparos, es que perdí la esperanza en que virtudes como la rectitud o la bondad pudieran prosperar en este país. Cómo podría haber sido de otra manera si a casi nadie importó la barbarie con la cual se usurpó la presidencia de la república. Cómo podría haber sido de otra manera si ante las atrocidades que cometían los fascistas en contra de los pocos disidentes, la sociedad reaccionaba con indiferencia amedrentada. Sí, aquellos años inauguraron el período más hipócrita y oscuro de nuestra historia. Desde entonces México es un país sólo por el nombre, pues en realidad, nuestra nación se ha convertido en mero surtidor de mano de obra barata para los Estados Unidos. Nuestro gobierno no es mucho más que una gerencia para administrar la esclavitud de los mexicanos. Y si bien eso podría decirse de casi todos los países latinoamericanos, aquí las cosas son definitivas, descaradas y al parecer muy pero muy estables. ¿Puede haber alguna

esperanza? Hablo de desesperanza pues hasta el asesinato del presidente espurio, De la Barca, fue una mascarada. Sus propios correligionarios lo mataron para justificar el golpe de estado con el que se implantó la dictadura total. ¿Qué más podría esperarse de esos bárbaros? ¿acaso no era lógico que la educación pública dejara de ser un derecho ciudadano? Las pocas y tibias manifestaciones de oposición culminaron en encarcelamientos y tortura. Algunos de mis amigos desaparecieron y yo misma tuve que esconderme. Lo único bueno que me quedó de aquella época fue mi exilio en Francia. Allí pude olvidarme un poco del mundo ruinoso que había dejado, gracias a la beca que, para protegerme, había conseguido mi director de tesis, el doctor Maxcence de Sigy. En este caso, fue una ventaja mi condición de mujer. Ni los gorilas del Ministerio de Educación ni los gánsters del Ministerio de Relaciones Exteriores pusieron objeciones para que dejara el país: yo no podría ser sino una amante del doctor de Sigy ¿había algo raro en que me pusiera casa en Paris?

Lo que sí nunca sabré es porqué me habrá tomado tanto afecto: apenas lo conocí. Ciertamente, yo era buena estudiante, pero él siempre fue muy seco y la verdad me sorprendió mucho cuando me enteré de lo bien que había hablado de mí en La Sorbonne. Unos meses luego de mi llegada a Francia, el doctor de Sigy murió en circunstancias misteriosas en la Ciudad de México. Siempre fue muy crítico ante los fascistas y poco le importaba lo que de él decían. Su prestigio lo ligaba directamente a La Sorbonne y no necesitaba arrastrarse para conseguir apoyo a sus investigaciones. Murió en un accidente de carretera del que no se dieron grandes detalles. Uno más de los crímenes de nuestro Estado Católico. Su muerte me afectó, acrecentando mucho la melancolía que, en latitudes tan boreales, se aposenta en el ánimo durante el invierno. Desde entonces comenzaron mis recurrentes visitas a Notre Dame; mis lecturas, cada vez menos científicas. Devoré minuciosamente “El Misterio de las Catedrales”, como queriendo

sacar de Fulcanelli, la clave del lenguaje olvidado de los viejos maestros: un lenguaje trascendental que no se ocupa de este mundo de miseria. Descuidé el laboratorio, mi tesis, vaya, al último me retiraron la beca y sin embargo, me las arreglé para continuar un año más perdiéndome entre las callejuelas de París. Mi gusto por la ciencia no menguó, sólo amplíé mis intereses. Es cierto, jamás me doctoré, pero mis labores no fueron vanas. Pese a todo y en parte gracias a mis truncados estudios, a mi retorno obtuve un empleo en la flamante Universidad Nacional de México, que siendo totalmente privada, seguía contando con el precario aval del Estado, esa estructura ruinoso y moribunda. Fue la diligencia de mi amigo Leonardo, desde entonces director del Instituto de Geología, la única causa de que me aceptaran. Y aquí, he de admitirlo, me beneficié indirectamente de un comportamiento que repruebo. Leo, como yo, considera que los fascistas han sumido a México en una miseria fatal. Pero es un cínico. Carece de escrúpulos si de lograr sus propósitos se trata. Ha cultivado una cuestionable amistad con Manuel Padrón, exgobernador de Querétaro y principal asesor ideológico del Partido Mexicano: nido de la ultraderecha y el clero. Padrón gestionó su estancia en Las Canarias y a su regreso, lo recomendó para el puesto que ahora ocupa. Vaya, su jerarquía en la burocracia universitaria es el fruto de la astucia más que de los méritos. Desde el primer momento le dije lo que pensaba sin ambages, es obvio que no podía aceptar su ofrecimiento. Pero Leo sabe convencerme. En un tono cándido me dijo: “Ale, no te estoy regalando el puesto, eres una profesionista muy capaz. Debes darte cuenta de que ya nadie considera la capacidad intelectual un requisito para ingresar a la academia... qué digo, si tú me convenciste de ello. Así que fíjate, apenas estoy ejerciendo un acto de justicia; te contrato para que hagas lo que nadie más hace: educar en vez de entrenar. Deja que al menos una vez aproveche mi cinismo para redimirme un poco”.

Yo no creo en la culpa, ese sentimiento tan cristiano y tan útil para domesticar. Sin embargo creo en los principios y la propuesta de Leonardo era una oportunidad para practicarlos. Por supuesto que hubo cierta renuencia en el Patronato Universitario para conceder a la primera mi contratación. Aunque claro, otra vez mi condición de mujer me ayudó. A esos burócratas no les sonó raro que el director de un Instituto favoreciera a una posible amante. Esas habladurías sólo me divierten, pues me sirven de escudo para trabajar con cierta libertad. Las cátedras de “Geología Histórica” y “Sociedad del Conocimiento” se pusieron a mi cargo. Éstas, realmente, consisten en sendos cursos de “Evolución” y “Epistemología”; algo que, de haberlo sabido, no habría tolerado el Patronato. Ciertamente, soy una empleada, pero conservo pese a todo, la dignidad. Hoy día, cuando lo que existe -tal como decía Leonardo- no es la educación sino el entrenamiento, yo soy una maestra. Hoy que la tecnología ha sido rebautizada con el nombre de “nueva ciencia”, yo permanezco fiel a mi carácter de *educadora de la ciencia*: la última. Sé que sueño arrogante: lo soy. Me consuela saber que en la arrogancia hay vitalidad, movimiento; a diferencia de la entrega pasiva, del tufo de muerte que hay en la abyección. Yo me mantengo firme, con un salario escasísimo, viviendo en uno de los pocos suburbios rurales que, sin luz ni agua entubada, bordean el sur de la ciudad; otra secuela de mi estancia en París.

Alguna vez, mientras deambulaba por el Sena, me llamó mucho la atención un hombre. Hacía ejercicio sobre uno de los prados que bordean al río. Era alto, moreno, muy guapo. Me atrajo su cuerpo, delgado y fuerte. Pero al acercarme lo que acabó por cautivarme fueron sus movimientos: serenos y rápidos, poderosos y gráciles. Había una indeterminación en su ser, parecía una mujer delicada y a la vez un hombre increíblemente varonil. Nos hicimos muy amigos, supe que era maestro de Tai Chi, que admiraba México, que practicaba la Tenseguridad y conocía las obras de Carlos

Castaneda. Una cosa fue llevando a la otra y acabamos viviendo juntos. Fue por él que regresé a México, fue por él que compramos el terreno de Tláhuac. Nuestro sueño era vivir de la tierra, cultivar cada cosa que comiéramos, recolectar de la lluvia cada gota de agua que bebiéramos. Fue la única vez que me imaginé madre. Pero, la verdad, él tenía otros planes: convertir la casita en un negocio, vender productos orgánicos, comerciar con cursos para guiar a los miserables ciudadanos “hacia cómo ser felices”. Vaya, muy a mi pesar tuve que darme cuenta que ese era un *hombre* y nada más. A fin él se fue. Pero yo continué, sola, con mi sueño marginal.

Y en esa marginalidad integral, vivo muy bien. Diario me levanto a las 4 de la mañana. Preparo el desayuno con las conservas que me regalan los frutos de mi huerto y la miel de mis abejas; me baño con el agua fresca de las viejas lluvias que he guardado en mi cisterna. A las 5:30, monto la bicicleta para llegar a mi clase en la universidad, a las 8 en punto. Cuando dan las 2 de la tarde termino la última cátedra y de nuevo, la bicicleta me lleva hasta la casa. El resto del día y todos los fines de semana, la paso cuidando del huerto y las abejas que me dan de comer, de mis perros: fieles pastores de cabras, guardianes y perfectos compañeros; de la casa que me permite dormir, de los libros que me hacen vivir, de este diario que me da el privilegio de practicar un arte casi extinto. Es una existencia simple y buena, que a los demás parece miserable y extravagante. No compro nada en el súper, hace años que no pruebo un vino tinto, que no como uvas o que no paladeo un buen salmón. A diferencia de todo el mundo, mis alimentos provienen de lugares que nunca están a más de un kilómetro de mi casa. En la mesa de Leonardo, por ejemplo, la leche viene de Suecia, el pan de España, la carne de Argentina... bueno, hasta el agua es de Francia. Y eso se repite, aunque con menos elegancia, en la mesa de un intendente de limpieza. Su bebida es un refresco estadounidense, su sopa viene de China y sus frijoles de Nueva Zelanda. Acá en México

sólo se cultivan flores y hortalizas, pero como todas se exportan, para tenerlas en casa hay que importarlas. Sólo los privilegiados como Leonardo pueden saborear un buen plato de espinacas frescas contemplando la belleza de un ramo de rosas. O miserables como yo, que las cultivan en su propio huerto.

Sí, mi vida es buena y en ella, sin duda, hay una rutina, pero para mí esa palabra ha recobrado su dignidad: es una *ruta*, un camino para facilitar los logros más sublimes de la vida, desde el simple ir siendo del cuerpo, hasta el elaborado devenir del espíritu. No obstante, en ese derrotero hay variaciones que modifican brevemente mi soledad. De vez en cuando recibo visitas, casi siempre de Leo y mis escasos amigos.

He mencionado mi soledad, no siempre ha sido así. Luego de mi fallida experiencia con aquel hombre tuve la singular e inesperada experiencia de querer a una mujer. Para mis detractores era algo lógico, sólo entienden la independencia femenina si la ligan a un rasgo masculino. Por eso cuando comencé a vivir con Claudia en la universidad dijeron “ve nomás, allá va Alejandra, la marimacha; pobre Leonardo”. Cómo nos reímos Leo, Clau y yo de aquel chismorreo. Sólo Leo comprendía mi búsqueda, casi tanto como mi querida Clau.

Así fue, alguna temporada la pasé con Claudia, si bien es cierto que ella no soportó la lejanía e incomodidades de este lugar, ni mucho menos, mi renuencia a cambiar ni un ápice este modo de vida. Además, debo ser franca, a las pocas semanas de nuestra relación descubrí que mi amor por ella no incluía el deseo, sólo el cariño y la solidaridad; con todo, una solidaridad más bien débil. Por eso terminamos. Para ser auténticamente solidarios se necesita compromiso y mi único compromiso está con lo que creo. Así que justifico por entero la decisión que ella tuvo al dejarme. Debo insistir, para tener pareja se requiere compromiso: el fruto más duradero de la pasión. Pero mi única pasión está con la desprestigiada fama de “los ideales” y “los sueños”. ¿Cómo

comprometerme con alguien que no esté apasionado por lo mismo? De modo que a disfrutar de la soledad. Eso hago y, según creo, seguiré haciendo. Aún así, por unas semanas cambiaré de un modo más drástico mi preciada rutina. He aceptado ir con Leonardo a un Congreso de Geología en París. Desde hace un año le he ayudado con ciertos cálculos en su tesis doctoral, que recién terminó en Lanzarote, la mayor de las Islas Canarias. Ahora me invita a acompañarlo pues me ha colocado como coautora de un artículo que fue aceptado en el Congreso. Sí, claro que presenté resistencia. Pero es grande la nostalgia: pasé tan apacibles días en aquella vieja ciudad... En fin, ya hemos arreglado todos los trámites para salir del país y mañana mismo, a esta hora, estaré viajando a Francia. Tendré que mitigar mi misantropía. Interactuaré con mucha gente y eso me abruma. Es lo que más me preocupa. Como dije al principio, no soy dada a las nuevas amistades, pero Leonardo insiste en presentarme personajes, que según él, piensan como yo. Ya veremos, de veras lo dudo. Si por algo jamás concluí el doctorado fue por el carácter pesado de los franceses, vaya, de todos lo europeos. Leonardo me dice —quizás con razón— que mi intolerancia no es hacia los europeos, sino hacia todos los hombres. No lo discutiré. Los hombres de hoy son partícipes de un mundo en desgracia que, al parecer, no les molesta: por supuesto que rechazo a ese tipo de *hombres*. Adelante, díganme misántropa. Yo no me considero del todo así, al contrario, mi desprecio por los *hombres* surge de mi amor, de mi sed por lo *humano*. *Humus* es una raíz próxima a lo femenino. Siento que soy una de las últimas *humanistas*. Pero bueno, qué hacer, no me queda más que esperar el viaje y enfrentar las etiquetas que me serán puestas. Estaré en París, con “doctores” y “grandes sabios”. En apariencia, intentaré ser amable. Al fin, mi único interés nace de lo que *no es* el Congreso: la visita a esa viejísima ciudad, a Notre Dame, al Sena, a las calles, que permanecen tan fieles a sí mismas como yo.

*La larguísima opinión de*

*Sir Charles Robert Wedgwood en Oxford, II*

«Wallestone, Quallenberg y yo presentamos algunos modelos en los que las estructuras sociales eran simplificadas a algoritmos, una labor poco novedosa pero muy apreciada por los editores de *New Science*. Nuestro propósito era doble, el más importante, permitimos introducir las variables derivadas del Teorema de Noether, el otro, mucho más mundano, aunque sin duda divertido, basar nuestra argumentación en una de las escuelas que más respetaban Reveilhac y Carneiro: el neopositivismo social de Taft, descendiente directo de la simplona y paradójica “teoría sistémica” de Luhmann. Con aquel ensamblaje logramos dar a la geometría social una interpretación termodinámica; luego comparamos las alteraciones mórficas que nuestro modelo predecía, con hechos históricos bien documentados. En todos los casos resultaba que, independientemente de cuál fuera la civilización vectorizada, el colapso de las estructuras complejas era inevitable. La entropía, vaya, el desorden de las sociedades civilizadas, sin ninguna salvedad, aumenta con el tiempo. La causa: una forzosa pérdida de información en el sistema. El crecimiento de estructuras burocráticas genera un morfoespacio redundante que se desarrolla a costa de la información del sistema mayor. Ese desarrollo incrementa el orden localmente, pero a nivel sistémico lleva a un aumento neto de la entropía. En palabras llanas Wallestone lo explicaba así: “Para la burocracia lo importante es la trama estructural *per se*, independientemente de la conservación de energía sistémica (simetría) que permite la existencia de la propia estructura. Al incrementar la

complejidad en su morfoespacio local (la *única* estructura que perciben), la burocracia consume energía e información a partir de la geometría del sistema entero: aquella información que no es relevante para la manutención de su propia estabilidad es desechada. Dado que cada estructura local requiere menos información que la estructura total, la simetría del sistema se pierde. Con la pérdida de simetría el incremento de la entropía es forzoso”.

Sin embargo Quallenberg descubrió, teóricamente, que había un modo de conservar una peculiar simetría pese a la tendencia entrópica de los morfoespacios locales. “Si cada morfoespacio local se genera por un solo atractor extraño –decía- se puede obtener una geometría fractal con iteraciones simétricas en la totalidad del sistema”. Su descripción abarcaba, pues, fractales con invarianza de escala, la bien conocida *self-similarity*.

Yo desarrollé esa idea con un caso concreto: México. Los estudios sobre la desigualdad social, el ejercicio impune del poder y la corrupción en ese país son abundantísimos. Disculpe mi crudeza al hablar así de *su país* doctor, pero esos son los hechos llanos y duros. Antes de nuestro artículo, el caso de México parecía una anomalía para toda modelación matemática. La ingobernabilidad, la injusticia social, la desigualdad económica, la inseguridad, en una palabra el desorden, hacían prever lo obvio: la desintegración del sistema.

Vectorizando cada variable y aplicando las ecuaciones de Taft y Eckstein (indispensables en los modernos proyectos de ingeniería social), México debería haber colapsado hacia fines de la primera década del siglo XXI: su destino se dirigía a más de veinte escenarios distintos, todos caóticos. Sin embargo México es una de las estructuras político-sociales más estables del mundo. ¿A qué se debe tal singularidad?

Las ecuaciones de Quallenberg dejan todo muy claro. ¡La geometría social de México es fractal!: iteraciones rebuscadas y *un solo* atractor extraño clarísimo.

El atractor extraño quedó expresado en la forma de un algoritmo precioso, que sin embargo, traducido al lenguaje de todos los días se puede decir con pocas y desagradables palabras: *impunidad en el ejercicio del poder*. Cualquier bastardo, si es lo suficientemente falto de escrúpulos, sale bien librado en un sistema que sólo respeta la capacidad de dominar. Los sociólogos y antropólogos mexicanos tienen muy documentado ese hecho. Claro que hay excepciones a tal comportamiento estereotipado, pero todas ellas son escasísimas y siempre se encuentran fuera de la trama del rígido orden gubernamental, léase comunidades rurales e indígenas muy aisladas y al margen de la estructura del Estado. Podría argumentarse que tal fenómeno es común a cualquier civilización, sí, pero en ningún caso la iteración se expresa con tanta regularidad como en su país, doctor. En todas las estructuras urbanas de México el ejercicio impune del poder es la norma: a nivel familiar, a nivel de la interacción vecinal, de la vida religiosa, de la organización municipal, hasta llegar a las más altas esferas de la pirámide social. La fractalidad de tal modo de actuar se reproduce, *culturalmente*, en todos los estratos: eso es conservación de información. Cuando la burocracia entra en escena, el patrón cultural se mantiene, dicho de otro modo, pese a la entropía, hay una información fundamental que es preservada. En síntesis, la estructura del sistema se conserva indefinidamente debido a que éste posee una geometría fractal con invarianza de escala donde las iteraciones tienen simetría. ¿Tendré que explicar que nuestra descripción del caso mexicano no es más que un ejemplo detallado y fractal de lo que sucede a su vez en el “sistema-mundo”? »

El acto de escribir era agotador; unas cuantas páginas le costaban más esfuerzo que semanas de andar por el desierto. Vio las hojas minuciosamente heridas por la tinta. Repasó el prefacio, se dio cuenta del tono suplicante con el que se dirigía al lector. Inseguro de que ese fuera un recurso adecuado, se hundió en las peculiares reflexiones matemáticas de Wedgewood y al fin, leyó la transcripción del diario de su amiga. La memoria le mostró el rostro de Alejandra y su nostalgia apretó de tal manera que tuvo que llorar. Últimamente era muy dado al llanto. ¿Un signo de la vejez? ¿una herida del tiempo? Lo cierto es que la evocación de aquellos ojos enormes, verdísimos, algo tristes pero capaces de herir con frialdad, le removieron viejos sentimientos. Alejandra siempre había sido su fantasía. Esa joven hermosa que irradiaba independencia, que a todos parecía engreída y que a él sólo le despertaba admiración. La única mujer cercana que jamás se atrevió a seducir. Su amor secreto. Ella era además un contraste, un elemento de constancia en medio de la volubilidad de aquellos días. Sí, aquellos días miserables pero cómodos. Aquel mundo injusto pero sedante.

Necesitaba sanar las huellas del pasado. Cuidadosamente guardó lo recién escrito. Salió de la cueva, bajó entre la vegetación exuberante guiado por sus oídos. El sonido del río, como una caricia tenue pero insistente, penetraba desde sus tímpanos hasta el centro de la conciencia. Cerró los ojos, aspiró con fuerza, impulsó el aroma de la tierra húmeda y las plantas aromáticas por el tortuoso laberinto de las entrañas, que en ese acto, se impregnaban de esencias a resina, minúsculas gotitas de rocío y

remolineantes átomos de oxígeno. Eran los sentidos tornándose puertas por donde entraba una sabiduría inefable pero medicinal. Caminó un poco, pensando en el pertinaz impulso que lo alentaba a contar cosas. Llevaba dos días desde que se había decidido a escribir. Nada parecía haber cambiado alrededor, aunque dentro de él sintiera vértigo. Sus ojos, ahora dos ventanas abiertas, intentaron asirse al exterior. Quiso estar cerca de la corriente fresca y cristalina. Bajó aún más, vio las rocas fecundadas por la humedad, sintió el musgo que las cubría como un manto. Se sentó en una de ellas y contempló al triste cadáver metálico de aquel viejo auto: la *cosa* que lo había decidido a emprender esa labor que ahora le costaba tanto. El óxido brotaba de su piel de hierro, abriendo claros en el esmalte azul, huecos fértiles interrumpiendo lo que aún quedaba de la brillante pintura. Había cierta estética en aquella imagen: la muerta obra de los humanos abrazada por la vida generosa, por el agua y los helechos. Allí en el fondo de la cañada, un símbolo de la ingenuidad humana era lavado de sueños pretensivos, era bautizado por el río, incorporándolo al paisaje definitivo de la naturaleza. ¿No debería él hacer igual: incorporarse a la belleza del entorno, limpiar el papel recién maculado de tinta en aquella agua clara, borrar de la memoria los errores pasados, olvidar su condición de *Homo urbanus* y abrazar la nueva oportunidad que la tierra le daba ahora mismo? Pero eso no podía ser. El impulso de sus entrañas era dejar testimonio. ¿A quién? No lo sabía, pero ¿qué otra cosa es la vida sino memoria y conciencia? Si él permanecía vivo, sus recuerdos seguirían allí y lejos de olvidarlos, debía traerlos al presente para refrescarlos con las abluciones de los sentidos, con la medicina de la vida. La evocación del pasado debía transformarse en conciencia y con el tiempo, tal vez alguien pudiera recibirla. Pero aunque no fuera así, aunque jamás tuviera ese lector al que se dirigía en forma tan lastimosa, el vértigo de su interior al menos obtendría paz.

El Caminante sonrió. Sabía que escribir le traería paz. El incentivo de coger la pluma de inmediato se apoderó de su voluntad. Apresuradamente comenzó el ascenso hacia su cueva, se impulsó con fuerza intentando alcanzar la rama de un sauce, pero dio un traspie en las rocas lisas, resbalosas y cubiertas de limo. En el momento justo en que caía al agua, sus oídos alcanzaron a escuchar un estruendo súbito y lejano, repetido numerosas veces por las paredes de la cañada. El golpe de la caída lo mantuvo sentado, semihundido en la corriente transparente y furiosa. Pese al ruido del agua, pudo escuchar claramente unas voces que gritaban.

—¡Creo que le di!, vamos rápido, no se nos vaya a pelar.

Los gritos venían de arriba, al otro lado de donde estaba su cueva. Entonces supo qué había sido aquel ruido que retumbó con el eco: le habían disparado. Sentimientos de odio y de miedo le invadieron. Así que todavía existían armas. No era un descubrimiento grato. Ahora tenía que protegerse. ¿Quiénes serían aquellos hombres? ¿querrían esclavizarlo? En verdad que no había tiempo para esas preguntas, rápidamente y sin salir del agua, el Caminante se dirigió a la orilla más cubierta que pudo alcanzar. Reptó entre las hojas de los helechos, escondiéndose tras el tronco de un gran sabino.

—¡Oye, tú, quien seas, ni creas que te nos vas a escapar, esta es Propiedad y nadie entra sin que nos demos cuenta! ¡Es mejor que salgas; con suerte tienes algo que te salve el pellejo!

Era la misma voz y venía sin duda de arriba. Parecía que quien lo estaba cazando era un hombre solitario; si hablaba en plural era para amedrentarlo o para darse cuenta

si venía solo. Lo mejor era permanecer quieto, para luego, en el mayor silencio y poco a poco, escabullirse entre la vegetación.

—¡Ya te vi pendejo!

Un disparo despedazó un trozo de corteza del sabino que lo protegía. El Caminante se echó al suelo, pegó todo el cuerpo al piso fangoso y reptó hacia otro refugio. Pudo alcanzar un tronco caído y enorme. Se preguntó si estaría hueco. Así, reptando, llegó hasta un extremo y pudo ver que sí, que había espacio suficiente para que él penetrara. Reflexionó si sería prudente esconderse allí o si mejor seguía hacia la vegetación. Decidió seguir adelante, sin perder de vista ese posible refugio para más adelante. Logró alcanzar una zona donde los árboles de sauce crecían en una maraña muy cerrada, se incorporó un poco para penetrar en el minúsculo bosque, pero antes de lograrlo, una neblina profunda lo entumeció instantáneamente y ya no supo más.

\*\*\*

Era de noche. Lo primero que pudo percibir fue el tremendo aroma a humo, luego vino la certeza de un dolor terrible en la nuca. Abrió los ojos y en la penumbra logró advertir algunas sombras.

—¿Ya estás despertando cabroncito? Pinche imbécil, tus mierdas huesos pesan un chingo, me costó un huevo traerte hasta aquí. Yo le decía a este güey que mejor te debíamos haber matado para que al menos le sirvieras de comida a los putos pescados, pero él quiso que te trajera. Se me hace que algo ha de querer sacarte, aunque de ti no

creo que nada valga la pena –la sombra comenzó a soltar una risa amenazante, luego se calmó y habló despacio-. De veras que eres pendejo, ¿a poco creíste que te nos ibas a pelar tan fácil?

Un carcajeo sordo le replicó a aquella voz.

—Deja que se despierte bien, el madrazo que le di lo dejó muy jodido.

El que acababa de hablar parecía estar frente a él, y justo de allí venía el olor a humo. Un débil resplandor rojizo parpadeó y el Caminante vio cómo el fuego comenzaba a lograrse. La hoguera iluminó paulatinamente a su creador, un hombre corpulento de cabellos largos que le cubrían el rostro. De pronto sintió un golpe en la espalda.

—¡Qué le ves a mi amigo, cabrón! ¿Acaso eres puto? Se me hace que sí. A ver maricón, te voy a enseñar lo que es un macho.

—Ya déjalo, pues -dijo el otro con cierto fastidio-. Luego te lo cojes si quieres, ahorita necesitamos saber qué es lo que hace acá. Dime puto, ¿porqué te metiste a mi Propiedad? Debes ser uno de esos muertos de hambre que viven en el desierto. Hace un mes maté a dos de ellos. Pobres idiotas, cuando llegaron acá me dijeron que sólo querían agua. Mira pendejito, toda esta agua es mía y nadie beberá ni una gota sin pagarme. Si quieres algo tendrás que servirme. Apréndete bien esa palabra: *servir*. No creas que a esos que te cuento los vi y nomás los maté, no, esa parejita me *servió* un año. Estaban enclenques pero trabajaban, además la morra estaba buena y a éste -señaló a la

silueta que lo amenazaba a sus espaldas- le daba buen servicio el muchachito, que era tan maricón como tú. Luego ella se embarazó y la verdad yo no estoy para cuidar escuincles, así que nomás los maté. Vete preparando, porque sólo que me ofrezcas algo que valga la pena salvarás el pellejo. Aquel putito, la morrita pero sobre todo su lechón sabían bien, aunque no creo que tú sirvas para nada, estás viejo, tu carne es seca y además eres pendejo.

El Caminante seguía aturdido, sólo veía unas sombras parlantes y agresivas. El fuego era muy tenue y parecía menguar.

—Pásame esa chingadera que te hallaste, prende bien -dijo el hombre corpulento a su compinche, interrumpiendo sus amenazas sin ningún matiz, como si hacerlas no le importara demasiado.

La sombra que estaba a su espalda le pasó algo al que encendía la hoguera. El Caminante escuchó un sonido inconfundible: el ruido del papel al romperse. Aguzó la vista intentando penetrar la oscuridad y vio cómo deshojaban uno de los libros que había cuidado tanto.

—Por favor, no los quemen, son libros...

No pudo terminar la frase, una patada fortísima comenzó por romperle la boca. El castigo se extendió sin piedad a todo su cuerpo, hasta dejarlo inmóvil, tirado como animal agónico. Allí tendido, pudo ver cómo echaban no sólo uno, sino varios libros a la hoguera. La llama brillante que acababa de nacer iluminó el perfil de los hombres que

lo habían capturado. Los dos se pusieron de pie, frente al fuego. Por un momento parecieron olvidarse de su presencia, hipnotizados por el fulgor de la lumbre. De pronto, sin razón aparente, ambos se desplomaron. El resplandor irregular del fuego reveló la causa: la cabeza de aquellos infelices era un manantial de sangre; al parecer algo grande les había golpeado en la sien. Hubo un momento de silencio, luego un ajeteo de ramas y dos siluetas que brotaron de la penumbra, casi a la par. Una de ellas traía algo semejante a un garrote con el cual golpeó sin descanso a los hombres yacientes, que entre gemidos, intentaban levantarse. Mientras la primera sombra descargaba su furia sobre ellos, la otra sacó rápidamente los libros de la fogata, les arrojó tierra hasta que sólo echaron humo. Luego se quedó en silencio, observando cómo los cuerpos golpeados por su compañero dejaban de moverse, hasta parecer un par de bultos inertes sacudiéndose al ritmo del castigo, sin oponer ninguna resistencia. Luego de un rato dijo algo con una voz que al Caminante le pareció incongruentemente dulce y a la vez hermosa.

—Ya, ya chiquito, no le van a hacer más daño. Mejor ayúdame con el Mudo.

¡Era Lola! Hubiera querido decirle algo, pero tenía la boca rota y la sangre le impedía hablar, así que tuvo que conformarse con el remedo de sonrisa que, en agradecimiento, intentó esbozar ante sus amigos.

—Mira nomás cómo te dejaron -dijo Lola moviendo la cabeza, mientras con la mano izquierda agitaba un objeto de formas imprecisas-. ¿Recuerdas que los chiquitos me enseñaron a usar la honda? Pues ya viste que soy tan buena como el Loco -miró complaciente al muchacho que, con una sonrisa enorme, dejó ver las grandes encías

desdentadas-. A ver, Loquito, échame una mano para desatar al Mudo. También vas a tener que ayudarme a cargarlo, se ve muy golpeado. Ya luego regresaremos por sus cosas y por esos pobres libros chamuscados. Ah! Y tráete las armas de esos cerdos, vamos a tirarlas al río.

Entre dolores y sueño se dejó llevar por sus amigos. Pero con todo, tuvo la suficiente fuerza para insistirles que no fueran a abandonar sus pertenencias. Sí, quién sabe cuántos libros habrían destrozado esos brutos, quién sabe si lo que apenas había escrito seguía intacto, lo que no podía permitir era que de nuevo se perdieran las mermadas joyas que quedaban. Más que nunca, ahora sabía que debía terminar la empresa que había iniciado.

\*\*\*

—No sé porqué te seguí si me abandonaste sin despedirte, vaya, sin dejar ni una nota -dijo la mujer al Caminante, que permanecía tendido en un lecho de ramas, como un verdadero mudo, con la boca hinchada y sin poder siquiera sonreír.

—De mí tampoco te despediste, eres malo -dijo entre sollozos el Loco, conmoviendo al Caminante, que intentó articular inútilmente una excusa.

—No tienes que decir nada -le dijo Lola dulcemente- no vinimos a reclamarte, estamos aquí porque te extrañamos.

El Caminante, se incorporó, aunque estaba adolorido, abrazó al Loco, le acarició la cabeza de pelos enmarañados y sucios, sintió la mano de Lola, palmeando su espalda con cariño. Pasó un instante de esos que parecen no transcurrir en el tiempo, un momento que parecía durar con permanencia. Esa reflexión entusiasmó al Caminante; pensó en algo obvio: el origen de la palabra *perdurar*. Se dio cuenta de que lo más claro, sin embargo, encierra saberes ocultos que sólo se manifiestan muy rara vez en la vida. Mientras se entregaba a su viejo vicio de pensar y distraerse, Lola fue a un rincón del refugio en el que se hallaban, levantando un bulto con cuidado.

—Mudo, aquí están tus cosas. Hay todavía un tomo de la enciclopedia que me robaste y tu cuaderno de apuntes, que hasta que no me lo quieras enseñar no leeré. El loquito salvó unos papeles amarrados con lazos, un poco quemados, pues aquellos salvajes ya los habían arrojado al fuego. También hay una navaja y esta bolsa con unas ramas pegajosas, de higuera, según parece. No sé para que las pudieras querer pero te doy todo. Lo malo es que no hay mucho papel para escribir, pues casi todo lo quemaron. Tampoco hay ninguna de las plumas, ni de los lápices que también me robaste. Tendrás que esperar un rato para seguir con lo que hacías. Por ahora vas a descansar y luego conocerás al buen del Manotas; él nos está prestando su casa hasta que regresemos con el Nico y el Chino.

El Caminante se sintió agradecido y a la vez incómodo. Le complacía saber que sus apuntes no habían sido destruidos, pero le mortificaban las últimas palabras de Lola. Él no tenía intención de regresar con ella. Sí, le estaba agradecido, sin ella hubiera muerto; pero su proyecto exigía soledad y ese proyecto era la acción más importante de su vida, ahora lo tenía perfectamente claro. Lo único bueno de las precarias condiciones

en que se encontraba era que no tenía que entrar en explicaciones. Pasaría algunos días reposando y pensando en cómo decirle a sus amigos que necesitaba soledad. Esos pensamientos le inquietaban y ya le comenzaba otra vez el dolor de cabeza cuando, de pronto, la puerta de ramas de la choza se abrió, dejando entrar un sol tremendo, brillantísimo, que le hizo cerrar instantáneamente los ojos. Luego vio una silueta alargada. Lola se volteó un poco inquieta, el Loco cogió un palo y se puso de pie al momento.

—¡Calma, soy yo! -dijo una voz muy grave y de acento raro.

—Mira Mudo, ¡aquí está el Manotas! -dijeron a coro sus amigos.

El Caminante hizo un esfuerzo por acostumbrar la vista a la repentina iluminación. La silueta fue adquiriendo textura. Vio una piel morena extrañamente cubierta de algo similar a infinidad de cicatrices. Las marcas abarcaban todo el cuerpo, incluso la cara. Estaba débil y le dolía la cabeza, tal vez por eso le costó enfocar bien la mirada. En todo caso estaba tan intrigado por la naturaleza de aquella piel que no se fijó sino hasta mucho tiempo después en los detalles del rostro.

—Veo que te gustan mis tatuajes, mira éste que tengo en la espalda - dijo el Manotas, con ese acento que ahora le parecía conocido, mientras exhibía en toda su amplitud el dorso de su cuerpo.

Allí vio una imagen de otro tiempo. Una mujer con las manos unidas, en actitud de plegaria, con un vestido que la cubría entera y una media luna a sus pies. Era la

virgen de Guadalupe, el casi olvidado icono de otro tiempo. Pero no sólo eso, eran leyendas, figuras de serpientes y águilas y cuatro enormes letras, llenas de zarcillos y bucles: Mara.

—Tú eres más o menos de mi vuelo. Te has de acordar de aquellos tiempos. Yo los disfruté mucho, porque lo que antes era mi pobre vida de miseria, luego se convirtió en la vida de todos.

El acento de aquel hombre no era muy pronunciado pero no había duda, aún sin que hablara sus tatuajes lo delataban: él venía del sur. Tal vez de Chiapas o de Centro América.

—Soy de Tuxtla -dijo como si le hubiera leído el pensamiento- llegué por acá con mi banda trepado a los estribos del tren. Viví mucho en Querétaro, allá en Hércules, por eso casi ni se me nota el habla de mi tierra. Pero tú me cachaste ¿verdad? ya me había dicho Lola que eres muy fijado —el Manotas se rió con fuerza-. Yo fui el azote de los pendejos, los lamecolas y los que se creían chingoncitos. Fui uno más de la Marabunta, de las hormigas que destruyen, de los Salvatrucha, los que sí que éramos chingones y muy truchas, y cuando se cayó el gobierno yo fui Ley. Pero luego conocí a Lola; buena mujer esa Lola. Ella te quiere mucho y yo te debería envidiar. Pero a esa dama no puedo sino respetarla y yo soy amigo de sus amigos. A lo mejor y algún día te cuento mi historia, ahora eres mi invitado y mejor te duermes y descansas. Ya esos que te maltrataron tuvieron lo que merecían. Lo único malo es que yo les traía ganas y me los quería echar solito. Pero a las damas no se les puede negar nada y ya ves, fue ella la que les dio chicharrón.

—No es cierto, yo me los eché -dijo el Loco, como defendiendo su último logro.

—Sí, chiquito, él lo sabe, pero ya ves cómo es de caballeroso.

El muchacho soltó una carcajada tartamuda, de esas que ya casi había olvidado el Caminante, al que se le despertó nostalgia de lo reciente. Recordó al Chino, tan insignificante en su forma de ser. Al Nico, el eterno enamorado de Lola. Al viejo museo de los recuerdos; las largas tardes entre sus libros e imágenes. Luego, como en una escena violenta, recordó la Ciudad, la creciente erosión de lo que antes se consideraba estable. El miedo que los Maras inocularon en los centros comerciales, en las calles y hasta en las iglesias. Le vinieron las imágenes de aquellas hordas de tatuados destrozando automóviles, robando, matando.

—Deja ya de pensar tanto Mudito -dijo la Lola con inmensa ternura. Tómate este tesito y descansa, nosotros nos vamos acá afuerita a preparar lo que vamos a comer.

Todos salieron, incluso el hombre tatuado, que a pesar de tener una complexión juvenil, poseía el rostro arrugadísimo de un abuelo.

\*\*\*

Algunas semanas después, con el cuerpo repuesto y varios dientes de menos, el Caminante había regresado a su cueva. El viejo Mara Salvatrucha, luego de una juventud violenta y desalmada, era un dulce, parlanchín y duro anciano. Se había

convertido en el nuevo dueño de la Cañada; era un Señor severo pero amable. Les permitía a sus maras, con familias numerosas, ocupar las chozas de los antiguos tiranos. A cambio, ellos se preparaban para los segurísimos ataques que muy pronto recibirían, pues mucha gente necesitaba el agua. El mundo de las cañadas distaba de ser pacífico. Gracias a la pausa que ahora disfrutaban, el Manotas, en atención a Lola, le había permitido a él ocupar la cueva. Habían estado de acuerdo en que podía irse a continuar con su labor. No sabían bien de qué se trataba, sólo Lola conocía sus inclinaciones de escritor, pero todos respetaban su silencio. Ya sin interrupciones, el Caminante pudo reordenar sus apuntes. Mucho habían logrado salvar sus amigos. La declaración de Wedgewood apenas se había chamuscado en las orillas. Los sueños que pensaba transcribir estaban casi enteros, algunas láminas de la enciclopedia se conservaban intactas, lo mismo que fotos, diarios. En la transitoria paz de ese lugar, aprovechando las técnicas que le había enseñado su amiga Alejandra, fabricó largos pliegos de un papel burdo, hecho con los tallos secos de juncos y con la pulpa de celulosa que recuperó de las hojas quemadas por aquellos vándalos. Cortó su creación en trozos del tamaño de un papel carta y allí encima, con la savia de algunos árboles, se dedicó a pegar fragmentos de los diarios que él y Alejandra habían escrito en París, un lugar ahora tan remoto como los tiempos que antecedieron La Catástrofe. Lo que estaba creando era un testimonio y por lo pronto no necesitaba escribir. Bastaba con escoger, ordenar y pegar lo que un par de seres humanos, en su día, habían escrito sobre esa cotidianidad casi inocente que, a la larga, germinaría en un destino irrevocable. Mientras seleccionaba recortes, allí parecían estar los lugares, los rostros de personas que alguna vez vivieron, memorias que él había querido u odiado: Luis, Annette, Notre Dame. Dejó un momento de pensar, se sumergió en las percepciones básicas que lo

rodeaban, el sonido del agua, el aroma de las hierbas: las sombras del pasado se convirtieron en fantasmas.

## *Fragmentos de dos diarios en París*

Estamos aquí desde hace tres días. Alejandra sólo se aparece por el hotel hasta bien entrada la noche. Debe andar por las calles, recordando su época de estudiante en esta ensimismada ciudad. Tal vez por eso la extraña tanto: son casi iguales. Lo malo es que hoy vi a Luis y se decepcionó un poco de que mi misántropa amiga no estuviera. Sólo la conoce en fotografía y le encanta, hasta me dijo “oye, qué guapa, me va a costar mucha concentración trabajar con esa carita y ese cuerpecito tan cerca de mí”. Su comentario me molestó, es cierto. Ale es preciosa pero no sólo eso. En fin, Luis no conoce su carácter y me divierte un poco imaginar cómo va a reaccionar ella ante cualquier insinuación. Con todo, algo bueno va saliendo de esto, pues iremos a cenar a la casa de Annette; al fin platicaremos todos juntos de la propuesta que Luis tiene para Ale. También es una oportunidad para estar junto a otra mujer, una muñeca verdaderamente exquisita, no tan guapa ni tan inteligente, pero con cualidades algo más accesibles a mis apetitos. Me cautiva su delicado gusto por la buena comida. Ya me estoy paladeando los vinos antiquísimos que sacará de su bodega, pues le encanta ser el centro de atención en su casa. Aunque sea vanidosa, Anette es un amor. Sigue gustándome, tiene un cuerpo delicioso y a pesar de su frialdad en la cama, en la mesa es una artista. Hipertrofia compensatoria, supongo.

\*\*

Llegamos a París el lunes, a las 8 de la mañana, pero mi cuerpo, entre la diferencia de horarios y lo prolongado del trayecto, sentía un cansancio de medianoche. Es ridícula la tecnología. El viaje de Los Angeles a Paris duró apenas una hora, pero para llegar a Los Angeles desde México necesitamos cinco: entre retrasos, papeleo y traslado desde el aeropuerto hasta el aeródromo, eso sin contar la espera para el despegue que nos permitiría “surfear” sobre la atmósfera. Sí, cierto, volar en el *orbiter* es espectacular. Ver la curvatura terrestre, la oscuridad del cielo en pleno día, las estrellas y el rarísimo resplandor del sol en la estratosfera, es algo que vale la pena. Pero en total hicimos casi diez horas. Los tatarabuelos cruzaban el océano en tres horas, en los remotos tiempos de aquel famoso y arcaico “Concorde”. Vaya, el caso es que no dormí, ni en el avión ni en el *orbiter* y me sentía drogada: el sueño se mezclaba con la excitación, las ganas de reposar con un impulso imparable de caminar. No bien pisamos el hotel, mientras Leo se tiraba a la cama, yo salí de inmediato. Anduve unas calles y subí al metro La Défense. Sin pensarlo me dirigí como zombie a la estación de La Cité. El trayecto me pareció irreal. Era como si no hubiera pasado el tiempo: los mismos olores, la misma aglomeración, hasta me pareció que el rostro de los músicos ambulantes que entraban al vagón era el mismo de años atrás. Salí al frío de la calle. Desperté con el aire cortante y el resplandor incongruente de un sol fortísimo. Me había equivocado de estación, mi cuerpo, transportado literalmente al pasado, se guió por su memoria y me llevó al Boulevard de Saint Germain: la avenida parisina en la que, hace años, yo inauguraba mi primer paseo por La Ciudad. La gente caminaba con la misma prisa de siempre y los seguí. Sin darme cuenta cómo, mis pasos me llevaron hasta el Pont Neuf. De nuevo veía al Sena, un poco más transparente que antes, pero igual de ancho y caudaloso. Allí estaban algunos hombres haciendo ejercicio, recordándome mi ingenua juventud, cuando los admiraba. Me detuve un momento a disfrutar del paisaje,

de los viejos edificios que permanecían sin cambios desde hace siglos. Pensé en los miles de personas que, igual que yo, se habían extasiado con ese panorama, cavilando exactamente las mismas cosas que ahora inundaban mi mente. Caminé un poco, hasta el centro del puente. A mano izquierda, a lo lejos, observé la silueta oscura y alargada de una viejísima estructura de metal. Parecía una ruina decimonónica que, milagrosamente, habría escapado a la cuidadosa poda urbanística que mantenía la ciudad con cierta salud. De momento no me extrañó tanto. Pensé en el Centro George Pompi Dou, engendro de vidrio y metal que, con más facha de mercado o de bodega, intentaba ser un establecimiento cultural. Cuando la memoria estaba por recordarme la espantosa pirámide del Louvre, el viento helado me golpeó la cara y reparé con claridad en lo que veía. Esa anacrónica y vulgar estructura metálica era, ni más ni menos, que la Torre Eiffel.

\*\*

Son casi las cuatro y ni un rastro de Alejandra. Fui a Notre Dame. Estaba segurísimo de encontrármela allí. Pero bueno, la ciudad es enorme y a ella le encanta perderse en callejuelas imaginando quién sabe qué historias medievales o vete a saber si perversas. No, no lo creo, Ale es extravagante pero no es perversa. De hecho hasta me parece inocente. Eso no le quita ni un poco de inteligencia, como bien sabía Max. Max, como yo, como muchos hombres inteligentes, la admiraba. Su belleza no merma ni un ápice su capacidad. Por eso la mandó aquí. También porque conocía sus ideas, su pasión por cambiar un mundo que siempre consideró mediocre. Yo creo que eso de la mediocridad es cierto, de lo que no estoy tan seguro es que tal carácter sólo distinga a esta época. Me parece que las cosas siempre han sido así. Dudo mucho que la rebuscada

iconografía de Notre Dame, por ejemplo, sea tan profunda como supone Ale. A mí me parece una recreación artesanal de las inquietudes populares y místicas de gente más bien sencilla. Pero ya basta, no puedo esperar más. Regresaré al hotel y le dejaré un recado para que nos alcance en casa de Annette. Es increíble, todo esto lo hacemos en torno a ella y ni siquiera parece importarle. Pero de qué me quejo si así es ella.

\*\*

¿Qué es lo importante? Muchas veces en mi vida me hice esa pregunta. Ahora me doy cuenta de que nada importa realmente. Vaya, tal vez lo único que merece el calificativo de “importante” sea el hecho de permanecer viva. Pero esa es una importancia relativa. La vida es efímera... aunque los viejos maestros pensaban distinto. Para ellos existía lo trascendente. ¿Qué pensarían de este mundo de modas y frivolidad? Ciertamente, nada importa, pero la vida importa mientras se está viviendo. Y aquí estamos, miles de millones de seres humanos, “viviendo” sin darnos cuenta, desperdiciando este milagro, convencidos de que nada importa. Me duele decirlo, pero soy tan prosaica como todos. Lo único que me conecta un poco con los antiguos es la pasión por la edad media. Por eso cuando veo la Torre Eiffel siento esa mezcla incómoda de risa y pena. A los franceses les parece *muy importante*, pero es penosamente cómica: como todas las pretensiones de nuestra civilización tecnificada. Pensar que una estructura de *hierro*, sin más chiste que el precario ingenio de la mente mecánica que la ideó, se haya convertido en el símbolo de una ciudad con tanta historia como París. Pero qué hacer, a esta humanidad bárbara le gustan los símbolos vulgares. Así que yo intento curarme un poco de esa tosquedad. Desde el primer día, aprovechando el cansancio y su destilado más fino, la percepción alterada, caminé hasta las sagradas piedras de Notre Dame.

\*\*

Annette estaba espléndida. La recordaba guapa, pero hoy despertaba mis deseos carnales sin medida. Por más que supiera de su indiferencia hacia el sexo, por más que recordara su casi burocrática manera de hacer el amor, esa noche había logrado el porte perverso de una ninfómana. Traía un vestido negro, largo y sencillo, que sin embargo, se abría a un lado, dejando ver sus piernas esbeltas, perfectas. En aparente discreción, la ropa se ceñía como otra piel a la suya y entre más carne cubría, más insinuaba formas que despertaban al apetito. Cuando me pidió el abrigo, dirigiéndose a la otra habitación para guardarlo, eché un vistazo a su trasero. Unas nalgas redondas, que se burlaban de la gravedad y se movían con una cadencia que no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera el violento vaivén de un rabioso acto sexual. Estaba tan absorto en su cuerpo que no la escuché cuando me preguntó por Alejandra. “Leonardo, deja ya de verme, dime, ¿y tu amiguita?” Disfruté la suavidad de su acento, la sensualidad de sus labios carnosos al pronunciar la “o”, también me divertí el tonito celoso con el que decía “tu amiguita”. Me disculpé y le dije lo que había pasado desde nuestra llegada. Le conté de las ausencias de Alejandra y de mi sospecha de que no vendría a la cena. Su rostro fue tornándose encarnado, los ojos azules comenzaron a brillarle con furia, con unas pupilas que se agudizaron hasta convertirse en un pequeñísimo punto. Volteó rápidamente hacia el comedor, donde la vajilla, puesta con gusto impecable, esperaba las viandas y el vino. Aspiró un poco, con disgusto, como invitándome a oler el exquisito aroma de la cena que se estaba cocinando. Luego estalló. “*¡Mèrde!! ¿Pour qui se prend t’elle, ton amiguita? ¿Pour une diva? ¿Elle croi nous sommes tous a sa disposition?*”. Se levantó furiosa, fue al comedor y se sirvió una copa. A mí no me ofreció nada, se me quedó

mirando y siguió, cada vez más iracunda. “¿Qué esperas? ¡habla al hotel! Haz algo, Peiró y los demás llegarán a las 7. Mira la hora, ¡faltan quince minutos!, se supone que tú y ella estarían aquí desde las 6:30 y no sólo llegas tarde, todavía me sales con eso de que a lo mejor ni viene. ¡Anda ya, habla!” Llamé sin tardanza, por mi portátil, pues me dio miedo pedir su videófono. Enojada, es terrible. Mientras buscaban a Alejandra en el hotel, el videófono de la casa sonó. No pude escuchar bien la conversación, mucho menos ver con quién hablaba ella, pues el recepcionista me pedía datos interminables para localizar a mi amiga. Sólo identifiqué el tono de voz de Annette, contestando de manera muy dulce y amable. Luego un silencio y una brevísima conversación en un volumen que parecía contenido, como intentando bajar una voz que tenía todas las intenciones de ser un grito. Por fin me dijeron que Alejandra no había llegado. Colgué. Annette estaba sentada en la sala. Viendo al techo. Me pareció más hermosa. Cuando me miró, sus ojos brillaban. Estaba a punto de llorar. Las pupilas eran ahora dos pozos sin fondo, inmensos, seductores. Ni siquiera me dejó decirle de Alejandra. “Era Luis Peiró –dijo con lo que me pareció un sollozo contenido-. Le conté la grosería que nos ha hecho esa amiga tuya. ¿Sabes que me ha dicho? Que era comprensible, que la dejáramos, que el fin de semana podríamos cenar con más calma. Así, no agregó nada. ¿Quién es ella para que estemos a su disposición? ¿pero es que nadie tiene ni un poco de modales? Yo cancelé muchísimas cosas por la maldita cena de hoy. Yo no sé que tenga de especial esa mexicanita sin educación, pero eso sí, a mí, que me preocupo, a mí que ando de tonta tratando de que estén a gusto en *mí* casa, a *mí* ¡nadie me tiene consideración!”. Me le acerqué. Traté de consolarla y no pude evitar acariciar su talle. Le dije que no importaba, que podíamos cenar nosotros, que la pasaríamos bien. Y mientras le decía eso, ya iba fraguando un plan para irme a la cama con ella. “¡Sabes que todos los años voy al concierto de Notre Dame! –me gritó- Jean Luc es uno de los

organistas y este año iba a ser especial. Muy pero muy especial. Todos, todos los organistas iban a presentar obras. Desde piezas medievales hasta sus propias composiciones... Tú sabes cuánto me gusta la música, cuánto quiero a Jean Luc. Peiró también lo sabe. Y mira, no les importa, a nadie le importa. Todo lo cancelé por esa, por esa *amiguita* tuya. Y la cena, de qué sirvió mi esmero..." Y así seguía ella mientras yo la consolaba, acariciando su cuello, diciéndole que no, que yo sí la quería, mintiéndole, diciendo que Alejandra no me importaba nada, tocando sus piernas, metiendo mis dedos por la abertura que me permitía sentir la tibieza de sus muslos. "Y el concierto era a las nueve. Pero aquí estoy yo, tonta, tontísima, preparándome para una cena en honor de una, de una, sí que te lo he de decir, de una mujerzuela sin educación, una cena a la que además –sollozó- a la que además no vendrá nadie". En cambio, aquí también estoy yo, le dije, mientras continuaba palpándola con un cariño cada vez más atrevido. De modo súbito, se levantó de un salto, dejándome con el inicio de una erección que prometía ser imponente. "¡Qué horas son!" No sé, le dije. "Rápido, qué horas son". Fue corriendo hasta la habitación contigua y regresó saltando como una niña. "Anda, corre, ven conmigo, todavía tenemos tiempo de llegar al concierto, apenas son las 7:30".

\*\*

La Dama Enigmática te espera en el umbral. ¿Es una simple escultura, una representación alegórica a la entrada de una iglesia, o es *ella* en persona? Con la mano derecha te muestra dos libros: uno abierto, como la enseñanza que todos pueden alcanzar; el otro cerrado, la sabiduría que sólo toca a unos cuantos. Yo he abrevado, precariamente, en ambos. Soy una maestra, pero mi sabiduría no se compara ni un ápice con aquella de los ancestrales constructores de Notre Dame. Cierto, ellos eran *hombres*,

pero sabían que la *mujer* encierra mucho más que misterios en su sexo. Viviendo en un mundo de *machos* -padeciendo el más deleznable engendro de la masculinidad: *la civilización*- ellos persiguieron lo proscrito en el símbolo inefable de La Dama Enigmática. Escribo esto en el silencio de mi habitación de hotel: magnífico ejemplo de la precariedad arquitectónica de nuestro tiempo. Hoy por la mañana, casi había olvidado mi época luego de contemplar los significativos relieves de la catedral. Si con alguna imagen me igualo, de todas las que, inmóviles, y aún así en pleno vértigo pétreo rodean su entrada, es con la de ese caminante que se apoya en un báculo, andando hacia la encina, con el rostro desvanecido por los años, erosionado por el tiempo, inidentificable, apenas insinuado. Estoy segura de que es una mujer, una mujer que busca y que camina. Humildemente, pensando en la gracia con la que mis ojos se colmaban, sin más báculo que el entusiasmo, llegué al umbral del bosque pétreo, del templo construido por los hombres. Sin embargo, no pude ver a la Dama. Mi caminar se detuvo ante un irreverente anuncio que la tapaba sin pudor. Al menos tuve el consuelo de mirarme en el espejo de piedra: allí, a la izquierda, la impronta de la caminante del rostro deslavado permanecía, saludándome. Me hice un poco hacia atrás, para contemplar mejor el resto de las efigies que los antiguos habían esculpido en la caliza del templo. Un grupo de turistas japoneses, abundante y compacto, tomaba fotos con la simultaneidad precisa de un cardúmen. Cuántas imágenes se guardaban en la memoria electrónica de sus aparatos, cuántas formas que sólo servirían para convertirse en las etiquetas de un inventario sin sentido, en las fichas para reconocer el trayecto de unas vacaciones. Para ellos, como para casi todos, la iconografía de Notre Dame sólo era un adorno curioso, simpático, tal vez abigarrado. Pobres analfabetas. El olvido es aún peor que la muerte. El lenguaje y los símbolos grabados en la piedra se ofrecen hoy a un público ciego. Yo misma me duelo de no poder leer sino apenas lo que se insinúa a mi imaginación.

\*\*

Llegamos poco después de las ocho y media. Annette me condujo a un costado de la entrada, justo hacia el acceso al campanario. Salvamos la multitud y alcanzamos la reja, donde ella comenzó a hablar con un guardia. Annette se impacientaba, discutió con el uniformado y al poco rato, bajó un hombre muy bajo, calvo y regordete, enfundado en un abrigo que le quedaba muy grande. Le sonrió ampliamente a mi amiga y el guardia abrió, haciendo chirriar el hierro de aquella verja. El pequeño hombre dijo que no la esperaba, que era una sorpresa, luego la abrazó y al fin, se dirigió a mí. “Pasen, vengan por aquí —balbuceó en español, con un acento gutural muy pronunciado— me da gusto que vayan a estar con nosotros”. Luego nos llevó a la viejísima escalera de caracol. Yo había subido por allí muchas veces, como cualquier turista, para llegar hasta la famosas gárgolas. Esta ocasión lo hacía acompañado tan solo por Annette y ese hombrecillo. Mientras subíamos me imaginé que allí estaba yo, con Esmeralda y Cuasi Modo. Al fin, luego de atravesar por unos corredores que jamás había visto, llegamos hasta el coro. El hombrecillo nos llevó a una orilla, desdobló dos sillas que estaban sobre la pared y se disculpó por tener que dejarnos, pues él era una de las estrellas de esa noche: Jean Luc.

\*\*

Era mi primer día en La Ciudad y me estaba vedado ver a la Dama Enigmática. Alterada, fui hasta el feo letrero que la ocultaba, con toda la intención de retirarlo sin miramientos, pero un vistazo a lo que decía me contuvo. El anuncio invitaba a un

concierto, allí mismo, en Notre Dame, el jueves por la noche. Mi enojo se tornó júbilo. Poder escuchar al ancestral órgano, rodeado por el legado pétreo de los antiguos sabios, era algo más que una mera casualidad. Supe entonces que mi retorno a París encerraría sorpresas. Y vaya que lo hizo, aunque sin duda, los gérmenes del futuro fueron mucho más profundos de lo que en ese instante alcancé a vislumbrar.

\*\*

La iglesia permanecía entre penumbras. En parte por la tenue iluminación artificial, en parte por el tono más bien oscuro de la cantera que nos rodeaba. Annette me dijo que en esa celebración, Jean Luc había procurado recrear un entorno medieval. “Cuando comience el concierto apagarán todas las luces. Sólo será posible que nos veamos entre las sombras. Mira, hasta los organistas tendrán que leer sus partituras como en cualquier noche del siglo XIV”. En efecto, alrededor del teclado, un semicírculo de candelabros de hierro se preparaba. Unos hombres procedían a encender los grandes cirios en ese momento. Me levanté de la silla y caminé hacia la balaustrada. Abajo, bordeando las largas bancas del templo, algunos candelabros idénticos estaban coronados por los mismos cirios, que diligentemente, unos hombres comenzaban a encender. “Leo —me dijo Annette entusiasmada— va a ser una noche extraordinaria. ¡Qué bueno que estás conmigo! De veras, espero nunca conocer a la diva que, no sé cómo, es *tu amiga*. Mira, ven”. Me llevó hasta un extremo del coro, detrás de una columna. “Desde aquí podremos verlo todo: el altar, las ojivas, el órgano. Sí, sí, todo lo veremos mientras oímos a Jean Luc”. Me disponía a ir por las sillas cuando Annette me detuvo. “No, no. A ver, quítate el abrigo”. Pese al frío, ante su enorme sonrisa, ante la sensación de que me estaba coqueteando, lo hice sin chistar. Ella lo tendió sobre el

suelo de piedra y luego se quitó el suyo, acomodando ambos como para improvisar un lecho. Mientras lo hacía, en la penumbra, la abertura de su vestido me dejó ver con generosidad sus muslos; en su afán por dejar cómodo el rústico jergón, me rozó un hombro con la turgencia de sus senos, que aún en la oscuridad seguían insinuándose deliciosos a través de la ceñida vestidura. Se sentó y literalmente me jaló a su lado. Se me acurrucó. Mi erección volvió a anunciarse. “Hace mucho frío —me dijo— Acércate más”.

\*\*

Estoy de nuevo aquí, caminando ya hacia Notre Dame, deleitándome ahora mismo con lo que será el concierto. Me detengo un momento para seguir con estas notas. Desde el puente veo al Templo. Debo aceptar que la iluminación artificial le da un encanto magnífico. Sólo espero que los organizadores hayan tenido el buen gusto de procurar que en el interior no reine la vulgaridad moderna y se cuiden de ser mesurados con la luz. Me doy cuenta de que en la entrada, con todo y la gente que está esperando, no se obstruye la vista de la Dama. Al fin la miraré cara a cara, como en un encuentro privado, pues la multitud ciega ni siquiera repara en su presencia. Y si alguien cree que soy exagerada debería estar aquí, a mi lado, para percatarse de la frivolidad indiferente con que se le van acercando. No puede servir de excusa la noche, pues los reflectores iluminan claramente los relieves, que como un libro, regalan su sabiduría a quien sepa leer. Por ejemplo, los nueve peldaños de la escalera que se representa frente a la Dama, evocan las nueve puertas que, según los antiguos conducirían al saber. Nueve llaves, como las nueve obras que componen al concierto que estoy por escuchar. Estoy en la fila, avanzando con lentitud y al fin llego. Me detengo, no me importa la impaciencia de

esta turba, mezcla vulgar de turistas y ciudadanos arrogantes. Escribo al tiempo que veo: es el rostro impecable de la Dama, pienso en el número nueve, en el hecho de que alguien tuvo que programar ese número exacto de obras para hoy, y le pregunto, me pregunto: ¿será esto casual? Cavilo en algo tan atractivo como poco probable mientras, empujada por la masa, ya me dirijo hacia una banca muy cerca del centro del templo. Desde aquí puedo ver que hay algunos cirios rodeándonos. Están encendidos y son apenas un adorno que acentúa la incongruencia de los candelabros de luz artificial que cuelgan de la nave. Esa luz opaca el tenue brillo que despiden los pabilos. Ahora sé que sigo en el siglo XXI, nada más. Mi decepción es grande y también ilógica ¿acaso había creído en serio que los organizadores del concierto eran conscientes del significado de la oscuridad? ¿del sentido de los cirios? ¿del efecto que sobre el espíritu ejerce la penumbra? Debo resignarme a ser una de las últimas adoradoras de la Dama. Ella sabe que la venero, por eso no tendré que decir nada. Aceptaré su regalo humildemente, sin exigir lo que no se puede de una generación gris e ignorante. En recogimiento, escucharé la voz del órgano, el canto más profundo de las entrañas pétreas de este Templo.

\*\*

Apagaron las luces. La oscuridad fue mucho más impenetrable de lo que imaginé. Mis ojos apenas podían ver el sombrío cuadro del órgano: misteriosos tubos que expelían sonidos imponentes. Debo decir que la idea de Jean Luc no dejaba de ser espectacular. Annette pasó del entusiasmo a un extraño mutismo. Seguía aferrada a mí pero su tacto era lejano, abstraído en la música. Yo era un objeto más, como el piso o la

balaustrada. Mis expectativas eróticas comenzaban a desvanecerse. Sin embargo, el entorno era lo suficientemente atractivo como para que eso fuera importándome menos. Conforme el concierto avanzaba una rara sensación se me entrañó. Recordé la iconografía que tanto apasionaba a Alejandra. Las extrañas gárgolas, las cargadas esculturas, pero sobre todo, las irreverentes imágenes que solían hallarse en Notre Dame. Justo cuando estaban viniendo a mi memoria, Annette se puso a horcajadas frente a mí. Fue una sorpresa. Al principio no entendí qué pasaba. En la penumbra sólo veía la silueta de su cuerpo. Noté que estaba levantándose el vestido, se lo quitaba con furia, como despojándose de una segunda piel. La música era intensa y ella se contorsionaba, montada en mí, semidesnuda, frotando su pubis contra mi sexo. Torpemente intenté bajar mis pantalones, pero ella me empujó hacia atrás con fuerza. Me excitó su dominancia. Sentí el tacto latigante de sus cabellos sobre mi rostro y de inmediato, la habilidad de sus manos dejando al descubierto mi pene erecto. En ese momento, el *crescendo* de la música cesó. Como una hábil bailarina, ella armonizó el ritmo de sus violentos movimientos al nuevo elemento, al *pianissimo* que ejecutaba el órgano. Con extremo cuidado, giró su cuerpo dejando que sus pantorrillas descansaran a los lados de mi cabeza. Casi en silencio, con la lengua húmeda fue recorriendo mi falo. Yo empecé a perder el control, con desesperación alcancé sus nalgas, semicubiertas aún por las diminutas panties. Hice un ruido y ella me golpeó la sien con una rodilla, a la vez que introducía mi pene en su boca, dejándome sentir el tacto de sus dientes sobre el glande, donde ejerció una amenazadora presión, como advirtiéndome que guardara silencio. Dejé de moverme, ella en cambio, giraba su entrepierna con suavidad, invitando a que mi lengua se le hundiera profundamente en la vagina. Aspiré esa fragancia inexpresable: ¿cómo describir el aroma que despierta los deseos; el tacto sutil que comienza arrastrando su estela de sexo en la nariz, para luego disparar sin remedio,

en todo el cuerpo, apetitos imparables? Hubo un silencio. La pausa entre una y otra obra. La siguiente tuvo un inicio enérgico, mismo que como un relámpago se transmitió al cuerpo de Annette. Dejó su boca libre de mi sexo y comenzó a morderme los muslos, a frotarme la vulva sobre el rostro, a moverse, contorsionarse, cambiando de posición, quedando de nuevo frente a mí. Entonces, sin atender a su intención de mantener el control, la penetré, profundamente, violentamente, poseído también del sonido que inundaba al templo.

\*\*

La memoria es el único templo que poseemos. Allí habita el tiempo: un sólo presente, un sólo existir. Esta noche, alguien con sabiduría, quizás una mujer, si no un hombre capaz de no oponerse a su propia feminidad, supo despertar el valor de la tinieblas y sorprendiendo a todos, más que nadie a mí, pude constatar que sólo el aura de los cirios nos rodeaba; qué digo, debo usar el presente: constato que el aura de los cirios nos rodea. Recuerdo los momentos que pasé hace muy poco en el Templo de la Dama y estoy de vuelta allí, entre sus sombras, arrebatada por el tacto místico que, arrastrándose por el laberinto húmedo de la nariz, acaba por diluir sin remedio a nuestro cuerpo fragmentario con el Todo. El tiempo corre y la memoria se alimenta de él, se preña, hasta dar a luz este presente efímero que ahora vivo. Y las palabras luchan torpemente, conjugando verbos, como si el pasado o el futuro existieran. Qué enorme es nuestra pequeñez. Permanezco aquí, tumbada en el tosco cuarto de mi hotel, pero recuerdo el concierto y estoy allí. La música evoca en su lenguaje, cada icono, cada relieve, guiando generosamente en la lectura hasta al más ciego, al más ignorante. En la oscuridad, la luz que despiden los cirios es el tenue velo para *ver* lo que no tiene

aparición. Las columnas se pierden en la altura y la catedral es de nuevo, el bosque, la ciudad de los árboles, la selva de piedra. Cada nota fragmenta lo sin límites, se expresa en geometrías donde la armonía marca fronteras, formas. El órgano habla y traduce. El cielo y el infierno se muestran como la clave de la realidad, de la *res*, la cosa, el minúsculo símbolo que la mente interpreta desde la falaz caverna de los sentidos. ¿Sabrán estos pobres *hombres* y sus “mujeres” lo que ahora se les está regalando? El lado izquierdo, el único que nos es dado mientras vivimos en la tierra, es la gran puerta de la percepción. Desde el umbral de *nuestro único templo*, la fachada del Templo de la Dama lo revela: los demonios, guías engañosos, son los únicos que conducen al saber. ¡Es necesario *ver* lo que los maestros representan en la piedra! Por eso es que un diablo y un ángel pulsan la balanza. Escucho la fuga terrible de Bach y en ella *veo* al caballo, al símbolo de los sentidos que aún corriendo, siguen fijos en la tierra. Pero las notas se escapan, en el contrapunto la armonía se dispara hacia el infinito, como la mujer ciega que sobre el caballo, insaciable, copula con un hombre al que su vigor ya ha despojado de las entrañas. Recuerdo el concierto y estoy allí. Los ojos escudriñando la penumbra adivinan grietas en los mundos. El incienso se mezcla con el frío, con el aire casi sólido que envuelve como un manto de niebla, a este bosque antiguo, humano y sin embargo, natural. El ancestral dolmen que yace bajo el altar de Notre Dame, es ahora una extensión telúrica, un avatar pétreo de nuestra madre. Recuerdo el concierto y estoy en el día de la Consagración. Estoy en el día de la Consagración y recuerdo cómo recuerdo al concierto. Estoy en el bosque y recuerdo cómo sus encinas serán después columnas, cuando los maestros decidan regalar a los ciegos su sabiduría. Recuerdo al concierto, recuerdo al bosque. Estoy allí.

Hoy regresaremos a México. Aunque estuvimos en La Sorbone y Ale leyó su parte en el Congreso de Geología, aunque parece que mi extravagante amiga está entusiasmada con el proyecto que a grandes rasgos le describimos en casa de Annette, nunca pudimos vernos con Luis. Intentamos tres citas, en ninguna coincidimos. La primera vez por culpa de Alejandra. La segunda, por culpa mía y de Annette. Ella y yo nos perdimos para todos el día acordado. Aquella noche en Notre Dame fue apenas el principio de una semana promiscua, excesiva. Y yo que tenía a esa mujer por una frígida. Fue tan insaciable que estoy seguro de mantenerme en la más rigurosa abstinencia lo que resta del año; no tengo energía para más. Y bueno, la tercera falta se la debimos al propio Peiró. Esa fue la peor, pues Annette y Alejandra mostraron ser dos almas absolutamente incompatibles. La cena habría sido trágica de no ser por la manera drástica en que la propia Annette atajó toda charla, leyendo súbitamente, el texto donde Peiró explicaba a grandes rasgos sus ideas y su invitación para que Alejandra fuera parte de un gran proyecto, que le explicaría en detalle ya en México. Annette estaba enfadadísima mientras leía: Peiró no sólo trataba a Ale como a una colega, sino que le confesaba sus inclinaciones políticas y la invitaba a que se uniera a él, pues, decía: “entre científicos podremos al fin, resolver algo de este mundo tan injusto”. Vi cómo los celos brotaban literalmente de cada poro de la piel de Annette. Sé bien que ella siempre intentó agradarle a Luis, es más, estoy seguro de que se fueron a la cama muchas veces. Por eso debe haberse sentido traicionada o en el mejor de los casos, menospreciada. Habrá imaginado que ahora Ale la desplazaría, la dejaría en un sitio olvidado y minúsculo. ¡Qué noche aquella! Cuando todos se fueron ella se convirtió en una furia. Me dijo “ para ser mujer no basta tener las nalgas y las tetas de tu amiguita, no basta esa carita de muñeca mustia que tiene ella ¿así cojes con esa perra? ¿acaso esa putita sabe

hacerte gemir como yo?”. No me dejó replicar ni un ápice. Me ató, me hizo el amor con saña y aunque nunca fui sadomasoquista, ella me mostró cómo, cualquier perversión, puede llegar a convertirse en una necesidad. Al fin regresaremos. ¡Gracias a Dios! Yo le huyo a esa ninfómana y la verdad, a pesar de la calentura, este invierno en París ha sido demasiado frío, incluso tenebroso. Estoy pensando seriamente en viajar a Querétaro. Necesito paz, tibieza y castidad.

*El diario de Alejandra*

(2)

El viaje a París estuvo lleno de sorpresas. Mi orgullosa y excluyente marginalidad está por transformarse, nunca imaginé que el hado me condujera a esta situación. Pero heme aquí, convencida de que lo que estoy por hacer representa la mejor alternativa para salir de este mundo de miseria. Todo comenzó con un encuentro fallido. Por tres ocasiones y por tres razones distintas, nunca pude coincidir en persona con aquel que ideó esto que ya es mi destino, un destino que engarza directamente con el futuro del mundo. Estuve en su maravillosa casa del Boulevard Pereire, llena de evocaciones y signos. Ciertamente, él no vivía allí, le rentaba el departamento a una típica mexicana con aires de parisina. Patética persona la tal Annette; una mujer que se creía francesa por el hecho accidental de haber tenido un padre francés, de orígenes miserables, pero eso sí, ahora de mucho dinero y siempre de poca vergüenza. Nunca entenderé por qué hay tanta gente así en nuestro país: eso de renegar de la mexicanidad es un rasgo típicamente mexicano. El caso es que fui capaz de soportar las pedanterías de la “parisina”, porque tenía la esperanza encontrarme con el dueño de un lugar tan lleno de símbolos. Vaya, eso ya no importa.

Lo que sí importa, al menos por ser algo que rarísima vez me ha pasado, es que por primera vez en años, estoy ansiosa de conocer a alguien: el doctor Luis Peiró. Asesor del *Institutum Canarium*, experto en Geomorfología, y autor de un iluminado artículo sobre “Las Quimeras” de Nerval. Ese hombre que además de científico es apasionado del romanticismo y, con seguridad, de las tradiciones de los viejos maestros,

es con quien supuestamente iniciaré un proyecto doctoral sobre el posible uso de las tensiones tectónicas como fuente alterna de energía. La investigación es basura, me lo ha dicho por teléfono, pero el doctor Peiró ha sabido venderla como si fuera oro. Gracias a él, un golpe supremo le espera al Imperio. Leonardo ha concertado una cita en su casa el día de mañana, y yo, la misántropa, la que se incomoda al conocer gente nueva, la que se siente fuera de lugar cuando no está en su guarida de Tláhuac, ahora soy la que come ansias por conocer al arquitecto del que Leo denomina cómicamente “Plan Supremo”. Cierto, desconozco los detalles, pero sé bien que se trata de desencadenar una catástrofe geológica muy puntual, que afectará quirúrgicamente a Estados Unidos. Tengo hipótesis de qué se traen entre manos, y si estoy en lo correcto, el plan tendrá que ser genial pues supone muchas dificultades. Pero no deseo adelantar nada.

Esta semana la he dedicado a dejar mis cosas en orden; no sé cuanto tiempo viviré fuera de México. Me duele abandonar esta casa, mi huerto, mis perros. Ya he hablado con un alumno que, hasta cierto punto, comparte mis ideas extravagantes sobre la marginalidad. Pero no le tengo plena confianza. Como todos los que ahora llegan a la universidad, él proviene de una familia rica. Mucho me temo que sus “ideales” sean transitorios e ilusos. La sospecha se me ha reforzado con la reciente experiencia de esa mujer con la que se enredó Leonardo en París. Según ella muy preocupada por las injusticias, pero eso sí, viviendo en un departamento de lujo, disfrutando del dinero que le dejan los negocios sucios de su padre. ¿Será así mi alumno? A lo largo de este año, me ha ayudado con entusiasmo a reparar la cisterna, a limpiar de hierbas el huerto, a cuidar las abejas, a pastorear las cabras y ordeñarlas, a podar los árboles... Incluso me imita en hábitos diarios: en su casa instaló un sistema para coleccionar agua de lluvia y preparó un espacio para hacer un huerto vertical. Y vaya, siempre llega a la universidad

en bicicleta y cuando me visita, lo hace del mismo modo, pese a la distancia y al clima. Sólo espero que no esté simplemente infatuado conmigo y que de veras haya compromiso en sus actos.

En fin, aunque tiene mucho potencial, no puedo confiar por completo en él. Insisto, es al cabo un niño rico y me cuesta creer que se acostumbre a este ritmo de vida. Pero no tengo alternativa, él se encargará de todo en mi ausencia. Me consuela que mis perros le quieran bien, y me consta que esa emoción es recíproca.

En la Universidad se han extrañado de la súbita partida que estoy por hacer. Me he dado cuenta de que aún con mi excentricidad, hay quienes me respetan. Vaya, ni mis detractores suponen que la estancia en Europa se deba a otra causa que no sea mi capacidad. ¿Qué otra cosa podría serles útil si no tengo ningún otro atributo desde su previsible y vulgar punto de vista? Ya no soy joven y con 32 años, a mis “encantos femeninos” los superan aquellos de muchas otras. Todos creen que me han ofrecido algún puesto en el *Institutum Canarium*, o al menos que, a pesar de mi edad, a los geólogos españoles les interesaron mis habilidades y por eso me ofrecen terminar el doctorado allá. El caso es que Leonardo me ha conseguido un permiso sin goce de sueldo, y ya mañana definiremos los detalles de mi viaje. ¿Cómo será Peiró? Ahora más que nunca es extraño hallarse ante un científico culto, ¿cuántos de ellos se aficionan por la poesía? Por eso me intriga su apariencia, de la cual, no tengo ni idea. Debo confesar que lo imagino apuesto, aunque la verdad no me importaría que fuera feo, enano y gordo. Es, creo, un *hombre auténtico*. Lo sorprendente es que sea mexicano y aún así tenga tanta presencia y poder en el ámbito académico internacional. Nuestros “intelectuales” suelen ser apocados o patéticamente pedantes, lo que les resta influencia a otro nivel que no sea el nacional. Ya veremos, mañana me he citado con Leo en la Universidad. De allí tomaremos el metro e iremos discretamente al centro, pues el

doctor vive o tiene sus oficinas en la colonia Juárez, no lo sé bien. Por lo pronto aún tengo tiempo para disfrutar de mi hogar. Supongo que mi inevitable ausencia se retardará algunos días, pero no lo sé. Me dolería dejar este lugar sin tener tiempo de despedirme. Por eso estoy aquí, escribiendo a la luz de esta vela, hecha con la cera de mis colmenas, sobre este papel, confeccionado con los desperdicios que recojo en las oficinas universitarias. A un lado tengo a mis perros, fieles y cariñosos, echados y acompañándome desinteresadamente, como siempre. Veo las estrellas, espectáculo olvidado por el *Homo urbanus*, ejemplar pervertido de una generación lánguida y gris. Aspiro la humedad y la fragancia de los azahares y me río compasivamente, muy hacia mis adentros, de aquellos que piensan que soy una pobre desheredada.

Por más de tres días la lluvia no cesaba de caer. No hacía mucho que había amanecido, pero la luz era grisácea y las nubes difícilmente le permitirían brillar al sol. Aunque la cueva era segura y seca, la humedad creciente comenzaba a dar un barniz oscuro a las rocas grises de la entrada. Una tos áspera comenzó a molestarle, pero su salud le pareció algo menos importante que otras cosas. El Caminante se preocupó por su obra, los recortes estaban pegados con una resina que se iría ablandando, convirtiéndose en pasto de hongos y bacterias. No podía permitir que la vida voraz matara esa otra vida en potencia que latía en las palabras. Había escogido segmentos, que luego de leer, le parecieron justos, quizás no muy brillantes, pero al menos justos. Estaba satisfecho y ahora se daba cuenta de lo armónicos que lucían con todo y sus limitaciones. Buena idea recortarlos. Adiós al tono suplicante, a las necias explicaciones que insistía en dar a su hipotético lector. El accidente que le impedía escribir mostraba una cara afortunada: no interferir, no narrar, ser un simple vehículo. En aquellos diarios las metáforas se correspondían, las palabras se atraían aún en lo aparentemente opuesto. Dos mentes distintas que habían compartido un espacio, germinaban fundiéndose en una sola: la memoria del final. Con todo, no se le escapaba constatar con cierta vergüenza la banalidad de las páginas escritas por él mismo. Mientras Alejandra intuía la proximidad de algo tremendo, él sólo veía la superficie. Justamente por eso, por el contraste, las correspondencias emergían con la nitidez de un dibujo; no es lo mismo intentar ver las minucias de la anatomía cuando se practica una disección, con los dedos húmedos de

sangre, que cuando se ve el impecable esquema de un libro. Y bueno, qué otra cosa sino la humedad ponía ahora mismo en riesgo su esfuerzo. Así que era indispensable salir de allí, regresar al desierto, a las tardes rojizas en compañía de sus amigos espinudos, a la dureza seca pero protectora del sol y la arena. Allí, entre mesquites y cactus, existía la promesa de lo perdurable, y en lo más inmediato, su propio ser, anticipaba la certeza de la felicidad. Estando en ese lugar duro y generoso, el olvido lo había sanado de su condición humana. En cambio acá... la nostalgia parecía asaltarlo con mayor fuerza. Sin duda la causa era este ambiente nebuloso, rebosante de agua, lodo, plantas amontonadas en magnánima promiscuidad. El recuerdo de sus banales relaciones amorosas se mostraba ridículo ante el desapego tenaz con el que se fundían lianas, árboles, hierbas. Se sentó, abandonado a la melancolía, contemplando el terco aguacero. En la parte más alta de la cañada, vio cómo la niebla reptaba con la lentitud de una caricia; el vapor se enredaba como un amante sobre las ramas verdísimas de los árboles. Aspiró el rocío, con su sabor delicioso, eléctrico, y fue sedándose con el sonido de los innumerables escurrimientos que, como pequeñas cascadas, vertían su espuma blanca hacia el fondo sombrío del barranco.

A lo lejos, los truenos retumbaban y su vibración grave se esparcía una y otra vez en las laderas del cañón. Entre la niebla, al otro lado, un movimiento de ramas atrapó su curiosidad, causándole miedo. No había pasado mucho desde que su vida estuviera en peligro. Aguzando la vista pudo corroborar que fuera quien fuera, aquel que venía no se preocupaba por ocultarse; de hecho la lejana figura se detuvo, miró en su dirección, y luego agitó la mano. Le gritó algo, pero el sonido de la lluvia impedía entender cualquier palabra. Aquel hombre, que de lejos parecía portar una camisa de cuello alto y mangas largas, en la cercanía demostraba estar desnudo del torso. Su piel exhibía el tejido indeleble de múltiples tatuajes. Era el Manotas.

—Ya empezó la pinche lluvia y no va a parar en varias semanas —dijo al llegar, con el aliento entrecortado-. Mudo, Lola está preocupada por ti. Ella no quiso venir, se va a quedar allá arriba con nosotros unos días más, pero me pidió que te preguntara si te querías regresar al desierto.

—Sí.

El Caminante no dijo más, aunque claro, ya había pensado en irse. En verdad, lo único que lo retenía era precisamente la lluvia. No tenía nada con qué cubrir sus papeles y temía que se arruinaran. Estaba en deuda con Lola y el viejo mara, pero le molestaba que anduvieran sobre él, como si lo vigilaran o lo consideraran un inútil. Él no necesitaba permiso de nadie para desplazarse de un lado a otro.

—Tarde o temprano te ibas a ir, pero a Lola le preocupa lo que haces; no fuera a chingarse. Por eso me pidió que te trajera esto.

El viejo sacó de su morral un enorme trozo de plástico y se lo entregó al Caminante. Éste se dio cuenta de algo que lo hizo sonreír. Las manos del rudo mara eran pequeñas, casi delicadas, hasta le parecieron un poco femeninas.

—Sí, ya te diste cuenta, por eso me dicen Manotas. Nomás que el pendejo que me bautizó así se convirtió en el narigón, luego de que yo le cortara la pinche nariz enterita de un solo navajazo —el Caminante permaneció en silencio y desvió la mirada-. Así está mejor, ni digas nada. Apúrate a guardar tus cosas, yo vine aquí para

acompañarte por un atajo sin peligros para que llegues a tu desierto. Acuérdate de que nos echamos a los ojetes que antes dominaban esta cañada y no tardarán en regresar sus compinches a ver qué pasó. Si te retachas por el mismo camino que llegaste, segurito que te apañan y esta vez no te salvas. Te voy a llevar por el monte, es pesado pero seguro y mucho más rápido. Ni se te vaya a ocurrir regresar a la vieja carretera, mis maras vieron a varios culeros rondando por allí. Ándale, no te preocupes por la Lola, ella se despide de ti. Me pidió que te dijera que entendería si ya no se vuelven a ver.

El Caminante cubrió cuidadosamente sus cosas. Siguió al mara por una vereda húmeda y llena de helechos. Al fin salieron de la cañada, caminaron varias horas por una cuesta muy empinada. Al principio la lluvia parecía perseguirlos, pero luego, cuando llegaron a la parte más alta, sólo la niebla insistía en mantener al clima húmedo. Por la tarde, el sol brillante los secó por completo. Se detuvieron un momento y el Caminante le regresó aquel plástico al mara, desempacó sus pertenencias, y luego de constatar que permanecían intactas, las guardó en su bolsa. El Manotas sacó de su morral, carne salada, varios trozos de queso maduro, jitomates secos y chiles ahumados. “Esto te lo mandan mis maras, quién los viera, tan machitos pero tan chingones para cultivar y preparar la papa”. Comieron algo de cecina y frutas secas. Poco antes del anochecer, comenzaron a bajar por una ladera muy árida, en donde crecían unos árboles pequeños y retorcidos: encinos, madroños y de vez en cuando, cactus, sus amigos espinudos.

\*\*\*

La noche era fresca y el cielo casi despejado. Hacia el oriente, ocasionales destellos iluminaban las nubes lejanas, cargadas de electricidad y tormentas, pero en el cenit, el triángulo formado por las estrellas de Tauro se veía con una nitidez cristalina y hacia el poniente eran tantos los astros, que difícilmente podía distinguirse el trazo de cualquier constelación. Al bajar los ojos escudriñando el horizonte, la oscuridad apenas permitía mirar el contorno negro e irregular de los encinos. Él y su compañero permanecían en silencio. Por alguna razón habían decidido no encender fuego. Allí estaban los dos, callados, contemplando la negrura nocturna, escuchando su silencio, nido de lechuzas e insectos dispuestos a romperlo, disfrutando la paz que surge de hallar que lo que traemos en las entrañas es tan parecido a lo que está afuera, en el mundo.

—Siempre me ha extrañado que allá, en el desierto, casi no viva nadie —dijo el Caminante, moviendo la cabeza en dirección de la extensa planicie de polvo, que invisible, se hallaba hacia el poniente.

—Yo creo que hace mucho se le fue la gente —le respondió su amigo—. No fue como en las cañadas, donde el gobierno hizo tratos con los gabachos para llevarse pueblos enteritos al otro lado; allá en el desierto, la raza se fue solita desde muy pero muy antes. Cuando yo era chavo, alguna vez me escondí allí con mi banda. Por esos días ni quien se acordara de los pocos que se habían quedado. El desierto era un lugar que a los pendejos les parecía inútil, “un lagartijero”, decía un politicón bastante puto. Y conste que todavía no estaba lleno de ese chingamadril de arena que ahora se mete hasta el culo; era un bosque de órganos y biznagas, de mezquites y ocotillos. A veces era tan verde que los queretanos se negaban a decirle desierto y le nombraban, como presumiendo, “semidesierto”. Hasta había un poco de humedad en agosto, haciendo que

nacieran arroyos delgados... pero con todo y que la comida no faltaba, aunque podías saborear garambullos, huamiches y tantarrias, aunque hasta en los meses más secos te podías dar un atascón con el olor fuerte del orégano, aunque el agua de las lluvias era fresca y muy pura, ya desde entonces casi nadie vivía allá. Decían, “es que no hay trabajo”. A veces se quedaban unos pocos viejos y otros pocos trabajadores. Aquellos viejillos no eran la mayoría, pero sí que se entendían conmigo. Se me quejaban con mucha mohina: “estos pinches hijos que criamos sólo saben comer lo que compran; prefieren servirle a un patrón para tener dinero, que ser libres y cosechar lo que se meten a la panza”. Seguro que te has de acordar, los pocos que trabajaban vivían como esclavos en los ranchos de flores, lo único que sabían cultivar eran esas plantitas de colores que tanto les gustaban a las viejas y a los putos de la ciudad. Pero ya sabes, la chamba era poca y la mayoría se había ido al gabacho. No parecía importarles que los gringos fueran ojetes, se les había metido en la cabeza que sólo al otro lado se vivía bien: seguían de esclavos, pero hasta su trocota podían tener. Por eso los pueblitos estaban casi abandonados, y eso se puso más cabrón desde que llegaron los camiones con desechos de fábricas de vete a saber dónde y, peor tantito, cuando hicieron la presa del Estórax. Luego luego, los pocos manantiales se contaminaron de venenos. Además de la mentada radiactividad, el Mercurio y el Arsénico se hicieron famosos por el dinero que perdieron los que criaban flores en sus invernaderos. Las plantas no se daban y cerraron sus ranchos. Hubo también mucha gente que se peló con la calaca, nacieron niños retrasados, sin manos o con ocho dedos, pero eso sólo les preocupó a los que vivían en Peña Miller o en Higuierillas, ya sabes, lo único importante era el dinero. Y más que por las muertes o los monstruitos, la desbandada estuvo cabrona por la falta de lana. Sólo se quedaron algunos de esos viejillos campesinos, que no daban lata y no rajaban. Por eso, yo y mis maras nos la pasábamos tranquilos cuando los putitos de

Querétaro, los *queretinos* como decía mi compa el Pozolero, nos querían chingar. Sí, de vez en cuando teníamos broncas con los narcos... ¿te acuerdas de los narcos?

—Sí —dijo el Mudo.

Su mente rememoró las atrocidades que esos hombres habían perpetrado mientras aquel mundo de miseria aún existía. Lo más singular era que *todos* aceptaban sus actos de violencia como un costo inevitable de la vida urbana. La nostalgia que todavía sentía por su pasado, por su condición de *Homo urbanus*, era un atavismo incomprensible. Prefirió concentrarse en la paz del bosque, en la oscuridad de la noche, en el esporádico agitar de las hojas por el viento.

—Ése mi mudito, sí que eres callado. Nomás te quedas pensando. A mí no me para el pico. Pero me hubieras conocido antes. Ni una palabra salía de esta boquita a menos que fuera muy pero muy a fuerzas. Pero bueno, mejor vamos a pasarla bien. La noche está muy callada, muy bonita, muy llena de estrellas.

—Es cierto, la noche está callada pero me gusta oírte, de veras. Perdóname si yo digo pocas cosas, así soy.

El mudo decía una verdad a medias. Ahora era así, qué duda cabía, pero antes; antes la palabra era su compañera constante. No soportaba el silencio. Le daba miedo. Luego de la catástrofe aprendió a vivir sin ruidos, se enamoró de los murmullos que habitan el desierto, hasta olvidó el sonido siseante de la voz humana. Pero en este momento, la voz del viejo mara le reconfortaba: no tardaría en emprender su exilio, su

exclusión deliberada del ya precario mundo de los hombres. Así que con mucha sinceridad le pidió al Manotas que le contara más de su vida pasada, que le hablara de sus encuentros con los narcos.

—Mira mudito, con esos cabrones nos partimos el hocico muchas veces. Las últimas estuvieron de su puta madre. Una vez vino un mensajero del gobierno, un güey con muchos huevos, se lo reconozco. Le dimos su calentadita y aguantó. Le agarramos confianza y por fin soltó el buche. Traía una propuesta del meritito De la Barca: que nos chingáramos a los narcos, entre más culero, mejor. A cambio nos darían trabajo en el ejército, en la federal, donde quisiéramos. Qué crees mudito, a algunos compas les brillaron los ojitos. A mí no. Lo que sí me latió es que ellos nos darían armas y nos ayudarían para que pudiéramos enfriarlos sin muchas broncas. El caso es que aceptamos. Fue un tiempo cabrón. Si me hubieras conocido entonces te hubieras cagado en los calzones.

El viejo se carcajeó, golpeándose las piernas, soltándole unas palmaditas al caminante, que permanecía en silencio. Era cierto, casi nadie se hubiera reconocido. Aquellos días eran verdaderamente distintos de éstos.

—Pues te decía mi mudito, nos metimos con los narcos. Hubo un compa, el Pozolero, que era buenísimo con el machete. Hacía un pozole chingón, pero lo que más le encantaba al prepararlo, era cortarle las cabezas de un golpe a los pinches puercos. Ese cabrón se puso feliz, como escuincla, al enterarse que nos podríamos chingar a los narcos con la bendición del gobierno: ellos se habían cojido a su vieja y luego la habían matado bien culero. Se quería vengar y ahora le caía del cielo esta chanza. ¿Te acuerdas

que poquito antes de que se chingarán al pendejito de De la Barca hubo un chingo de descabezados por todos lados? Fuimos nosotros, los meros truchas. Para qué te digo mentiras, yo me enfrié a varios, pero eso sí, nunca les corté las cabezas. Me daba miedillo. En cambio el Pozolero, ese güey se divertía mochando chollas. Nunca amarraba a los pendejos que lograba apañar; entre todos los deteníamos y les poníamos el cuello entre un par de tablones con un hoyo en medio. Luego llegaba el Pozolero, con el machete en alto, diciendo “andas de suerte, en lugar de cortarte el pito te voy a cortar la cabeza, al fin que ni la usas”. Daba un solo golpe y la cabeza salía rodando. Todos nos hacíamos a un lado, pues el cuerpo de un descabezado es muy fuerte y suelta golpes cabronésimos, además de que chorrea sangre como si fuera manguera. Después como que se da cuenta de que ya no tiene cholla, y entonces se pone a corretear con los brazos extendidos, confundido, como un sonámbulo loco. El Pozolero decía que daba risa ver cómo los cuerpos corrían a ciegas, cayéndose y levantándose a medias, igual que un briago, con las manos agitándose como buscando lo que él les acababa de quitar. A mí más bien me daba miedo. Fíjate Mudo, las cabezas tiradas boquean como pescados fuera del agua, pero según el Pozolero, lo que pasa es que se ponen a gritarle a sus cuerpos: “acá estoy, acá estoy”. Como ya no tienen aire, pues ya no les sale nada de la boca, sólo ese espumarajo con sangre que ni siquiera pueden escupir y se les escurre como un hilito baboso.

El Manotas se calló. El Caminante revivió aquella época violenta. Se dio cuenta de que ese mundo era mucho peor que este. Hubo un largo silencio. El Manotas se levantó. Su sombra recortó la silueta de los árboles, sus pies removieron las hojas, las hicieron crujir. Caminó un poco y regresó a su lugar. Se sentó y siguió hablando.

—Sí Mudo. Éramos muy culeros. Pero el gobierno era más. Acuérdate, siempre andaban diciendo que si no fuera por ellos, nadie podría salir de su casa, porque “el mundo es muy, pero muy ojete”. Bueno, no lo decían así, con esas palabras. Ya sabes, eran putitos y usaban palabras elegantes, pero al fin decían lo mismo. Les convenía que las cosas fueran de ese modo: nadie se quejaba pues tenía miedo hasta de ir a cagar sin un policía detrás. Por eso te digo que los que vivían en las ciudades eran putos. Pero eso es otra historia. Te estaba contando de los narcos. El caso es que tuvimos nuestras broncas con ellos. Y eso desde antes que el enviado aquel del gobierno nos viniera a alborotar. Nos metíamos a sus pistas de aterrizaje, les robábamos mota, coca, lo que tuvieran. Los matábamos y ellos también nos mataban. Eran culeros, pero cuando todo se acabó, luego del mentado *sunami*, se fueron a la chingada igualito que los demás güeyes de la ciudad. Bueno, cuando menos se largaron de acá. Sólo quedaron pocos y ni de chiste se metían al desierto. Sus hijos eran como los cabrones que te chingaron allá en la cañada. Ellos nomás se quedaban donde había agua, donde podían fregar a otros para que les trabajaran de a gratis. Al desierto, ya que aquel mundo de putitos y de hijos de puta acabó, sólo se iban los pendejos. Algunos que aparte de pendejos eran ojetes, como los que se comían entre ellos. Allí se murieron casi todos —soltó una carcajada grave y entre toses y risas espasmódicas siguió—. Bueno, tú no eres tan pendejo, ya ves, aquí estás vivito y coleando. ¿A cuántos te comiste?

El viejo volvió a carcajearse, volvió a darle aquellas palmadas cariñosas a su amigo. Luego, en la penumbra, el Caminante entrevió cómo se pasaba el brazo por el rostro, como limpiándose lágrimas de risa.

—Ya, ya, en serio. Si te fuiste al desierto fue porque quisiste, pero ¿cuántos podrían haber vivido allí como tú? Mira, ni siquiera nosotros, que siempre fuimos bien truchas, nos atrevimos a pasar más de una semana en ese infierno, cuando las dunas se apoderaron de casi todo.

Las palabras del viejo mara, la suma de tanto recuerdo sanguinario, le dejaron en silencio. Era cierto, las cosas habían cambiado mucho luego de la Catástrofe. Él mismo estuvo a punto de morir cuando la sequía acabó hasta con los cactus. Su tristeza, su desaliento habían sido tan grandes, que estuvo dispuesto a desaparecer con sus amigos espinudos. Sin embargo, con el tiempo y las enseñanzas de Alejandra, logró no sólo a subsistir, sino enamorarse de las noches despejadas, de los días infernales, de las cuevas frescas y de los escasísimos arroyos que no estaban contaminados. Qué diferencia de lo que tuvo que vivir antes, en los últimos días, allá en México, sin agua ni luz, donde todo estaba sumido en una rebatinga, en un caos rabioso. En aquel mundo civilizado, las cosas parecían tan perfectas, tan sólidas e invulnerables, que hasta la violencia terrible de los maras, de los narcos, o de quien fuera, jamás se habrían considerado una amenaza fatal. Por eso nunca se prepararon para superar la fragilidad de lo que, a la vez, fue su mayor fortaleza: la economía. Algo tan simple como la disponibilidad de alimento se convirtió, luego de la catástrofe, en el verdadero fuego del infierno. Ale siempre le había dicho: “¿sabes cuál es una de las mayores perversidades de nuestro mundo? El simple hecho de que para satisfacer el apetito tengamos que ir al supermercado. Hay quienes nunca han visto una planta de jitomate, sólo saben que el jitomate es *una cosa comestible* que se *produce* en forma de verdura, de puré o de conserva.” Aquellas palabras se convirtieron en un recuerdo ominoso los días de su postrera estancia en la Ciudad de México. El mundo, esa máquina arbitraria, eficiente y compleja, regulado por

la magia ciega del mercado, organizaba la producción de alimentos según las leyes de la oferta y la demanda. Ninguna nación cultivaba alimentos diversos, eso era incosteable. Cada país, aún más, cada región dentro de cada país, se especializó en producir uno o dos artículos. Acumulaba más capital quien optaba por especializarse, produciendo masivamente y luego transportando sus mercancías a cualquier parte del mundo. El norte de México, por ejemplo, cultivaba uvas y aceite de oliva; el centro, brócoli, el sur, bueno, el sur simplemente no entraba a la jugada. Pero las grandes ciudades sólo consumían. Con la catástrofe se interrumpió el flujo de alimentos y vaya, aunque ese flujo se hubiera restablecido ¿de dónde vendría otra comida que no fueran unas pocas hortalizas? La carne se producía en Argentina, las frutas al otro lado del océano. Mares infranqueables, distancias fatales. Los ciudadanos, aún los más educados, aún los más privilegiados, tuvieron que dejarse guiar por instintos elementales. Él mismo, el despreocupado Dr. Leonardo Ancira, dado a la vida fácil y pacífica, uno de los arquitectos meramente teóricos de la Catástrofe, un hombre que sólo era capaz de expresar violencia con palabras pero jamás con golpes, se convirtió en un ser feroz. Recordó cómo había robado aquel vehículo militar, uno de los últimos con combustible, para huir de la ciudad. Cómo tuvo que pasar encima, literalmente encima, de gentes que intentaban impedirle el paso o, simplemente, también robarle el camión. No había sentido pena por las muertes que su huida causaba, sólo un impulso frenético por hallar algo allá, en su ciudad natal, una remota ilusión de que no todo estuviera acabado, pues ya nada le parecía seguro, ni el misterioso contenido de los cuadernos de Alejandra, que como un talismán le habían acompañado en su odisea. Y a pesar del larguísimo tiempo transcurrido, volvió a sentir ahora mismo, en la oscuridad del bosque, cómo ese instante retornaba: la decepción aterradora de sus ojos mirando un Querétaro abandonado, que sólo era albergue de unos cuantos indigentes patéticamente violentos y débiles.

La memoria destiló hiel y él se sumió, de nuevo, en ese persistente vacío silencioso que ya no lo dejaba. Sólo el destello lejano de las estrellas y el murmullo del viento le regresaron un poco de vigor, una incipiente esperanza de que la vida, mientras se posee, puede llegar a tener sentido.

—Mudo, ya sé porqué te dicen Mudo –dijo el viejo riéndose muy quedo, como tímido cómplice del silencio-. Como que sólo hablas cuando tienes papel y lápiz, y eso porque no se hace ruido –hizo una pausa, como recordando-. Cuando era chavo, yo, como cualquier otro Mara, casi ni hablaba, ya te lo dije. Si lo hacía era con muy pocas palabras. Los Maras ni necesitábamos decir casi nada, con esas poquitas palabras nos bastábamos. Al fin sólo servían para dar y recibir órdenes, pues si querías saber quien era el más chingón sólo se necesitaba una madriza. Así que eso de leer y escribir ni siquiera se me ocurría. Por eso yo pensaba que los que eran como tú no podían ser otra cosa que unos pinches putos. Nunca maté a uno de ellos, me daban lástima: no les importaba ni que les dijeran putos, ni que les dijeran pendejos, no se preocupaban por ver quién era o dejaba de ser el Gran Chingón. Bueno, bueno, no todos eran así. Los que se decían “escritores de profesión” esos sí que se preocupaban a su manera de ser cabroncitos. Creo que hasta maté a alguno, ya ni me acuerdo, esos güeyes eran muy poca cosa. Pero hablo de los que eran como tú. A esos ni los toqué. Ahora que ya estoy viejo, ahora que hasta parloteo, pienso que entonces yo era medio pendejo, no por no habérmelos echado, sino por no haberlos entendido. Lola es así, como tú, le gusta escribir. Cuando la conocí me leía lo que escribía y yo me imaginaba mundos que jamás pensé. Fíjate, yo he tenido muchos maestros. La Lola es la mejor de todas las maestras – hizo una pausa, muy pensativo, luego, con un chasquido y una sonrisa continuó- ella me enseñó a hablar de corridito. Nomás aprendí lo que querían decir las palabras que me

leía y ya me ves, nadie me para el pico. Pero no namás fue ella, también recuerdo como maestros a los viejillos de Peña Miller. Lo que saben mis maras lo aprendí de esos campesinos: esta papa que nos comemos se las dedico siempre a aquellos viejos del campo. Y cuando oigo un buen cuento de la Lola, me propongo aprendérmelo, para luego contarlo a los chiquillos. ¡Que ocurrencias tienen los que son como tú o la Lola! Yo creo que eso que se traen es como una maldición buena –se rió ahora sí con fuerza-. Veo que les duele y de todos modos, como que sienten rico –se rió aún más fuerte-. Ni modo, cada quién es como es. La Lola te quiere bien, ya te lo dije. Además te entiende.

En la oscuridad, el Caminante vio cómo su compañero, apenas una sombra, se levantaba, agachando la cabeza para liberarse de la cinta que le permitía cargar su morral. Se sentó y hurgó en el interior; sacó algunas cosas. Pasó un rato sin que nadie hablara, luego, muy parsimoniosamente, el mara le puso unos objetos en la mano.

—Esto te lo manda ella, aunque era mío. Yo te lo doy con mucho gusto. Apenas te conozco pero me caes muy bien y no sólo porque Lola te quiera; como que te cargas una historia pesada, como la mía. Toma estas plumas y todos estos lápices. Yo los guardé hace mucho, no sabía para qué, si ni escribo nada. A lo mejor y ya de viejo me hacía puto –se rió muy fuerte, hasta las lágrimas, luego estuvo unos segundos en silencio-. Pues sí, nunca escribí, pero eso sí, cómo hablo... ya ves, las cosas pasan por algo. Los conservé sin saberlo, para dártelos a tí, a uno de esos que me parecían maricones y que ahora me dejan pensando si no serán tan truchas como nosotros. También te doy estas hojas. Pesan un chingo, son muchas, pero veo que no te importa, como que te gusta andar caminando con esa bolsa a la espalda. Te voy a aconsejar algo, tú estás tan viejo como yo, además cojeas un poco. Ahora que andas en el bosque corta

un palo y úsalo de bastón; si te caes en el desierto, si te lastimas, nadie te va a echar ni una manita.

—Gracias —dijo el Mudo, al tiempo que guardaba con cuidado los regalos-. Oye, te quiero pedir un favor. ¿Todavía tienes el plástico en el que guardamos mis cosas al salir de la cueva? Regálamelo, claro, si no te sirve a ti. A mí me será muy útil.

El mara sacó de su morral el arrugado trozo de plástico. Era muy grande y aún estaba mojado. Lo sacudió un poco, lo dobló con cuidado y se lo dio. Luego continuó hablando, esta vez con un modo entre preocupado y afectuoso.

—Mañana, en cuanto amanezca, te voy a llevar a una cañadita que hay allá abajo. Si tenemos suerte encontraremos un manantialito que casi siempre tiene un poco de agua muy fresca, sobre todo en esta época del año. Tal vez te puedas quedar un par de días, antes de ir al desierto. Ni se te ocurra estar más tiempo. Nosotros no venimos mucho a estos lugares y no te aseguro que no vengán ojetes por acá. Ya sabes, aquí no son las dunas, el clima es mejor, hay árboles, pájaros, y si buscas bien, agua. Cuídate y vete rápido. Si te apañan, esta vez nadie te ayudará. Ahora sí te chingas mi Mudito.

Al amanecer se dirigieron al pequeño barranco: una ligera hondonada cubierta de hojarasca y grandes piedras rojizas. Tal como lo había prometido, el mara condujo a su compañero hasta el manantial: apenas una charca de agua cristalina, de no más de un metro de diámetro, de donde desbordaba un hilillo líquido que se perdía en la sequedad del suelo. El mara recogió algunas hierbas que le dio al Mudo, le recomendó que se hiciera un té con ellas para aliviarse la tos. Luego, los amigos se despidieron y el

caminante se quedó solo. Sacó un trozo de queso maduro y algunas frutillas de su morral, comió un poco. Llenó con agua las botellas que se había colgado a la cintura. Se recostó apoyando la cabeza en el tronco de un árbol y se quedó pensativo. Decidió que esa misma tarde partiría. Iba a disponer de más de 12 horas de oscuridad, tiempo suficiente para caminar vigorosamente por los arenales hasta alcanzar los confines del matorral. Debía hacer bien sus cálculos, pues el clima de las dunas era extremo: gélido por la noche, infernal durante el día. Si tenía suerte y aprovechaba la relativa frescura de la mañana, podría hallar algún mesquite para protegerse del sol antes de que llegara el mediodía. Por lo pronto, luego de revisar su carga, comprobando que muchos de los diarios estaban parcialmente quemados o rotos, se dio cuenta de que ya no iba a poder seguir haciendo los recortes, que con tanto tino, parecían testimoniar imparcialmente sus recuerdos. Muy a su pesar supo que la labor de escribir era impostergable. Tenía material de sobra y procuraría ser muy respetuoso al transcribir lo que quedaba de los textos de Alejandra. Tal vez agregaría algo, omitiría lo ilegible, pero siempre intentando ser fiel. Así, aprovechando la paz del encinar, al abrigo de la sombra de aquellos árboles no muy altos, leyó los fragmentos manuscritos, separó los que estaban bien y se podían pegar de los que no, tomó apuntes. Al final, ya que todavía era muy temprano para su viaje, se dispuso a escribir.

## *La casa del doctor Peiró*

Fui con Leonardo a la casa del doctor Peiró; al fin conocería los verdaderos detalles de su propuesta. “Para llegar donde vive mejor nos vamos en metro” –me dijo Leonardo-. Eso me entusiasmó: las estaciones del centro estaban casi siempre vacías y su arquitectura obsoleta, típica del siglo XX, te hacía sentir en el pasado. Estaba como una niña en día de fiesta, disfruté el viaje y la caminata. En plena colonia Juárez, la vieja casona era un relicto extraño en medio de altos edificios y comercios mediocres. Desde la acera, sólo una larguísima reja cubierta por enredaderas permitía imaginar las dimensiones del predio, sin embargo, nada apuntaba a que detrás, se encontrara una mansión. Parecía uno de esos rarísimos baldíos que, en el preciso centro de la ciudad, aún quedaban a la espera de comprador. Para mi sorpresa, Leonardo sacó de su bolsillo un control remoto y la reja oxidada se abrió lentamente. Era cómico que ese artefacto se activara para dejar entrar a un par de individuos de a pie. Pero no había otro modo, la puerta metálica sólo estaba diseñada para permitir el acceso a vehículos. Apenas cruzamos el umbral, Leo se apresuró a oprimir de nuevo el control. Volteó a todos lados, asegurándose de que nadie tuviera tiempo de ver hacia el interior. Esa precaución me pareció absurda, pues una serie de cipreses impedían toda visibilidad a los lados de la cochera, que como a diez metros, terminaba en otra reja oxidada y cubierta de láminas malamente pintadas de negro. El suelo estaba fangoso, las lluvias vespertinas de junio impedían que tanta agua se evaporara durante la mañana y tuvimos que ir saltando de baldosa en baldosa para proteger nuestros zapatos. Al llegar a la segunda verja,

quitamos una pesada cadena, que más parecía una advertencia simbólica que verdadera medida de seguridad, pues estaba allí sobrepuesta, sin ningún candado. Ante nosotros, luego de la entrada tan sosa, tan aparentemente abandonada, apareció la casa, en el centro de un enorme jardín bastante cuidado, donde enormes fresnos interrumpían al césped y a los rosales. Era una mansión como muy pocas quedaban en México; su arquitectura porfiriana, mezcla de estilos franceses e ingleses, era sin embargo bastante sobria. Un basamento de piedra volcánica, oscura, elevaba la construcción casi metro y medio por encima del suelo. Al ras de éste, rejas de hierro forjado cubrían las pequeñas ventilas que, con seguridad, conducirían al sótano. Una escalinata de piedra llevaba a la puerta principal, de dos hojas, madera maciza y grandes dimensiones. Me detuve un momento. Disfruté el espectáculo apacible que ofrecía aquel lugar, oasis ancestral en medio del caos urbano. Recordé a mi abuelo, admirador de la época injusta que viera nacer a la casona, y que él idealizaba sin haberla vivido. Tal vez porque fue un tiempo en el que aún se podía creer en el futuro como algo mejor; pese a las desigualdades, pese a las carencias.

Mientras Leonardo subía las escaleras, yo permanecí atrás, contemplando los detalles de la construcción. El edificio, de ladrillos rojos desnudos y cantera parda era asimétrico. A la izquierda de la escalinata, la pared plana alojaba grandes ventanas de vidrios rectangulares. Esa misma pared culminaba al extremo, en un saliente muy victoriano, como un medio hexágono, que cubría cada uno de sus tres costados con ventanas de idéntica manufactura. A la derecha de la escalera, la pared y sus ventanales, por lo demás del mismo tamaño, carecían del adorno victoriano. Mi amigo estaba al centro de la asimetría, frente a la puerta principal, que de un empujoncito se abrió. Al subir, me encantó el pequeño vestíbulo, flanqueado por tres puertas: las de la izquierda y la derecha de madera sólida, la del frente, metálica. Ésta era a la vez uno más de los

grandes ventanales que daban hacia un larguísimo patio interior, bordeado de macetones, con una fuentecita al centro y unas bancas de hierro forjado hacia el fondo. Estando allí, fascinada por las muchas curiosidades de la vieja casa, me llamó especialmente la atención que en todo el trayecto no hubiera señal de nadie, ningún jardinero, ningún elemento de seguridad. Leo me dijo: “al doctor le gusta la soledad; su casa está protegida por cámaras ocultas y esta puerta –dijo señalando la que quedaba a la derecha- conduce a la oficina de los guardias que cuidan la propiedad. Nadie entra tan fácil como nosotros. Si fuéramos intrusos, desde antes de llegar al umbral ya nos habrían detenido”. Inmediatamente me invitó a que abriera la puerta de la izquierda. Efectivamente, no tenía seguro. Un corto pasillo conducía, justo al frente, a la biblioteca y a la izquierda a una gran sala. Pude ver que a la derecha, el pasillo llevaba al interior de la casa. Leo entró a la sala, desalentando cualquier intento de explorar en otra dirección. Unos muebles antiquísimos, de estilo inglés, se distribuían en las orillas de la estancia y en el centro, la gran mesa labrada servía de sostén a una estatuilla de Hermes, rodeada de otras figuras más pequeñas, también de bronce, que representaban diversos dioses griegos. Todo era visible a la suave claridad de las grandes ventanas de estilo victoriano y madera pintada de blanco, revestidas anticuadamente por unas cortinas dobles. Las más pesadas se plegaban a los costados, mientras que las más ligeras y translúcidas, dejaban pasar muchísima luz, mitigando únicamente la fuerza directa del sol. Nos sentamos. Leo no pronunciaba palabra. Era extraño, me percibí como una intrusa y no me gustó la incomodidad creciente en que nos estábamos enfrascando. El silencio de Leonardo era sospechoso. Traté de distraerme de pensamientos tan oscuros mirando alrededor. En una esquina, la chimenea cubierta por viejísimos mosaicos de estilo morisco me ayudó a distraer el ánimo. Su diseño me pareció familiar, sí, ya los había visto antes, eran de un tipo muy común a principios del siglo XX en España. Los

que habían construido la casa se sentían europeos. “Vaya, ése sí que es un carácter muy mexicano, negar la propia nacionalidad” –pensé. Me perdí por unos instantes en las complejas figuras, de motivos que recordaban a la geometría fractal. “Los fractales explican gran parte de lo que ahora padece el mundo” –me dije, volviendo así a mis obsesivas preocupaciones. Traté de hacer que mi mente recuperara cierta atención superflua, frívola. Vi el techo, bordeado por un estuco de estilo francés. Paseé la mirada por las paredes, donde óleos y carboncillos muy antiguos parecían gritar que el habitante de ese lugar era un hombre encadenado al pasado, a familias añejas, de un esplendor que parecía no estar ligado de ninguna manera a este mundo vertiginoso y efímero. Muy a mi pesar, casi enojada por las expectativas que había fincado en su persona, lo imaginé un anciano, conservador, hasta perverso. Me pareció que él no podría tener ningún interés en que las cosas cambiaran, excepto por aburrimiento, algo que a todas luces no hacía ni correcta ni inteligente la pretensión de Leonardo de que tal personaje estuviera ligado con mis convicciones. Temí que aquel hombre fuera como la ridícula mexicana de París. ¿Qué otra razón, sino la empatía, lo habría llevado a rentarle su departamento? Era inútil, el ánimo se me hundía cada vez más. Al fin, el sonido de unos pasos aproximándose sobre el piso de madera me sacó de tan insanas elucubraciones. El doctor Peiró llegó a la sala y su presencia me causó un gran impacto. Vestía de manera informal, como nosotros. Era delgado, moreno y más bien bajo. Su rostro me pareció muy atractivo, de ojos oscuros y cejas abundantes. Pero lo que realmente me dejó perpleja fue su juventud. Era mucho menor que yo, no llegaba a los veinticinco años. Leonardo se carcajeó y el doctor me sonrió amablemente. “De seguro pensabas encontrarte con un viejo. La casa sí que lo es, ha sido de mi familia desde que se construyó. Pero ahora, cuando estoy en México, vivo aquí, solo. Aunque no te creas... si los muros hablaran... hubieras venido a las fiestas que hice cuando estudiaba en la

universidad. Nunca me divertí tanto. Mucho menos en el MIT, rodeado de *nerds* y maestros solemnes o ensimismados. En fin, de eso no vinimos a hablar. Mira, a Leo lo conozco de hace mucho, pero Alejandra, permíteme decirte que eres guapísima. Estaba ansioso por conocerte, pero nunca me preparé para el impacto de tu belleza”. Esos cumplidos me incomodaron, me sonaron a *cliché* gastado y algo anacrónico, en otro me habrían dejado una pésima impresión, pero aquel era Luis Peiró y, la verdad, su voz grave me encantó. Quedé unos momentos callada y algo nerviosa. Él se dio cuenta y sonriéndome dijo: “vengan, acompañenme al comedor, han de estar sedientos”. Mientras cruzábamos el pasillo, Leo me dijo quedo: “es un genio, obtuvo el doctorado en geología física a los 23 años”. El doctor, de oídos agudísimos, replicó: “la genialidad no es cosa de títulos o reconocimientos. En todo caso, el mundo no le debe sino atrocidades a los genios”.

Luis Peiró me simpatizó y se me hizo guapo. Esa vez, en su comedor, pasamos una tarde alegre, como hacía años que no disfrutaba. Le dijo a Leonardo, “deja ya de llamarme ‘doctor’, tú lo dices con sorna, pero tu amiga cree que te lo tomas en serio. Alejandra –comentó dirigiéndose a mí- soy Luis y punto”. Bebimos cerveza y no tocamos en lo absoluto el tema que supuestamente nos había llevado allí. Luis nos distrajo poniendo una música extraordinaria, comenzando por el apacible jazz del casi olvidado Pat Metheny, hasta las suaves melodías genéticas de Yusuf Adlam. Sabía cómo agradar y fue especialmente atento conmigo durante toda la velada. Era ya muy noche cuando yo intenté hablar de nuestra preocupación. “Luis, ¿cómo vas a introducirme a Las Canarias?”. Peiró, sin dejar de sonreír, me miró fijamente, luego dijo “Ale, todo a su tiempo, la estamos pasando bien, ahora es ocasión de estar así, a gusto. Mañana conocerás al experto, al geólogo: el ‘doctor Peiró’. Hoy, simplemente, soy Luis, e intento que seamos buenos amigos, que pasemos buenos momentos, que nos

regocijemos con el bien: “quienes hicieron el bien, en este mundo *tendrán* bienestar, pero la morada de la última *vida* es mejor”. Ante la cita del Corán, abrí los ojos desmesuradamente, apenas intentaba elaborar la pregunta obvia, cuando Luis atajó toda duda: “Alá es el único Dios, y Mahoma es su profeta”. ¿Y la cerveza, los cuadros que ininterrumpidamente se desplegaban por las paredes de su casa? ¿y el respeto que mostraba por mí, una simple mujer? “No todos somos fundamentalistas –dijo como respondiendo otra vez a mis preguntas no expresadas. El Islam es diverso y profundo. Sabemos apreciar el talento humano, no distinguimos géneros como han hecho creer los ignorantes. Los sufís heredaron su saber no sólo del profeta sino también de los antiguos griegos. Cuando Europa estaba sumida en la vulgaridad de sus señoríos feudales, el Islam era el único refugio de la civilización. Hoy que el mercado y la ordinariez han vuelto a reinar, otra vez el Islam es un refugio. Somos guardianes y por eso nos vemos obligados a realizar estas medidas extremas. Hace décadas, la desintegración de nuestros pueblos llevó a las bárbaras y desesperadas maniobras del terrorismo. Hombres incultos aunque a veces piadosos, intentaron, no salvar la civilización, sino recuperar un ápice de su dignidad. Lo hicieron con una violencia no sólo atroz, sino también torpe. Tan torpe que con frecuencia fue usada por los propios tiranos del imperio para lograr sus propósitos. Más de la mitad de los grupos terroristas “islámicos” estaban ligados con los gringos. Pero bueno, la violencia alentó respuestas violentas también entre nuestros hermanos. Nos fue muy difícil calmar esos odios, para luego dirigir las acciones de un modo definitivo y a la vez sutil. Los maestros lo lograron tras largas temporadas de sacrificios y muerte. Al fin, hace quince años, conseguimos parar el terrorismo. En parte ayudó que el petróleo ya no fuera tan gran negocio. Ya ves, ahora se usa sólo para fabricar productos secundarios como el plástico y los fertilizantes; en eso Canadá y México son los proveedores. El medio oriente quedó abandonado a su

suerte, bajo la vigilancia policíaca de Israel. Las nuevas reglas nos permitieron actuar directamente con nuestros líderes. Costó trabajo pero les convencimos. Los infieles creyeron que había sido un triunfo de su guerra, pero no, fue el fruto de las enseñanzas más profundas del Profeta, de la Nueva Jihad: “Si castigáis, castigad en la misma forma que fuisteis castigados, pero si tenéis paciencia, será mejor para los resignados. ¡Ten paciencia! Tu paciencia no está más que *en la mano de Dios*”. Esta renovada Guerra Santa ha exigido la mayor abnegación creativa: soportar pacientemente las vejaciones, incluso la muerte, pues sólo en el silencio se obtiene la victoria. No más reacciones violentas ante la injusticia bárbara. No más asesinatos como respuesta a las blasfemas atrocidades de los infieles profanando los lugares sagrados. El silencio, sólo el silencio. Ahora, cuando los vulgares poderosos creen haber triunfado, cuando nadie parece oponerse a sus intromisiones impunes, cuando sólo unos pocos disfrutan del bienestar mientras casi todos sufren la miseria, ahora precisamente ha llegado el momento de actuar. Quince años sin terrorismo rinden sus frutos. Nosotros cosecharemos lo que tantos muertos ofrecieron con su esfuerzo. Y perdona que hable de *nosotros* como si estuviera excluyéndote, a ti y a este querido país que nos cobija y que a mí me vio nacer. Mi fidelidad al Islam fue una liberación: salí del círculo idiotizante de generaciones amaestradas por la patética cristiandad. Sí, pertenezco a *otra* comunidad, pero debo decirte que ese *nosotros* abarca mucho más que a los fieles. Es obvio que tú no practicas el Islam. Leo tampoco. Sin embargo, a su manera, van en el camino correcto. Para un sufí, la infidelidad es algo que se descubre en los actos, del mismo modo que la fidelidad es una cuestión de la ética cotidiana. Muchos de los considerados ‘infieles’ por los fundamentalistas, son tratados como hermanos por *nosotros*. En México el islam es una religión marginada, los gobiernos fascistas se han encargado de fortalecer la ideología católica en las escuelas de curas, verdaderas responsables de la

“educación” pública, o mejor dicho, *amaestramiento* de masas. En fin, aquí el terrorismo tampoco existe, está penado con la muerte. Aunque eso sí, los asesinatos son el pan de cada día. Luchas entre malos y buenos, o sea entre “crimen organizado” y “gobierno”. El miedo, en México, ha sido el mejor sedante para evitar la rebeldía. Cuando surge alguien valiente, ya está: es terrorista. Recordemos a los pocos opositores de la dictadura fascista: todos fueron acusados de terrorismo y por eso, ejecutados. No te extrañe que entonces, nuestro pobre pueblo guadalupano, con todo y que se diga católico, sea hermano de los pueblos islámicos: somos víctimas de la misma tiranía. No es casual que estemos juntos en esto. Alá todo lo sabe y todo lo hace en su infinita sabiduría. Ser justo es ser un sirviente de Alá. Por eso muchos que no practican el Islam son protegidos y queridos por nosotros. Pero los enemigos son evidentes. Hoy están desprevenidos, dormidos en su arrogancia”.

Desde hacía rato la música había cesado. Luego de su monólogo Luis guardó silencio. Me miró un momento, unos instantes más largos de lo acostumbrado y justo cuando iba a retirar la mirada dijo: “Así pues, ya no hay nada más que decir. Todo tiene su tiempo. Nos envuelve el tiempo del silencio”.

La velada, alegre, se había tornado sombría. Luis fue al armario de música, como queriendo dulcificar al silencio que había demandado. Las notas de la guitarra de Pat Metheny disiparon la densidad del ambiente. Volvimos a la charla ligera. Luego la música cambió. Era el sonido de un teponaztli. Un saxofón y las cuerdas para mí inconfundibles, se convirtieron en una mano dando apretones a mi garganta. Me costó disimular mi atávica propensión al llanto, ese rasgo tan estereotipadamente “femenino”. Reconocí la pieza con mucha nostalgia. Era una obra de tres grandes amigos míos: Manuel, Raúl, Germán. Luis también admiraba su música y, como yo, consideraba “Aztlán” una de las mejores obras escritas en los últimos años. La plática giró en torno a

la historia que se narraba en el disco: la ensoñación de lo que habría sido el Valle de México antes de la llegada humana. Me entristecí de nuevo al saber que esa fantasía era un recordatorio chocante, trágico, de lo que ahora mismo prosperaba en el Valle: una enorme placa de concreto, de miseria, de frivolidad. La música nos fue callando y al fin, sólo ella sonaba en la habitación.

El concierto terminó, y no había pasado ni un minuto desde entonces cuando Luis distrajo nuestra atención. “Ha sido una buena velada. Es tarde y les mostraré sus habitaciones”. Yo no venía dispuesta a quedarme. Pensaba en regresar a la casa, terminar de relajarme allí... pero Luis fue contundente: “Mañana comenzará todo. Leo tiene aquí lo que necesita, pero en tu caso Ale, a primera hora iremos por tus cosas. Por lo pronto me tomé la libertad de preguntarle a Leo tu talla. Así que te he preparado ropa de cama y una habitación que espero te guste. Esta casa será nuestro centro de operaciones”. En silencio, todos nos fuimos a dormir, pero yo quedé algo inquieta por un detalle, que infantilmente, sentí como un atrevimiento. Leonardo era muy indiscreto, ahora Luis Peiró sabía algo íntimo de mí: conocía mi talla.

En cuanto entré a la cama, un cansancio excesivo me invadió. Me dormí de inmediato, pero en plena madrugada desperté. Sudaba profusamente y la intensidad del sueño que acababa de tener era tan grande, tan vívida, que no tuve más remedio que levantarme para transcribirlo de inmediato. Temía que el olvido lo borrara por completo de mi memoria. No tuve que esperar mucho para descubrir que esa era una preocupación sin fundamentos.

## *Primer Sueño*

**E**l viento es frío y el cielo azul, intensamente azul; ni una nube lo interrumpe, sólo el penacho de humo del Volcán. Sus laderas son casi blancas, ensuciadas por las cenizas intranquilas que escupe desde sus entrañas de azufre y magma. En cambio, su compañera es una montaña inmaculada, apaciblemente dormida y cubierta de nieve hasta las faldas. Junto al Volcán, refleja su silueta sobre el lago.

La figura de un conejo inmenso se delinea con las orillas del agua transparente. En su superficie bruñida otra montaña se contempla: la hermana de los volcanes, la del cuerpo de águila que parece estar punto de emprender el vuelo. Desde lo alto sólo los halcones pueden ver el espectáculo del Valle, con sus pastizales teñidos de ocre por la luz; pueden percatarse del conejo que es el lago; pueden escuchar al silencio interrumpido por el viento y al canto de sus compañeras: las aves. Pero allá abajo, en las serranías que rodean al espejo líquido, se entrevé el secreto. Las piedras negras tienen la pelambre compacta del musgo y en el suelo multitud de hierbas perfuman al aire húmedo. Los encinos de cortezas añosas y arrugadas, son el hogar de los líquenes, del muérdago. En los tallos retorcidos llegan a verse las huellas del rayo, ennegreciendo los muñones de viejas ramas. Y entre los árboles, la planicie de agua brillante atraviesa el aire opaco de la niebla, ofreciendo a la vista los volcanes blanquísimos, la montaña del Águila coronada de nieve, las serranías con la tupida cubierta de bosques casi impenetrables. En medio de todo, en el centro mismo del Valle: el lago. Azul, deslumbrante, esparcido de islas pequeñas donde anidan las aves.

En el bosque, cuando los venados merodean —provocando con sus pisadas el crujir de las hojas secas— no pueden evitar la contemplación del espectáculo. Sin preocuparse, sabiendo que allí jamás los atacaría nadie, se comportan de manera única. Se quedan quietos y dejando a un lado su predilección por los sonidos o los aromas, ejercitan la vista. Levantando la cabeza miran a lo lejos, más allá de los árboles. El espacio es tan cristalino que las lejanas montañas del otro extremo parecen tenderse al alcance de un salto. Extraña reflexión para un animal que acostumbra mirar al suelo... Pero la paz de ese lugar afecta a todos. Hasta la serpiente suele detenerse en los acantilados para ver cómo nace el sol rojizo entre los Volcanes. Mientras su cuerpo se alivia del frío nocturno los ojos se fascinan con la tenue luz matinal. Agudamente buscan el horizonte: hacia donde vague su vista no hay sino montañas y bosques, y muy abajo, donde los encinos se confunden con pastizales y tulares, la piel diáfana del lago se extiende reflejando al cielo siempre azul.

Son los últimos días de invierno. Los meses de sequía hacen dorada la planicie que precede a los pantanos. Aún así, muy cerca del agua, la turba es verde intenso y forma amplias playas flotantes. Los venados que se acercan a pisarla entonces recuperan su usual desconfianza. Sienten cómo cada paso retumba sordo, impregnado de amenazas, y a menos que sean inexpertos o imprudentes se alejan con cuidado. Pero hace mucho, cuando los primeros elefantes llegaron hasta aquí, fueron familias enteras las que perecieron ahogadas en la firmeza equívoca de las turberas.

El Valle es hermoso y terrible. No hay animal que lo ignore. Por eso se aproximan por las playas seguras del Oriente, y lo hacen con prisa y reverencia. Beben el agua de vida que las nieves otorgan al Lago. Contemplan los Guardianes del Valle y agradecen al Volcán por contener sus emociones, por convertirlas en una tenue fumarola que vela al sueño eterno de su compañera. Ni el puma ni el jaguar, ni los

enormes gatos con dientes largos y curvos como la luna naciente, se atreven a pernoctar aquí; mucho menos a cazar. Como los demás, beben el agua deliciosa y se van con su andar suave, en silencio. Sólo a veces, cuando la vida bulle en el vientre de sus hembras, el Valle se torna un refugio plácido, sitio ideal para que sus crías vean la primera luz. En cambio, las aves, son moradoras perennes; aquí parecen encontrarse a sus anchas. El Valle les da su abrigo. Infinidad de mariposas revolotean sobre las playas, posando sus cuerpos coloridos por millares en el piso salobre y húmedo. Igual que a las aves, nadie las molesta. Este lugar es suyo. Sólo aquellos que nacen con alas tienen permitido habitarlo.

Cada tarde incendia al horizonte. La planicie se cubre de ocre y todo brilla con el mismo color: el agua, los tulares, las turberas, los pastizales... Los Volcanes, manchados por la sangre luminosa del sol poniente, se convierten en inmensas sombras púrpura. El cielo azul pasa por cada uno de los tonos del violeta y se sumerge en la negrura, en compañía de la luz del Vigilante, la estrella vespertina que precede a todas sus hermanas, quienes toman entonces el lugar del sol, como pálidas centinelas de la luz. Pero cuando la luna es llena, los Volcanes transforman su manto en un resplandor fosforescente y el Nagual Conejo ilumina desde abajo, como un gemelo del cielo.

En esas noches los elefantes más viejos visitan al Valle. Se acercan por el oriente y llegan hasta el borde de las turberas. Caminan conscientes del peligro, dispuestos a franquear el borde de la vida, listos a enfrentar su último instante en este mundo. Todo es visible bajo la luz nocturna, dando tonos plomizos a sus cuerpos lanudos. Alzan las trompas olfateando al húmedo aroma salobre, en espera de la voz que los invite a confundirse en el Vacío. Cuando alguno de ellos la escucha, comienza su lento baile con la muerte. Camina sin prisa a las islas flotantes, siente cómo su pesado cuerpo se hunde en ese movimiento sin retorno que recuerda el sentido de los ríos: el curso delicioso de

la vida... ésa de la que ha de despedirse. Levanta los ojos y ve el Conejo en la Luna. Siente cómo el Nagual acepta a su cuerpo viejo, pleno de memorias que están por retornar al cuenco prístino del Cosmos. Los demás elefantes contemplan a lo lejos la danza suave, escuchan la música tintineante de las burbujas, perciben el olor amargo del cieno que sale a mirar estrellas. Por fin, el viejo desaparece tras la piel del Nagual y todo permanece en silencio. La danza ha terminado, el Lago sigue brillando.

Esta noche, sin embargo, la luna es apenas una delgada sonrisa. La luz de las estrellas se refleja en el espejo del Valle y todo está envuelto en la oscuridad. La silueta de los Volcanes es un débil resplandor blanquecino. Alrededor del lago todo parece estar inmóvil. Sombra entre las sombras, una mancha sigilosa, más grande que un jaguar, se desliza bordeando a las turberas. Agazapada, lenta, va hasta los tulares y se confunde con ellos. Allí levanta la gran cabeza, olfateando en las cuatro direcciones. Tranquilizada ante los aromas que sólo hablan de aves, hierbas y humedad, camina a la orilla, donde bebe largamente del agua salobre. De nuevo, alza la cabeza, cierra las fauces para aspirar el aire fresco y nebuloso pero sus enormes colmillos permanecen al descubierto, flanqueando a la firme mandíbula inferior como dos larguísimas lunas crecientes, chorreando aún gotas de la piel lacustre.

Desde mucho tiempo atrás, ninguno de su especie visitaba al Valle. Eran muy pocos y pronto se fundirían en el Vacío... pero ella aún conserva el resplandor de la vida, es fuerte y está preñada. Ha llegado hasta allí buscando protección, en espera de la señal que le permita continuar en el tular mientras la alcanza el momento de parir. Huye de la persecución de esas extrañas criaturas de apariencia insignificante y luminosidad extrema. Huye porque son impredecibles como un cazador, débiles como una presa, temerarias como quien desconoce a la muerte. Su peculiar mezcla de poder e inocencia las hace peligrosas. Son los recién llegados, los que arrasan con su curiosidad inexperta.

En medio de la espera, los sonidos se detienen. El silencio se hace absoluto, sólido. Ella mira a las estrellas que enraízan su imagen trémula sobre el agua y voltea hacia la delgadísima luna de aquella noche. Entre la quietud de los astros, aparece un punto de luz creciente. El silencio se rompe por el susurro que sigue, con su estela, a la rapidísima estrella errante que ya se dirige al lago. Se precipita, brilla con más intensidad que aquella luna débil y de pronto, se abre en tres fragmentos luminosos y azules que hieren con un chillido agudo, siseante, al espejo del agua. Es la señal. Tranquila, ella siente cómo se le mueven en el vientre las crías inquietas. Extiende sus patas delanteras en toda su amplitud, abre los dedos mostrando las garras y arquea el cuerpo musculoso como en una reverencia. Se queda un momento mirando a la estela trífida; busca alguna oquedad entre las grandes rocas volcánicas que interrumpen al tular, descubre un sitio hospitalario y se dispone a dormir.

A lo lejos, a través de los encinos, de pie sobre sus desgarradas extremidades inferiores, las criaturas recién llegadas contemplan a la misma estrella rota hundiéndose en el lago, pero muy pronto la olvidan. Se extasían ante el espectáculo vertiginoso de aquel inmenso valle bordeado de montañas fosforescentes, donde el cielo parecía haber tendido a sus pies a un gemelo, donde la noche parecía haber perdido su oscuridad.

Tenía muchísimas ideas, hubiera querido seguir escribiendo, pero la noche caería muy pronto y le esperaba un arduo camino. Con gran celo guardó los papeles, los lápices y los deteriorados documentos de Alejandra. No olvidaba su compromiso: ser fiel a las memorias de Ale; fue un logro minimizar sus propias intervenciones en lo que acababa de transcribir. Así que estaba satisfecho. Aprovechando la luz dorada que antecede al crepúsculo, el Caminante pudo acomodar en el reducido espacio de la mochila todas sus pertenencias. Observó el cielo: seguía despejado; sintió el viento frío, le dolió la espalda, tosió un poco y supo que en la madrugada, el clima del arenal sería feroz, de modo que decidió dejar a la mano una manta. Estaba por emprender un trayecto agotador, en adelante sólo atravesaría desiertos. Pero sabía que el último de ellos, el *suyo*, era un lugar lleno de vida, un sitio del que guardaba los mejores recuerdos.

Por fin inició la marcha, no le quedaban ni un par de horas de luz. Sabía que aún antes de que se declarara la noche, la oscuridad sería impenetrable, haciendo difícil su avance en la espesura del monte. Con todo, esa fatalidad dejaba espacio para el consuelo, pues la vegetación era cada vez más rala, signo indudable de que el arenal estaba próximo. El descenso fue brusco, la pendiente agudísima y la progresiva sequedad hacían que el suelo cediera ante su peso, haciéndolo resbalar con frecuencia, levantando una polvareda espesa que agredía su adolorida garganta. Era un avance fatigoso, pero tenía que ganarle a la noche, así que mantuvo el ritmo y siguió caminando con prisa. En menos de dos horas, tal como lo había previsto, casi no podía ver nada. La

luz roja del sol agonizante hería las copas de los árboles, pero abajo, en el ralísimo bosque, un manto gris, monótono, obstruía toda visión. Sólo de vez en cuando, claros entre las sombras, permitían contemplar vistazos del agónico atardecer. Los enormes acantilados de caliza fulguraban con la luz sanguínea del ocaso, aligerando con su sobriedad la angustia que oprimía el pecho del Caminante, impulsándolo a seguir sin parar, sintiendo la pendiente pronunciada y los intermitentes golpes de troncos retorcidos y rocas. Eso cambió muy pronto. Como si hubiera llegado a un lindero, justo cuando la luz murió, de manera súbita los árboles cedieron su sitio a un pastizal muy disperso. En él crecían, azarosamente, apretados islotes de magueyes. La vista podía contemplar el raro espectáculo de aquella planicie blanquísima, casi fosforescente aún en la naciente noche sin luna, extendiéndose como una sábana sobre la falda de los montes estériles. A lo lejos se veía la sinuosa línea de la carretera, signo del confín donde el peligro amenazaba su vida. Por último, el horizonte interrumpido por cerros muy distantes, marcaba la frontera definitiva para sus ojos. Enfrente tenía al valle inmenso, más agreste pero más seguro. Le pareció que presentaba una superficie lisa, apenas entorpecida por detalles; una blancura interrumpida aquí y allá por oscuros manchones de agaváceas. El Caminante salvó el potencial estorbo de las rosetas y sus agudas espinas. Luego de otras dos horas se halló en medio del desierto más absoluto: un mar de arena plateada en el que no crecía nada, salvo escasos matorrales, necios y chaparros; un páramo azotado por el viento, gélido, inclemente, que hería los ojos con miles de minúsculos perdigones. No había un solo refugio donde protegerse de tan desusado castigo; era indispensable seguir caminando. Largo rato, su única preocupación fue cuidarse de tropezar con las esporádicas rocas. Tomado por sorpresa, un súbito desnivel en el suelo alertó sus sentidos. Pese a la ventisca, hizo un esfuerzo por ver. Con estupor se dio cuenta de que el liso arenal era una engañosa sucesión de

despeñaderos, que en la oscuridad y la distancia, habían parecido meras sombras. En adelante debía cuidarse también de las barrancas: lejos de ofrecer protección, sus paredes escarpadas eran un riesgo.

Pensando que el terreno no era tan plano como había supuesto, le preocupó que ni las cañadas ni la planicie estuvieran a salvo del vendaval. La situación comenzó a desesperarlo: con los ojos enrojecidos y la garganta irritada por el polvo gélido, le era imposible orientarse, hasta podría ser que estuviera andando en círculos, en cuyo caso el amanecer lo encontraría en el lugar menos conveniente. Se sintió desamparado, colérico. El frío era infame, le dolía la espalda y el ardor persistente en su garganta lo hacía toser. Recordó el consejo del viejo mara y se lamentó por no haberlo seguido: en ese momento *necesitaba* un báculo, algún objeto en donde apoyar ese cuerpo suyo, cada vez más cansado, cada vez más ruinoso. Debería haber planeado mucho mejor este viaje, sus cálculos, tenía que aceptarlo, habían sido demasiado optimistas. Considerando un buen clima, con la noche estrellada y conociendo veredas que evitaran los barrancos, ciertamente que le habrían bastado unas quince, a lo mucho veinte horas para llegar al borde de *su* desierto, no de este mar reseco, sino de aquel bendito desierto en el que la vida abundaba: cactus, mesquites, tantarrias, huamiches. Pero aquí... Pensó seriamente en sacar su manta e improvisar un refugio. Tal vez durante el día el viento amainara y a pesar del riesgo innegable, del infame calor, llegara a ser más fácil orientarse. Se detuvo. Reflexionó. Soportó el vendaval y la implacable lluvia de arena. Volvió a considerar sus pensamientos. ¿Era acaso una alternativa? Se dio cuenta de que actuando así no ganaría gran cosa. Prefirió seguir. Dejó de preocuparse y con la mente en calma, caminó; caminó como antes, sin rumbo, cínicamente, sin la preocupación de tener un sitio a donde llegar.

Como si la naturaleza hubiese estado esperando a que tomara esa decisión, el clima mejoró. El viento dio una tregua, aunque persistía el frío fortísimo, arañándole la laringe, haciéndolo toser cada vez peor, dándole en cada espasmo una preocupante punzada que le taladraba la espalda. Su cuerpo estaba resintiendo tanto esfuerzo, pero al menos ya no tenía que lidiar con la ventisca. El cielo generoso mostró no sólo infinidad de estrellas, sino también ese turbio fulgor que despide la vía láctea. No se sorprendió demasiado, los desiertos son impredecibles, todos ellos, pero especialmente los arenales, por eso, durante tantos años, los había evitado. Aunque ahora, cuánto le habría aprovechado conocerlos. “Lamentaciones vanas que de nada sirven” –pensó con tristeza.

La planicie siguió deformándose. Se empeñó en salvar las accidentadas barrancas, caminando por sus bordes hasta alcanzar de nuevo la precaria horizontalidad del arenal. Ligeros promontorios se sucedieron hasta formar verdaderas colinas de arena. Ahora sí, nada parecía crecer allí, ni un matorral, ni un miserable pasto: todo era polvo, nada más. Las dunas, más difíciles de salvar, habrían sido una barrera infranqueable de haber seguido soplando la violenta ventisca. El Caminante agradeció a la suerte por haberle beneficiado con su caprichosa, rara benevolencia. Subió una duna y desde lo alto reconoció la silueta de algunos montes yermos, pero sobre todo, muy a lo lejos, vio la sombra promisoría de lo que, creyó, sería alguna vegetación. Aún le quedaban muchas horas de camino, tal vez diez o doce, pero aquella visión lo llenó de tanto vigor que olvidó el peso de su edad: las coyunturas dejaron de crujirle, la golpeada mandíbula ya no le dolía y su bolsa le pareció tan ligera que hasta se paró a revisarla: no se hubiera abierto esparciendo torpemente sus tesoros.

Se sentó. Tuvo otro acceso de tos, otra punzada en la espalda. ¿Estaría enfermando? ¿acaso podía dudarle? No, no, no podía permitirse tal cosa. Respiró

profundo y la tos regresó, sin embargo, el aire llegó vigoroso a sus pulmones, relajándolo a pesar del dolor. Por un momento contempló la cúpula negra del cielo, dejó que sus ojos disfrutaran con el rutilar de las estrellas, al tiempo que con la razón exploraba las constelaciones. Detectó la Osa Mayor, reconociendo a Dubhe y Merak, las apuntadoras que fielmente lo guiaron hasta Polaris. Cuando menos ya no se preocuparía por la orientación, el norte era clarísimo. Luego palpó los costados de la mochila y al fin, revisó su interior. Allí estaba todo: intacto. Apresuró el paso, le urgía llegar, le urgía que el amanecer lo bendijera con su luminosidad. Las ideas se le agolpaban con fuerza, exigiéndole escribir. Como eso era imposible, se puso a repasarlas, a ir las armando con lógica y estilo, para poder plasmarlas de inmediato, en cuanto la luz lo permitiera.

Pensó en las charlas que tuvo con Alejandra y Luis Peiró. Se percató del modo en que éstas, a la manera de una semilla fértil, habían ido fraguándole la convicción de que todo lo que sucedía en el mundo era el fruto de contingencias, de situaciones imprevistas imponiéndose a la vana ilusión de control que tenían los poderosos. ¿De qué les había servido a ellos su poder? Todos padecieron sin remedio las contingencias que provocó la catástrofe. Y en tales hechos, no sólo México, sino sobre todo Querétaro, había jugado un papel crucial. “Qué tontería –pensó- ¿cómo una ciudad tan insignificante puede ser *crucial*?” Pero vaya y si eso era cierto, en particular para él. “Lo *crucial*, lo *importante*, siempre es así: definitivo para el que lo experimenta, para nadie más –volvió a pensar- ¿y entonces?” Parecería que esa conclusión exigía darse cuenta de que en el universo, nada importa, lo importante es sólo para aquel que siente, peor aún, para aquel que piensa demasiado. Estuvo a punto de sumirse en reflexiones oscuras, barruntó que eso sería el preludio de una desesperación que, dadas las circunstancias, se tornaría fatal. Prefirió concentrarse en su andar cínico.

En efecto, él, mientras caminaba, era como un perro. Un perro vagabundo, similar a aquel *Faycán* de la literatura canaria. A Alejandra le encantaba la novelita de Víctor Doreste en donde *Faycán* contaba su vida. Ahora mismo, él se identificaba con el personaje: un animal solitario, viejo, narrando sus recuerdos en un impulso frenético, sin más pretensión que ir hilando historias, sin ningún propósito, cínicamente. Aunque claro, al igual que *Faycán*, albergaba el deseo de que su memoria perdurara. Sólo un perro sería capaz de no dejarse llevar al pasmo, a la inactividad, pese a la conciencia amarga de saber que *nada importa*. Así que a caminar y a pensar sin amargura ni expectativas.

Cosa curiosa, esa nueva actitud lo impulsó a detenerse un momento. Miró hacia la distancia: la silueta de los matorrales se insinuaba a lo lejos. En un pasado no muy remoto hubiera distinguido, tras el horizonte, el resplandor inevitable de la ciudad. Pero ahora la oscuridad era completa. ¿Era eso una bendición? Antes lo hubiera pensado; ya no estaba seguro. Sintió el abrazo opresivo de la nostalgia. Se puso de pie. El viento soplaba en suaves ráfagas heladas, haciendo que le dolieran las orejas, que le ardieran las mejillas, que le lloraran los ojos. Con la vista nublada por unas lágrimas meramente fisiológicas, sin ninguna carga emocional, contempló la imagen borrosa de las estrellas. Allí estaban, como siempre, brillando desde épocas en las que ni siquiera existía un solo humano en la tierra. Y seguirían allí, despidiendo su tenue luz muchísimos años después de que el último hombre hubiera muerto. La clarísima imagen de las constelaciones, inventada por la razón, desaparecería para siempre en el mismo instante en que la humanidad dejara de existir. Pero la luz de aquellos astros, su ser silencioso, permanecería indiferente, pues para su existencia ningún ojo se hace necesario; mucho menos la razón. El Caminante se sintió aliviado y melancólico. El fluir de la bilis negra destiló su zumo, ese sabor perfecto a promesas imposibles, a abandono.

Parsimoniosamente se colocó la mochila en la espalda. Sintió todo su peso; el adormecimiento había quedado atrás y la carga de los años regresó. Tuvo otro ataque de tos que sintió como una daga hiriéndole los pulmones. La vejez era un hecho que su cuerpo ya no podía negar y sin embargo, lejos de enredarse en lamentaciones, una lucidez muy singular se apoderó de su interior. El frío de la noche, el viento que movía a las escasas nubes, el tintilar de las estrellas, *todo*, evidenciaba al estruendo silencioso del río que es el tiempo. Y la vida se le mostró como lo que es: tiempo, *tiempo con conciencia*. Supo entonces que la clave estaba allí; el *sentido* de la vida es *disfrutar* el paso del tiempo. Navegar contento por el río. No más, no menos.

Pasaron varias horas. El Caminante soportó con estoicismo el frío y el cansancio del cuerpo, sobrellevó el dolor de los esporádicos accesos de tos y dejó de pensar. A cambio su mente pudo disfrutar la tregua de un silencio prolongado. Aquella paz sólo fue perturbada por un aullido lejano. Aguzó la vista pero no había más que negrura. Casi dejó de respirar para que sus oídos tuvieran la claridad de un escrutinio sin obstáculos. Ahí estaba de nuevo. Un aullido prolongado que se deslizaba desde tonos agudos hasta una coda persistente y grave. ¿Sería un coyote? ¿acaso un perro? Hacía mucho que no veía perros. ¿Se habrían ido con los hombres? ¿los habrían acompañado hasta el patético remedo de ciudades que representaban sus miserables chozas en las cañadas? ¿serían los famélicos guardianes de sus derruidos hogares en esos barrios de fantasmas que persistían en las urbes fosilizadas? Otra vez su mente se inundaba de voces: Alejandra, Luis. La discusión en torno de la viejísima novela de Doreste. Por enésima vez se detuvo. La necesidad de escribir era imparable. La sombra que interrumpía al tenue fulgor del arenal estaba a pocos metros. Corrió hasta ella. No era vegetación, como había supuesto, era un piso durísimo, de roca desnuda, oscura. Casi se alarmó. ¿Cuándo llegaría a la protección del matorral? Sin embargo, esa angustia no

pudo arraigar, era una semilla amarga que caía, como él mismo, en la lisa y estéril superficie de una piedra. Su espíritu había sido arrebatado por el deseo insano de garabatear, de herir papeles: ésa era la única semilla viva, la fuerza que sin importar donde, tendría el vigor para germinar de inmediato. Sin pensar, caminó por el pedregal. Era un afloramiento calcáreo y sabía que por algún lado debería haber alguna oquedad, alguna entrada al reino ctónico que de nuevo lo obsesionaba. Pasaron unos minutos y al fin, el Caminante encontró un minúsculo refugio, apenas un hueco que lo protegería del sol cuando amaneciera. Se liberó de su carga, acomodó tranquilamente la mochila hasta el fondo. Se quitó el cinto y colocó las botellas de plástico en las que traía su reserva de agua en una esquina. Al hacerlo pudo darse cuenta de que, en caso de estar aún lejos del matorral, la falta de agua podría convertirse en una tragedia. Fue pues hasta su mochila, la abrió en busca de aquel plástico que el mara le había regalado; lo desplegó en la oscuridad. Palpó su superficie, casi rígida por el frío. Lo sacudió y volvió a doblarlo. Con aquel bulto bajo el brazo salió a la plenitud nocturna. A pocos metros encontró una grieta. No estaba seguro que tan profunda sería, así que arrojó unos guijarros a su interior. Por el sonido dedujo que tendría, a lo mucho, un metro de hondo. De una bolsa de su chamarra sacó un botecito metálico, extendió el plástico y justo en el centro puso una piedra, luego la envolvió de tal modo que el ápice de ésta pudiera quedar dentro del bote. Cuidadosamente, exploró la parte interior de la grieta, percatándose de que fuera lo suficientemente holgada como para permitirle maniobrar con confianza. Metió el bote con la piedra y el plástico, depositándolos bien adentro, hasta el fondo. Con los bordes del manto de polietileno formó algo parecido a un cono, detenido en sus orillas por numerosas rocas que impedirían que el viento lo arrastrara. Confiaba en que aquel rudimentario instrumento le permitiera captar el agua de la condensación que siempre humedece el piso, hasta en los peores desiertos, cuando llega el amanecer. Hecho esto,

tranquilo, seguro de que si no perdía la atención podría satisfacer las necesidades del cuerpo sin sucumbir a la torpeza, regresó a su refugio. Sentía escalofríos y la tos era cada vez más frecuente, pero el descanso y las frazadas que se echó encima, le regresaron el calor al cuerpo. Casi se sintió cómodo y en paz. Aún así algo lo inquietaba. Tenía que escribir. La urgencia de continuar con su labor, de reconstruir la memoria, lo hizo olvidar las dificultades que planteaba la noche. Sin luz, sin más impulso que el desesperado deseo de escribir, sacó un lápiz, unas hojas, y, a ciegas, dio rienda suelta al flujo misterioso que llenaría, con amarga vitalidad, aquella blancura hasta entonces inmaculada.

## *Los perros de las Canarias*

Era muy temprano en la Ciudad de México. El día se sentía un poco frío, había llovido toda la noche y desde el amanecer el cielo permanecía gris. Estábamos en la sala de la casa de Peiró y esperábamos el desayuno que preparaban en el patio. Según lo acordado, hoy sabríamos los detalles del plan. Como de costumbre, nuestro anfitrión se encargó de que la espera fuera amena. Era evidente su atracción hacia Ale, así que tratando de agradaarla puso algo de música, esta vez, una rareza de museo: un auténtico disco de vinil de Pink Floyd, aquel en el que un perro ladra y aúlla rítmicamente mientras David Gilmour toca la guitarra. Sonriendo Luis cogió la funda del disco y comenzó a hablarme, sin dejar ni un instante de mirar los brillantes ojos verdes de Alejandra.

— Mira Leo, es preciosa la portada. ¿No es cierto Ale? Arte psicodélico le decían. Anda Ale, mírala de cerca, tú sabes apreciar ese talento olvidado. Escucha el blues, ¡qué bien acompaña a Gilmour su perro! ¿o debería decir Gilmour a su perro? — Luis se rió, celebrando su propio humor más que nadie-. Aunque parezca cómico, lo que voy a decir es verdad: mucho le debe mi Gran Plan a los perros. En la Isla de la Palma, una de las laderas de Cumbre Vieja alberga una grieta que parece insignificante, indistinguible de las muchas que por allí se abren. Su boca se alza desde el suelo hasta unos tres metros de altura y apenas si sobrepasa los 60 centímetros en su parte más ancha. Como ya les dije, solía ir acompañado de mi perro mientras hacía levantamientos geológicos para el *Institutum Canarium* y esa ocasión, sin hacer caso de mis órdenes, éste

corrió desaforado, perdiéndose en el interior de la angosta fisura. De no haber sido por su insólita desobediencia (pues era inteligentísimo, como todos los perros mestizos) bueno, pues de no haber sido por su terquedad, jamás habría descubierto la magnífica caverna que se extendía a pocos metros de la entrada. Debo decirles que la actitud de mi perro, luego de estar adentro, me pareció muy obvia: el piso de la cueva estaba cubierto de huesos. El tétrico espectáculo era un cúmulo de cráneos, coxales, omóplatos, vértebras; todos *de perros*.

Ale, que estaba sentada a mi lado, dio un fuerte respingo. Intentó interrumpir a Luis, pero éste, como siempre que hablaba, estaba tan absorto en su perorata que ni siquiera se dio cuenta. Continuó sin inmutarse.

— ¿Cómo llegaron a ese lugar? No lo sé, lo que sí sé es que pasando el macabro pasillo, una galería enorme extiende sus tentáculos por kilómetros hacia el interior de Cumbre Vieja. Ese sistema de cavernas es fundamental para lo que pensamos hacer. ¿Lo ven? Este plan se debe a los perros... y también al azar. Fue por azar que mi perro encontró esa cueva, fue también por azar que yo adopté a mi perro. Déjenme que les cuente, es una historia inverosímil, si no, ustedes dirán. Una vez, mientras atravesábamos el mar desde mi casa en Puerto de la Cruz, rumbo a la Isla de la Palma, se me ocurrió, dada la insólita calma del mar, que nos detuviésemos a pescar. El aire era casi tibio y prácticamente no había viento. De pronto, a lo lejos, un extraño ruido interrumpió al murmullo de las olas. Era un ladrido. Cogí mis binoculares y escudriñé el horizonte. Luego vino otro ladrido y otro y otro. El ruido guió a mis ojos y al fin pude detectar la causa: un perro flotando precariamente sobre lo que parecía el tronco de un árbol. Sin más dilación, dirigimos el yate hasta el escandaloso animal y en efecto, allí

estaba, empapado pero a salvo, un gran perro mestizo, encaramado al tronco de una palma...

— ¡Déjame adivinar el nombre de tu perro! –dijo Ale, interrumpiendo esta vez con mucha convicción a Luis, presa de un entusiasmo que me pareció exagerado- debe haberse llamado “¡Chicharro”!

— Por supuesto. Así que también conoces las aventuras de “Faycán”. Tu cultura me sorprende, yo creí que sólo los viejos de La Gran Canaria recordaban ese librito.

— Vaya si lo conozco Luis, es uno de los mejores ensayos que se hayan escrito sobre la opresión y la libertad.

—¡Por Alá, pero si es una novelita para niños! Ale, no puedo creer que hables en serio.

No sólo Alejandra, también yo me sorprendí por la vehemente exclamación de Luis. En mi caso nunca había leído “*Faycán*”, de hecho, era la primera vez que tenía noticia de esa novela, pero a juzgar por las expresiones de mis amigos, o era obra de un aficionado a los cuentos infantiles o era el fruto acabadísimo de un literato como Saint Exupery. Ale volteó a verme, como en busca de algún apoyo, pero de inmediato le aclaré que no sabía nada del autor, alguien al que leería hasta mucho después: Víctor Doreste.

— Pues deberías leerlo –me dijo. Todavía hace unas décadas era uno de los primeros libros a los que solía aproximarse un niño de Las Palmas, vaya, de toda la

Gran Canaria. En todo caso Luis, no entiendo tu desprecio por esa novela a la que, despectivamente, te refieres como “para niños”. Si algo nos tiene en este mundo de miseria es la perniciosa costumbre de no leer.

— Cierto, cierto ¿pero eso qué tiene que ver con la profundidad de la novelita en cuestión? Mira, yo no desprecio esa novela como dices, lo único que quiero decir es que me parece excesivo considerarla un ensayo contra el imperialismo y la injusticia. Es un bonito cuento para niños, eso no es una ofensa, ¿o sí?

— Ese tonito, esas formas, me parecen ofensivas.

— Vaya pues, me retracto. La novela de Doreste es un tratado sociológico sobre la opresión.

— A pesar de tus burlas no es ningún tratado. Es simplemente una novela, una parábola que recrea y critica la historia de la colonización brutal de las Islas Canarias, algo que a mí, *como mexicana*, me atañe visceralmente. Nuestra historia es muy similar, los pueblos de América sufrieron tanto como los guanches. Esa “novelita”, como tú le dices despectivamente, es poética, fresca, sin pretensiones culteranas. Pero creo que digo cosas de más. Tu *eres español* ¿no es cierto?

— Ale preciosa, yo nací en México. No tienes porqué ser sarcástica. Tengo la doble nacionalidad por causa de mis padres y ya.

— ¡No me digas “preciosa” que no soy un objeto! Tampoco me hables con esa voz condescendiente tan de machito que se siente superior. ¿Sabes? tengo una sospecha Luis. ¿De veras leíste “Faycán”?

— Pasé mi niñez en Las Palmas.

— No es respuesta, pero bueno. Sí que me extraña tu actitud, tan arrogante, tan..., sí, lo voy a decir, tan *masculina*.

— Alejandra, no me vayas a venir con un discursito feminista ¿eh? Mira, te lo diré de otro modo. Desde los seis años hasta los once viví en Las Palmas. Leí Faycán no una, *muchas* veces. Hasta el aburrimiento.

— ¿Sí? No lo creo. Y por cierto, si quisiera decir un “discursito feminista”, qué, ¿sólo tú tienes derecho a tus monólogos de macho? Oye, a ver, dime ¿por qué se llaman así las Islas Canarias?

— ¡Ah! Un examen. Pues supongo que por tener muchos canarios.

No sólo Luis, también yo me reí forzosamente. La conversación estaba siendo innecesariamente incómoda. Me parecía una necedad discutir por tales nimiedades, pero al parecer a Ale eso le parecía *importante*.

— Luis, qué pena me da percatarme de que mientes.

— ¿Perdón? A qué te refieres ¿a qué no sé la respuesta y jamás leí a Doreste, por lo tanto miento, o a que sí sé la respuesta pero dije mentiras? Mmm, no debería hacerte caso Ale, esta discusión me aburre, pero te contestaré esa babosada ya que así lo quieres, y bueno, voy a procurar no sonar demasiado “masculino”, sea lo que sea que tú entiendas por esa palabra. Mira, según Doreste, a Las Canarias les llaman de ese modo porque se dice que en la época de los guanches estaban habitadas por numerosas jaurías de canes: *canis*, de allí derivaría la voz “canaria”, islas de los canes. ¿Satisfecha?

Se hizo un silencio. Muy largo, muy incómodo. Luis lo rompió hablando con la jovialidad de costumbre.

— Ale, perdona, creo que ambos hemos sido groseros. Mis sarcasmos, lo acepto, estuvieron fuera de lugar. Tienes razón, me comporté como un macho. ¿Me disculparás? Mira, debo decirte que esa novela es muy buena, de veras, no hay ni pizca de ironía en lo que digo. Es más, le tengo un cariño especial, de otro modo jamás le habría puesto ese nombre a mi perro. ¿Sabías que Chicharro conocía muy bien la Isla de la Palma? No cabe duda que venía de allí cuando lo rescaté.

— Lo supongo, pero si fuera como el *verdadero* Chicharro conocería mucho mejor Tenerife.

— ¡Exacto! Mi noble Chicharro había nacido, sin duda, en Tenerife. Alguna vez, mientras visitaba la granja de unos amigos en Buenavista, pude percatarme de que varios perros del lugar le conocían bien. Es más, Chicharro tenía una cola muy cómica, como cortada a la mitad. Pues sábetes que varios perros de Buenavista eran idénticos:

agitaban su pequeña cola igual que un dedo diciendo no. Mi amigo me dijo que ese era un carácter exclusivo de algunos perros de Tenerife. Y luego, cuando fui a la caldera, Chicharro resultó un excelente guía, pues conocía cada grieta, cada fisura en el terreno. Tal vez mi Chicharro jamás haya navegado hasta Las Palmas de Gran Canaria, pero sin duda navegó a la Isla de la Palma desde Tenerife y luego intentó regresar, trepado ni más ni menos que a una palma, hasta que lo hallé. No cabe duda Ale, la novelita de Doreste tiene sus misterios. Aunque debo insistir en que no estoy de acuerdo contigo cuando le atribuyes unos alcances que no creo que tenga, pero en fin, no en todo hemos de coincidir.

— Así es, en efecto —dijo Ale, en tono casi tan cortante como la mirada que fijaba en Luis.

— En fin, estamos hambrientos y eso pone de malas ¿no? — Luis llamó por el interfón de su solapa para preguntar por el desayuno- A ver, ¿qué les parece si vamos al patio? Al menos parece que el café ya está listo.

El desayuno fue una pausa que aligeró el ánimo de Alejandra. Luis sólo bromeó y se dedicó a hablar de música. Sin embargo, a partir de ese momento ella estuvo como ausente. Por su parte, Peiró no dijo ni una palabra de su “plan”. Durante la sobremesa la plática regresó al incidente de “Chicharro” y Luis nos contó los detalles de cómo había realizado la exploración del extenso sistema de cavernas en La Palma.

— La pasión por la espeleología es una de las cosas que comparto con Leo ¿no es cierto?

— Sí Luis, así es –dije yo sin ganas de hablar de un tema que me traía recuerdos inquietantes.

— Leo, yo sé que conoces a Ale desde mucho tiempo antes que a mí, así que seguramente ella debe saber de tus correrías por las cavernas del Cerro de la Estrella.

— Sí –dijo Ale, haciéndome temer que entraría en detalles- también visité con él las cuevas de la Sierra Gorda en Querétaro y hasta las galerías que atraviesan la Ciudad desde el Cerro de las Campanas. Incluso lo llevé a explorar, junto con mi amigo Pablo Corcuera, los túneles coloniales que hay en la Ciudad de México. Es curioso cómo suceden las cosas Luis. Cuando comenzaste a contar tu historia, lo primero que me sorprendió fue que hablaras de una caverna con osamentas de perro. Ahora mencionas las correrías de Leo en las cuevas del Cerro de la Estrella. Pues las dos cosas se relacionan. ¿Sabes? Yo sé porqué la grieta que descubrió Chicharro estaba tapizada de huesos de perro.

Luis puso una expresión de sorpresa. Ale hizo una pausa prolongada, reflexionando en lo que iba a decir. Yo no estaba seguro si eso me daría alivio o simplemente haría derivar la plática hacia temas que no me eran gratos. Por fin, mirándome fijamente, ella habló.

— Leo, ¿recuerdas aquella vez que no me acompañaste al campamento en el Popocatepetl? Pues te perdiste de algo bueno. Fuimos al Cerro de la Estrella, respondiendo a tu cita. Te esperamos largo rato, luego, como no llegabas, a Pablo se le

ocurrió llevarnos cuanto antes a las cavernas del Popo. Exploramos varias grietas, algunas prácticamente inaccesibles por la estrechez de sus bocas. En una de ellas, escucha Luis, esto te va a sorprender, pues en una había multitud de huesos de perro. Luego nos enteramos que durante las erupciones que hubo a principios de este siglo, algunas jaurías intentaron protegerse allí de la caída de material piroclástico. Fue una triste decisión pues por ellas emanaron gases tóxicos. Yo creo que han de haber muerto instantáneamente.

— ¡Claro, claro! Entonces aquella colección ósea que descubrí con Chicharro se habría formado durante la última erupción en La Palma, hace más de cien años. ¡Ale! ¿sabes que pasé lustros enteros tratando de imaginar cómo habrían llegado a ese lugar tantos huesos? Miren nomás que sol tan hermoso ha salido, ¡genial! Luego de cielos grises y un conato de desacuerdo, el día se antoja bellísimo, casi tanto como la mujer que me ha resuelto el enigma. Tenemos que brindar por ello, sí señor.

Luis gritó algo al mozo, que discretamente había permanecido durante todo el desayuno al fondo del patio. Yo me sentí aliviado. El tema de las cavernas no había llevado a las conversaciones que tanto me preocupaban. Según parecía, a juzgar por las botellas de vino y los quesos, ese día sólo nos divertiríamos. En lo que respecta a Luis y a mí no me equivoqué. Alejandra estuvo en silencio y luego, con cautela, sin que nos diéramos cuenta, se fue, cosa que a Luis no pareció molestarle en absoluto.

*El diario de Alejandra*

(3)

Mientras estuve con Luis Peiró sucedieron tres cosas significativas: 1. Descubrí que al designar su casa como “centro de operaciones”, muy en serio, sin ironía ni metáfora (por más vulgar que ésta fuera), Peiró evidenciaba una puerilidad inquietante; 2. Conocí detalladamente su plan; 3. Tuve el primero de una serie de sueños que desde entonces me hacen dudar de la certeza de ésta realidad que me rodea; como si las perplejidades de la adolescencia retornaran con la misma fuerza de la primera vez, aunque con la desconfianza propia de la edad madura. Es una situación nada agradable. Con 17 o 18 años esos sueños podrían ser el inicio de algo bueno, una pasión, una ruptura creativa. Pero con mi edad son el prelude de una locura fatal, y ya mismo son fuente de una agitación insana que resquebraja mi pobre confianza en el mundo. Por eso, jugando a ser joven, he decidido no oponerme al torrente onírico, muy por el contrario, lo sigo, lo cuido, lo registro minuciosamente. No importa la hora a la que me asalte el despertar, de inmediato escribo. ¿Qué haré con todas esas líneas? No lo sé, un libro de cuentos tal vez. Por lo pronto cultivo una labor que me distrae de la pesadísima presencia de Luis Peiró.

A ver, ¿qué demonios esperaba que pensáramos cuando se refirió a su casa como “centro de operaciones?”. Desde el tonito con que pronuncia “centro de operaciones”. Suena a libreto de película barata. Peiró como uno de esos actorzuelos que solamente sienten la vida al representar el papel de un personaje poderoso: Juan X hablando como Tom Cruise en “Misión Imposible” o algún otro bodrio retro, de esos que ahora han

vuelto a gustar. Pero lo que más me extraña es el modo en que yo reaccioné. En aquel primer encuentro, aunque me chocó un poco su manera de hablar, en general quedé muy bien impresionada. Pensar que hasta lo consideré un *hombre auténtico*. ¿Cómo pudo ser? No lo sé, tal vez fuera la música, la cerveza, no lo sé. Afortunadamente mi ingenuidad duró poco. Sus comentarios pedantes sobre la novela de Víctor Doreste fueron la primera de varias situaciones en las que pude *ver* al auténtico Luis Peiró (si es que la palabra *auténtico* tiene sentido en un personaje como él). Por ejemplo, ¿qué implica que alguien confunda la obediencia con la inteligencia? Al referirse a su perro, insistió en que era muy obediente “pues todos los perros mestizos son inteligentes”. No sólo eso ¿cómo conciliar un discurso sobre la equidad, en contra de la servidumbre, y a la vez tener en la propia casa mozos uniformados? Por cierto, todos mestizos, ¿será porque son obedientes, o sea inteligentes, a la hora de *servir*? A ver, a ver... Y luego su proclive inclinación a la haraganería. Tardó días enteros en decidirse a hablarnos de “*sú plan*”. Siempre tenía un pretexto para perder el tiempo escuchando música y bebiendo. Me pregunto, ¿qué pretende realmente? Su erudición, su “fe” islámica, su facha de genio excéntrico, todo se me ha revelado tan falso. En estas dos semanas he pasado de la admiración a la desconfianza y de la desconfianza al franco desprecio. Este cambio no surgió de su trato hacia mí, él siempre es amable, me habla con esa gentileza distante de los que se sienten aristócratas. Incluso ha llegado a coquetearme, con su lengua fácil habla de que somos parecidos, ¡bah!, de que ambos somos seres “comprometidos”. Estoy segura, segurísima, de que jamás habrá de comprometerse con nadie. Su poca autenticidad ha bastado para hacerme una idea clara de quién es y qué se puede esperar de él. Como de costumbre Leo me asegura que pienso así porque soy, al fin de cuentas, una misántropa. Tal vez, pero de algo estoy segura, si Luis Peiró está metido en esto, si

ideó un plan tan ingenioso, es simplemente porque su ego se siente satisfecho, nada más.

Y luego viene el plan. Me sorprendió que todo ese “pretexto” de la energía tectónica, fuera algo tan coherente, tan probablemente útil, tan lejano del epíteto “basura” con el que Luis se refirió a él. Y es que para Peiró lo único importante es “su Plan”. Enfatiza la “P” de tal modo que no quede duda que es una mayúscula. Hasta el último día, luego de dos semanas enteras en el “centro de operaciones” de la Colonia Juárez, Peiró se dignó por fin a darnos una explicación minuciosa de lo que haremos en la Isla de la Palma. El trabajo tendrá que centrarse en Cumbre Vieja, a lo largo de la falla que divide casi en dos partes a toda la Isla. “La idea, en principio, se le ocurrió a Nahim Salam –dijo entonces con un aire muy triunfalista-. De hecho Ale, tú harás el trabajo de campo con él. Ya lo conocerás, *es todo un caballero*. Como sabes, Salam ha estudiado los fenómenos cuánticos que provocan las tensiones tectónicas en los minerales. Fíjate en algo curioso, esas investigaciones se inspiraron en una joya de anticuario, cierto artículo inédito de Don Blas Cabrera, el pionero de la física teórica en España, que como también debes saber, es nativo de las Canarias. Pues te decía que Salam, siguiendo una intuición muy atrevida de Cabrera, descubrió que el efecto piezoeléctrico se relaciona con alteraciones nanométricas del continuo espacio-tiempo. Esas alteraciones generan simetrías que, siguiendo el teorema de Noether, se traducen en conservación de energía y por lo tanto, en un potencial uso práctico. La mejor manera de medir las deformaciones espacio-temporales se logra cuantificando la electricidad generada por las tensiones tectónicas, particularmente cuando éstas actúan sobre cristales de feldespatos o de cuarzo. En todas las Canarias, como en cualquier isla volcánica, abundan esos minerales. Salam ideó un aparato para amplificar la carga, básicamente, un condensador modificado que ha de instalarse profundamente, en zonas

críticas donde las fuerzas tectónicas son más intensas. En eso, la Palma es perfecta. El descubrimiento de mi fiel Chicharro demostró que varios de sus sistemas de cavernas volcánicas son sitios magníficos para acceder con facilidad a las zonas de tensión piezoeléctrica. Lo que nos interesa es que esa electricidad puede almacenarse y después medirse. Mediciones: justo lo que buscan los físicos. Pero el almacenaje de energía es un negocio y también es la puerta para nuestro “Gran Golpe”.

Sí, así dijo: “*Gran Golpe*”. Otra vez el actorcete en el papel de Tom Cruise. Recuerdo su entusiasmo acompañado de expresiones poco imaginativas, vulgares, el “Señor” mostrando el cobre: “¡Bingo! Ahí está la clave –dijo impostando la voz-. Para generar electricidad barata bastaría poner una serie de condensadores Salam a lo largo de la fractura tectónica de Cumbre Vieja. Si tenemos éxito, les dije en el *Institutum*, el invento se patentaría y he ahí la ansiada fuente alterna de energía que buscan las grandes empresas. Ya se imaginarán cómo a los voraces políticos les fascinó la idea: un gran negocio sin duda. Pobres diablos, no saben lo que de veras intentamos. Su despreciable ambición nos ha dado una ruta libre, un camino magnífico para llegar hasta los nodos más frágiles de la falla. Así que tanta tecnología, tanto ingenio, no es sino un anzuelo para lo verdaderamente importante. Esto es, ahora sí, lo que interesa, *mí idea*: al tiempo que pongamos los condensadores Salam en esos nodos, instalaremos pequeñas bombas nucleares que, en el momento indicado, estallarán en serie. ¿De dónde saldrán los artefactos explosivos? Pues la paciencia, al fin, ofrece frutos jugosos. Esos ingenios están en La Palma desde hace más de 20 años. En su momento se habló de una inquietante desaparición de Plutonio. Luego la inquietud se olvidó. El Plutonio permaneció escondido en el archipiélago de Tenerife. El cese de los atentados terroristas por tantos años permitió trabajar con calma, permitió aplicar tecnología más avanzada y menos compleja, por completo inconspicua. Ahora mismo los artefactos están listos y

son tan pequeños que no será ningún problema que tú y Salam los instalen sin ayuda. Ya está. No va a ser necesario esperar a que una improbable erupción fracture la isla, no vamos a arriesgarnos a que ese evento de por sí contingente, desplace al mar uno o dos fragmentos relativamente pequeños e inofensivos. Nosotros ayudaremos para que ese suceso se precipite en orden, respondiendo *exactamente* a nuestros fines. La serie de explosiones no será muy aparatosa, en todo caso apenas durará unos 15 segundos y se activará con un mecanismo automático, cuando ustedes ya estén a salvo y muy lejos de allí. Menos de dos minutos después un único e inmenso bloque, casi la cuarta parte de la isla, se desplazará hacia el Atlántico. Pocas horas más tarde el gigante con pies de barro habrá muerto: las costas de Florida, Nueva York, Atlanta, las orgullosas ciudades de los que se creen invulnerables, serán engullidas por las fauces del mar”. Tom Cruise mexicano, Tom Cruise musulmán: “*el gigante con pies de barro habrá muerto*” ¿podrá alguien ser más ridículo que Peiró?

Pero, de qué sirve quejarse: yo ya estoy metida en el ajo. ¿Cómo echar marcha atrás? En todo caso, la idea de terminar de una buena vez con el Imperio no me parece nada deleznable. Lo que me molesta es la farsa y la frialdad egoísta que hay en todo esto. De tener éxito, lo que haremos llevará a una catástrofe, así, sin adjetivos innecesarios. Muertes. ¿Cuánta gente? ¿cuántos hombres y mujeres, cuántos niños que ni siquiera tienen idea de la perversidad? No puedo entender cómo Peiró habla de su “gran cariño por la Isla de La Palma” de su “admiración y respeto por los pocos y curtidos granjeros que aún se ligan con amor a su tierra”. ¿Él hablando de amor y admiración por unos hombres inocentes a los que va a matar? ¡La cuarta parte de la isla se desplazará al mar! ¡El tsunami resultante afectará a todas las costas de las Canarias! Aunque Estados Unidos sufra, el cambio será injusto. Sin embargo le doy vueltas al asunto y siendo sincera, sin consideraciones éticas o humanas, ese cambio no será ni

más ni menos injusto de lo que ahora mismo estamos viviendo: un mundo vulgar, sometido a los caprichos frívolos del mercado; un país, mí país, esclavizado por una clase política fascista, mediocre, humanamente inferior y sin embargo todopoderosa. Este mundo de miseria lleva años y parece invulnerable. Pero la atrocidad ideada por Peiró acabará con todo. Al menos habrá movimiento, terminará la parálisis, ese cambio permitirá algo distinto. ¿Qué? Quién podría saberlo. Lo único cierto es esto: el “arquitecto” del “gran plan” es un farsante, un ego inmenso, vacío y por eso minúsculo, como una colosal burbuja de jabón: toda su sustancia cabe en una despreciable gota de líquido turbio. Así que mi participación, aunque fundamental, personalmente me es incómoda, casi sofocante. Siempre he intentado ser independiente, me ha costado mucho mantener mi autonomía. Pero esta marginalidad, debo decirlo, siempre ha sido estéril. ¿Qué he logrado? Nada que valga la pena, unos cuantos alumnos rebeldes tal vez, *ni una alumna*. Hace mucho que las mujeres en México abandonaron la ciencia, me gusta imaginar que como un acto de coherencia, negándose a ser parte de esa farsa atroz llamada ciencia y tecnología. Me he tenido que conformar con esos muchachos, a veces entusiastas, a veces ingenuos. Y aún ellos van por una ruta estéril. Entonces, ¿qué hacer? ¿estoy renunciando a mis principios? No, sigo siendo yo y aunque Peiró me parezca pueril, soportarlo no es algo humillante, es más bien una estrategia fértil para llevar mi marginalidad a alguna parte. Ha sido difícil tomar una decisión, pero luego de meditarlo he decidido continuar, pese a todo. Aunque me pregunto, ¿seré cómplice del asesinato de inocentes? ¿seguiré acatando el “plan” de Peiró? Sí, es cierto, ahora me hallo inmersa en una subordinación muy molesta. Aún no sé que pasará, todavía me cuesta siquiera imaginar cómo voy a actuar en los meses próximos, pero al menos, por la noche, un oasis me permite detener un poco mis aprehensiones. No me atrevo a llamarle un descanso, tampoco un alivio. Es eso, un oasis: un sitio fértil en medio del

desierto. Me refiero a los sueños, a los peculiares sueños que desde el mismísimo día en que llegué a la casa de Peiró me han asaltado puntuales, cada noche.

## Segundo Sueño

El más diligente de los *Recién Llegados* guarda con celo la caja de madera donde yace el Espíritu de los Mayores. Es una piedra porosa, dura y brillante; los ha acompañado desde el tiempo de los abuelos de sus abuelos, cuando salieron de los fríos pantanos siguiendo a los elefantes. La esforzada persecución enlaza su presente con un remoto pasado. Al principio, cuando la piedra aún no era Piedra, sino un vago impulso en el aire, exigió que la tribu se desplazara más allá de las planicies de hielo, caminando sin detenerse, mientras generaciones enteras se sucedían unas a otras. Fue la Gran Cacería. En el trayecto algunos se perdieron, otros desistieron, quedando dispersos por el largo camino. Pero *ellos* habían perseverado. Por eso eran *los sucesores*, herederos legítimos de la Caja Sagrada, santuario del Espíritu de los Mayores.

El viejo brujo que veía estrellas fue compañero de aquellos antepasados, el primero, por varios motivos. Fue primero en el tiempo, pues a él habló en principio, aquel vago impulso que andaba en el aire. Fue primero en la palabra, pues con ella contagió a todos del afán de iniciar la Gran Cacería. La experiencia y el conocimiento lo impulsaron a guiarlos, así que también fue su primer guía. Curiosamente, ese sino de ser *el primero* lo llevó a estar seguro de que además, estaba por emprender los últimos actos de su vida. Tenía razón, aunque no del modo en que había imaginado; en todo el tiempo de su peregrinar junto a los viajeros iniciales nunca sospechó que se convertiría *en otro*. La Gran Cacería era una prueba de vigor, exigía fortaleza y tenacidad, astucia, audacia. Pocos jóvenes eran capaces de sobrevivir a tal esfuerzo; pero en el incesante camino, *el*

*que contemplaba a las estrellas*, el anciano sabio, aventajó a todos. Su “otredad”, sin embargo, no sería fruto de la fortaleza o la osadía. Su *otredad* sería más bien un atributo enlazado a la muerte.

Cierta noche, una de las primeras en la persistente cacería, mientras vigilaba al grupo de elefantes, el brujo vio una señal surcando el cielo: justo a un lado de la Gran Osa, cierta estrella se movió. Supo muchas cosas entonces... entre otras, que su muerte estaba próxima. Sintiendo de golpe el peso agotador de toda su edad, el brujo se levantó despacio, echó un último vistazo a las seis estrellas que formaban la Osa, fieles, en su lugar de siempre. Estaba lejos de sus compañeros y comenzó a desear el agradable calor de la hoguera. Sus huesos crujieron y los músculos rígidos le hicieron algo difícil el andar. Caminó silencioso, rumbo al claro en donde brillaba, tenue, el fuego del campamento. Antes de llegar, cuando ya vislumbraba las siluetas de los jóvenes cazadores, el llamado de su muerte sonó muy quedo sobre su hombro izquierdo. A continuación, un rugido atroz le cayó por la espalda. Pudo ver las enormes fauces poco antes de que le tocaran la piel. El Espíritu le susurró que aquel tigre de colmillos largos como puñales, era tan poderoso como él. Con la fuerza aún íntegra le pidió ayuda a su Nagual: se convirtió en serpiente. Retorcó su cuerpo sobre una de las patas musculosas, pero con habilidad, el tigre usó la otra zarpa para herirle el pecho, haciéndole brotar la sangre como de un manantial, sin que fuera capaz ya de ningún movimiento. Vio cómo se le iba la vida. Entonces, en un último esfuerzo regresó a su forma humana y aprovechando la confusión del enorme gato, aferró una piedra, entregándole toda su conciencia. Cuando las mandíbulas del victimario se le cerraron sobre el cuello, separándole la cabeza del cuerpo, él ya había llevado íntegro el resplandor de su vida a la roca porosa. Desde esa nueva e inerte morada, el que miraba a las estrellas envió su

ofrenda al Espíritu; agradeció al gran tigre su misericordia y se disculpó por haberle robado el placer de incorporar otra conciencia a la propia.

El fragor de la carnicería atrajo rápidamente a los jóvenes. Aunque llegaron casi de inmediato, los cazadores apenas pudieron mirar el reguero de sangre y la cabeza cercenada del viejo. El brujo ya no estaba con ellos... el dolor se sumó a la preocupación, pues ese anciano había sido su guía. ¿Qué harían ahora? ¿regresar? Eso les llevaría mucho, tendrían que aguardar a la próxima primavera, pues ya eran las postrimerías del otoño y las nevadas serían inclementes. ¿Seguirían? Sin el anciano y sus conocimientos ¿qué propósito podría tener La Gran Cacería?

Mientras las preguntas abrumaban a los cazadores, el habitante de la piedra, maestro en viajar por sueños, confiado en su sabiduría, se preparó para el nuevo estado de su ser. Pero esta vez no soñaba, su existencia como hombre había terminado. ¿Qué era?, ¿una piedra?, ¿un fantasma? Hundido en la negrura, escuchando cada vez más lejos la voz de sus compañeros, el viejo brujo, acostumbrado a las sorpresas, se sorprendió como nunca. En lugar de los escenarios de extrañeza que esperaba, su conciencia se enfrentó con el vacío, con la nada. El único lazo hacia su pasada existencia era un murmullo pálido que estaba por apagarse. Su mente permanecía suspendida, peligrosamente contagiada de vacío, de esa nada que inútilmente comparaba con una plenitud insoportable. Intentó encontrar alguna resistencia, algún punto que le permitiera construir percepciones. El silencio y la negrura lo penetraban, lo disgregaban. O lo invadían, *llenándolo*, invitándolo a olvidar, a dejar de ser. Pensó entonces en la muerte. ¿Esto era la muerte? ¿y su conciencia? ¿no era la conciencia la fuerza de *su* vida? Se aferró a la conciencia. Como si de ella surgieran las raíces sedientas de un árbol sin cuerpo, intentó sondear la nada. Las ramas bifurcándose, avanzando como ríos, formaron una red: marchaban hacia el infinito para luego

encontrarse, enredándose en nudos firmes que servían de peldaños para un nuevo avance que parecía interminable. Pasó tiempo... tanto tiempo. Y el tiempo se convirtió en la primera y preciosa *resistencia*. De él surgió, endeble, el primordio de una percepción. El habitante de la piedra llegó a un nudo de existencia que no era propio: la arista —absurda, pues carecía de dimensión y sin embargo *era una arista*— de un cubo inconcebible, perfecto. Las raíces de su conciencia se arrastraron por el filo de esa figura. La rodearon, abarcaron su integridad hasta toparse con la primera superficie, y de allí siguieron hasta llegar a otra arista. Paladeó al espacio, generoso, acogedor, más bien femenino, y supo entonces que el espacio era la esposa del tiempo. De esa pareja era posible que naciera un mundo. Así fue. El brujo supo que estaba en los confines de la piedra que era su hogar: las geometrías que torpemente trataba de percibir *eran la piedra*. Su tarea debía lograr que las raíces envolvieran por completo aquella estructura. La resistencia del tiempo era agotadora y la energía que aún le quedaba parecía ser insignificante como para abarcar la infinitud que le cercaba. Por un momento su intento flaqueó. La red que había tejido se estremeció y pareció desvanecerse. Pero su voluntad acudió al desapego. Dejó de aferrarse a la necesidad de seguir existiendo y dirigió toda su atención a la red que construía. Las ramas se fortalecieron y el flujo de su movimiento recibió un nuevo ímpetu. Sin expectativa alguna, movidas por el mero impulso de su crecimiento, las raíces envolvieron por completo a la piedra. El brujo se sintió completo. Olvidando que ya no tenía cuerpo, intentó estirarse, como para aliviar la tensión del pasado esfuerzo. En el acto la red vibró, y los cubos inconcebibles que envolvía resonaron con fuerza, de tal modo que cuando el empuje cesó, el diapasón en que se había transformado la piedra, agitó tan violentamente a la delicadísima trama, que la desintegró. El brillo de la conciencia casi se separó de su matriz mineral, lanzando al brujo a un estado muy semejante al sueño. Sintió que una niebla rojiza lo

impregnaba todo, impidiendo que nada pudiera persistir, salvo un vapor ardiente y agitado. Las vibraciones constantes, profundas, retumbaban en un *todo* fluyente, espeso. Entre tanta extrañeza el brujo se sintió alegre, casi eufórico: ya no estaba perdido. Sus percepciones tenían la estructura traducible de su vieja condición humana. Era como si *el que miraba a las estrellas*, estuviera de nuevo en él. Había color, sonido, tacto... incluso un aroma, un terrible y penetrante aroma. Ya lo recordaba... ese olor era el de un volcán. Estaba en un volcán, estaba en el *pasado* de la piedra que ahora habitaba. Liberado del flujo unidireccional del tiempo, él había llegado hasta el momento en que aquella roca había nacido, en una matriz de magma y azufre. Se sintió agradecido: había retornado a la madre común de hombres, de plantas y piedras, a la Tierra. Supo que su conciencia podía enlazarse a la de ella, supo que su pasada condición humana le serviría de traductor para interpretar la nueva urdimbre de la que ahora era inquilino.

El brujo viajó, conoció paisajes inconcebibles, vivió multitud de vidas minerales. Estuvo muchas veces al borde de disgregar su propia conciencia, tentado a fundirse para siempre con la Conciencia Mayor, pero al fin, logró ser un habitante digno de la piedra. Entonces, la nostalgia de su humanidad lo invadió. Extrañó el aroma del fuego, las caricias y el dolor. Sus viajes por la Tierra fueron cada vez más tristes. Hasta que llegó al Valle. Vio las planicies doradas, el Conejo del Lago, los Guardianes... recordó a sus compañeros, a quienes había dejado aquella noche, cuando el tigre lo devorara. El Valle era tan hermoso... era un lugar para que la simiente humana prosperara. Su conciencia, estirada hasta el vacío en la inmensa trama de la Tierra, recogió sus raíces, las compactó hundiéndolas en los borboteantes flujos del magma, recorriendo de nuevo las superficies frías de cubos perfectos, para envolverlos en la red que alguna vez tejiera desesperado, y que hoy tendía con calma extrema. Sintióse a sus anchas, como legítimo habitante de la piedra, decidió volver con los suyos. Remontando un río de instantes, se instaló en

el preciso y lejano segundo de su entrada al mundo mineral, dispuesto a reconfortar a esos humanos tan ligados al tiempo, tan tiranizados por su aparente flujo regular e inexorable.

Los cazadores supieron lo peor ¿donde habría quedado el cuerpo del anciano brujo? Antes de que intentaran siquiera seguir al tigre, el resplandor de la piedra poderosa los deslumbró. Mientras se abstraían en el misterioso fenómeno, escucharon en el mismo centro de su cerebro una orden simultánea: *esa* que estaba frente a ellos era una Piedra Sagrada, era *su guía* y debían cuidarla. Procedieron con el ritual funerario, enterraron la cabeza con talismanes y realizaron cánticos. Luego continuaron su camino.

Así es que comenzó la travesía. Así es que inició el largo viaje. Así se convirtió el brujo en el Espíritu de los Mayores, en el morador de la Piedra.

Hoy, por fin, luego de tantas generaciones, los descendientes de aquellos cazadores han llegado a su destino. Ante el promisorio presagio de la estrella trífida, el brujo de la piedra saborea el gusto ambiguo que produce el pensamiento. Dentro de su morada, como si conservara todavía la mente de un hombre, el brujo *está pensando*:

“He desafiado muchas veces a la muerte. He sido serpiente, agua, fuego, roca. Y así, como roca, vengo con los hijos de mi simiente persiguiendo al Poder. Visité muchas veces el lugar donde se va a librar esta batalla: es un punto luminoso donde se juntan Mictlan y Omeyocan. Yo fui el primero en lograr la hazaña de venir aquí, y ahora ella misma, la rival digna, la gemela de quien me devoró, los ha guiado al Valle. Ellos están embelesados con el espectáculo de las montañas y el lago, pero no saben que ésa es apenas una máscara pálida de lo que en verdad *está* allí. Sus ojos no pueden ver sino cosas. Mis ojos ven al universo como lo que *es*. Ellos no comprenden, no pueden ver lo que yo veo, pero les he dejado el conocimiento en las plegarias que repiten sin cesar, sin saber lo que dicen:

*El Universo es ciego y la soledad no tiene sentido en Él.*

*De pronto la chispa de una hoguera inexistente, vuela en el tiempo, sin arriba ni abajo.*

*Aparece como un punto de luz sostenido por la trama de infinitos filamentos.*

*En el mar nocturno, bajo el molde insalvable del vacío, su presencia inventa al mundo.*

*Se desliza, transcurre en el río sin retorno hacia la muerte voraz, y en su conciencia surge una certeza.*

*Huérfana, la chispa se olvida de la hoguera que jamás existió.*

*Navegando en la trama luminosa del mundo, el que nace espera, espera y se extingue.*

*El Universo enceguece, vacío, no deja lugar a la existencia: la soledad pierde su sentido.*

Algún día, uno de sus hijos podrá descifrar lo que ocultan las palabras, pero para que eso suceda se necesita el Poder. Por eso los he orientado, los he traído aquí, para que libren la lucha con ella: la guerrera digna. He visto la inmensa luminosidad de su cuerpo. Ella les dará el Poder, ella me dará la fuerza para seguir guiándolos”.

Para los Recién Llegados, sin embargo, la Piedra sigue silenciosa. Son los herederos de quienes iniciaron La Gran Cacería; pero de aquellos hombres, de sus ancestros, sólo conocen leyendas. Algo buscan, de eso, no albergan dudas. ¿Qué buscan? éso es lo que ignoran: son Los Errantes. En el interior de su Caja Sagrada, la Piedra suelta un tenue fulgor. Con la mirada perdida en el paisaje, aquellos seres, de pie sobre sus desgarbadas extremidades inferiores, sólo se percatan del aire fresco, perfumado de pino, y de la estela trífida dejada por la estrella errante. Sienten una paz singular, como nunca. Y en el centro mismo de sus mentes surge una convicción: han

llegado, éste es su destino. Serán los *poseedores* del Valle. El Espíritu de los Mayores,  
*La Piedra*, ha hablado.

---

αγιου



Aunque hacía un par de horas que había amanecido, aunque una luz grisácea le permitía leer con claridad lo recién escrito, el Caminante sentía un frío que apenas le dejaba moverse. Con la penumbra del alba, la transcripción del diario de Alejandra le fue posible, pero ésta se tornó una tarea embarazosa. Las hojas quemadas eran frágiles y la sensación de congelamiento que le oprimía el pecho también se extendía a sus dedos. Fue incómodo manipular con delicadeza objetos tan precarios. De hecho, la labor destruyó las hojas chamuscadas, pero el Caminante se sintió satisfecho por haber salvado lo más importante: la memoria. Por su parte, el recuerdo de la discusión sobre la novela de Doreste, con todo y el aparente descuido que mostraba la caligrafía, efecto inevitable de escribir a oscuras, era una narración fiel y bastante legible. Y el sueño, bueno, el sueño era una joya, pues representaba el último fragmento intacto de los escritos de su amiga. Al incluir ese texto, con la letra redondeada y agradable de Alejandra, sintió que podía considerar terminado trabajo del día. Porque ese día ya no tenía fuerzas para otra cosa que descansar.

Mientras intentaba relajarse, el extraño contenido del sueño de su amiga le hizo imaginar algo divertido: “sólo una musa podría haberle susurrado a Ale historia tan fantástica”. Cerró un momento los ojos. Sintió un calor intenso tras los párpados. Adormecido, jugó con la idea de que a él le vendría bien el auxilio de una musa para terminar su labor. “Aquí estoy” –escuchó con nitidez una voz femenina-. Se levantó de un salto, alarmado. Preguntó, “quién está ahí” y el silencio de las paredes le respondió

con un vacío. Sintió un mareo, se supo enfermo. El frío y la dura caminata lo habían llevado a un estado preocupante. Desde hacía unas horas, la tos lo había asaltado en varios accesos violentos. No solo los pulmones, también las articulaciones le dolían de modo insano y en general, temía estar al borde de algo grave. Como reafirmando su pesimismo, otro ataque de tos interrumpió sus pensamientos y también sus fantasías. La laringe reseca y adolorida le exigía agua.

Se dirigió al fondo de la minúscula cueva. Muy intranquilo se percató de que algunos frascos de sus reservas de agua habían reventado. El líquido, ya congelado en su interior, se expandió, derramando algo de su contenido a pesar de las tapas. Con cierto alivio constató que en unos pocos recipientes éste seguía siendo fluido. Bebió con cuidado, pues estaba casi tan frío como el hielo. Aunque al principio le dio más tos, al fin, el agua le lubricó la garganta. Maltrecho, se dirigió al exterior del refugio. La niebla, impenetrable, parecía señal de que tal vez el instrumento para captar humedad había funcionado. El viento seguía soplando, con menos furia que en la noche, pero dado su actual estado, aquellos arañazos recibidos en el rostro le dolían por todo el cuerpo. Caminó pesadamente por el árido pedregal hasta llegar donde el plástico debía haberse impregnado de rocío. Quitó las piedras de los bordes, con cuidado hizo un ovillo con la mano derecha y fue deslizándolo para llevar el fruto de la condensación hasta el bote de metal. La sensación áspera del hielo quebrándose ante sus manipulaciones le lastimaba la piel. Aunque era poco y congelado, el fondo del bote tenía un delgado sedimento húmedo. Sumando la escarcha que estaba limpiando del plástico, su instrumento había captado casi 100 centímetros cúbicos de agua. Mucho más de lo que esperaba y sin embargo, muy poco para siquiera pensar en quedarse allí.

Con su ligera carga, el caminante regresó al refugio. Se sentó y un quejido inevitable salió de su boca. No estaba bien; por más que intentó evitarlo, otro acceso de

tos lo sacudió con violencia, hasta dejarlo sin aliento. Estaba enfermando, ni duda cabía, pero ¿qué hacer? Si permanecía allí el reposo le haría bien, pero ¿y si empeoraba? Era mejor aprovechar las fuerzas para seguir adelante, hasta llegar al matorral. Se debatió ante ambas alternativas y poco a poco, la fiebre y el cansancio le obligaron a decidirse: el sueño lo venció.

Con la fiebre sus pensamientos se tornaron obsesivos y confusos. Una y otra vez pensaba en el hecho de estar en una cueva. Las cuevas, nuevamente, se convertían en una idea fija. En su juventud, numerosas experiencias, no siempre agradables, se ligaron al mundo subterráneo, el real y el metafórico. Por eso, al escribir sobre los perros de las Canarias, había dejado entrever el miedo que le provocaba toda alusión del reino ctónico. En la penumbra de su conciencia se vio a sí mismo, muy lejos, como si estuviera escribiendo. Su mano garabateaba una alusión delirante de los nexos terribles entre la locura y las cavernas. Con la peculiar lógica del sueño, se aproximó sin tropiezos a su propio hombro, miró por encima, decidido a ver qué tan pulcra era la caligrafía. No tenía objeciones, la letra era clara. Luego pasó a revisar el texto. Explicaba fantásticos lazos entre el origen de la civilización y el ámbito sobrenatural del inframundo. Como si el que escribía estuviera consciente de que alguien lo observaba, mudó su actitud. El nerviosismo lo llevó no sólo a acelerar el ritmo con el que su mano hería el papel, sino incluso a cargar la narración con infinidad de ideas. Se hundía en relatos inconexos, retorcidos, que ponían en riesgo el propósito de la labor que se había impuesto: conservar la memoria de un tiempo extinto. Rápidamente quiso corregir ese error. En el confuso delirio pudo observarse garabateando sobre el papel, con furia, alarmado. Los trazos perdían nitidez. Relataba la primera visita que había hecho a lo que llamó *Locus Tenebrarum*. Su personal ingreso al inframundo había comenzado en Querétaro, su ciudad natal. Con alivio observó que la hoja blanca, llenándose

progresivamente de palabras, permitía que éstas adquiriesen una forma que se corregía a sí misma, dando lugar a una grafía excepcionalmente hermosa y cuidada a pesar de la prisa:

“Aquella visita fue memorable... No sólo por las circunstancias en que se produjo, sino por el significado que muchísimos años después tendría...”

Luego, obsesivamente, el que escribía se preguntaba si lo ya escrito era claro, si no estaba tornándose ilegible. Él mismo, observándose, contestaba: “no puedes gastar papeles así, son un tesoro invaluable”. Se revolvió en el precario lecho de piedra; el caminante se imaginó de nuevo embebido en su labor, corrigiendo excesos. Tomaba las blanquísimas hojas, las preparaba para recibir el toque de la pluma, disfrutaba el correr suave del cálamo sobre la superficie lisa, como si sus dedos estuvieran patinando sobre un lago bruñido. No se daba cuenta, pero ciertamente no escribía. Imaginaba, soñaba, deliraba. Sin embargo ese estado febril le brindaba un consuelo real, por más imaginario que fuera. Las palabras, como un bálsamo, cubrían las inexistentes hojas. Y en ese acto, el vínculo con aquel ser que podría llegar a leerlo algún día, se convirtió en la mayor de todas las certezas.

“Te hablo a ti directamente. Desde este refugio oscuro, padeciendo frío, quiero decirte algo que ya debes saber y que en cierta forma da sentido a mi esfuerzo: la vida humana es difícil, sufrida. Contar las historias del pasado es algo parecido a un báculo: puede ayudar a quien anda para que se sostenga ante los accidentes del camino”.

Vio al viejo mara ofreciéndole un báculo, diciéndole “ya ves mudito, te lo dije, debías haberte hecho de una varita como esta”. Y extendiéndole sus manos pequeñas, femeninas, le ofrecía un bastoncito seco y retorcido, agregando “ni siquiera te tomaste los tesitos que te di, por eso tienes pulmonía”. Luego, en la secuencia ilógica del delirio, la obsesión de la Escritura parecía reprenderlo, como una madre. En su voz antigua profería extrañas palabras, como intentando reconfortarlo, compadecida ante su ineptitud: “*Dum mortem vitare studet, vitamque tueri, se toto vitae tempore torquet homo*”. Lo miraba con ojos compasivos. ¿Hablaban en latín? Él no sabía latín. ¿Quién podría ser? En nada le ayudaba saber que estaba ante la Escritura. Sólo veía su cuerpo agraciado, sólo escuchaba sus palabras enigmáticas. Era una mujer muy bella, sin duda una musa. Su rostro estaba oculto por el pelo lacio, que apenas permitía ver los labios carnosos moviéndose en una danza sensual mientras hablaba, exhibiendo de vez en vez la lengua tersa, los dientes perfectos: “Escribe, escribe, no te distraigas”. Le dijo, ésta vez en un castellano impecable y muy claro. Y él se sintió a sus anchas, olvidando todas sus dudas. Otra vez cogió la pluma, apurado, como si aquella presencia fuera no solo normal, sino necesaria, no solo conocida, sino íntima.

“Mis recuerdos de ese remoto espacio urbano al que pertenecí pueden ser útiles. Por ejemplo, yo pude descubrir desde mi juventud, la indispensable proximidad entre el mundo de las *polis* y el reino subterráneo. Ahora mismo evoco vívidamente el modo en que aquellos dédalos se ramifican, como venas ocultas y húmedas, por debajo de la piel reseca de las calles”.

Una y otra vez retumbaron en su mente las palabras: “venas ocultas y húmedas”. Eran un latido elocuente, articulado: “ve-nas, o-cul-tas, yhú-me-das”. Aquel palpitar

lastimaba sus articulaciones. No se sentía enfermo, sólo exhausto. No le parecía dormir, sino estar en una vigilia penosa, imprescindible. Sentía la respiración rítmica de la Escritura sobre su hombro. Esa presencia lo alentaba y le exigía retomar la pluma, con dulzura, sin piedad.

“Allí, en la proximidad de la catástrofe, la visita que hice en mi juventud a las profundidades que rondan el Cerro de las Campanas, en Querétaro, se torna relevante. Creo que vale la pena aclarar que siendo joven padecí una época violenta. El fascismo que se apoderó de México, comenzó sus primeros actos de un modo muy burdo, más propio de trogloditas que de políticos. Esa torpeza los llevó casi al fracaso: un magnicidio, un golpe de estado. Como de costumbre, los gringos tuvieron que tomar cartas en el asunto. Luego de la dictadura y el terror, ellos promovieron las guerrillas que al fin derrocarían a los fascistas. Claro, el nuevo orden que se estableció fue tan fascista como el anterior, pero adquirió sutileza. Si no, ¿cómo explicar la permanencia de Espinoza de Cevallos en la presidencia de su partido y luego su nombramiento como primer ministro? Pero reconozco que a ti, probable lector, hablar de nombres, estados y fascismo, te haya de sonar enigmático, como si hablara en latín. Qué digo, si la mera mención del latín ha de serte ininteligible: desde mis tiempos nadie hablaba el latín, ni los curas; ahora mismo no existen las ciudades, ni los curas, mucho menos los políticos. Tal vez esa sea la única bendición de la Catástrofe”.

La coherencia de su alucinación tenía toda la verosimilitud de la realidad. Siendo así, ¿qué diferencia podría haber con respecto al mundo de la vigilia? Nada es seguro, sólo verosímil. De hecho, el Caminante continuaba haciendo lo único que le daba sentido a su vida desde hacía meses: escribir. Por eso ahora estaba, cara a cara, con La

Escritura, esa mujer que lo quería como una amante, que lo reprendía como una madre. “¿Crees que a alguien le interesen los nombres de aquellos personajes? –decía ella, con voz bellísima- ¿crees que valga la pena conservar la memoria de su existencia? Bueno, ¿habrá siquiera alguien más, aparte de ti, que los recuerde a ellos, o a sus ideologías, o a sus jerarquías pueriles? Yo no sé, sólo te pregunto, al fin tú eres el que escribe”. Tomó la pluma, apenado como un niño y continuó directamente, sin más disgresiones inútiles.

“En aquel tiempo lo perverso me extrañaba a la vez que me fascinaba. La ciudad de Querétaro era un territorio fértil para las perversiones, muy en especial durante la dictadura; por eso hago referencia a ella. Y bueno, pues ese carácter que allí brotaba con particular intensidad siempre formó parte de la estructura básica de toda la civilización. Y cuando digo *toda*, es toda en efecto, no la que entonces prosperaba en el mundo, o la que patéticamente padecíamos en México, hablo de *cualquier civilización en cualquier tiempo*. De hecho hay un enorme paralelismo entre los recovecos tortuosos de los laberintos del subsuelo y las formas rebuscadas e hipócritas que rigieron la vida en las urbes. En Querétaro ambas condiciones se cumplían hasta el exceso. Mientras que todos la consideraban una ciudad conservadora y pacífica, mientras que cada uno de sus habitantes se mostraba como un personaje aburrido y rutinario, en realidad, bajo la piel bullía un torbellino de comportamientos dobles, de hipocresía sutil. Mis inclinaciones por lo extraño me exigieron una aproximación más vital a lo que apenas sospechaba. Un buen amigo, Ricardo Saavedra, me impulsó a que exploráramos las ocultas diversiones queretanas. Visitamos aquellos recintos donde los hombres respetables —decentes empresarios, simpáticos diputados, rectos abogados, piadosos sacerdotes— se permitían el discreto ejercicio de su despreciada animalidad. Pero aún aliviando en aquellos lugares sus impulsos más básicos, nunca pudieron despojarse de su condición urbana,

así que en busca de los instintos, siempre sucumbieron a la repetición metódica de sus prácticas cotidianas: el placer de dominar, la satisfacción de creerse superior”.

La Escritura le sonreía desde su cara enigmática, de musa: “otra vez tus obsesiones. Está bien, si no puedes hacer otra cosa, escríbelas”. La mujer, como una diosa griega, quizás romana, vestía una túnica muy blanca. Se sentó a su lado, dejando al descubierto las piernas, bellísimas. Como no, si eran las piernas de una diosa. “A ver Leo, narra algo de tus apetitos humanos. Todo se relaciona, ¿no es cierto?”. Y el Caminante obedeció.

“Sumergidos en la fascinación de ese mundo oculto conocimos a una prostituta muy simpática. Se hacía nombrar Cynthia. Era joven. Estudiaba administración pública en la cercana ciudad de Guanajuato. Los fines de semana trabajaba en el prostíbulo y ganaba muy bien. Ella y Ricardo fueron enredándose en una extraña relación: entre el niño rico y la prostituta surgió el amor. En mi caso sólo hice una buena amiga. Desde el primer día congeniamos tanto que, sin llegar al acto sexual, alcanzamos en cambio una proximidad de esas que normalmente tardan meses en gestarse. Ella me contó de sus experiencias, de la predisposición de los señores decentes hacia la impotencia. Del placer que les daba masturbar su miembro flácido ante el espectáculo de dos mujeres haciendo el amor. Del dinero extra que llegaba a ganar si permitía que ellos intervinieran en el juego de caricias con rudeza: golpeando, quemado con cigarrillos, gritando palabras soeces. La narración de aquellas prácticas tortuosas no satisfacía mi curiosidad: la alimentaba aún más. Me hice un asiduo visitante suyo, ciertamente que llegamos al coito, ciertamente que pese a todo no dejó de cobrarme, pero eso sí, aquellos actos sexuales eran tan simples, tan cariñosos, que ambos nos divertíamos

mucho comparando cómo nos era tan fácil llegar al orgasmo en la sencillísima posición del misionero, mientras que en el duro contacto con otros clientes, practicando las más complejas acrobacias tántricas, ella jamás había llegado al éxtasis y aquellos hombres, sólo creían que eyacular era un sinónimo de gozar”.

La musa se le quedó viendo, luego, sus labios misteriosos volvieron a elaborar aquella danza: “sigue, sigue..” Y el Caminante siguió.

“Pero en todo esto hay algo que tendría una importancia suprema. Y es que gracias a Cynthia, conocí al hombre que me iniciaría en el Lugar de las Tinieblas. Y bueno, la misma Cynthia llegaría a jugar un papel importante en nuestras vidas, muy en especial en la de Ricardo. Pero he de detenerme un instante... necesito un respiro”.

Un terrible ataque de tos lo despertó. Abrió los pesadísimos párpados. Detrás de sus ojos sentía un manto ardiente, opresivo, fuente implacable de dolor. Pese al frío las manos le ardían, pese al terrible calor que emanaban sus entrañas, los escalofríos le impedían dejar de temblar. Un rayo de sol le rozaba apenas los pies. Con mucha dificultad se incorporó, pero pronto desistió en su empeño. Estaba mareado, débil. Sin embargo se arrastró despacio hacia fuera de la gélida caverna. No había viento y el sol era inclemente. Pero a él, ese calor le reconfortaba como un bálsamo. Se tendió sobre las rocas tibias. Con dificultad fijó su vista en el cielo azul. Notó que una nube muy blanca, delgada y larga como un trazo de pincel, separaba el firmamento casi en dos hemisferios. Esa nube tan rara, tan artificial, le dio una nostalgia insoportable. El llanto, ese que surgía de su corazón, pero también del simple e innegable reino de la fisiología, hizo que apretara los párpados. Se cubrió los ojos con un trapo y muy pronto se quedó

dormido. La penumbra de la conciencia lo atrapó en su frontera. La musa volvió a impulsarlo. “Escribe, anda, escribe”. Y entonces, abriendo su túnica, dejando al descubierto los pechos de diosa, sacó unos papeles. “Mira, este fragmento del diario de tu amigo Ricardo te puede servir”. El Caminante se dio cuenta de que al tiempo que leía, las líneas del texto desaparecían. “Es mi regalo, tonto”. Le dijo la musa. “Ahora escribe lo que lees, de otra manera todo se perderá”.

*Locus Tenebrarum*

(La parte de Ric)

Algo inquietante me sucedió ayer. Leo estuvo conmigo, también Alejandra, pero a ninguno he podido localizar todavía. ¿Se habrán sentido tan perturbados como yo? Un momento, estoy omitiendo a Cynthia. Ella permaneció casi todo el tiempo conmigo, pero su actitud me ha hecho suponer que no comparte mis emociones al respecto. A ver, debo explicarme. Yo quiero a Cynthia, pero hay una cosa que no me gusta en ella: su tendencia a la banalidad. Pese a todo me despierta una gran ternura. Leonardo se burla, dice que lo único que me liga a esa mujer es el sexo. No lo negaré. Pero hay más. Mucho más. Por eso me molesta la superficialidad de algunos de sus actos. Ayer, por ejemplo, vivimos una experiencia *peculiar*, por llamarle de alguna manera. Estuvimos en un lugar misterioso, con un personaje enigmático y toda esa vivencia, lejos de cambiar su actitud frívola, la acrecentó. Me cuesta reconocerlo, pero a veces pienso que no puede evitar olvidarse de que es prostituta. No la juzgo, sólo me duele que no sea capaz de ser un poco más libre. Supongo que ella misma sufre con esa limitación; de ahí ha de venirle esa tristeza constante que la acompaña y que a mis ojos la hace hermosa.

Es curioso, empecé a escribir en mi diario con toda la intención de referirme a la inquietante experiencia que tuve ayer y he comenzado con Cynthia. No sé, tal vez ella y su tristeza estén más relacionados de lo que imagino con lo que pasó. Y no me refiero a relaciones evidentes y obvias, sino a lazos más oscuros, subterráneos. Sí, eso es. La palabra *subterráneo* está muy bien aplicada. A ver, voy a comenzar por los lazos manifiestos. Íbamos en el coche de Leonardo rumbo al concierto de Yusuf Adlam. En el

asiento posterior estábamos Cynthia y yo. Escuchábamos a Cassandra Wilson y Cynthia comentaba de su gusto por el Jazz. Como al descuido, ella comenzó a jugar con mi bragueta. Me divirtió un poco, no había nadie allí atrás y bien podríamos haber empezado a besarnos, pero lo curioso era que ella actuaba de manera automática: mientras tocaba mi miembro seguía platicando de música como si nada.

Al llegar al auditorio, en cuanto dio inicio el concierto, Cynthia se desentendió por completo de mí. Fue bueno, pues la verdad, recibir caricias tan impersonales me importaba mucho menos que escuchar. Estuvimos casi dos horas embelesados con las melodías genéticas de Adlam. Casi me olvidé de Cynthia y ella casi se olvidó de mí.

Salimos y muy pronto nos encontramos con varios amigos. El grupo creció y platicamos animadamente de la audición, de los misteriosos instrumentos que usaba Adlam, de la escenografía hiperteatral y los bellísimos hologramas. Al poco, Cynthia se topó con un rarísimo amigo. Nos lo presentó, era un queretano de abolengo excluido por su propia familia, un frick conocido por todos como “el Maniaco”. Lo primero que hizo, aún antes de saludarnos, fue criticar no sólo la ejecución, sino el espectáculo entero. “¡Tan ridículo como la torre Eiffel! Además por completo ajeno a nuestra sensibilidad. Miren, los mexicanos podremos ser escandalosos, taimados, gandallas, pero nadie podrá acusarnos de insensibles.” La primera en reclamarle fue Cynthia. “Mani, no te entiendo, si te parece tan mala la música de Adlam ¿porqué viniste al concierto?” El Maniaco sonrió, nos miró a todos como asintiendo, luego dijo “por morbo chula, nada más por morbo. Fíjate, yo, como buen mexicano le tengo aversión al vacío. Y aunque la música de Adlam está plagada de vacíos, al menos tiene eso: estar plagada. Uno de los lugares donde mejor se expresa nuestro miedo al vacío es justamente en la música. Piensa en Albéniz, en “Asturias”. La compuso originalmente para piano, pero fíjate, toda su ejecución exige un virtuosismo excesivo con el único fin de imitar un instrumento de

cuerdas. Qué rebuscado ¿no? Luego hay que escuchar la amplitud del rango acústico. Se va de pasajes *pianissimos* a *fortissimos*; casi sin transición, de manera súbita. El miedo al vacío alcanza proporciones... cómo te diré ¿únicas? ¿descomunales?, vaya: no hay espacio para más notas, tampoco hay espacio para la calma, todo está saturado, de sonidos, de emociones. Y si escuchas la versión en guitarra ocurre lo mismo. Eso es todavía más rebuscado: transcribir la versión en piano, que de por sí intentaba imitar cuerdas, para llevarla a la propia guitarra que ha de traducir la templanza percutida, haciendo malabares incluso con las claves del pentagrama. Sí, claro, Albéniz es español, pero los mexicanos somos muy españoles. A pesar de las diferencias, aparte del idioma nos une el barroquismo. En general, nuestro temperamento es barroco. Por eso no me gusta la música de Adlam. Y ya no hablemos de sus pretenciosas escenografías; sólo recuerden los sonidos: sus melodías genéticas me suenan artificiales, demasiado etéreas, rayando en la superficialidad. Que use algoritmos inspirados en el genoma eucariótico no aporta más sustancia que la empleada por Eiffel cuando hizo su horripilante torre: la ridícula aportación de la tecnología al arte. En ambos casos el resultado es patético: presuntuoso y sin embargo muy superficial”.

Bueno, pues aquí comienzan los lazos ocultos, literalmente subterráneos. El Maniaco nos invitó a su casa, una descuidada construcción colonial en pleno centro de Querétaro. Su plática, aunque excesiva y desordenada, era fascinante. Apenas entramos al desvencijado patio, nos sorprendió con una hipótesis, a mi entender descabellada, sobre porqué asesinaron al presidente De la Barca. Nos contó, para empezar, algo de su propio linaje: “yo desciendo de castas degeneradas, de eso ni duda cabe. Por un lado están los Gutiérrez de Jáuregui, de los que mejor ni quiero hablar. Por otro los Alcázar, españoles muertos-de-hambre que desde el siglo XIX, se dieron al cultivo del sucio arte de trepar socialmente. Su gran logro fue la gubernatura de Paquito Gutiérrez de

Jáuregui y Alcázar. De allí en adelante su riqueza es considerable. Claro que eso no eliminó las taras de generaciones de casamientos entre parientes. ¡Véanme!”. Todos rieron pero Cynthia parecía apenada, pegó sus labios muy cerca de mi oreja y me dijo, muy bajito, “así es él, le encanta menospreciarse, aunque es un genio y además, es buenísima gente”. Volteé a verla, me dio la impresión de que por fin, ella comenzaba a salir de su pequeño mundo de rutinas, dejando ese comportamiento de putita en el que parecía tan enredada. Pero no, que va. Al poco, aprovechando la penumbra, comenzó a prodigarme sin mucho pudor que digamos, una buena colección de sus caricias sexuales. Me dejé hacer, pero mi atención en verdad se dirigía a las palabras del Maniaco: “Un primo mío es miembro del Yunque. A mi familia le encantan las sociedades secretas, es un logro al que su tenacidad de trepadores accedió con sacrificios. Pero bueno, ninguno ha pertenecido a “Skull and Bones”, a lo mucho algunos se asociaron con la masonería, que desde el siglo pasado ya estaba muy mermada en México y por tanto tenía poco poder. Qué puede hacerse, su vulgaridad es congénita y no pueden evitar involucrarse con clubecitos plebeyos aunque terribles como el Yunque, que pese a su origen advenedizo ha acumulado considerable fuerza. Claro, sólo en este pobre país. ¿Saben? Ese primo mío es miembro prominente del Yunque. No sé cómo pudo convertirse en un culero tan perfecto. Si hasta hubo un momento en que creí que se alistaría conmigo en las brigadas zapatistas. Pero ahí comenzó todo. Le dio miedo. Ni modo, los fascistas suelen ser maricones. Y conste que no uso ese adjetivo como sinónimo de homosexual, ¡que va!, si yo soy putísimo, una loca descocada, y nadie me puede acusar de maricón. Me gusta la palabra maricón porque se oye más despectiva que cobarde. Así que Felipín, mi primo, es un maricón. ¿Pero ustedes creen que los maricones son suavechicos, de modales delicados? Nada de eso, son unos verdaderos hijos de puta. Ustedes han de recordar al presidente De la

Barca: su facha de burocratita mediocre, pero también su bravuconería, típica del que se siente apoyado por gánsters. Pues ya saben: al principio de su precandidatura jamás lo apoyó nuestro flamante y actual Primer Ministro, Joel Espinoza de Cevallos, que entonces era presidente del Partido Mexicano. También saben que luego, como por un sorprendente efecto de las encuestas –dijeron- Espinoza de Cevallos se convirtió en su principal promotor. Según me contó Felipín esa alianza era necesaria. ‘Mira primo – insistió, como aconsejándome así, entre parientes- este pinche país de indios ya está hundido hasta el cogote. Nosotros, los de familias decentes, tenemos todo el derecho de sobrevivir. *Supervivencia del más apto* ¿no es cierto? Hasta un ateo como el inglés Darwin lo sabía. Nomás vele la cara de naco que tiene el pobrecito de De la Barca. Mucho apellido para tan poquita cosa. Joel lo apoyó nomás para librarse del peligro rojo. Pero eso sí te lo digo, si los radicales insisten en ponernos en ridículo ante el mundo civilizado, el pequeñín de De la Barca tendrá que cumplir muy, pero muy bien su trabajito. Ya me lo dijo el mismito Joel ‘Si ese enano no se pone los pantalones, será porque de nada sirve. Así que tendremos que hacerlo fuerte. Imagínate lo que pensaría el mundo si los radicales rojos lo mataran. Se convertiría en un mártir. Así, muertito, cumpliría mejor su deber, se haría fuerte haciéndonos fuertes, y en compensación, nosotros le daríamos lo que nunca hubiera conseguido por sí solo: respeto’.

El Maniaco nos miró con fijeza, uno a uno. Cynthia me soltó. El silencio comenzó a pesar en todos; nadie se atrevía a hacer comentario alguno. Volvió a mirarnos, inquisitivo, luego continuó.

“¿Se dan cuenta?, al menos para mí no hay duda, el asesinato de De la Barca fue ejecutado por los del Yunque que luego buscaron chivos expiatorios entre miembros de la oposición. Si no, vean nomás cómo estamos ahora. Ni quien se atreva a hablar mal del gobierno. Ya vieron lo que le pasó al Partido de los Trabajadores: proscrito y

perseguido por “terrorismo”. Todavía se debate la pena de muerte en la Suprema Corte y si, como parece que sucederá, la aprueban para castigar el terrorismo, muy pocos días les quedan a los supuestos asesinos, que simplemente son presos políticos. Después de las ejecuciones, si es que todavía queda algún izquierdoso, ¿habrá quien se atreva a criticar al gobierno?”.

Fue interesantísimo, tras la larga perorata del Maniaco nadie pronunció palabra. Se sentía la incomodidad y el miedo. ¿No sería un señuelo para capturar “radicales”? No me pareció difícil, su referencia a los zapatistas era sospechosa. Por prudencia preferí callarme también. Hasta Cynthia calmó sus ansias hacia mí. El Maniaco notó el silencio generalizado y dijo “chale, también ustedes son sacatonos. Ni pex. No les reprocho nada. Yo estoy pirado y por eso me vale. Es más, me gusta escandalizar, ponerme en riesgo. Mis taras me inclinan por todo lo oscuro”. Siguió con un largo y desquiciado monólogo en torno a su afinidad por las tinieblas. “Soy un hombre devoto”, insistió con vehemencia. Todos rieron, pero el Maniaco, con una mueca de enojo fingido, dijo teatralmente, como diva en el escenario: “No honro al falso dios de los curas, mi fe está en una tradición más antigua, tal vez siniestra. Venero a las Erinias, ellas son las diosas prístinas, anteriores al mismísimo Zeus. Su poder preside los abismos, el reino de la noche y el mundo subterráneo”. Luego se dijo “un auténtico dark de nacimiento” y para demostrarlo nos invitó a penetrar en uno de los sótanos de su casa. Todos aceptamos, aunque yo tenía una curiosa mezcla de desconfianza y atracción. El Maniaco era demasiado raro y su casa aún más. Además no podía desechar la posibilidad de que ese *freak* fuera parte de algún dispositivo de inteligencia del gobierno. Comencé a sentir una pesadez incómoda en el ambiente.

Pero la banalidad de Cynthia no distinguía ambientes. Mientras bajábamos en silencio por un oscurísimo túnel, ella me retuvo, haciendo que fuéramos los últimos en

penetrar por la escalera. Se abrazó estrechamente a mi espalda. Sentí cómo sus senos firmes se oprimían contra mis omóplatos, luego me mordió con suavidad una oreja y me susurró: “¿los sientes? No traigo sostén”.

Al fin terminaron las escaleras y llegamos a un piso relativamente irregular. Por el eco que provocaban las pisadas supuse que era un sótano muy grande. El Maniaco no cesaba de hablar ni Cynthia de jugar con mi pene. La voz repiqueteaba con un ligero eco, contrapunto ligado al rumor de los pasos y a los apagados murmullos que ella prodigaba en mi entrepierna. “¿Saben?, todos los sótanos de las viejas casonas queretanas tienen acceso al gran túnel que viene desde el Cerro de las Campanas”. Como coda, pude escuchar el tenue clic de un interruptor y luego, una luz mortecina iluminó precariamente al húmedo sótano. Temiendo ser pillada, Cynthia se sonrió y se puso rápido frente a mí, dándome la espalda. Colocó sus manos detrás y continuó tocándome. Ya no estaba seguro de querer continuar con ese juego. No sentía que fuera ni el lugar ni el momento. La detuve con suavidad; preferí mirar rumbo al Maniaco y concentrarme en su extravagante palabrería. “Desde la época colonial, Querétaro ha sido tierra de perversión. Un ancestro mío, Don Rodrigo Gutiérrez de Jáuregui, oficiaba rituales satánicos en el Cerro de las Campanas –el Maniaco comenzó a reírse- ¡ese cabrón! Era un gachupín de veras cabrón. Hacía esos rituales para cogerse a las piadosas mujeres de sus amigos. Aquellas hembras, una vez iniciadas en el sexo sin límites, actuaban como su horda de Harpías. Porque han de saber que también Don Rodrigo veneraba a las Erinias: con sus Harpías conducía a los hombres al inframundo, sitio ideal para ejercer la satisfacción de vulvas y penes, indiscutibles guías del comportamiento humano. ¿Se han dado cuenta de su forma? Son como animales paleozoicos, invertebrados, viscosos, con vida propia. Son bichos de la noche. Su fofobia es evidente, por eso es necesario cubrirlos, por eso prefieren la oscuridad

cuando practican la peculiar antropofagia que es el coito. Su edad les confiere el don de la sabiduría: son como el diablo. En fin, que Don Rodrigo oficiaba aquellos banquetes en honor a tan primitivos organismos: los habitantes de nuestra entropierna. Eran orgías temibles, pues si algún curioso las llegaba a mirar, no vivía para contarlos. Y es que allí participaban todos los grandes señores. Hasta el mismísimo obispo, que según dicen, tenía una especial predilección por los jóvenes indios otomís. Le encantaba que le perforaran el culo con sus miembros erectos, al tiempo que les decía “pinches indios, lo único bueno que puso Dios en vuestro pobre cuerpo es esa verga adorable”. Cosa curiosa, el ano no es tanto un animal viscoso como una caverna oscura, estrecha, verdadera imagen del abismo que presiden las Erinias. La rara mojigatería del obispo paralizaba la sublime alquimia, que yo siempre disfruto, de convertir al culo en acogedor refugio del placer, en transmutada fuente de luz. Por eso, aquel cura mantenía dormido su flácido miembro, limitándose a gozar de espaldas, como si al no tener enfrente al hombre que lo fornicaba, le fuera más fácil olvidar su pecado. ¿Y no es cierto que el dios cristiano perdona todos los yerros que la naturaleza humana entraña? Era una bendición que el Obispo estuviera con ellos, pues sin falta, el domingo, luego de la comunión, él, constricto, les daba a todos la absolución por los pecados cometidos. Sí, una viejísima tradición queretana: pecar y luego arrepentirse en misa”. Todos rieron, yo no y aún menos Cynthia, que estaba ocupadísima con mi miembro en su boca. “Ahora sí –dijo el Maniaco- voy a mostrarles el camino hacia el sitio de la perversión”. Abrió un portón al fondo, sacó una linterna e iluminó lo que parecía un túnel. “Vayamos hacia el Cerro de las Campanas”. El grupo echó a andar, yo puse mis manos en la cabeza de Cynthia, enredé mis dedos en su cabello y la empuje suavemente hacia arriba, pero seguía empeñada en su labor. Con cierta brusquedad me aparté, cerré mi bragueta y le dije que debíamos seguir. Se puso frente a mí y levantándose la blusa me mostró sus

senos al tiempo que decía “vamos a hacerlo aquí mismo, deja que se vayan”. Su actitud comenzaba a aburrirme. Le sonreí, y sin dudarlo, caminé rumbo a la puerta del fondo, hacia el túnel en el que todos habían entrado. Sentí un poco de tristeza por ella, me pareció que no tenía otra forma de mostrar su cariño, o cuando menos, esa ansiedad por compartir su soledad. Así que la tomé de la mano y le dije que me acompañara, que ya tendríamos tiempo para aliviar el deseo. Me siguió con docilidad. No muy lejos, la tenue luz de la lámpara insinuaba las paredes de piedra y el piso de tierra del pasadizo. Cynthia volvió a abrazarse a mi espalda susurrándome al oído: “me despreciaste”. Preferí no contestarle pues al parecer se habían detenido y algo decía el Maniaco.

“Vean, aquí hay otra puerta. Ésta da al sótano de lo que era el viejo convento de San Francisco. Por ahí se llega hasta lo que ahora es el museo de antropología, pero es mejor no entrar, no vaya a ser que nos topemos con algunos modernos señores haciendo una de las orgías que tanto gustaban a mis ancestros. Ya les conté la suerte que corrían los curiosos”.

El Maniaco continuó su recorrido, el grupo avanzó y yo pude ver el portón al que acababa de referirse. Pegué una oreja a la viejísima madera y me pareció escuchar el murmullo de unas voces al otro lado. Me dio un miedo atroz, busqué a Cynthia pero ya no estaba a mi lado, de hecho me había quedado rezagado. Torpemente corrí hasta tropezar con la espalda de alguien. Me disculpé, y de inmediato agucé el oído. Un poco más adelante el corredor se ensanchaba, cosa que me causó gran alivio, pues pude avanzar hasta quedar muy cerca de nuestro rarísimo guía. Con la lámpara led, el Maniaco exploró el túnel y todos le seguimos. La humedad del ambiente aumentó, un aroma tenue aunque desagradable impregnaba el aire, cada vez más denso, más sofocante. Algunos murmullos evidenciaban inquietud. Escuché que alguien decía muy bajo “en estos lugares puede haber gases venenosos”, otra voz contestaba en el mismo

tono, “dicen que muchos murieron asfixiados al tratar de explorar los subterráneos”. El Maniaco, de oído finísimo, dijo con voz cínica “¿se están rajando? Si lo bueno apenas está por comenzar. No se preocupen, yo no soy Don Rodrigo, mi veneración por las Erinias es totalmente personal, no me interesa hacer adeptos. Ahora soy simplemente un guía, si quieren pueden compararme con Virgilio”. Nadie halló gracia en esas palabras. El silencio se hizo profundo, la desconfianza que el Maniaco provocaba era evidente, pero la mansedumbre o la fascinación (a saber cuál predominaba en el grupito) fue mucho más fuerte. “No se me frikeen. Ni hay gases venenosos ni vampiros. Tampoco hay aguas subterráneas que amenacen. Este es el olor de las catacumbas, nada más. Mi bisabuelo Toñito decía que estos túneles eran acequias. Hasta escribió un artículo muy erudito tratando de convencer a los curiosos. Pero no, nada de eso. Cuando entró a este lugar sintió lo mismo que ustedes: miedo. Especialmente cuando vio lo que van a ver”. Un clic retumbó tenuemente, sonando con un eco que se mezclaba entre las últimas palabras. El resplandor rojizo iluminó la estancia: enorme, como una catedral. El techo se alzaba a unos ocho o diez metros y las paredes se extendían en un semicírculo de casi veinte metros de diámetro. La textura de aquellos muros era muy peculiar, me pareció a primera vista que la gran bóveda se abría en el centro de un estrato de conglomerados o de cantos rodados. El Maniaco dijo casi en un susurro “vean de cerca las paredes”. Nos dispersamos para apreciar mejor los detalles. “¿Ya vieron bien? Son cráneos humanos”. Era cierto, aquellas paredes no eran de piedra, eran un tétrico tapiz de calaveras. “Vengan acá”. El Maniaco estaba en un extremo, un sitio donde la altísima bóveda terminaba, una pared redondeada y muy baja en la cual se abrían tres oquedades. “El túnel de en medio lleva hasta el Cerro de Las Campanas, aunque un derrumbe impide ir demasiado lejos, el de la derecha se extiende hasta el templo de San Agustín y también termina en un portón tan peligroso como el del museo, pero éste va directito al

exconvento de Santa Rosa de Viterbo. Yo no sé qué vayan a pensar ustedes, pero a mí me parece que en cierto modo es una fortuna que el túnel que va al Cerro de las Campanas esté obstruido”. La silueta del Maniaco se dirigió al centro mismo de la galería, su monólogo estaba por continuar.

Había suficiente claridad en aquel antro, de modo que eché un vistazo alrededor. Casi al otro extremo de donde yo estaba, Cynthia abrazaba a Leonardo. “Vaya, ¿es que esa mujer es insaciable?”, me pregunté. “En fin, es *su vida*”, me respondí aunque no pude evitar sentir celos. Sin más distracciones, otra vez puse interés en la persona de nuestro anfitrión. El aire dramático que el Maniaco ponía en sus actos me alivió un poco y al fin sedujo mi atención. “Siéntense, ándenle, aquí merito en el centro de esta hermosa cúpula”. El Maniaco manoteaba invitando a que todos le rodéáramos, luego, como la diva que tanto le gustaba representar, se llevó un dedo a la boca y pidió silencio. “Shh. ¿Se dan cuenta?” Dijo muy quedo. “¿Ya oyeron? Puedo hablar casi en susurros y todos me escuchan. Eso es bueno, muy bueno, pues la historia que les contaré es digna de ser oída en susurros. ¿Alguno conoce la leyenda de Christian Fournier y el Cerro de las Campanas? Anden, digan si saben algo. ¿No? Mejor, mucho mejor. Fournier era un gran cocinero, y a su manera, muy cristiano, o sea que en todos sentidos le hacía honor a su nombre. De su origen se sabe poco, algunos dicen que era de Paris, otros de La Rochelle, eso al fin carece de importancia. Lo interesante comienza con sus peculiares aficiones. La primera, como ya lo dije, la cocina. Cuentan que cometió su primer asesinato justo porque un comensal se atrevió a decir que su comida era asquerosa. ¿Quién va a saberlo? Me refiero tanto a que haya matado por esa razón como a que su cocina fuera asquerosa. Aunque en esto último, pronto tendrán elementos para forjar su opinión. Lo que se sabe sin duda, como acabo de revelarles, es que era asesino y por eso, en su huida, llegó a América. Aquí es donde debo hablar de su otra afición: el

placer de matar. Debo ser preciso pues hay asesinos de diversos índoles: por odio, por accidente, por venganza... Fournier fue asesino por gusto; de ahí que les hable de *afición*. Esa segunda afición le causó muchos problemas. Estuvo en Veracruz, donde muy pronto fue perseguido por la justicia. En su fuga llegó a los confines de la Sierra Gorda, entonces tierra Chichimeca. Vivió en el desierto, donde el hambre le despertó su tercera gran afición. Cuentan que para sobrevivir, alguna vez asaltó a unos soldados. No eran muchos, quizás tres o cuatro, pero ya saben, las leyendas exageran y dicen que era un regimiento entero. El caso es que aquellos pobres recibieron el peso de una avalancha de rocas encima. El francés no lo previó así, pero las piedras fueron tan grandes que aplastaron por completo a sus monturas y a la mayor parte de los jinetes. Apenas si quedaron visibles el torso y las piernas de un par de ellos. Eso implicaba una desgracia para el pobre Christian, pues no pudo acceder a los escasos bienes que los soldados llevaban consigo. Lo peor era que llevaba días sin comer. No tuvo más remedio que aprovechar aquellos miembros descubiertos. Se sintió afortunado pues las piernas y el brazo más completos eran de un hombre fornido. Recurriendo a sus habilidades culinarias y a la generosidad de la naturaleza, rica en especias aromáticas y frutos pequeños pero exóticos, preparó un delicioso puchero con aquella carne y le quedó tan exquisito que allí se aposentó en su ser la tercera afición de la que les he contado, por cierto la más fuerte: el gusto por la carne humana. Les decía que a su manera, Fournier era muy cristiano, por eso, al terminar de disfrutar sus alimentos dio gracias al Señor, en especial por proveerle de tan succulentos manjares que de otro modo no se habría atrevido a paladear. Sin embargo, la suerte quiso que nuestro gourmet intentara cazar unos indios y eso, pues eso sí que fue un error. Antes de siquiera herirlos ellos lo capturaron. Lo ataron a un garambullo y allí lo dejaron nomás, con las espigas perforándole la espalda, sangrando, muy bien dispuesto para convertirse en cena de los

zopilotes. Otra vez la suerte quiso que unos viajeros lo encontraran tres días después, agonizante. Lo curaron, lo llevaron hasta el pueblo de Higuierillas y en cuanto Christian recuperó las fuerzas, sin esperar nada, escapó. Pues llegados a este punto, al fin comienzan sus andanzas en el Cerro de las Campanas. Recordemos que era perseguido y no podía arriesgarse. De manera que se escondió en las grutas que entonces se abrían en lo alto del Cerro. Allí, Fournier conoció a mi ancestro, Don Rodrigo Gutiérrez de Jáuregui, ¿se acuerdan? sí, el aficionado a las orgías satánicas. Pues ese encuentro fructificó en una singular amistad. Mi ancestro hablaba muy buen francés, enterándose de las correrías de Fournier y disfrutando la simpleza atroz con que contaba sus aventuras. Don Rodrigo se divirtió con los detalles de la antropofagia de aquel galo y de inmediato fraguó un plan que beneficiaría a ambos. Christian le ayudaría en sus rituales, a cambio, él le daría la oportunidad de cenarse de vez en cuando algún cristiano. La relación duró sus añitos, hasta que la inquisición comenzó a sospechar de Don Rodrigo. Entonces Fournier supo que su seguridad estaba en riesgo. Luego de muchas peripecias, Christian pudo regresar a su tierra. Es una desgracia desconocer los detalles de ese trayecto, sin duda arrojarían mucha luz sobre lo que pasó después. Y es que de Fournier no vuelve a saberse nada sino veinte años más tarde. Esa es la parte más tenebrosa de la leyenda. Resulta que el buen Christian conoció a una damita, una ramera parisina llamada Laetitia. Entre los dos engendraron cuatro hijos, todos varones: Chris, Ives, Paul y Donatian. Sus dos primeras aficiones, la cocina y el asesinato, lo pusieron muy pronto en problemas. Queriendo robar un pato cebado para preparar un foi gras, mató al granjero. Otra vez se convirtió en prófugo, pero esta vez iba acompañado. Con sus cuatro pequeños críos, la pareja se refugió en los bosques cercanos a Angûleme. Fue allí que renació su tercera gran afición. Primero asaltaban y dejaban los cuerpos en el camino, pero muy pronto, Christian pensó que tal comportamiento no era cristiano. En

lugar de enterrarlos para que fueran pasto de gusanos, convenció a su mujer de que se los comieran. ‘Que mejor sepultura podrían recibir que nuestras tibias panzas de creaturas de Dios’, le decía más o menos. Aquellos años fueron felices. Christian y Laetitia cultivaban un pequeño huerto, con frutas y hierbas de olor. Los niños aprendían los detalles del arte de la cacería y muy pronto ayudaron a sus padres en la recolección de aquellos sagrados manjares humanos, que por supuesto, comían con el debido respeto y la consecuente delicia. Pero la historia tiene un final muy triste. Nuestros amigos fueron capturados. El escándalo en París fue mayúsculo, sobre todo al saberse que los asesinos eran una familia entera. En los interrogatorios los niños lloraban sin saber qué pasaba, ellos decían que sólo ayudaban a sus padres a conseguir la comida ¿qué podía haber de malo en ello? El vulgo consideró que Fournier era un emisario de satanás, que Laetitia era un súcubo y los niños, meros engendros de demonios. Todos fueron condenados a la decapitación. La piadosa tecnología de Guillotine aún no existía, de manera que sus cuellos tuvieron que padecer el cercenamiento en manos de un verdugo con hacha.”

Todos guardábamos silencio. En ese antro oscuro, la historia que nos acababa de narrar el Maniaco era todavía más aterradora. ¿Por qué esa afición de contar atrocidades? ¿No estaríamos nosotros mismos en riesgo? Antes de que estas inquietudes comenzaran a manifestarse, el Maniaco agregó algo. “Si les he contado esto es porque Christian Fournier, humildemente, colaboró a construir este recinto. Es una paradoja que él, tan hábil para decapitar con el hacha, haya ido a morir en manos de un verdugo muy torpe. Se dice que necesitó darle cuatro hachazos para hacerlo expirar, pues en el primer golpe tuvo tan mal tino que sólo le hirió en el hombro, en el segundo le voló la tapa de los sesos, en el tercero fracturó la mandíbula y sólo hasta el cuarto, el cráneo deshecho pudo librarse del cuerpo herido. Vaya, esa es una simple anécdota, lo que

importa es que nuestro Christian aportó bastante material para las paredes de este lugar”. Leonardo, que en todo ese tiempo había estado tan silencioso como todos le preguntó. “Oye, ¿mató tanta gente? Aquí hay miles de cráneos, esa masacre tendría que haberse sabido, debió ser un escándalo, pero al menos yo, no tengo ninguna noticia de ello ¿qué pasó?”. Con una gran sonrisa, el Maniaco le respondió. “Ya esperaba esa pregunta mi Leo. Tienes razón, el buen Christian no habría tenido tiempo de proveer las paredes con tanto y tan difícil material. Debo decirte que cuando llegó a este recinto que ahora mismo pisamos, Fournier se sorprendió igualito que nosotros: las paredes de calaveras ya estaban allí. A ver, vengan conmigo hasta el sitio donde se abren los tres túneles. Es en el primero donde sabremos la respuesta”. El Maniaco caminó presuroso hasta la galería que se abría en el extremo izquierdo. Al llegar se hizo a un lado, iluminando con su lámpara led al interior de la catacumba. Yo estaba muy cerca y pude darme cuenta de la empinada escalinata, aparentemente de ladrillos o cantera, en cualquier caso muy desgastados, que subía sinuosa hacia la oscuridad total. “Esas escaleras llevan a Santa Rosa de Viterbo. Como han de saber, antes era un convento. A fines del siglo pasado algunos arquitectos exploraron los sótanos y dieron con ellas. Mi bisabuelo Toñito estaba al frente de aquella exploración y se asustó mucho cuando bajó a donde estamos. Él no sabía nada de Fournier y sin embargo, pudo desentrañar muy pronto el misterio de las paredes. Desde antes de la llegada de Christian, aquí era el lugar ancestral de los sacrificios. No de sacrificios humanos como los hechos por los indios o aún por mi ancestro, no, de sacrificios humanos motivados por la piedad cristiana”. El Maniaco se dirigió al centro de la gran estancia. Allí, de nuevo, como si estuviera pronunciando el monólogo de una obra teatral, habló con una voz acompañada por el contrapunto del eco. “Acérquense otra vez a las orillas, anden, vean de cerca esos cráneos. ¿Se dan cuenta del tamaño? La mayoría son cabecitas de niños, de recién

nacidos. Aquí se desvanecían los frutos pecaminosos de la concupiscencia. Incapaces de soportar la sobriedad de la vida conventual, aquellas piadosas hermanas, aquellos santos varones, solían sucumbir a las debilidades de la carne. En este sacro lugar los pecados se lavaban para siempre. Fíjense, también hay otras calaveras más grandes. Algunas están rotas, otras mutiladas, algo que la destreza de Christian jamás habría hecho. Más bien hay que pensar en el pecado. Los pecadores nunca terminan bien. Mi bisabuelo Toñito, el pobre, sintió que nadie debía saber de esto. Por eso inventó la historia ingenua de las acequias. Pero no, ya ven, aquí es el cementerio de nonatos e inocentes, el osario de pecadores, el *Locus tenebrarum*.”

*Locus Tenebrarum*

(La parte de Leo)

Casi al final de aquella visita al túnel, Cynthia se alejó de Ricardo. Desde que íbamos al concierto de Adlam era claro que a ella se le antojaba horrores mi amigo. Yo creí que algo estaba por pasar entre ellos, pero al parecer o lo que tenía que pasar ya había pasado o ya no iba a pasar, el caso es que ella se me acercó y a partir de entonces no se me despegó. Me dijo muy quedo al oído “quédate conmigo esta noche, por favor”. La noté triste, me pareció tan desamparada que no dudé. Tal parecía que “lo que tenía que pasar” no había pasado. Habíamos visto suficiente de aquellas galerías y estábamos algo nerviosos. Ya en casa del Maniaco la actitud de todos era sombría. En cuanto pude me aproximé a Ale y le di las llaves del coche. Todo indicaba que dormiría con Cynthia y no quería que Ale se quedara sin un medio para regresar a su casa. Me excusé, ya no recuerdo con cuál pretexto, le insistí en que se llevara el carro y quedé de verme con ella hasta el fin de semana. Pensé que Cynthia querría irse conmigo a algún hotel del centro, pero no. En el lapso de mi ausencia, desde el patio vi cómo ella comentaba algo con el Maniaco. Él parecía escucharla atento, de vez en cuando asentía con la cabeza, dirigiéndome esporádicas miradas. Por lo visto, fuera lo que fuera aquello de lo que hablaban, yo estaba incluido en la conversación. A partir de entonces, el Maniaco, que no había cesado de hablar, permaneció en silencio. Un silencio inmutable que nos fue incomodando poco a poco. No pasó mucho para que alguien abandonara la casa, despidiéndose de los demás. Esa fue justamente Ale; a ella le siguieron otros. En menos de media hora se habían ido todos, sólo quedamos el Maniaco, yo y Cynthia, que ni un

momento se había soltado de mi brazo. Al cerrar el portón, el Maniaco fue hasta un baúl en la sala, lo abrió y de allí sacó una bolsa llena hasta el tope de marihuana. Sin mediar palabra se puso a limpiar la hierba, separando cuidadosamente las semillas, que iba metiendo con mucho amor, de cuando en cuando, en un frasquito de vidrio. Cynthia estaba muy callada, acurrucada a mi lado. Pensé que se había dormido, pero sin dejar de abrazarme, sin levantar la cabeza de mi hombro, le dijo al Maniaco.

— Mani, plis fórjame un churruto.

— Claro mi reina, ya sabes que a mis verdaderos invitados siempre los agasajo como se merecen.

Ceremoniosamente, el Maniaco extrajo del baúl una bonita caja hindú de madera tallada. Tomó uno de los sobrecitos de papel arroz que allí guardaba y extrajo tres delicadas sabanitas. Forjó impecablemente otros tantos churros, tan simétricos que parecían fabricados con máquina.

— Ándele mi Leo, que también eres mi *verdadero invitado*.

Sacó de su bolsa un viejísimo iPod y lo colocó sobre las bocinas que había en un desvencijado librero. Comenzó la música. Era *Fratres*, de Arvo Pärt. Transcurrió el tiempo, no sé cuánto. La marihuana tiene la misteriosa propiedad de distorsionar el flujo aparentemente regular de ese tirano, el mismo que Heráclito identificara poéticamente con un río. Ensimismado como estaba, no me di cuenta cuándo se había ido Cynthia. Me extrañó no verla, sin embargo, supuse que se había ido a dormir. Es una costumbre

muy femenina eso de irse silenciosamente de las reuniones que les aburren. Lo único que no me aburría a mí también era la música. Desde el primer churruto, en la habitación no había otro murmullo que el suavemente producido por las notas de Arvo Pärt, nada más. El delicado torrente musical fue interrumpido de súbito por el Maniaco, que apagó el iPod.

— Ven conmigo Leo, te dije que eras mi *verdadero invitado* y voy a demostrártelo.

Sentí ganas de excusarme, de irme de la casa tenebrosa. Pero no hice otra cosa que seguir al Maniaco, que ya se dirigía al sótano. Bajó las escaleras, encendió el débil foco de la estancia subterránea, abrió la apolillada puerta que comunicaba con el túnel y repitió el trayecto que poco antes habíamos hecho todos. Al llegar al portón que según él comunicaba con el museo, se detuvo. De su holgado gabán extrajo una enorme llave, la introdujo en la cerradura y lo abrió. Caminamos unos 20 metros, hasta topar con una pared metálica, totalmente lisa, sin goznes ni cerraduras aparentes, que obstruía la galería. El Maniaco sacó otra llave inmensa, pero esta vez, en lugar de introducirla en la inexistente cerradura la usó para golpear la coraza de acero. Fueron unos toquidos regulares: tres golpes breves seguidos de tres golpes prolongados. Conforme el eco se extinguía, una luz iluminó el túnel con un resplandor rojizo y simultáneamente aquel muro se abrió. Un hombre muy fornido, vestido con yelmo y armadura de cuero nos encaró con mirada fiera. Me dio pavor. ¿Qué tenía esa marihuana? ¿alguna droga alucinógena? ¿acaso sintética, cancerígena? Era como si hubiésemos retrocedido a la Colonia, estábamos ante un guardia de la Santa Inquisición. El miedo estuvo a punto de convertirse en carcajada cuando escuché lo que aquel gigante nos decía.

— ¡Quién os invita bellacos. Vuestra miserable existencia no vale más que la de una alimaña. Decidme quienes sois y si no me satisface vuestro alegato, encomendaos al Todopoderoso!.

El tono de aquella voz era excesivo, impostado, como el de un actor principiante. Y lo más chusco era el modo en que pronunciaba la “c”, al estilo de los españoles peninsulares pero con un acento excesivamente queretano. Algo de veras ridículo, típico de esas familias incultas y vulgares que habiendo nacido en Querétaro, tratan de curar su mediocridad imaginándose nativas de España, como si esa imaginaria contingencia encerrara la fuerza mágica de algún conjuro. Sin embargo la facha de aquel personaje era lo suficientemente amenazante como para no dejarse engañar. Con un tono que me pareció imprudente, el Maniaco le contestó despectivo:

— No mames pendejo, soy Ignacio de Loyola Alcázar y Gutiérrez de Jáuregui, éste que viene conmigo va a ser iniciado, así que déjate de mamadas y déjanos pasar.

El guardia sacó de su chaleco de cuero un objeto del todo anacrónico para su vestimenta. Una diminuta lámpara led de luz azul iluminó el rostro del Maniaco y de inmediato, haciendo una caravana nos dijo con el mismo tiple pseudopeninsular, de actor mediocre.

— Disculpadme caballeros, la sala está a vuestra disposición.

Entramos a un amplio recinto, iluminado también con aquella luz rojiza. El Maniaco parecía conocerlo muy bien, pues sin titubear se dirigió a una de las puertas del fondo. Yo lo seguí y al entrar me pareció estar en la bodega de un teatro. Había multitud de objetos: maderos, sillas, viejos radios, escenografías de cartón y cantidad de disfraces. El Maniaco me echó un vistazo, tomó dos trajes medievales del ropero, los puso frente a mí al tiempo que me miraba, como evaluando si serían de mi talla. Al fin eligió el más grande.

— Mi Leo, pruébate esto, pero antes desnúdate por completo. Este traje has de ponértelo con todos sus accesorios, ni siquiera te dejes los calzones. Hay que seguir las reglas de etiqueta, querido.

Una extraña emoción comenzó a embargarme. Era una aventura inesperada. Mientras pensaba en ello, me ajusté los mallones, de un tono verde oliva. Me quedaban algo ajustados; luego reparé en un detalle: la parte superior de éstos no tenía tiro, de modo que tanto mi culo como mis genitales quedaban al descubierto. Cuando me ceñí el resto de la cómica vestimenta, ese detalle, la plena desnudez de mis partes pudendas, me aceleró el corazón. ¿Acaso estaba siendo invitado a una de las orgías que el Maniaco nos había descrito? De ser así, ya no estaba tan seguro de que fuera una experiencia que quisiera tener. En todo caso, esas reflexiones estaban de más. Frente a mí, el Maniaco se me apareció como un fauno de opereta. Traía un curioso sombrero con cuernos de chivo y sus mallones, cubiertos por un peluche ridículo, terminaban en unas sandalias que simulaban un par de pezuñas. Por lo demás, su vestimenta era como la mía, dejaba al descubierto lo que sería el órgano corporal protagonista de nuestra próxima andanza,

sólo que en el caso del Maniaco, la emoción de lo inminente ya lo había excitado tanto como para mostrar el inicio de una breve erección.

— Sígueme y ponte este antifaz. No te rías, no digas nada, a partir de ahora no se habla, sólo se actúa. La voz sólo ha de servir para soltar gemidos.

El Maniaco salió de la bodega. Lo que estaba por experimentar comenzó a parecerme grotesco, incluso vulgar. Ese detalle del antifaz, ¿no era demasiado estereotipado? Pensando en ello seguí al Maniaco. Ya en la estancia me tomó de la mano. Fue una acción molesta. Sabía que él era homosexual, yo no. ¿A qué tipo de orgía me invitaba? Me jaló hacia una esquina. Al llegar me di cuenta de que en el vértice se abría un angostísimo umbral donde se alojaba una estrecha escalera de caracol. Los peldaños estaban iluminados por tenues led color ámbar, de modo que pese a la oscuridad, podíamos subir con relativa confianza los empinados escalones. Era un ascenso cansado, me parecía que llevábamos años subiendo. El corazón casi se me salía por la boca. Estaba por farfullar mi enojo cuando un sonido intermitente me hizo detener. Eran unos quejidos femeninos, un verdadero coro de gemidos. Algo parecía seguro, estábamos por llegar a la orgía. El último peldaño daba a un pasillo, cuyo techo en forma de arco no dejaba lugar a dudas: en breve entraríamos a alguna de las salas del museo.

La estancia era muy grande, al principio no la pude ubicar, pero luego de un rato, cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí que nos encontrábamos en la exposición de instrumentos de tortura. Sobre el potro, una mujer desnuda, con el característico gorro cónico de los sentenciados por la inquisición, se mantenía con las extremidades tensas y completamente abiertas, atadas por toscos cordeles. Un hombre,

vestido como nosotros, sólo que con una cuellera de utilería que simulaba aquellas de los nobles durante el virreinato, ofrecía su miembro erecto a la boca ávida de la condenada. Mientras tanto, otra mujer con un extraño hábito de clarisa, abierto totalmente en la parte trasera y con sendos orificios que le dejaban al descubierto las tetas, se dedicaba a introducir en la entrepierna de la mujer atada un rarísimo consolador cuya empuñadura tenía la forma de un príapo deforme; a su vez, ella recibía en el hueco de su sexo los embates de un hombre desnudo, totalmente pintado de rojo y con una ridícula máscara de diablo. A donde se volviera la vista, las escenas se repetían. El techo abovedado expandía el sonido con un eco obsesivo, los esporádicos gritos se confundían con los rítmicos gemidos; el aroma a sexo se percibía con una fuerza casi repugnante, era un olor próximo al de algo descompuesto. Pude percatarme que la masa de hombres en aquella orgía, tenía el cuerpo fofo, los músculos atrofiados por la vida sedentaria. También vi cómo la mayoría eran viejos, de miembros casi flácidos y actitudes violentas. Uno de ellos, disfrazado como franciscano, intentaba introducir su sexo, pequeño y con aspecto de renacuajo, en la boca de una mujer con sambenito. La golpeaba con un pequeño látigo, diciéndole “anda putita, cómetelo”. Ella hacía lo que podía, expresando muecas que no podían disimular el asco. Puse mi atención en aquel rostro, me acerqué y pese al excesivo maquillaje la reconocí. Era Cynthia. Al verme se levantó del suelo, tomó el miembro del viejo en sus manos, se dio la vuelta y lo invitó a penetrarla por detrás. Mientras, me atrajo hacia sí, acariciando mis genitales, lamiendo mi pene, que muy pronto se levantó rígidamente. El viejo frotaba su débil sexo contra las nalgas de Cynthia, propinándole de vez en cuando latigazos más bien simbólicos. No transcurrió mucho antes de que el anciano se aburriera de tan vanos esfuerzos. En cuanto pasó cerca de él un joven musculoso, se dirigió con ansiedad a su órgano erecto, lamiéndolo como si fuera un manjar. Aquel espectáculo era patético. El muchacho se

dejaba acariciar, fingiendo placer, y el único modo en que mantenía su erección era excitándose como un voyeurista, mirando a otros jóvenes, ofreciendo su boca a cualquier cuerpo vigoroso que pasara cerca. Una sensación desagradable fue ocupando el lugar de mi libido. Como si se hubiera dado cuenta de mis pensamientos, y tal vez porque mi pene expresaba con su paulatino encogimiento mis emociones, Cynthia me abrazó, me besó apasionadamente y me llevó con prisa hasta una esquina, detrás de la horca. Allí se montó sobre mí, acariciándome hasta que recuperé mi lascivia. Pasamos largo rato en un coito arrebatado, excesivo. En un momento de extrema excitación, me la quité de encima, tomándola por sus caderas la voltee con violencia y comencé a penetrarla, primero en su vagina húmeda, luego en su apretadísimo ano, en una alternancia desesperante, casi dolorosa, que intentaba saciar un apetito ilimitado. Sutilmente, alguien se acercó. No sabía quien ni me importó. Sólo sentí unas caricias en mi vientre, unos besos en mi espalda. Luego percibí cómo algo duro y viscoso se deslizaba por mi espalda. Toda mi excitación se detuvo, sabía bien qué sucedía y no estaba dispuesto a permitirlo. ¿Qué haría? ¿reaccionaría con violencia? Opté por algo que a mí mismo me sorprendió. Me di vuelta y sonriéndole en silencio al intruso, lo guíé hasta la espalda de Cynthia, invitándolo a penetrarla. Aquel hombre se quitó el antifaz. Era un viejo de rostro pálido, perfectamente afeitado. Luego de un rato lo reconocí: era Manuel Padrón, el asesor de nuestro Primer Ministro, exgobernador de Querétaro, hombre de familia, padre y abuelo honorable. Me sonrió también y luego dirigió todo su brío a Cynthia. Yo me alejé de aquella escena. Busqué algún rincón oscuro en donde guarecerme de tal caos promiscuo. Distinguí que justo a la entrada del pasillo por el que había llegado, un grupo cansado parecía reposar de sus esfuerzos. Fui hasta ellos, me senté cerca de una mujer muy rubia, con un cuerpo bellísimo. En cuanto llegué, ella recargó su cabeza en mis rodillas y me ofreció un cigarro de marihuana. Lo acepté

gustoso. El grupo fue creciendo, a todos les ofrecían líneas de coca, las más sofisticadas drogas sintéticas, brazaletes con estimuladores electrónicos e incluso martinis. Yo sólo acepté los churros y eso con mucha medida, no me sentía a mis anchas, aunque ciertamente, la marihuana me calmaba un poco la ansiedad. Así pasé el tiempo que restaba hasta que al fin, la orgía terminó. La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por las ventanas, dando un tono rojizo a los instrumentos de tortura. Un hombre se subió al potro y dijo en un tiple tan grotesco como el de aquel guardia pseudoibérico:

— Señores, el cuerpo se ha saciado. Es hora de que el espíritu se purifique. Estáis invitados al desayuno que Don Manuel Padrón ofrecerá en su casa. El señor obispo nos acompañará y podremos lavar nuestros pecados en la capilla que gracias a su gentileza, nuestro querido anfitrión ha dispuesto para que todos reconfortemos el alma. Gracias hermanos.

El Maniaco, aún con el mallón de fauno, me ofreció una bata. Se puso otra y me llevó hasta una puerta, justo a donde todos se dirigían.

— Bueno mi Leo, ojalá y lo hayas disfrutado. Ahora eres parte de *su* grupo. Yo sólo vine a divertirme, pero tú puedes ir con ellos.

Le repliqué, diciéndole que no tenía ningún interés en acompañarlos, que prefería regresar con él, a su casa. Además, le hice ver que mi ropa estaba en los sótanos.

— No te preocupes, ellos piensan en todo. Tu ropa está en el vestidor, síguelos. Querido, les pareciste muy atractivo y simpático. Ándale Leo, acompáñalos a desayunar, a mí sólo me gusta el placer, no la perversidad. Tú eres más afín a su forma de ser de lo que crees.

Le hice caso. Pero antes de caminar al lado de aquellos personajes eché una mirada hacia atrás. Pude ver cómo el Maniaco y Cynthia, tomados del brazo, se perdían en el pasillo del fondo.

Una sed quemante lo despertó. Intentó abrir los ojos, pero los tenía casi pegados, sentía los párpados llenos de arena. Hizo otro esfuerzo, esta vez, la intensa luz, sumándose a la sensación de sequedad, impidió que sus retinas captaran algo. Se relajó un poco, estiró los brazos, las piernas, y un tremendo sobresalto le aceleró el pulso. ¿Dónde yacía? Sus dedos percibían un tacto muy suave, delicado, extendiéndose como un manto finísimo debajo de él. Trató de incorporarse, pero otra sensación inesperada lo desanimó. Estaba en un lecho mullido, comodísimo. ¿Qué pasaba? Lo intentó de nuevo. Se esforzó en vano: su vista era débil y la luz le parecía insoportable. ¿En qué lugar se encontraba? Los engranes oxidados de la memoria iniciaron su marcha: recién había visitado los túneles con Ricardo, con Ale, con Cynthia y luego el Maniaco lo había llevado a una orgía. ¿Era así? Se sintió muy confuso, la cabeza le dolía. Aspiró profundamente, pero un acceso de tos interrumpió su inhalación. Se calmó un poco, reanudó la respiración, tranquila, rítmica. Se tocó el rostro, sintió su piel: áspera, arrugada. Había estado soñando. Debía encontrarse en la minúscula cueva al borde del arenal. Sus manos palparon de nuevo el lecho, cómodo, elástico. Esa agradable sensación, casi olvidada, le resultaba poco menos que repugnante: pertenecía a *otro mundo*. Nada coincidía con sus recuerdos. No podía estar con Cynthia, ni con el Maniaco, aquella historia tenía más de treinta años. *Debía* estar en la cueva, aunque ¿las sábanas, la cama, el colchón? Volvió a concentrarse. Esta vez abrió los ojos. La luz era intensa y los párpados le ardían, pero pudo ver algo. Estaba en una habitación amplia. El techo era de madera. Podía ver las vigas, la veta rojiza interrumpida aquí y allá por nudos agrietados. Las paredes, de

piedra ocre, contrastaban con el piso de barro. El sol entraba con fuerza por un gran ventanal, pintando un rectángulo blanco y brillante en el suelo. El mobiliario, sencillo, también de madera, lucía impecable; toda la habitación resplandecía limpísima. Frente a él, una mesita servía de sostén a un hermoso jarrón con flores rojas y azules. ¿Cuánto hacía que no veía un jarrón así? ¿veinte? ¿treinta años? En otra esquina, sobre un enorme escritorio, su mochila permanecía tumbada como animal enfermo: gorda, sucia, llena de remiendos burdos, con varios collares de botellas de plástico, todas vacías, agrietadas y opacas. A un lado estaban los inestimables libros, perfectamente acomodados, y en una caja de plástico translúcido, los papeles chamuscados, los fragmentos lisiados de aquella memoria de papel que los bárbaros habían herido. ¿Y sus escritos? ¿dónde estaba su obra, el trabajoso fruto de su obstinación?

Se incorporó sobre la cama. Un repentino mareo lo volvió a su posición yaciente, pero insistió. Esta vez, con extremo cuidado, muy despacio, se quitó las cobijas, volteó su cuerpo de manera que las piernas le quedaran libres e intentó levantarse. Le costó mucho trabajo. Conforme lograba su propósito, la cabeza parecía estallarle. Se detuvo un poco, pero al fin pudo sentarse en una orilla de la cama. Respiró pausado, abrió los ojos posándolos de nuevo sobre el escritorio. Vio que al otro extremo de donde reposaban sus cosas, una vieja pero reluciente máquina de escribir mostraba su dentadura blanca y perfecta. A pocos centímetros de su costado metálico, oprimiendo la palanca de cromo del carro, había un paquete de papeles. ¿Serían los suyos? Estaba muy débil, pero se sentía mucho mejor. Apoyó sus pies desnudos sobre el piso y sintió con las yemas de los dedos el tacto sedoso de un tapete. ¿Dónde diablos estaba? Tanta comodidad era anacrónica, irreal. Recorrió con su vista la pequeña alfombra: casi al centro había unas pantuflas. ¿Estaría soñando? De ser así no valía la pena quejarse, era mejor disfrutar ¿no es cierto? Así que más relajado, aprovechando su progresivo aunque

lento bienestar, se calzó y caminó muy despacio hasta el escritorio. Palpó la tosquedad de su mochila, fiel y maltrecha, luego paseó los dedos por la superficie pulida de aquel mueble. Apoyándose un poco en el bruñido tablón llegó hasta la máquina de escribir: una Olivetti de museo. Con cuidado, retiró el paquete. Liberada la palanca, el carro de la máquina se recorrió, provocando un sonoro y persistente “clink”. Ese ruido fósil era, en sí mismo, algo digno de ser disfrutado. Hizo una pausa hasta que sus oídos quedaron satisfechos y al fin, abrió el paquete. Los papeles eran, en efecto, los suyos: perfectamente acomodados, en orden. ¿Quién habría colocado sus cosas en aquel lugar? ¿quién o quienes lo habrían llevado hasta allí? La corriente de sus pensamientos fue interrumpida por los clamores del cuerpo: la sed volvió a apretarle la garganta. Temió padecer otro doloroso ataque de tos, así que caminó hasta sus reservas de agua, pero de inmediato recordó que todas las botellas estaban vacías e inservibles. Alarmado volteó en derredor y notó que a un lado de su cama, sobre el buró de tablones, una jarra de vidrio clarísimo, transparente, rebosaba de agua. Como un salvaje se precipitó sobre ella, bebiendo igual que un animal. Ni siquiera se dio cuenta del bonito vaso de vidrio soplado donde podría haber vaciado el líquido, de manera civilizada, decente. Pero él ya no era un hombre civilizado, era el Caminante, o el Mudo, o Elqueyanorecuerdasunombre.

El esfuerzo de beber lo fatigó, otra vez tuvo que sentarse en la cama. Una nueva exploración del cuarto le hizo notar que en la pared opuesta al ventanal había una puerta. La pereza era casi tan grande como la curiosidad, pero ésta última fue más fuerte. Se levantó, oponiéndose a las ganas de tumbarse en el lecho y dormir. Abrió la pesada puerta de madera y entró a otra pieza, mucho mayor, perfumada de humo, resina y especias. Del techo colgaban varios collares de embutidos, quesos, chiles y ajos. En un extremo había una gran chimenea, con las brazas resplandeciendo bajo un montículo

de cenizas. Al centro una enorme mesa servía de apoyo a varios cazos, uno de los cuales estaba lleno de frutas coloridas. No tenía mucho apetito, pero la vista de aquellas viandas y su fragancia fresquísima le hizo agua la boca. Cogió una pequeña manzana y la mordió de lado, con delicadeza, pues había perdido varios dientes luego de la paliza que le propinaron los bárbaros de las cañadas. Era jugosa, dulce como un beso adolescente. Su memoria le despertó el recuerdo de un rostro: Lola. Esa mujer madura que besaba como si fuera la primera vez, con la misma delicadeza de aquellos frutos que ahora paladeaba. ¿Estaría ella detrás de todo? ¿lo habría rescatado de nuevo? No lo sabía, era desesperante, pero no lo sabía.

Exploró la estancia, algo menos luminosa que su cuarto. Abrió la que parecía ser la puerta principal y salió al exterior. Un porche techado, de piedra y madera, como toda la casa, se desplegaba por la fachada. Desde allí podía contemplarse un pastizal que se extendía por varios metros antes de bordear con el bosque. Los encinos eran grandes, viejos. A juzgar por el aspecto robusto de los árboles debía estar en alguna montaña remota de la sierra, pues plantas de ese tamaño sólo crecían en lugares casi inaccesibles. Claro que también podría estar más lejos del arrenal de lo que pudiese imaginar. En todo caso el paisaje era muy bello y la sensación que despertaba ese lugar invitaba a olvidarse de los ajetreos de la vida. Porque vaya y si su vida había estado sujeta a vaivenes. Antes de que pudiera enlistar tantos ires y venires, una ráfaga de viento helado lo obligó a refugiarse en la cabaña. Adentro se estaba a gusto. Contempló las paredes de piedra, con alacenas y estantes rústicos pero muy cuidados que, sin duda, después examinaría. Se dio cuenta de que ese lugar era aseado con mucha frecuencia, de modo que muy pronto sabría quién estaba detrás de tanto misterio. Caminó en torno hasta que su exploración le hizo reparar en una curiosa tarima de madera roja, tal vez de madroño. Sobre ésta, una caja metálica contenía varios paquetes. Se acercó y pudo ver que todos

eran de cartón. Cartón. Algo tan común, tan sin importancia en el pasado y hoy una rareza. Estaba muy débil, así que le costó mucho llevar uno de aquellos envoltorios hasta la mesa. Se sentó para reposar del esfuerzo, respiró con mucho cuidado y de inmediato abrió uno. En su interior había un tesoro: miles de hojas blancas, impecables, todas de tamaño carta, esperando ser heridas por el lenguaje arcaico de las letras. Sacó una con amor, palpó su tacto satinado y luego miró la parte superior izquierda. Allí, la impronta del pasado le atrapó vertiginosa: era un logotipo, el símbolo aterrador de la Catástrofe:



PET, las siglas del Plan de Peiró. No sabía donde estaba, no sabía quién lo había traído, pero algo era seguro: tenía que ver con Peiró. Una rabia le subió por el vientre, no sólo Peiró, también él mismo, el Doctor Leonardo Ancira, eran responsables. De repente, Elqueyanorecuerdasunombre tuvo que enfrentar la naturaleza íntegra de su persona. Él y Peiró eran los causantes del mundo miserable en que ahora se sumía la humanidad. Reflexionó un momento ¿en verdad éste era un mundo miserable? ¿en verdad *toda la humanidad* estaba viviendo así? Ya en su juventud esas preguntas lo habían perseguido sin tregua. Antes tenía certezas, ahora no. Aún seguía creyendo que aquel mundo extinto era miserable, aún creía que esa miseria consistía justamente en su capacidad de mantener preso de la mediocridad a *todo el género humano*. Pero ¿ahora? Las certezas eran humo. ¿Qué sabía? Nada, menos que nunca. Por eso era indispensable

seguir escribiendo, no le quedaba más que plasmar la memoria en papel. Si él no sabía nada, quizás otro pudiera reconstruir el pasado. Con el testimonio de lo que eran las certezas de aquel mundo ido, los habitantes de este mundo nuevo podrían decidir: añorar o despreciar. Se quedó pensando otra vez ¿de veras creía que los hombres del mundo nuevo añorarían o despreciarían lo desconocido? Era mejor quedarse callado, ser el Mudo. Si escribía era tan sólo para dejar testimonio, no para interpretar o plantear decisiones. Una calma deliciosa le consoló, pese al malestar de su cuerpo y aunque seguía siendo un enigma cómo había llegado hasta allí, la paz de sentirse sin más compromiso que el de escribir y punto le llenó de energía. Ya habría tiempo para investigar los porqués y los cómo de su llegada a esa cabaña tan comfortable. Se levantó y caminó despacio, fue hasta su cuarto, se dirigió al buró y se sirvió agua en el vaso de cristal, como un hombre civilizado. Luego se sentó frente al escritorio, con varias hojas membretadas bajo el brazo. Hizo espacio para acomodarlas, parsimoniosamente dejó el vaso a la izquierda de la vieja Olivetti, colocó un papel solitario entre los rodillos elásticos y casi con voluptuosidad, se dispuso a escribir.

## *PET*

Este último año la pasé de vacaciones, pero eso ha terminado. Sigo siendo director del Instituto de Geología de la Universidad Nacional, aunque en mi calidad de coordinador del PET, ese puesto es meramente honorario. Luis Peiró se encargó de planear muy bien las cosas, incluso el nombre “PET” se le ocurrió a él: Proyecto de Energía Tectónica. Por ser una investigación binacional, cada país debe nombrar un coordinador. Luis, que posee la doble nacionalidad, aparece como responsable por la Unión Europea, yo por México. Se supone que tengo un trabajo muy arduo acá en España, por eso mi suplente me libera de toda actividad en el Instituto. La verdad es que no hago gran cosa; mi puesto es apenas una coartada para encubrir la verdadera naturaleza del PET, otra ocurrencia de Peiró: Plan de Eliminación de la Tiranía. Mientras él y su equipo realizan los pormenores del Plan, yo me dedico a dar conferencias, a explicar las supuestas bondades de una fuente de energía en principio inagotable, barata e inofensiva. Cada plática me es preparada por el equipo de Peiró, de manera que yo sólo soy algo parecido a un actor: aprendo el libreto y represento la obra. Así que la mayor parte del año la he pasado en una agradable holganza. De enero a mayo permanecí en las Canarias, disfrutando de la casa que tiene Peiró en Tenerife. Allí estuve unos pocos días con Alejandra. La noté sombría, “nervios” conjeturé. Me ha dejado unos cuadernos pidiéndome que los guarde “hasta que todo esto acabe” dijo. He optado por no leer nada, es más, preferí mantenerme al margen de sus visitas. Mejor anduve en el yate de Luis, acompañándole a cuanta fiesta le invitaban. Desde junio estoy en Barcelona, en el bonito piso que tiene el mismo Peiró en el barrio de Gracia. Llevo tiempo sin saber del

mundo, algo que agradezco pues hace mucho estoy harto de él. Las catalanas están buenísimas y el ambiente en Gracia es divertido, así que la última semana, las constantes llamadas de Luis me parecieron impertinentes. “Leo, nuestra mascotita se está enfermado” me dijo el lunes, citándome en un cafecito del barrio gótico para soltarme que llevaban casi un mes sin saber nada de Ale y Nahim. “Mira, al principio no me preocupé demasiado, me di cuenta que tu amiga y el árabe se llevaban *demasiado* bien, así que supuse que luego de años de abstinencia, ella estaba dejando seco al pobre de Nahim y por eso andaban “perdidos”. Pero no, pasó demasiado tiempo y no podía olvidar que el mundo ya no era igual que al inicio del proyecto. Nosotros fuimos pacientes, pero otros no. Sí, aunque me pese ya lo veía venir: un efecto lógico de lo que hizo el kamikaze Osborn y sus imbéciles *neoludditas*”, insistió. Esa era la primera vez que oía de los neoludditas, vaya, apenas si tenía noticias del atentado, el único desde hacía décadas y eso tan sólo por las referencias indirectas que algunas ocasiones me hicieron cuando exponía las “virtudes” del PET. Mucho menos iba a saber del tal Osborn. “No importa que no sepas nada, lo que importa es que las medidas de seguridad por un posible resurgimiento del terrorismo se han acrecentado. Eso nos tomó desprevenidos. Tenemos a la guardia civil en los túneles de La Palma y no hay protesta que valga para evitar que uno de esos orangutanes acompañe siempre a los obreros. Hemos logrado hacer valer nuestros derechos de secrecía industrial, previniendo cualquier fisgonería hacia Salam y Araujo, pero el que no sepamos de ellos desde hace tanto nos hace sospechar que les tengan detenidos”.

Toda la despreocupación a la que ya estaba acostumbrado se derrumbó. Dos días después, la espectacularidad de la ceremonia inaugural del Templo de la Sagrada Familia estuvo a punto de aliviarme el persistente desasosiego, pero Luis se encargó de dejarme anclado a la realidad. Eso fue el miércoles; nunca hubiera imaginado que para

el sábado estaría en Oxford, temeroso por mi vida, dictando una conferencia sobre la fundamentación teórica del PET ante un público de expertos en matemáticas. Yo no soy, ni remotamente, un especialista en esa disciplina, pero ya que las bases de los mecanismos acumuladores de energía se basan en el teorema de Noether, Peiró creyó conveniente que asistiera al simposio “*El impacto del teorema de Noether en las Ciencias Sociales*”. Como ya he dicho sólo soy un actor, Luis es el verdadero líder, además, mi haraganería ha sido interpretada como un signo del proverbial carácter distraído de los científicos, de modo que estoy acostumbrado a encubrir mi ignorancia o desinterés, con cierto aire despistado. Él me manda como avanzada, como *pretexto*. Luego, cuando el simposio esté a punto de terminar, si las cosas salen bien y no hay peligro, se presentará en Oxford para dedicarse, completamente a salvo, a lo que le interesa: la vida social, el juego cortesano donde los presidentes de las grandes corporaciones de energía, los jefes de estado y los intelectuales orgánicos, sus amigos, podrían deslizar alguna información sobre el paradero de Ale y Nahim.

“Leo, la situación es muy delicada” me dijo el miércoles, en el palco privado que el gobierno catalán nos asignó para contemplar la inauguración del legendario templo de Gaudí. “Hasta ahora, luego del estreno exitosísimo de la Red de Energía Tectónica, me ha costado mucho evadir el acoso de todo el mundo para explicar la ausencia de Araujo y Salam: los *héroes* de esta farsa. No sabemos si lograron instalar los dispositivos de Plutonio, no sabemos si nuestro Plan se ha descubierto, no sabemos nada. Tampoco podemos entrar así como así a buscarlos. Se supone que por razones de seguridad, pero sobre todo, de secrecía industrial, sólo la parejita tiene acceso a las zonas críticas de la falla, nadie más. Ni yo mismo podría entrar a sus sitios de trabajo a menos que solicitara permiso al Consejo de Energía de Las Canarias, algo tan desacostumbrado que levantaría sospechas. Tal vez Ale y Nahim hayan decidido interrumpir toda

comunicación con nosotros, precisamente para evitar cualquier problema. Lo malo es que también podría ser que hayan sido descubiertos. Así que lo mejor es actuar con cautela. Mira, ese simposio al que irás lo organizan Gilles Reveilhac y Bebel Carneiro, los creadores de la filosofía *topista*, nominados ya para el Nobel de economía y consejeros predilectos del Banco Mundial y la ONU. Ya sabes, esa “filosofía”, pretendidamente, marca el punto final de todo pensamiento utópico; algo que a la comodidad privilegiada de nuestros “intelectuales” viene como anillo al dedo. Vaya, el caso es que van a ir científicos y filósofos, claro, pero lo importante son los políticos y los industriales: tú y yo sabemos que los “intelectuales” son meros apologistas de sus verdaderos amos. Ya veremos el ambiente. Tú, por ser el representante de México estás relativamente seguro, no tengo que recordártelo, a nuestro país no lo toman mucho en cuenta. Pero bueno, debes prepararte, pues si nos descubrieron es seguro que seas el primero en caer”. Aquellas palabras me abatieron, como un baño de plomo fundido. La angustia me oprimió el pecho; no me entusiasmaba la fantástica tecnología que en ese momento, celebraba el primer acto de la fastuosa inauguración. Como por artes diabólicas, todos los edificios que circundan el Templo fueron desvaneciéndose, la mismísima iglesia acabó por desaparecer. La noche ayudaba a lograr el efecto, sí, todos pensábamos que era el simple resultado de la interrupción del alumbrado. Pero conforme los ojos se acostumbraban a la negrura uno podía ver que allí en derredor no había nada salvo un llano desolado. A lo lejos se distinguía la sombra oscura del Tibidabo, y hacia el mar, un débil resplandor rojizo sustituía a la intensa iluminación del puerto, insinuando sobre el horizonte, la empequeñecida silueta del monumento a Colón. El Eixample había desaparecido y ahora mismo veíamos un paisaje que sólo hubiera contemplado alguien a fines del siglo XIX. Una sensación de oprimente soledad me impedía respirar a gusto. Luis seguía hablando “Mira, yo no creo que se sepa nada

del Plan, pero la actitud de Araujo y Salam es por completo anómala. Si en Oxford no hay incidentes, supondremos que las cosas siguen su curso original, de modo que para la próxima semana todo se habrá consumado. Pero si algo pasa, ni modo Leo, ya sabes qué hacer”.

Durante las reuniones en su casa, hacía más de un año, habíamos discutido la eventualidad de que fuésemos descubiertos, entonces Peiró nos habló de las cápsulas de cianuro. “Un método bárbaro y arcaico, sin embargo muy eficiente” había dicho. Nunca pensé que esa contingencia sería tan real ni tan próxima. La posibilidad de la muerte me abrazaba como una ninfómana, dando un toque inesperadamente perverso a lo que en ese momento estaba presenciando. Ante nosotros, en donde había estado el templo, ahora se abría un profundo foso. En el fondo, la penumbra permitía adivinar el perfil de primitivos artefactos: grúas de vapor arrojando su vómito de humo, cavando ruidosamente, llenándolo todo con olor a chamusquina. Luego, una pausa. Sólo persistía la humareda, por lo demás, un mutismo impecable nos rodeó. Era como estar en un infierno frío, aburrido y oscuro, sin diablos que estuviesen hundiendo sus trinches en la piel de los condenados, sin fuego que moviera multitudes a la danza terrible del dolor; todo era silencio y penumbra, olor a parafina quemada, siluetas de viejas máquinas. “¡Oye, los hologramas y la ambientación hiperteatral sí que son convincentes! –comentó Peiró en tono casual, con una irritante indiferencia ante la situación en que me estaba poniendo- ¡Qué peste!, magnífico efecto. Mira, mira cómo comienza a nacer La Sagrada Familia”.

La música de Jaume Pujol, compuesta para esa ocasión, contrapunteó el movimiento que ya comenzaba a animar los cimientos aparentemente abandonados. Como una prodigiosa y dinámica flora de piedra, contrafuertes y columnas se iban levantando. Con un movimiento orgánico, los pináculos del ábside tomaban forma y en

la fachada, las esculturas desplegaban su desarrollo, una embriogénesis telúrica, gastrulaciones pétreas conformando rostros, manos, toda una fauna sagrada en proceso de litificación. El aire se perfumaba con un aroma muy sutil, a incienso. La creatividad de Gaudí, a diferencia de la de Martorell, su predecesor, no permitía la intrusión de máquinas de hierro; la labor era manual: andamiajes de madera, cuerdas y poleas. De pronto, allí, ante todos, la estampa desgarrada y pequeña de un hombre maduro se paseó frente a la entrada del templo. Era Gaudí, con la cabeza rapada, la barba y el bigote pelirrojos y abundantes. Se escuchó una aclamación, un fortísimo aplauso seguido de gritos, chiflidos. La figura seguía inmutable, caminando sin prisa, para al fin perderse en el interior de la incompleta construcción.

“Qué pequeño era. Con mi metro setenta sería alto a su lado”. Me dijo Luis, manteniendo su tono frívolo, luego, sin dejar de mirar hacia el espectáculo que ya seguía con el despliegue vertiginoso de nuevas columnas, continuó. “Irás a Oxford en mi autoplano. Su matrícula lo autoriza a cruzar el Canal de la Mancha y a viajar hasta Las Canarias, sin escalas si fuese necesario. Es más seguro y podría servirte si las cosas van mal, además quiero que causes buena impresión. Los industriales gringos son bastante naquitos y si te ven bajar de mi autoplano BMW, flamante y lujoso, casi se les va a olvidar que eres mexicano; muy pocos pueden tener vehículos así en Europa y menos en Estados Unidos. Luego del atentado de Osborn, la legislación que estaba por permitir su circulación en el espacio aéreo interestatal se ha echado para atrás definitivamente. Por cierto Leo, un consejo, si Bill Frazer te pide ver mi autoplano, ofrécele un paseo. Voy a programar la computadora para que los lleve a lugares preciosos que le encantarán a Bill. Te conviene hacerte su amigo; él tiene buenos contactos en la inteligencia británica y tal vez te ayude en caso de alguna contingencia.” Peiró hablaba con una calma que me irritaba cada vez más. Ahora comprendía porqué le

era tan desagradable a Ale. Pero no podía sorprenderme, yo también estaba en esto y conocía bien los riesgos, había disfrutado un año entero de holganzas y despreocupaciones, ahora, simplemente pagaba el costo. La ansiedad no me dejaba disfrutar nada, ¿para qué seguir allí? Me dieron unas ganas tremendas de ir a mi piso, tumbarme en la cama, dormir, o quizás hacer algo más vulgar, emborracharme por ejemplo.

La Sagrada Familia, indiferente a mis tribulaciones, seguía con su vertiginoso desarrollo. Las torres arbóreas ya maduraban, ofreciendo frutos fantásticos de mosaicos multicolores. La música de Pujol se mezclaba en disonante fuga a una melodía popular catalana, que a su vez, servía de contrapunto a cierto tema de Bach. Yo no veía más el espectáculo, mis oídos eran el blanco de toda percepción, pues ya había salido del palco en el que nos encontrábamos. A Peiró no le importó mi partida, ni siquiera volteó a verme, sólo dijo, sin dejar de mirar hacia el templo, “mañana temprano paso por ti, hace mucho que no voy al Orfeó Català. Los desayunos son deliciosos ¿no es cierto?” No le contesté, cerré la puerta del apartado y penosamente intenté abrirme paso en las escaleras, llenas de gente. No supe qué más sucedía, sólo escuchaba exclamaciones y aplausos, música y al cabo de unos minutos, un escándalo de fuegos artificiales. La multitud era una masa compacta, casi impenetrable, pero mi desesperación pudo más y entre empujones y algunos golpes, al fin logré salir a calles un poco menos atestadas. La larga caminata me tranquilizó un poco. Llegué a la avenida Diagonal y desde allí dirigí mi rumbo al piso en Aribau. El recibidor del edificio estaba desierto, al parecer todo mundo había ido a la inauguración. Entré al apartamento y la computadora me recibió con un mensaje de Oxford, pidiéndome con urgencia confirmar mi asistencia al congreso del que ya me había hablado Peiró. Decidí irme de inmediato, reservé boleto en una aerolínea comercial para el mismo jueves, muy temprano. Hablé a Oxford y les

comunicué mis planes. Todo quedó listo: al día siguiente pasarían por mí al aeropuerto y de allí me conducirían al hotel. Nada de autoplanos ni de desayunos estúpidos con Peiró, si él quería verme podía ir a Oxford y si no, ¿qué podía hacer yo para evitar que me molestara con su arrogante voz llamándome al teléfono móvil? Dejé un recado en la oficina para que el equipo de investigación del PET me prepara una presentación sobre el teorema de Noether y los condensadores Salam, a más tardar para el jueves por la noche. Luego me serví un whisky, abrí las ventanas de la sala y mi vista se perdió en el horizonte citadino. A lo lejos las luces multicolores de la celebración estallaban, fuegos de artificio que parecían nunca acabar. Me tumbé en el sillón, contemplé el espectáculo y me quedé dormido.

*La larguísima opinión de*

*Sir Charles Robert Wedgewood en Oxford, III*

«El mejor ejemplo de la precaria persistencia de este pobre mundo, doctor Ancira, es su país. Pudimos modelar su singular geometría fractal aplicando las correlaciones estadísticas de Taft-Eckstein y las variables termodinámicas de Quallenberg. Considerando la redundancia estructural de la sociopolítica mexicana, aunque es cierto que en las iteraciones hay simetría, ésta es simplísima y guarda muy poca información; el comando (y uso el término cibernético porque es muy apropiado en este caso) no podría ser más elemental: “*ejerce impunemente el poder*”. Es una orden simple que se repite sin dificultad a todos los niveles. Perdona otra vez mi crudeza, pero la sociedad de su país, pese a ser muy persistente, es tremendamente primitiva. Cosa que sorprende, pues procede de civilizaciones sofisticadas y muy complejas. La erosión cultural que ha padecido su país representa un experimento terrible que demuestra, sin duda, el pernicioso efecto de los “paradigmas” neopositivistas cuando se llevan a la práctica. Por eso, nunca creímos que el efecto del artículo que escribí con Wallestone y Quallenberg, donde desmantelábamos toda esa basura del “topismo”, se nos revertiría con tanta crudeza.

Vea nomás, Reveilhac, ese analfabeto en matemáticas, asesorado por Montoya, un bastardo, agrega ahora la modelación termodinámica de Quallenberg a su infame “tesis” topista. Usted mismo los escuchó hoy en este congresito para mediocres. Es increíble la desfachatez anacrónica, el cinismo, con el que se atreven a hablar de “ejercicio natural del poder”, sustituyendo nuestra denominación “ejercicio impune del

poder”. Así dice la cita textual, ande, léala usted mismo: “debemos agradecer a Quallenberg, Wallestone y Wedgewood la introducción de este impecable algoritmo, expresión simple de lo que llamamos *ejercicio natural del poder*”. ¿Ha visto? Solo he de decir una cosa, lo que ellos no quieren entender es que nuestros modelos están embebidos en un paradigma macroevolutivo que considera fundamental al vector *tiempo*, donde la estabilidad sistémica a largo plazo es manifestación de la estasis en una trama mucho más compleja. En otras palabras, esa estabilidad aparentemente eterna y autosuficiente, depende de múltiples factores ajenos que no se pueden prever, además de estar constreñida por una estructura muy erosionada. Digámoslo así: el potencial estructural de la civilización actual tiende a cero. Un biólogo diría que el potencial exaptativo es bajo, pese a que el índice de adaptación sea próximo al 100%.

Así que el golpe vendrá *de afuera*, mientras que el colapso en sí mismo se deberá a *causas internas*, a saber, la pérdida de información en el sistema, vaya, la erosión estructural. Déjeme que le describa los escenarios de ese *golpe externo*. Las sociedades humanas requieren de un sistema mayor para subsistir. Es obvio hablar del entorno natural como de ese gran sistema. Pero además está la propia biología humana, el carácter diverso de cada individuo. En una geometría tan compleja e injusta como la que pretenden los topistas, la rigidez estructural es inevitable. A medida que *pasa el tiempo*, conforme la estructura se fortalece, la fragilidad también se hace mayor. Fuera del discurso oficial, en privado, Carneiro, que es la más versada en matemáticas, acepta que el sistema social que propone su teoría, al considerar *el tiempo* como variable, incrementa la posibilidad exponencial de un cambio súbito, de lo que nosotros llamamos una puntuación. Me lo ha confesado hoy mismo. En pocas palabras, la caída de una sociedad como la que ellos postulan, justamente por ser tan fuerte, extendida y rígida, sería trágica: cuestión de días. Mire si no, ahora mismo nuestra civilización ya es

bastante frágil. Padecemos una fatal dependencia de la tecnología informática, de la energía (sea solar, eólica o de hidrólisis), de las redes de comunicación. Cualquier ruptura en alguno de esos pilares podría derrumbar la totalidad de nuestro mundo. Y es indudable que esa grieta comenzará a abrirse a partir del descontento social, ese reservorio de individuos que representa las *variables ocultas* del sistema. Al menos para mí, es alarmante el silencio en que permanecen grupos sometidos a miseria extrema, como los pueblos de África, de Latinoamérica o de todo el espectro islámico. La trama de poder que los controla es fortísima e inflexible. Por eso, si hay alguna fractura en cualquier nodo de la red, temo que su malestar resurja con una violencia inusitada que seríamos incapaces de prever. Considere tan sólo el desastre que causó el atentado de Osborn hace apenas seis meses: media unión americana sin electricidad. Hubo vandalismo, pérdidas millonarias en comercios y fábricas, un caos de tres días que dejó una secuela que todavía hoy resiente la economía yanqui. Pero mire, ni siquiera tenemos que suponer manifestaciones tan complejas de la entropía. Examinemos algo mucho más mecánico, perfectamente predecible, la estructura de las redes de comunicación, por ejemplo. Hablemos de un solo aspecto de esa red: los satélites. Desde principios de este siglo se había advertido la inminencia de colisiones entre los múltiples artefactos lanzados por el hombre al espacio. La zona de riesgo está precisamente en los límites de la estratósfera. Incluso hubo cálculos que anunciaban, desde entonces, altísimas probabilidades de choque justo para nuestros días. Pues mire nomás, el año pasado dos *orbiters* se accidentaron fatalmente al impactar con los detritos espaciales, y ni qué decir de los satélites que se estrellaron entre sí a principios de mes. Ya sabemos todos las pérdidas económicas que esa aparente contingencia provocó; sólo por ello se han tomado cartas en el asunto. Una comisión multinacional lanzará en marzo del próximo año un robot “basurero” que comenzará la postergada labor de limpieza. Pero dígame,

¿quién nos asegura que en el inter no se produzca una catástrofe idéntica a la que varios modelos predicen? Hay suficiente material allá arriba como para que se inicie una serie de colisiones caóticas, como una reacción en cadena que inutilizaría la mayor parte de la red satelital. ¿Puede imaginarlo? En cuestión de minutos, a lo mucho horas, quedaríamos tan incomunicados como hace doscientos años. Y si faltara algo para dudar de la inminencia de puntuaciones sólo falta voltear al ambiente. Desde que comenzó el milenio, por más que las empresas de energía como ENRON o SHELL invirtieran millones de dólares en acallar las evidencias del cambio climático, nada impidió que las gentes comunes *sintieran* en carne propia los efectos de lo que se pretendía negar. Hoy que el petróleo casi no se usa, las mismas empresas siguen proveyendo de energía: a partir de hidrólisis, viento, luz solar. Otra vez su país es un ejemplo del éxito de esa “conversión energética”. El primer paso fue la privatización de la compañía nacional del petróleo, después vinieron las deudas del estado y al fin, el control absoluto de esas firmas sobre toda fuente de energía. ¿El resultado? Abaratar de nuevo los costos energéticos en los Estados Unidos, con el consecuente despilfarro y el fatal efecto sobre el clima. Sus excesos no tienen límite, por eso son las mismas corporaciones quienes hoy pretenden acallar con sus dólares las evidencias del peligro fatal que representan las fracturas en la cada vez más delgada cubierta glaciaria de Groenlandia. Cada año los Icebergs gigantes son más numerosos. La salinidad del Atlántico Norte ha bajado y es un hecho que allí ha de encontrarse la causa del alarmante descenso en la velocidad de la Corriente del Golfo. Pues vea nomás, este mismo año, tres enormes fracturas estuvieron a punto de convertir inmensos glaciares en Icebergs monstruosos. Es una fortuna que ya estemos en otoño, de lo contrario la fragmentación sería inevitable. Gracias al dinero se ha guardado silencio y salvo unos pocos expertos, casi nadie sabe esto. Con todo, ya mismo se preparan las labores de relleno de las grietas: hasta los más

escépticos de ENRON están apoyando el carísimo programa, que exige una tecnología fantástica en términos humanos y mecánicos. Yo no sé si tendrán éxito, pero no queda duda de que la inminencia de la crisis los ha hecho actuar. ¿Sabe de qué tamaño podría haber sido el Iceberg más pequeño? ¡500 kilómetros de largo por 300 de ancho! Ni qué decir de los otros dos. Entre los tres, de un tirón, habrían bajado la salinidad en el mar de Groenlandia hasta 10 partes por mil. No hay modelo, ni el más conservador, que arroje otro resultado ante tal alteración: la Corriente del Golfo se detendría sin remedio. Ahí está. El factor ambiental también apunta a un cambio súbito e irrefrenable. ¿Acaso la sociedad *crystalina y dura* de Carneiro y Reveilhac sería capaz de reaccionar ante tal catástrofe?

En fin, que la verdad, mis reflexiones carecen de sentido en el contexto de este *evento*. Nada de lo que he escuchado hoy debería extrañarme. Este congreso tiene un título muy pomposo: “El impacto del teorema de Noether en las Ciencias Sociales”. Sus organizadores, los topistas, apenas si conocen de oídas lo que implica ese teorema, sin embargo, como buenos burócratas, sí que se dan cuenta de su potencial utilidad para consolidar la influencia que ya tienen en las esferas del ejercicio de poder. Por eso lo invitaron doctor, la tecnología que usted describió encaja sin problemas en la visión mercantil que hay tras su infame “Estado Ciudadano”. El que los artefactos de energía tectónica apliquen derivaciones de lo previsto por Noether es algo meramente marginal en términos científicos, pero en cambio, para fines publicitarios, es básico.

Ahora veamos el tipo de invitados a este Simposio. Fíjese en los conferencistas, todos podrían entrar en dos categorías: los burócratas y los intelectuales. Los primeros, con mucho, son mayoritarios. Los segundos, efectivamente, son raros, tan raros como para que a nadie interesen sus exposiciones. Con el debido respeto doctor Ancira, usted pertenece a la primera categoría. Sin embargo me doy cuenta de que, fuera de su

adscripción burocrática, usted ha sido un científico. Así que déjeme decirle algo que, estoy seguro, admitirá: tengo la certeza de que en el lapso de nuestra propia vida, asistiremos a una de las más impresionantes puntuaciones a las que me refería. Me parece inevitable. El “optimismo” ingenuo y perverso de Taft, Reveilhac y demás charlatanes, no es sino un síntoma de la proximidad de ese gran evento macroevolutivo. Hay un error fundamental e imperdonable en las “teorías sistémicas” de todos ellos: su incompreensión de lo que es un *proceso*. Los sistemas son algo así como instantáneas de un fenómeno en movimiento. Esos “sabios” se han preocupado por enumerar y cuantificar las variables de la instantánea que nos ha tocado vivir, pero desprecian al vector dinámico más importante: el tiempo. Paradójico, ¿no? Luhmann, su gurú, supuestamente lo tomaba en cuenta, claro, pero sin entender nada. De ese error surge su reduccionismo craso. Ellos dicen que midiendo y *controlando* las variables estáticas serán capaces de predecir el comportamiento de todo el sistema. ¿Acaso no se dan cuenta de que las sociedades humanas son sistemas en movimiento? La temporalidad de la gran estructura social se da en una escala *histórica*, cuyas unidades son *siglos*, *milenios*; no los ridículos *años* en que perciben tan preclaros investigadores. Además, la individualidad del hipotético “organismo histórico” que sería la sociedad, es un emergente, vaya, quiero decir que no es algo que *ya esté*, igual que una cosa real y existente. Pero bueno, ellos conciben a la Civilización como un sustantivo, como un *modo de ser* definitivo, susceptible de una descripción idéntica a la que haría un carpintero al hablar de una mesa o una silla. Así que los componentes de esa supuesta “Gran Entidad”, sus “unidades funcionales”, los individuos humanos (a quienes con perversidad definen como “personas”, o sea, meros engranes que cumplen un papel), no podrían ser sino estructuras dependientes, subordinadas a la *preexistencia* del “Gran Ente Social”, de la misma manera que las patas de la mesa o la silla están

predeterminadas por la preexistencia de la idea de silla o mesa. Vea nada más doctor, el “topos” de Reveilhac y Carneiro es ese arbitrario y mitológico “preexistente”. Y mucho ojo: si alguien confunde la utopía con un “preexistente” está equivocado. La utopía representa un elemento de información que implica un *posible movimiento*. El modo y el tiempo en que se desenvuelva el proceso es un *emergente*, vaya, no es algo que ya estuviera allí, aguardando a ser alcanzado.

Por eso no puedo referirme a Taft, a Eckstein, a los topistas, a los llamados genéricamente “humanistas sistémicos”, sin usar el epíteto de charlatanes. Toda la literatura científica de los últimos doscientos años nos ha brindado una imagen bastante coherente de la naturaleza móvil de cualquier fenómeno. Las sociedades no escapan a ubicarse en la categoría de procesos. Esos charlatanes, como si ignoraran tal conocimiento, retornan a la arcaica y errónea visión de que el individuo es, tan solo, el fruto de las fuerzas sociales. Desprecian el carácter procesual de toda sociedad, como si no supieran que ésta surge como un emergente de las interacciones individuales. Confunden las escalas temporales: aplican a la escala histórica, la escala del individuo. La paradoja es que partiendo de las limitaciones perceptuales del individuo, concluyen que éste no existe como tal, sino que es la parte atómica, mecánica, de un “todo” por completo imaginario, pero que aseguran, es “estable y manejable”. Lo peor, lo frustrante, lo que me enferma, es que en esta época disponemos de suficiente conocimiento como para generar una poderosa teoría utópica que nos ayude a generar sociedades más justas; entendiendo la utopía, en palabras llanas, como una modalidad del impulso, del propósito. ¿Qué propósito? La desprestigiada búsqueda filosófica del bien-estar, ese modo vital del *estar siendo*.

Ninguna civilización antes de la nuestra, había tenido tal conciencia de sí misma. Estructuralmente, la ciencia se convirtió en el primordio de conciencia del emergente

histórico del que hablaba antes: la propia civilización. Ninguna cultura se había percatado de su “ser temporal” de manera tan racional como nosotros. Con tal *información*, la aparente fatalidad entrópica de la estructura civilizada podría conjurarse. Eso es apenas una promesa, pero una promesa de enorme potencial que da cohesión científica al utopismo. Pese a que la “nueva ciencia” de Taft y Eckstein sea hegemónica, aún hay entidades marginales que preservan la “vieja ciencia”: ahí está la Perelman Foundation; investigadores auténticos como Quallenberg y su grupo. Tenemos las bases de una sólida descripción matemática de las sociedades, algo que muy a mi pesar, debemos a Luhmann y sus sucesores. Por otro lado entendemos la naturaleza procesual de los fenómenos sociales y por tanto, el papel básico y creativo que juegan los individuos en la construcción social. Vaya, tenemos conocimiento de las variables fundamentales susceptibles de cuantificación. Lo que no es cuantificable, lo que es virtualmente desconocido, pertenece al ámbito de la mente de cada individuo. Digamos que allí yacen las variables ocultas. Aceptar su existencia nos debería vacunar contra la tentación arrogante de ejercer cualquier modalidad del poder absoluto, demanda del todo absurda e infantil, pero además, predeciblemente entrópica. En pocas palabras, estamos al borde de una capacidad sin precedentes para construir una sociedad justa, al mismo tiempo que estamos al borde de desaparecer en medio del caos y el olvido. ¿Qué haremos? Mucho me temo que lo último. »

*Con Edgar Stein*

— Pues lo que dijo Wedgewood fue un monólogo casi insufrible. Es interesante, sí, pero me parece que en general, su actitud no se distingue tanto como él cree de la de otros que han venido al Simposio –dije yo, algo molesto.

— Te entiendo –dijo Edgar— aunque no me sorprende. Creo que sólo le interesaba que lo oyéramos, no tenía ninguna intención de dialogar.

Estábamos en una salita muy cómoda, cerca del flamante edificio recién inaugurado a propósito del congreso. Me reconfortaba mucho que Stein se encontrara conmigo, era un viejo conocido de mis años de estudiante en La Laguna. Mi estancia en Oxford había transcurrido sin los sobresaltos que esperaba y ya casi me sentía a salvo, pero sombríos presentimientos me asaltaban y sólo los cuadernos de Alejandra me parecieron algo parecido a un talismán imprescindible. Todas las noches me percataba de que estuvieran en mi maleta y al parecer habían cumplido bien su función protectora. Sin embargo, la sensación de vulnerabilidad era tenaz: la superstición nunca me ha ayudado mucho. Así que la presencia de mi amigo verdaderamente me permitió conservar la calma. Había venido a escuchar precisamente a Wedgewood, pues sus intereses lo aproximaban mucho a las posiciones del sociólogo. La especialidad de Edgar era la etología humana. Por largo tiempo estudió las interacciones sociales en los desarrollos tecnoagrícolas de Baja California, Chihuahua, Sinaloa y Sonora, los

llamados “hiperranchos”, y las prósperas ciudades del norte de México; los resultados de sus reflexiones dejaban mucho para imaginar panoramas lúgubres. Con todo, Edgar sabía conservar siempre un ánimo agradable y se caracterizaba por siempre tener un enfoque creativo y optimista. Wedgewood, en cambio, era arrogante y algo amargo. Se había acercado a hablar con nosotros tan solo para lanzar su monólogo, sin dejar lugar a ninguna intervención, mucho menos a algún cuestionamiento.

— He leído los artículos de Wedgewood, Quallenberg y Wallestone –continuó Edgar, pensativo—. Son difíciles. Las matemáticas que manejan son mucho más complejas de las que yo puedo entender. Me consuela que sus conclusiones sean evidentes: no es necesario comprender el ensamblaje formal para coincidir en el diagnóstico que hacen del *topismo*.

— Yo no sé mucho de esa filosofía –le confesé— sin embargo estoy de acuerdo en que nuestro mundo es un lugar peligroso e injusto. Ciertamente, para constatar esa lamentable realidad no se necesita tanta faramalla numérica.

— Pues sí, pero para *comprender cabalmente* las consecuencias de lo que ahora vivimos, enfoques como los que ellos proponen sí que son indispensables aunque, creo, incompletos. Mira, yo, a mi modo, también estoy envuelto en “faramallas” intelectuales y aún así, supongo que ni pierdo mi tiempo ni se lo hago perder a otros.

— No los estoy descalificando; a ti menos que a nadie.

— Ya lo veo.

— En serio Edgar. La verdad es que Wedgewood me pareció un pedante, nada más. No me conoce y sin reparos me calificó de “burócrata”. Sabe que soy mexicano y otra vez, sin reparos, se dedicó a hablar mal de mi país.

— Pues yo también te pareceré pedante, pues siendo extranjero, comparto plenamente con Wedgewood sus percepciones de tu país.

—¡Ya! —dije riendo— me rindo. No voy a discutir, vaya, no seguiré con mi chauvinismo. Tienes razón. Pero eso sí, no me dirás que sus vaticinios no son sensacionalistas y exagerados.

—Pues creo que apenas son precisos. Mira Leo, yo analizo otra parcela de fenómenos, más ligados con la cotidianidad humana, con el acontecer de cada día. Puedo decirte que, a las catástrofes naturales y tecnológicas anunciadas por Wedgewood, yo, el segundo agorero de esta tarde, agrego las calamidades que nuestra propia mente nos tiene reservadas.

— Si te refieres a la locura y el ensimismamiento de estos días...

— En parte sí. Aunque es algo más complejo.

— ¿Se requieren matemáticas para entenderte?

Los dos nos reímos. Luego, Edgar comenzó a hablar muy serio, en un tono que me hizo temer otro monólogo a la Wedgewood.

— Mira, sobre el tema se ha escrito mucho desde siempre, así que no presumo ideas muy originales, sin embargo, mi aportación consiste en haber recolectado abundantes pruebas empíricas. Poniéndolo en pocas palabras, yo afirmo que vivimos en una era de Simbolismo Onánico. Los humanos requerimos de símbolos para desenvolvemos en la vida. Con ellos formamos una red significativa que nos ayuda a traducir las situaciones a las que la existencia nos enfrenta; esa trama da lugar al código de representaciones e imágenes que llamamos “mundo”. Todas las culturas de nuestra especie han tenido sus propios mundos. Cada uno de nosotros, en cada cultura, somos “arrojados al mundo”, como decía un filósofo de cuyo nombre no quiero acordarme. Pero ésta época es muy singular. En el pasado, vaya, hace todavía unos doscientos años, en nuestro planeta los hombres vivíamos en diversos mundos, tantos como culturas distintas deambulaban por él. Desde hace casi cien años, sólo habitamos *un mundo*. Éluard, con su pesimismo característico afirmó: “hay muchos mundos, pero todos se encuentran en éste”. De hecho, la pretensión altanera de los *topistas* es dar “consistencia filosófica” a ese *mundo único*.

— Oye Edgar, debo advertirte que soy un hombre muy inculto. Mi formación en ciencias humanas es nula y no soy muy hábil para la filosofía. Y bueno, lo que acabo de oír en boca de Sir Charles me ha quemado miles de neuronas.

— No te preocupes, no te echaré un discurso como Wedgewood. El Simbolismo Onánico es algo vulgar, muy fácil de entender pues todos lo padecemos en mayor o

menor grado. Mira, para cualquiera de nosotros la “realidad” es el símbolo; nuestra mente funciona así, con símbolos que se traducen en palabras. Esos símbolos son configurados por la experiencia. Pues aquí surge un problema que el propio Sir Charles no consideró: no es lo mismo la experiencia a la que nos sometemos hoy día, en este mundo global y homogéneo, a la experiencia que tenían, digamos, los antiguos cazadores-recolectores. Es más, no es lo mismo la experiencia a la que se sometía un individuo en la época medieval a la de ahora, pese a que ambos estén ligados por la misma tradición civilizada.

— Estoy de acuerdo, ¿y?

— Que dadas las condiciones actuales, en algunas cosas soy mucho más pesimista que Wedgewood.

— ¿Se puede?

— Sí. ¿Tú creerías que el individuo está sometido *por completo* a las fuerzas sociales, que es su mero “títere”?

— Por supuesto que no. En eso coincido con Wedgewood.

— Pues yo no pienso como ustedes; me parece imprescindible matizar. Mira, tú y Wedgewood menosprecian los aspectos biológicos de la mente humana. El hombre no sólo es un ser social, también es un ser biológico; digamos que su ser biológico *antecede* a su ser social. Esto genera un efecto dinámico que no necesita matemáticas

para ser comprendido, sólo sentido común. Hay una “inercia” muy intensa en nuestra historia biológica que supera, con mucho, a la “inercia” de cualquier historia social; pesan más 200, 000 años que 100, que mil, que diez mil. La civilización tiene unos diez mil años ¿no es cierto? Va. Debo decirte que eso no es nada en términos de inercia.

— ¿No decías que no se necesitaba de matemáticas? Me estás hablando como un físico.

— En parte así es, pero mi razonamiento no requiere matemáticas para ser entendido. Mira, acepta al menos como hipótesis que en el hombre hay *dos seres*: el ser biológico y el ser social. Bueno, entre los cazadores-recolectores, ambos armonizaban su desarrollo: nacimiento, adolescencia, madurez, vejez y muerte, eran hechos *coincidentes*, tanto biológica como socialmente. En cuanto aparecen las sociedades sedentarias se va generando un desfase progresivo: el ser biológico, fruto de un proceso físico determinado por la evolución y la genética, sigue un ritmo inexorable; el ser social, dúctil y aprendido por hombres que viven cada vez más tiempo, se adecua a un ritmo más lento. Tal situación era menos desigual en el pasado que ahora mismo. Piensa por ejemplo en Alejandro Magno. Con *apenas* 27 años conquistó todo el mundo conocido. Ese “apenas” es un calificativo actual. Hoy, a esa edad, ni el más genial de los hombres podría decir que se da cuenta cabal de *cuál* es el mundo en el que vive. Podrá medir, cuantificar, pero decir las *cualidades* de este mundo tan complejo, no. A los 27 años los privilegiados aún viven en casa de sus padres y los marginados o ya son esclavos o ya están en una lucha tan feroz por la subsistencia que poco puede importarles la abstracción del “mundo” como una construcción simbólica.

— Edgar, ¿a dónde quieres llegar?

— Tan sólo a que te des cuenta del desfase del que hablaba. Biológicamente, después de los 25 años nuestro cuerpo comienza a envejecer. Termodinámicamente eso significa que la energía disponible va disminuyendo.

— Otra vez hablas como físico.

— Es cierto, pero esto no es física, es sentido común. Date cuenta, en medio de la casi inextricable complejidad civilizada de nuestros días, la conciencia social apenas si se logra. Según Wedgewood nuestra cultura tiene, como nunca, “una gran conciencia social”. Aceptémoslo, pero eso sólo hablando en abstracto, como un logro “paradigmático”, como un ensamblaje teórico que por otro lado, en un mundo donde las teorías poco valen, minimiza fatalmente su impacto. Por eso ¿que le pasa a la conciencia social *individual*? Me refiero con “conciencia social individual” a la noción de saber *personalmente* qué lugar ocupas y quién eres dentro de la trama civilizada. Esa es una labor casi de expertos, que de lograrse, rara vez alcanza al “experto”. Los pocos teóricos que quedan hablan de la conciencia social como objeto de estudio, no como *saber personal*. Con todo y que poseas una formación intelectual laboriosa y prolongada, digamos que en el mejor de los casos, tendrías plena conciencia de tu particular “*topos*” social en una edad no menor de los 40 años: se requiere acumular conocimientos teóricos y experiencias vitales. ¿Qué experiencia vital tiene alguien que sólo ha estado en el medio académico, aún en el *más puro*? O para decirlo de otro modo, ¿quién en este mundo posee a la vez y en edad temprana, un conocimiento significativo y

profundo de la civilización actual en todos sus aspectos, a la vez que ya experimentó en persona, los hechos básicos de una vida independiente?

— Ya entendí. Somos inferiores a nuestros ancestros.

— No has entendido nada. No hablo de inferioridad o de superioridad, hablo de energía.

— ¿Y no hablas como físico?

— No importa cómo esté hablando, lo que importa es que a los 40 nuestro cuerpo está en decadencia. No sólo hemos rebasado la madurez sexual, fisiológicamente, nos preparamos ya para la muerte. ¿Cómo va a lograr, un ser humano consciente de su lugar en la estructura civilizada, intentar siquiera interactuar como una fuerza participante de la sociedad si le falta energía? Mira, si eso le está vedado, mucho menos podrá albergar el pensamiento de que esa sociedad pueda cambiarse. ¿Lo ves? El individuo, en nuestros días, *está plenamente sometido a las fuerzas sociales*.

— Me parece que eres un determinista. Vaya, hasta podría decirte reduccionista si no te conociera.

— A ver, déjame intentar convencerte. No digo que el individuo esté condenado a ser el títere de las fuerzas sociales. Sólo estoy diciendo que eso pasa ahora más que nunca. La clave está en el desfase de nuestro ser biológico con nuestro ser social. Hace mucho el desfase era menor: los individuos sociales tenían *la posibilidad* de llegar a una

cierta conciencia de su mundo en plena juventud. Recuerda que aquellas sociedades eran menos complejas, además de que los hombres se incorporaban activamente a ellas en edades muy tempranas. Gozando de la energía inherente al crecimiento biológico, aquellos individuos no sólo interactuaban con su sociedad, sino que eventualmente eran *fuerzas transformadoras*. Eso ya no puede pasar hoy por simples razones termodinámicas.

— Edgar, vas dando nuevos argumentos que serían muy útiles a los “humanistas sistémicos”. Qué bueno que no estamos con Wedgewood, de seguro acabaría golpeándote.

— Creo que no me explico. Los actuales “neo-científicos” no hacen sino constatar lo obvio. Recuerda que para ellos ya no hay teorías, sólo *correlaciones*. Ciertamente que la correlación de datos comprueba sin duda la supremacía de la estructura sobre el individuo. Pero aún sin correlacionar nada, eso lo puede constatar cualquier experimentador *en nuestros días*: ningún joven se rebela contra el sistema. Pero según lo que te digo, eso es lo *esperable* dadas las condiciones de nuestra civilización globalizada. A diferencia de esos “sabios” yo no describo lo evidente, lo *explico*. En otras palabras, afirmo que todos ellos son mediocres. Y en el caso de opositores brillantes, de *auténticos científicos* como Wedgewood, afirmo que sus teorías están incompletas. Deberían tomar en cuenta *el desfase*: el ser social de los individuos, en nuestros días, encarna en un ser biológico envejecido, sin energía. Así de sencillo y también, así de terrible.

— Pues me convences don Pesimista. ¡Y yo que te consideraba uno de los pocos optimistas confiables de este mundo! Ni modo, pero ¿y tu teoría del Simbolismo Onánico?

— Veo que te gustó el término ¡lo recuerdas! Vamos por partes, ¿qué te parece si comenzamos por este mismísimo Simposio? Fíjate, el día de hoy, como bien decía Sir Charles, escuchamos una serie de ponencias vacías: los burócratas repetían su aburrido simbolismo de sueños perversos como una plegaria. Pero nadie, salvo el pesado de Wedgewood, dudaba de su condición de “intelectuales”. ¿Porqué eran considerados intelectuales? ¿por lo que decían? ¿por sus ideas? No. Sólo por sus títulos: doctores, filósofos. El símbolo bastándose a sí mismo, el homenaje moderno al dios Onán.

— Bueno, bueno, eso siempre ha pasado.

— No, perdóname pero no siempre ha sido así. Es obvio que a lo largo de nuestras vidas *siempre* hayamos visto tal cosa, pero en el pasado histórico las cosas no eran así necesariamente. Déjame ponerte otros ejemplos. ¿Te parece comenzar por el dinero? Mira, la gente prefiere tener dinero a vivir bien. ¿Porqué? Porque el dinero es el símbolo del bienestar. Los niños prefieren *tener* el último ciberjuego a divertirse. ¿Porqué? Porque el último ciberjuego es el símbolo de la diversión. Los cristianos prefieren ir a misa que ser bondadosos. ¿Porqué? Porque ir a misa simboliza la práctica cristiana y el cristianismo simboliza la bondad. Pero ni el hombre rico, ni el niño que *posee* juguetes, ni el cristiano que tan sólo va a misa, se pueden sentir satisfechos. Porque el símbolo sólo es eso, un símbolo, una abstracción vacía. Para que el símbolo tenga sentido ha de llenarse. Es como saciar la sed: si sólo disponemos del vaso no

aliviaremos la sequedad en la garganta; el vaso es un mero recipiente para el agua. El símbolo es un mero recipiente para el sentido de la vida. Pero en el Simbolismo Onánico, el símbolo *sustituye* al sentido.

— Pues sí —dije sin mucho convencimiento.

— Te estoy aburriendo, mejor cambiemos de tema.

— No, no, sólo que ya te dije, tengo pocas neuronas y me cuesta seguir los discursos filosóficos.

— Pues éste no es un discurso filosófico, yo pretendía *describir* un fenómeno cotidiano, nadamás.

— Es que con eso de los símbolos me parece que sí estás hablando de filosofía.

— ¡Exacto! Y allí está el núcleo de lo que te quiero explicar. Fíjate bien, todos dicen que vivimos en un “mundo materialista”, pero no, vivimos en un mundo de fantasía e ideas. El hecho de que prefiramos el símbolo al sentido lo demuestra. Es como en la locura: el loco se aposenta en su mundo de símbolos personales, con ellos construye un universo autosuficiente. Pero como ese pequeño universo sólo existe en su cabeza, el loco jamás está satisfecho, constantemente tiene que ajustar las sorpresas de un entorno infinito a las pequeñeces de su mundo personal.

— Sí, pero ¿me estás diciendo que todos estamos locos? Eso no es algo muy novedoso que digamos.

— Sí, eso digo y como te había advertido no presumo novedad en mis ideas. Pero bueno, mejor dejemos las cosas así, pasemos a otro tema.

— No, por favor, sigue, de veras me interesa, aunque me cueste estar de acuerdo así, a la primera.

—Bueno —dijo Edgar sin entusiasmo— trataré de decirte tan sólo unas pocas cosas menos enredadas. Vamos a ver, ¿te has puesto a pensar porqué ha tenido tanto éxito la derecha en el mundo? ¿porqué ha desaparecido casi por completo la política de izquierda? Mucho ojo: hablo del mundo, no de México. Ya sabemos que en México, como dijo Wedgwood, prevalece la impunidad, no importa el signo. Pero en el mundo, ve nomás, sólo hay gobiernos de derecha; vaya, en Dinamarca supuestamente hay un parlamento de izquierda, pero esa izquierda apenas se distingue de la derecha. ¿Porqué? Fíjate bien, nadie dice que el mundo sea un lugar justo. Es más, hasta los *topistas* parten del hecho de que vivimos en un mundo injusto. Por otro lado, todos están de acuerdo en que es una ingenuidad *creer* que las cosas van a mejorar. De hecho, allí radica el núcleo de la filosofía topista: el futuro no existe y es inútil creer en un mundo mejor. Paradójico ¿no?, pues ellos *prometen* un mundo mejor. Pero allí está la clave. En la utopía no se *espera* una promesa, *se lucha por ella*. Los *topistas* como todos los políticos de derecha, *prometen*. La promesa es una ilusión, tiene todos los atributos del símbolo. Los hombres de este mundo desencantado, como ya te expliqué, no tienen energía para luchar por un futuro mejor en el que, de antemano, no creen. Pero vaya y si

anhelan bienestar. Limitados energéticamente por el desfase entre su ser biológico y su ser social, pero además, atrapados en el Simbolismo Onánico, los hombres del milenio aceptan las promesas de la derecha. Les dan tranquilidad; repiten un acto cotidiano, idéntico al del niño que posee juguetes que simbolizan la diversión, o al del adulto en busca del dinero que simboliza el bienestar. Y cuando el presente les alcanza, cuando las promesas se convierten en vacío, otro símbolo viene en su auxilio. ¿Quién fue el que *prometió*? Un político. El político, simbólicamente, está ligado por necesidad a la mentira. Así que en lugar de la decepción llega la certeza: “ya lo sabía”. Y así, el hombre del milenio tiene uno de los pocos espacios que le quedan para proferir una risa sincera.

*En el Museo de los Recuerdos*

—¡Lo oí! ¡Al Mudo! ¡El Mudo está hablando!

El Loco gritaba, su bullicio despertó a todos. Habían regresado de su estancia en las cañadas, con el Manotas, apenas un mes antes. En todo el camino, el Loco le había preocupado a Lola. Desde que el Mudo se fue, una tristeza pegajosa se le había impregnado a aquel muchacho. Estuvo un día entero llorando, preguntándole a ella si alguna vez volverían a verlo. Luego entró en un silencio preocupante, muy parecido al mutismo en que Lola lo había encontrado, casi veinte años atrás. Entonces era un niño muy pequeño, de unos tres años. No lloraba, a pesar de que el Nico los había salvado, a él y a su hermano, de la golpiza que le propinaban un par de adolescentes salvajes. Eso fue en la ciudad, una de tantas veces que se toparon con la barbarie de los pocos hombres que aún vivían en sus calles maltrechas, ruinosas: la mayoría niños y jóvenes que deambulaban con el ánimo depredador de una jauría. ¿Cuál habría sido la suerte de aquellos pequeños indefensos si no hubieran pasado por allí? Lola sabía bien que la ciudad era un sitio enfermo, hogar de parias, de seres que sobrevivían en la miseria, desposeídos, rencorosos, casi muertos, que no dudaban satisfacer su hambre con la carne humana. Pasaron más de seis años antes de que el Loco se animara a decir algo. Ella creía que aquel inocente tenía un retraso mental mucho más profundo; fue una alegría enorme percatarse de que no, de que ese niño era, en todo caso, un ser humano afligido por la fatalidad, pero capaz de pensar y hablar como cualquier otro. Pues para

Lola no quedaba duda de que el Loco no era un retrasado, sino simplemente un ser sensible y herido: como ella.

— Cálmate Loquito –le dijo la Lola- a ver, tranquilito. ¿Qué pasó?

— En el radio, en el radio hablaba el Mudo, ¡sí, sí, hablaba en el radio el Mudo!

El Chino, su hermano, asintió con la cabeza.

— Chino –urgió Lola al muchacho- dime *exactamente* qué pasó.

— Es que estábamos oyendo el radio. Yo pedaleaba y el Loco trataba de oír algo. Luego, como que se oyó una voz. Yo estaba en la bici y no sé si sería el Mudo. Pero sí oí algo que parecía una voz.

La Lola se levantó de inmediato, sacudió al Nico, que parecía no interesarse demasiado en la discusión y había decidido volverse a dormir. Ella insistió. Precariamente despierto, a regañadientes, acompañó al trío hasta el Museo de los Recuerdos. A la luz de la luna, el montículo se veía como una sombra piramidal y la choza que había en su cúspide daba al conjunto la apariencia ancestral de una construcción prehispánica. El Nico, pese al sueño, trepó en la bicicleta, conectó la dinamo y la luz del foco parpadeante iluminó la estancia. Lola y los muchachos se pusieron ante la radio. Pasaron horas de exploración infructuosa. Un siseo monótono, interrumpido ocasionalmente por chisporroteos secos. Luego, cuando afuera comenzaba a notarse el halo fosforescente y azul que precede al alba, un repicar de tonalidades que

siseaba con modulaciones abruptas, aperiódicas, hirió con su murmullo impreciso las bocinas. Era una voz humana, qué duda cabía, pero nadie habría sido capaz de reconocer el tono, ni el idioma, nadie habría podido decir de quién se trataba. Salvo el Loco.

— Allí está. ¡El Mudo! ¡Mi amigo el Mudo allí está!

Y el muchacho, abrazando a Lola, se soltó a llorar.

Se había quedado dormido sobre la máquina de escribir. La posición de su cuerpo, para cualquier hipotético observador, habría parecido incómoda, pero el caminante se sentía descansado, repuesto y casi lleno de energía. Sumado al sueño, el tecleo en la Olivetti, con su sonido arcaico y constante, proveyó de una calma desusada a su espíritu, de manera que ahora mismo, mientras abría los ojos, el caminante se sintió casi joven. El pajar matutino de las aves y el sol dorado evidenciaban la mañana en plenitud. Un hambre extrema le corría por el esófago, pero no era esa sensación penosa que provoca la carencia, era un apetito delicioso, incapaz de causar ansiedad: había dejado abierta la puerta que comunicaba con la estancia, y el aroma de especias y carnes frías ya inundaba por completo a su cuarto. Sólo tenía que levantarse y recoger del techo aquello que más apeteciera. Había cazos de cobre y un buen fuego para cocinar manjares como hacía décadas que no probaba. Se talló un poco los ojos, bostezó y estiró los brazos. Se levantó y caminó sin prisa hasta el umbral de la estancia. Conforme llegaba, un delicado olor se sumó a aquellos que ya conocía. Era de una sutileza penetrante que abrazaba la parte alta de la nariz, resbalando suavemente hasta el paladar, dejando en todo su trayecto una estela casi dulce, casi amarga, estimulante y algo ahumada. ¿Cómo describir aquel olor? Aún más, ¿cómo dar cuenta de las evocaciones que ese aroma le traía? El caminante, en vano, intentó ponerle adjetivos a la fragancia del café.

Ya en la mesa encontró algo que jamás habría previsto. Un plato humeante: chorizo bien frito, con algo de salsa verde encima y una guarnición de frijoles con queso

fresco. Al lado izquierdo, un recipiente con tortillas; al derecho, una taza de café. ¿Dónde estaba? ¿quién le había servido aquellas delicias? ¿habría muerto? ¿era así de simple el Paraíso? No le importó, el hambre fue más fuerte que la sorpresa. Probó el primer bocado, mordió un pedazo de tortilla, paladeó aquel sabor antiguo que, habría jurado, jamás volvería a disfrutar. Pero aquí estaba, comiendo sin preocupaciones, disfrutando de un viejo privilegio que en su juventud le parecía tan cotidiano y en su vejez, tan imposible... Así se quedó su mente: en puntos suspensivos. Sólo percibía el olvidado placer de comer bien. Saboreó el café, combinó su perfume con un bocado de aquel exquisito embutido, masticó delicadamente, con sus dientes buenos, una tortilla mojada en el caldillo condimentado, probó algo del queso, fresco, suave. Se sintió feliz. Quienquiera que fuera, aquel que lo había llevado hasta allí tenía que ser una buena persona. ¿Cuántas buenas personas conocía? Sólo a Lola, al Loco, al viejo Mara. Ninguno de ellos podría ser responsable de tanta comodidad. ¿Luis Peiró? Sí, podría ser. Pero Luis *no era buena persona*.

Lo mejor era no pensar, no traer recuerdos amargos a mesa tan succulenta. Disfrutó el lento masticar, las pausas para que el aroma penetrara desde el paladar a la nariz; el tacto tibio del café en su lengua, combinándose en una química prodigiosa con los sutiles despojos de la comida. La luz penetraba desde la ventana, muy discreta, iluminando en tonos contrastados todos los objetos: la mesa de madera bruñida, los cazos de cobre, las viandas que colgaban del techo. Aquella visión era digna de un cuadro de Vermeer. El caminante, presa de un éxtasis estético, aún con el dejo placentero del café en la boca, se sintió feliz. Se mantuvo así, unos minutos, tranquilo, permitiendo que incluso su estómago disfrutara esa sensación de plenitud que sigue a un buen almuerzo, algo que, otra vez habría jurado, nunca más pensó volver a sentir. Luego se levantó. Un brío excepcional lo inundaba, caminó vigorosamente hasta la puerta y

salió al porche. Se dio cuenta de que no cojeaba, ni siquiera ligeramente. El constante dolor de su cadera, secuela de la paliza recibida en la cañada, había desaparecido y las punzadas que taladraban su espalda eran apenas un vago recuerdo. “Vaya –pensó- sólo falta que mi rostro sea joven y entonces estaré convencido de que he muerto”. Se tocó el rostro. Seguía reseco, surcado de arrugas. ¿Era esa una prueba de que estaba vivo? Pues qué pregunta, si lo que sentía como una marea poderosa, como un impulso desbordante, era *vida*, ¿qué más prueba?

Bajó los cuatro escalones que separaban al porche del pastizal, sintió en sus zapatos el modo en que su peso oprimía las hierbas, dándole una mullida y agradable sensación. Y vino otra sorpresa. Sus zapatos. No eran aquellas deshiladas botas, llenas de remiendos y amarres. Eran un par de zapatos de cuero, burdo pero sin duda en perfecto estado. ¿Quién le habría calzado? ¿cómo no se dio cuenta? Qué manía, qué manía esa de estar pensando. ¿Acaso no podía darse el placer de disfrutar y ya? Todas las explicaciones llegarían a su tiempo y si no, pues ya estuvo: éste era el Paraíso y sólo le quedaba ver a Dios, para lo cual, disponía de la eternidad. Así que no más dudas. Alegre, feliz como niño, el caminante saltó, cantó y corrió hasta el cercano bosque. Se abrazó al primer encino, sintió su piel felpuda, cubierta de musgo y líquenes. Le pareció estar con un viejo amigo, que va, con un padre, un verdadero padre. ¿Él sería Dios? ¿Un árbol? Los paganos así lo creían y por lo visto tenían razón. El llanto, profundo, sincerísimo, le apretó la garganta. Era un fluir natural, ligero, sin los espasmos de la tristeza. Se sintió agradecido y besó al Dios Árbol. Se limpió el rostro lloroso y riendo, corrió de nuevo. Llegó a una verdísima cañada, tapizada de helechos y flores: azules, rojas, violetas. El río se resbalaba entre las rocas, rompiendo en espuma y rocío. Él corrió, como queriendo acompañar al agua en ese ritmo rápido, desinhibido. Aspiraba el aire húmedo, perfumado, detenía de vez en vez su desbocada carrera abrazando los

troncos fuertes de los sauces, rodeaba los inmensos cuerpos de los ahuehuetes, escuchando la bellísima melodía del agua, caricia de rocas, hogar de algas y moluscos, espejo cristalino donde nadie tiene por qué verse. Un impulso frenético, juvenil, le hizo cruzar a la otra orilla, sintiendo la fuerza del río como un abrazo. Luego, desde allí, reinició la carrera, cuesta arriba, disponiendo de una energía que, otra vez habría jurado, ya nunca volvería a él. Su avance era más lento, pero el cansancio, lejos de ser doloroso era un tónico que le fortalecía el pecho, que inundaba los pulmones, llevando hasta el último y más pequeño alveolo los preciados átomos de la vida. Los músculos le ardían, el calor lo hacía sudar, pero nada de eso era desagradable, era una bendición. El caminante se sentía joven, mucho más joven que cuando era joven. Así siguió, hasta que el cansancio le hizo disminuir el paso. No le importó, al contrario, en ese andar lento podía disfrutar el paisaje: el pelambre verde de las rocas, el fulgor violeta de las orquídeas, el aroma dulce, resinoso y húmedo de las hierbas. Sin saber muy bien cómo, de pronto se vio en los confines del pastizal. Había salido del bosque bastante lejos de la cabaña, pero no demasiado, pues ésta era perfectamente visible a la distancia. Allí estaba, modesta, casi tímida, en la cúspide de una suave loma: su cabaña, el hogar que ya sentía propio. Caminó despacio, tocando con la palma de la mano las delgadas espigas de los pastos, dejando que su tacto de plumas delicadas cosquilleara entre los dedos. Vio cómo su andar espantaba infinidad de saltamontes, provocando un salpicar de colores que chisporroteaban al caer. Tomó a uno de aquellos animalitos en su mano, contempló su forma perfecta. La cabecita alargada, con un par de enormes ojos compuestos, coronada por aquellas antenas segmentadas que se movían despacio, como tratando de identificar a su captor, como preguntando ¿será un amigo? Y el Mudo habló, le dijo al saltamontes, “sí, claro que soy tu amigo, pequeño”. Luego, como si éste le respondiera, saltó a su pecho, le caminó despacio por la camisa y sin espantarse

permitió que otra vez le tomara entre sus manos. Se lo puso muy cerca del rostro. Examinó su cuerpo multicolor: segmentos morados con un borde delgadísimo y blanco, en alternancia con otros negros y brillantes. Aquel animalito era una obra de arte. “Gracias Dios Árbol” dijo el caminante volteando rumbo al bosque, al tiempo que lanzaba el bello insecto al aire. Agitado y feliz llegó hasta la casa, sin importarle su comportamiento, fuera de tiempo, fuera de lugar, de adolescente ingenuo. El aroma de las viandas y las especias lo recibió. Buscó en la mesa los platos, pero ya no estaban. Ciertamente, ya fuera el Dios Árbol o una *buena persona*, él estaba siendo huésped de alguien benévolo. Sin preguntas se dirigió hasta su cuarto, dispuesto a tumbarse un rato en la cama, listo para luego seguir escribiendo. Porque no le quedaba duda, en ese lugar tenía una misión: escribir. Por eso su benefactor le había provisto de papeles y de una vieja e independiente máquina, fruto de aquella arcaica tecnología que aún ligaba la creación con la mano, en un lazo directo, sensible. Él tenía que corresponder de algún modo a tanta generosidad. ¿Qué otra cosa podría hacer sino escribir?

Ya estaba acostumbrándose a las sorpresas. Al llegar vio que su cuarto había sido aseado. Las hojas recién escritas reposaban a un lado de la máquina. En el buró la jarra rebosaba de agua clara y cerca del ventanal el jarrón de porcelana lucía con un ramo de flores recién cortadas. En el centro del lecho, sobre las cobijas perfectamente lisas, había un montoncito de papeles bien acomodados. Con cuidado, se sentó en la orilla de la cama. Leyó la primera hoja. Escrita en la misma Olivetti que él había usado, unas letras nítidas, de tono sepia, anunciaban: “*Tercer Sueño*”.

### *Tercer Sueño*

**H**acía ya largo rato desde la última cacería. Sus enormes colmillos eran armas en reposo. Llevaba dos días sin comer. Tenía hambre, pero el impulso de permanecer en el tular era mayor. Faltaba poco para que diera a luz.

Por su parte, las extrañas criaturas desgarradas, andando sobre sus patas posteriores, emitían aquellos tonos siseantes, abruptos, mirándose con ojos profundos, preparándose para la orden que la Piedra les había dado. La orilla del lago estaba aún lejos de su campamento, pero sabían bien que la Guerrera Digna aguardaba allí. Era muy temprano, la luz del sol apenas se insinuaba como un resplandor en el horizonte: la batalla entre la noche y el día dejaba su estela sangrienta, tiñendo las nubes, quemándolas. Ahora ellos, los seguidores de la Piedra, estaban por entrar en otra batalla.

Recogieron las hierbas que su conocimiento exigía: eran indispensables para lavar el cuerpo, para limpiarlo de todo aroma humano. También llenaron sus morrales con aquellos hongos minúsculos, niños de tierra que ayudaban no sólo a oír la voz de los dioses, sino a *verlos*. La ceremonia debía prepararse con minucia. En el bosque, cada cazador tenía una encomienda y en el campamento cada hembra preparaba los brebajes que su madre le había enseñado. Aquellas criaturas resguardaban secretos según su sexo, no eran como la leona preñada, que conocía tan bien todos los misterios de su especie como cualquier macho dientes de sable. Así que hombres y mujeres, cada uno por su lado, repetían los preparativos del rito ancestral: la Cacería de Poder. La más anciana resguardaba El Ocre, pigmento sagrado indispensable para brindar protección a

los cazadores. El más anciano resguardaba La Piedra, hogar del Espíritu de los Mayores, el aliento que los guiaba. Las mujeres jóvenes preparaban los brebajes de purificación con las hierbas traídas por sus compañeros; también construían el baño ardiente, donde las rocas se calentarían con un fuego fecundo, dispuestas a recibir el cerco vaporoso del agua y la caricia aromática de flores y hojas venerables.

La tigresa, atenta, no calificaba lo que percibía, tampoco se preparaba. Ni siquiera cuando iba a cazar. La maestría de su especie era *la atención impecable*. Podía concentrarse en cada instante de su existencia como si fuera el último: eso la hacía poderosa. Pero para ella el poder no significaba lo mismo que para los hombres. Ellos eran seres ávidos de control. Paladeaban un extraño placer al *controlar*. La dientes de sable no controlaba, *existía*. Para ella el poder era fuerza y la fuerza era vida. Y su vida transcurría en un infinito de conciencia. Como los hombres, andaba en el Valle, contemplaba los volcanes y veía el espejo del lago. Pero simultáneamente, percibía al Nahual Conejo, gemelo de la luna y al águila, gemela del sol. En el universo de las criaturas desgarbadas, se sabía una de las últimas de su especie. Pero más allá, igual que sus congéneres, también podía merodear sin temor entre las capas de los mundos, liberada de la tiranía implacable del tiempo, pues la tiranía sólo es posible en el coto de los hombres.

Extendiéndose toda la mañana, la ceremonia oficiada por el anciano consistió en una serie de danzas cuyo propósito fue capturar al *espíritu cazador*. Los jóvenes que participarían en la batalla con la tigresa debían *hacerse dueños* de la sabiduría de su tótem. Para ello danzaban en el bosque, emulando en sus movimientos, el modo y el ritmo de cada uno de sus animales tutelares. Los símbolos del águila, del lobo, del león y del oso, fueron pintados minuciosamente por la anciana: eran trazos hipnóticos, de color ocre, cubriendo sin omitir, cada porción del cuerpo. Ella era la única mujer

presente, ella era la única que profería sonidos, un cántico dulce y monótono acompañando la danza. Cuando el sol llegó al cenit, los cazadores fueron conducidos por la pareja de ancianos hasta el campamento. Las tiendas de cuero rodeaban al baño sagrado: una cúpula de piedras cuya única entrada estaba cubierta por una estera de juncos. En el interior, una fosa no muy profunda alojaba las piedras ardientes y los carbones encendidos. Antes de entrar, cada cazador fue provisto de un artículo distinto. Uno llevaba la batea con agua, el otro las hierbas aromáticas, otros más las flores, el copal, las cortezas de árboles sagrados. Sobre la pila de piedras fueron arrojando cada ofrenda, en un orden preciso, hasta que al final, el portador del agua la lanzó, haciendo hablar a las piedras, que con aquella voz susurrante, emitían su aliento perfumado, nebuloso, violento. Las abluciones duraron varias horas; lo que pasaba dentro del temascal era mágico y secreto, todos en el campamento, hasta los niños, guardaban silencio. Por fin, los cazadores salieron. Un frugal banquete les esperaba: frutas secas, quelites y carne salada. En todo ese tiempo, nadie habló. Al fin, cuando el sol ya se hundía en la tierra, preparándose para su batalla con las fuerzas de la noche, los cazadores, encabezados por el anciano encargado de La Piedra, fueron hasta un lugar elegido por el *Espíritu* que los guiaba.

Se sentaron en círculo. Comieron la miel mezclada con los niños de tierra, hongos sagrados que daban voz al espíritu. Aguardaron en silencio, dispuestos a escuchar. Casi al amanecer, cuando la luz sangrante del sol victorioso anunciaba la muerte de la noche, un águila inmensa comenzó a volar sobre ellos. Se detuvo en el aire, como preparándose a cazar, luego cayó en picada. Ningún cazador se movió, si la voluntad del Espíritu era el sacrificio, estaban dispuestos. Su vuelo fue rasante, acarició al viejo guardián de La Piedra con sus garras, haciéndole una breve herida. Luego se

detuvo en un árbol de ébano. Desde allí miró a los Recién Llegados. Extendió las alas y al fin voló hacia el sol.

Todos estaban entusiasmados, era un augurio favorable que el águila se les hubiera presentado como su tótem protector. Los días siguientes prepararon sus armas: los arcos serían contruidos con una madera muy dura, también flexible cuando estaba fresca, la misma que el águila les había señalado al posarse sobre el árbol preciso. En cada flecha, las plumas del animal tutelar serían el alma que las guiara hasta la presa. Sin embargo, para que la magia tuviera efecto, era indispensable realizar el último rito. Al atardecer partieron. Llegaron otra vez al claro sagrado. Se sentaron en círculo y esperaron a que las estrellas comenzaran a salir. El anciano repartió un brebaje confeccionado con los niños de tierra. Su benevolencia les permitiría ver de nuevo al Espíritu del Águila. En silencio aguardaron. Ante sus ojos, una sombra flotó en la oscuridad, posándose en la rama desnuda de un árbol muerto. Era el Águila. El anciano que resguardaba la Piedra inició un salmo susurrante y los cazadores, en danza muda, unieron sus brazos para bailar. El Águila permaneció en su sitio. Entonces, los cazadores se sentaron. El anciano calló y cada uno de los jóvenes que participarían en la batalla con la Guerrera Digna cantó en su turno:

“Águila –decía el primero- ayer estuve con el tigre de los colmillos como lunas nacientes. Me dijo que usaría tu pico de gancho para limpiarse las muelas.”

“Gran ave de los cielos –decía otro- la última vez que vi a la leona preñada, me dijo que te quitaría las plumas para que sus cachorros jugaran con ellas.”

“Ojos penetrantes –decía uno más- ayer que fui de caza, escuché que la tigresa de los dientes como puñales les cantaba a las crías que lleva en el vientre: “con los huesos del águila haré un buen silbato para que se arrullen mis chiquitos”.

Y así, todos entonaron aquellos agravios. El Águila, para vengarse del animal que le había insultado de tal modo, dirigiría sus flechas hasta los puntos vulnerables del gran tigre.

Con el oído agudísimo, la dientes de sable escuchó aquella algarabía. Supo que los recién llegados estaban en el Valle, supo también que pretendían cazarla. Se hizo un ovillo y logró dormir. En sus andares entre las capas de los mundos, agazapada, acechó al habitante de La Piedra. Éste ya la esperaba, adoptó la forma de *el que contempla a las estrellas*. Era un goce extraordinario sentir otra vez su cuerpo humano, verse las manos y el torso, palpar el tacto bruñido de su arco, disfrutar el modo en que los músculos del brazo se estiraban para colocar la flecha sobre la cuerda tensa, al fin, regocijarse con el vuelo zumbante del proyectil, que poderoso, hacía blanco en el corazón de la tigresa. Agitada, lanzando zarpazos al aire, despertó. En el sueño, en su acechar entre los mundos, *el que contempla a las estrellas* la había cazado. Se halló anclada inevitablemente al mundo de los hombres. Su atención tendría que centrarse sin remedio en el terreno de ellos, ceñida a los límites de su cárcel tiránica. Entonces sintió que el tiempo era como un río, su corriente, feroz y hambrienta, fluía imparable. Pudo ver que su muerte le aguardaba en un meandro, lista para atraparla, a ella y a sus crías nonatas. Contempló al Conejo del Lago: el cuerpo fosforescente de los Guardianes reflejado en su piel lisa. Aquel Valle era hermoso, hermoso y terrible. Un buen lugar para morir.

— ¿Qué te pareció la tinta? Es mucho mejor que las de antes, yo misma la fabrico con pulpa de *Stenocereus* y pigmento extraído de los frutos de *Myrtillocactus*. Luego, con más calma, puedes hacer la prueba: pasa tus dedos sobre lo escrito, frótalos si quieres; descubrirás que antes de borrar el texto dañarías la hoja. Es mi orgullo: un extracto de *Larrea tridentata* resulta el mejor fijador que te puedas imaginar. Y en cuanto a la cinta, apenas ayer pudimos lograr unos listones magníficos, hechos con las fibras de algodón que han tejido mis hijos. ¡Si vieras sus cultivos!, ya mañana, si estás de humor y con mejor salud, podrás conocerlos a ambos: mis hijos y sus plantas. En fin, que ya usaste la máquina que te dejé y me da mucho gusto, en ella escribí lo que leíste, pero es tuya. Por ahora dispones de una tecnología mixta: los listones que llenan los carretes de *tú* Olivetti fueron rescatados de un almacén hace más de diez años. Usas una cinta de la vieja era y una tinta de la nueva era.

Pronunciando aquellas palabras, desde la puerta, una mujer madura lo miraba. El Caminante se levantó de un salto, fue hacia ella para ver mejor. Allí estaba, era inconfundible el tono de la voz, tanto como su figura esbelta, su rostro. Observó aquellas facciones con detenimiento. Debía ser anciana, como él, pero su faz lucía radiante y las pocas arrugas que tenía no sólo no opacaban su belleza, le daban un toque nuevo, digno. Contempló sus ojos verdes, tan claros como siempre pero inesperadamente juveniles. Detuvo su vista en el pelo lacio, entrecano y rubio; brillante, como en su memoria. ¿Alejandra? Ella no aparentaba más de cincuenta años. Su piel se notaba tostada por el sol y vestía camisa y pantalones de manta. Se veía impecable. Los

pies, cubiertos por calcetines oscuros, estaban enfundados en unos huaraches de fibra. Le sonreía, pero él seguía sin creerlo. Sin embargo Alejandra estaba a pocos pasos. Arrogante como siempre, orgullosa, al grado de que su saludo, después de tantos años, después de tantísimas historias y catástrofes, era esa perorata presuntuosa sobre las virtudes de una tinta para máquina de escribir hecha, como todo lo que usaba, por ella misma.

Con los ojos muy húmedos el Caminante la abrazó, sin preocuparse por el modo en que se entregaba a un comportamiento tan senil, tan poco sobrio. Sintió su cuerpo pequeño, tal vez más estrecho, quizás más frágil, pero al fin idéntico al de aquella joven de la que siempre había estado enamorado. No pudo dominarse y el llanto se condensó en espasmos incontenibles. Ale le decía “sí, soy yo Leo, todo está bien, todo está bien”, pero las lágrimas fluían sin retenes. Ella se sentó y él puso la cabeza sobre sus piernas. Seguía llorando, ¿como un niño? ¿como un viejo? ¿cuánto pasó? Perdió el sentido del tiempo y al fin, aquel río se detuvo. Sonriendo se levantó. Estaba apenado, pero fue una sensación fugaz: con ella se sentía a sus anchas. La volvió a ver. El rostro un poco más ovalado, la nariz menos respingada pero aún recta, como si el tiempo se hubiera negado a dejar sus huellas erosivas, respetando aquella belleza única, sólo dándole ese toque digno que algunos adquieren en la madurez.

— ¿Ya te sientes mejor? –le dijo con una voz dulcísima.

— Sí, gracias Ale, gracias. Necesitaba desahogarme –contestó el Caminante con ingenuidad.

— Ah, bien, bien –respondió ella con una sonrisa condescendiente-. Pero, tu salud, ¿está mejor? Cuando te recogí estabas muy enfermo.

— Mejor, mucho mejor.

En ese momento recuperó la sobriedad. Como si un dique se hubiera roto, infinidad de preguntas le llenaron la boca. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿dónde estaban?

— Leo, creo que debemos conversar largamente. ¿Tienes hambre? Hoy caminaste mucho y lo único que has probado en todo el día es el almuerzo. Podemos comer algo si quieres.

— No, no. Estoy acostumbrado a pasar el día con muy poco en el estómago. Preferiría que me explicaras cómo me trajiste, cuánto tiempo llevo aquí, vaya, que me sacaras de las dudas en que he estado desde hace días.

— Mmm, sí, tienes razón –dijo pensativa al tiempo que volteaba hacia la ventana-. Mira, la tarde. Creo que sería bueno explicarte todo desde un lugar que apreciarás mucho. Hay un acantilado que ofrece un paisaje digno de verse. Está por atardecer y el sol da un tono violeta a las montañas más distantes. Anda, vamos, yo sé que esos espectáculos te emocionan.

Alejandra fue hasta un armario junto a la puerta de entrada. De un cajón sacó un par de botas muy parecidas a las que portaba él.

— Sí, ya te diste cuenta. Vamos a ir con el mismo calzado. ¿Sabes quién hizo estas botas?, fue Leonardo, mi hijo mayor.

Ale sonrió encantadoramente. Su hijo mayor se llamaba como el Caminante. ¿Lo habría bautizado así en memoria suya?

— Claro que ese nombre me lo inspiraste tú –dijo al tiempo que ya salía, casi corriendo, rumbo a la parte posterior de la cabaña-. Anda, ven rápido, debemos llegar antes de que el sol se ponga. Te digo que es un espectáculo que vale la pena.

El trayecto fue en sentido opuesto al que él había hecho por la mañana. Por ese lado, una ligera lomita se perdía en el bosque. Al llegar arriba, el Caminante pudo ver que entre los árboles de abajo se alcanzaba a ver el cielo, signo indudable de que la pendiente sería muy pronunciada.

— Ten cuidado Leo, no vayas a resbalar porque la verdad tu caída sería impresionante: unos trescientos metros de vuelo libre.

¿Exageraba? No pasaron cinco minutos antes de que el paisaje le respondiera con creces. Allí, hasta donde se pudiera perder la vista, el espectáculo vertiginoso de la sierra se extendía como una invitación a volar. Instintivamente disminuyó el paso. Una vereda llevaba hasta la orilla del abismo, donde unas piedras enormes y grises formaban la escarpada pared. Ale se acercó al borde. Él sintió un pánico que le recorría la espalda

como corriente eléctrica: la vejez era implacable y ya no confiaba en su cuerpo. Poco a poco se fue acercando a su amiga.

— Anda, ven, no tengas miedo. Puedes sentarte muy cómodo en estas rocas. El filo del acantilado está como a diez metros, pero se ve como si estuviéramos más cerca. No hay peligro, de veras. Yo traía aquí a mis hijos cuando niños, ¿no creerás que los iba a exponer verdad?

El viento soplaba fuerte, agitando el pelo de Alejandra con mucha gracia. El Caminante veía su perfil, a contraluz, y le pareció extraordinario. Sí, ella era una mujer bellísima. Aquel rostro volteó a su vez con una sonrisa pegajosa, luego hizo un gesto hacia el abismo. El sol se ponía casi a espaldas de ambos, perdiéndose entre las copas de los árboles. A lo lejos, las montañas brillaban con un tono dorado que paulatinamente se tornaba naranja, casi rojo, y abajo, el dosel del bosque se extendía como un manto ondulante. Pocos detalles podían distinguirse en la enorme extensión desplegada a sus pies, salvo la ruta sinuosa de un río, el hueco azul turquesa de un lago, un manchón amarillento allá –tal vez un pastizal- y ocasionales levantamientos rocosos.

— Poco antes de la catástrofe construyeron todo esto –dijo ella mientras extendía los brazos, moviéndolos en un semicírculo que abarcaba el lugar donde estaban y el bosque a sus espaldas-. Los acantilados son artificiales. Esta porción de la sierra, de por sí lejana y casi virgen, fue planeada como una “reserva ecológica” muy exclusiva y absolutamente segura. Estamos en una de las partes más elevadas de toda la serranía: una meseta artificial que se extiende por unas cinco mil hectáreas. Casi en el centro de esta especie de “isla” hay una elevación doscientos metros más alta. La humedad

condensada allí se recolecta por un ingenioso sistema hidráulico que aprovecha las grietas cársticas, llevando el líquido hasta un gran depósito subterráneo que alimenta, de manera natural, un manantial con suficiente agua para todo el año –Alejandra se mantuvo en silencio un rato, muy pensativa, luego continuó-. Hace poco más de quince años llegamos aquí. Ya lo viviste tú mismo, allá abajo la vida es arriesgada. En cuanto preparamos el autoplano que tenía Peiró en su casa de la Colonia Juárez, Nahim y yo nos dedicamos a buscar un lugar seguro para nuestra familia. Exploramos varios parajes en los alrededores del D.F., pero todo fue inútil. Estuvimos un par de años en la sierra de Hidalgo, luego la pasamos errando en rincones inhóspitos para protegernos del vandalismo. Tuvimos que evitar en lo posible las ciudades en ruinas. Eran lugares no sólo peligrosos sino desoladores. Bandas de niños miserables las habitaban; aquellas hordas infantiles eran pavorosas: la inocencia les proveía de un ímpetu arrollador e ilimitado. Su crueldad aún me estremece. No podíamos permitir que nuestros hijos se vieran arrastrados a ese mundo decadente y mortal. Disponíamos de poco hidrógeno para el autoplano, la planta portátil de hidrólisis que construyó Nahim no daba para mucho. Pero si de disponibilidades hablamos, con un hijo pequeño que cuidar y un embarazo en curso, disponíamos de menos tiempo para nosotros. Al fin, huyendo, llegamos al desierto de Querétaro. Pocos días más tarde descubrimos este lugar. Deberías contemplarlo desde el aire: la gran meseta tiene la forma de una serpiente. Las paredes de roca hacen que se vea como uno de esos pináculos tan comunes en el Gran Cañón, sólo que de proporciones descomunales. En su parte más baja, los acantilados se levantan a ciento cincuenta metros, en la más alta a trescientos. Mira, asómate, no tengas miedo –Alejandra le tendió una mano y lo llevó algo más cerca del borde-. Podrías escalar para llegar aquí, pero sería una labor peligrosa y cansada. ¿Ves aquella banda oscura que circunda todas las paredes rocosas? Son rosetas de diversos agaves y

numerosos cactus, todos con espinas agudísimas. Justo arriba de esa barrera hay una breve terraza, de unos treinta centímetros de ancho. Allí sembraron varias plantas urticantes: *Cnidoscolus multilobus*, esa que los machos bautizaron “mala mujer”. Por si fuera poco, a esa flora inhóspita se suman algunos ejemplares de la familia Anacardiaceae: los arbustitos que apenas se alcanzan a distinguir y que premian con su acción la presuntuosa condición del macho que se cree “con muchos huevos” – Alejandra soltó una breve carcajada y el Caminante pareció descubrir en aquellos ojos contraídos por la risa, el mismo brillo de la joven que tanto amaba-. Están distribuidas de manera muy inteligente, de acuerdo con las variaciones microclimáticas, pues los acantilados no reciben ni la misma insolación ni el mismo grado de humedad. La terraza tiene una ligerísima pendiente, muy útil para distribuir uniformemente el agua. El sistema de riego aprovecha otra vez la estructura cárstica: un goteo escaso pero continuo. Fue un método barato y eficiente que garantiza seguridad. Sólo una ocasión le hemos dado mantenimiento y gracias al autoplano la labor no es tan difícil. La verdad, el único medio ideal para acceder hasta aquí es, precisamente, el autoplano. Como puedes suponer éste iba a ser uno más de esos centros turísticos para millonarios. Afortunadamente se convirtió en un refugio para nosotros.

— Y ¿cómo me trajiste hasta acá?

— Te trajo mi Leonardo. Es un chico necio pero tiene muy buen corazón. Aunque le he advertido que no es seguro ir a las dunas, él necesitaba arena para un sistema de cultivo que recién ha diseñado –Ale sonrió, estaba orgullosa de su hijo-. Leo es como su padre: ingenioso, práctico, pero al fin, un soñador, un romántico; si es que esa palabra quiere decir algo en estos días. Bueno, bueno, te decía que se llevó el

autoplano, algo muy pero muy irresponsable. Cuando me di cuenta, dos emociones chocaban en mí: la ira y la preocupación. Pues vaya, que se fue al arenal. En uno de sus vuelos al borde del desierto pasó cerca de un afloramiento calcáreo y le llamó la atención lo que parecía un plástico detenido por piedras. Sobrevoló el área más de cerca y te vio tendido, casi a la entrada de una cueva. Planeó varias veces por los alrededores y luego de cerciorarse que no había nadie, se arriesgó... estaba muy cerca de la Cañada del Pelicano.

Alejandra hizo una pausa. El Caminante observó cómo el viento agitaba esa cabellera que había creído no ver nunca más.

— Bautizamos ese lugar así por un hecho muy triste. Recién llegamos aquí, mientras explorábamos allá abajo, nos llamó la atención un pequeño punto blanco en la pared de una cañadita. Sobrevolamos más cerca y nos dimos cuenta de que era un hermosísimo pelicano. Crucificado.

Otra pausa; ésta vez prolongada. Ella, como ahora el Caminante, siempre había sido “rara”, un ser de *otro mundo*. Desde aquel pasado ciego y terrible, la evidencia de una humanidad aburrida y miserable, *ajena*, dejaba secuelas preocupantes. En aquel acto de crueldad gratuita, a través de la miseria y la atrocidad se asomaba un gesto estético. El hombre, enfermo, somete las cualidades más altas del espíritu a los propósitos viles de la vulgaridad. Así pensaba el Caminante, olvidando casi el prodigio de estar al lado de Alejandra, en medio de un paisaje apacible, en el centro mismo de un oasis que jamás habría creído. El extraño estado anímico en el que se estaba sumiendo fue interrumpido por su amiga.

— Sí, el Cañón del Pelicano era peligroso, como todos los lugares donde abunda el agua. Leo iba solo y lo que hizo fue muy imprudente, sin embargo agradezco al azar

que te haya recogido, vaya hasta mi ira se convirtió en felicidad cuando te vi. Una felicidad muy amarga, debo decirte. Mira, cuando te trajo creímos que morirías. Delirabas y la fiebre te produjo convulsiones. Vida, mi hija más pequeña te cuidó. Te dimos varias tisanas, pero al ver que no sanabas, ella me sugirió que te pusiéramos una de las pocas ampolletas de antibiótico que conservamos. Lo hice pues no perdíamos nada. Funcionó, ya ves, aquí estás ahora.

— Pero no recuerdo nada de eso. Lo único que tengo en la memoria es el cuartito en la cabaña, la cama, el escritorio. Como si hubiera llegado allí por arte de magia. Y de antes sólo conservo la idea de que faltaba mucho para llegar al matorral; que me preocupaba el agua y que tenía una tos terrible.

— Pues sí, no podrías haber recordado nada más. Estuviste delirando casi una semana y luego entraste en algo que parecía un coma. Yo creí que morirías – Alejandra hizo un leve chasquido y moviendo la cabeza agregó- quién sabe cuánto tiempo habrás estado allá, al pleno sol, deshidratándote y muy enfermo. Se ve que andabas de veras perdido, pues elegiste un lugar muy expuesto para, según tú, protegerte. Es una ironía que te hayas creído tan lejos de tus cactus. A menos de un kilómetro de allí hubieras visto un extenso izotal; por si fuera poco, a unos cien metros de tu cueva te hubieras topado con la Cañada del Pelicano: su arroyito y un foso bastante profundo de agua cristalina... ¡Mira Leo! –dijo de improviso, interrumpiéndose y señalando hacia el horizonte- ¡las montañas violetas!

Era cierto, la luz del sol se había extinguido, pero en su lugar, un resplandor violáceo se extendía hacia el oriente, tiñendo las lejanas montañas. Mientras

contemplaba aquel paisaje, sintiendo al viento en el rostro, el Caminante pensó en las dificultades, en las aventuras que habría vivido aquella pareja. Le dieron ganas de preguntarle por Nahim. ¿Cómo se habían enamorado? No podía imaginar que Alejandra llegara a enamorarse de alguien, menos de un hombre como Nahim Salam. Hasta donde lo recordaba era un tipo muy tímido, de pocas palabras y en cuanto a su aspecto, pues definitivamente no era nada interesante, hasta podría haberlo calificado de *gris*: un hombrecillo bajo, más bien feo, un simple y aburrido *nerd*... El Caminante se dio cuenta que estaba celoso. ¿Después de tantos años? Sí, no cabía duda. El Caminante estaba celoso. Mejor dejó de pensar en Nahim, se guardó su curiosidad y decidió que no preguntaría nada. Tarde o temprano se lo toparía y ya entonces podría hablar *con él*, directamente.

Pasaron los minutos. Alejandra y el Caminante casi dejaron de hablar. Sólo contemplaban el cielo, las lejanas montañas sumiéndose en la penumbra. Cuando apareció la primera estrella Alejandra dijo:

— Los rabinos no podían declarar iniciado el Sabat hasta que no aparecía la primera estrella de la noche.

El Caminante sólo asintió con la cabeza. El horizonte fue tiñéndose de un rojo oscuro, como la sangre. Recordó que los antiguos aztecas suponían que cada tarde, los dioses luchaban a muerte: la luz del sol asesinado era ese manto cárdeno que ahora mismo admiraba.

— Hoy habrá luna llena –dijo Alejandra y luego señaló hacia el oriente-. Saldrá allá, entre esas montañas. ¿Te parece que la esperemos?

— Sí, claro que sí.

— Ya luego podremos caminar despacio hasta la cabaña. Recuerdo que te gustaba hacerlo allá, en mi casita de Tláhuac, justo cuando había luna llena.

Alejandra sabía cómo mover sus sentimientos. Aquellas largas caminatas a las que aludía, fueron muchas veces un pretexto que él había ideado para darse valor. Siempre las iniciaba con la intención de confesar su cariño, que va, su amor. Pero nunca había podido. Tal vez más bien nunca había querido. Involucrarse con Ale habría implicado un compromiso que él no se sentía ni capaz ni gustoso de llevar a cabo. ¿Y hoy? Ella vivía con Nahim. Era imposible siquiera considerarlo. Además él, el Caminante, era un anciano. ¿Acaso Alejandra no era igual? No, la vejez es un estado del alma. Ella no era vieja.

Sus pensamientos se tornaron taciturnos, sólo el espectáculo de la luna le reconfortó, pero más aún la voz de Alejandra.

— Allí está. Es enorme. Amarilla. ¿Ves el conejo?

— Sí, el conejo de la luna...

No dijeron más. Pasó el tiempo y sólo el frío los impulsó a moverse. Caminaron de regreso, hacia el bosque. Pese a la luna, la oscuridad era casi total. Sólo se escuchaban sus pisadas en la hojarasca y el ocasional canto de los chotacabras. Como

para aligerar el trayecto, sin más convicción que la de hablar por hablar, el Caminante inició otra vez la conversación.

— Ale, esos cuadernos que me diste hace tantos años me convirtieron en su guardián. ¿Sabes? me he impuesto la tarea de conservar la memoria justo como un guardián; ¿leíste lo que he escrito? ¿qué opinas?.

— Sí, he leído todo lo que llevas hasta ahora –guardó un silencio largo- ¿Sabes lo que más me sorprende? Dar me cuenta de la ignorancia que vivíamos en aquellos días. Yo me consideraba una mujer culta, sin embargo, de Taft y Eckstein sólo conocía sus panfletos sobre “la nueva ciencia”; su vindicación del dato por encima del pensamiento. Me sonaban los nombres de Reveilhac y Carneiro, sobre todo porque ellos eran los ideólogos de las infames “reubicaciones demográficas” en México y de los “campos de trabajo” en Brasil. Pero hasta allí. De Wedgewood, Wallestone o Quallenberg, pese a que escribieron sobre el Teorema de Noether, aunque yo me había convertido en experta de ese tema, pues de ellos no sabía nada. ¡Cómo me hubiera gustado conocerlos! ¡Cómo se nos hubieran ocurrido alternativas para evitar la atrocidad planeada por Peiró!

— Perdona Ale, pero en esa atrocidad todos, no solo Luis, jugamos un papel del que no podemos olvidarnos.

— No, Leo. El único que tuvo responsabilidad en la catástrofe fue Peiró.

El Caminante entendía que a Alejandra le repugnara la memoria de lo que habían hecho. Entendía su animadversión hacia Peiró, algo ciertamente justificable. Pero decir que el único responsable de la catástrofe había sido él le pareció excesivo.

— Ale, me duele recordártelo pero *nosotros* ayudamos a que el plan de Peiró se llevara a cabo.

— Eso no es del todo cierto Leo.

Anduvieron un rato en silencio. Sólo escuchaban el crujir de sus pasos sobre las hojas secas. Entre los claros del bosque, la luna iluminaba con una claridad increíble el larguísimo pelo de Alejandra. El Caminante disminuyó el paso, le parecía extraño lo que Ale afirmaba. ¿Sería una metáfora? Se puso frente a ella. Miró sus ojos. Le puso las manos en los hombros y con delicadeza comenzó a hablar.

— Yo también he sentido un arrepentimiento terrible. Mi vagar por el desierto fue en cierta manera un modo de expiar culpas. ¡Hasta llegué a crearme un animal más! Pero no Ale. Soy humano. Soy uno de esos hombres que vivieron en aquel mundo miserable y también soy uno de los que ayudaron a su destrucción. Poco importa que Luis haya ideado el plan. Sin nosotros la catástrofe jamás hubiera sucedido.

— Escucha bien lo que te voy a decir –Ale le miró con esos ojos fríos que tanto temía y que aún en la penumbra, brillaban con dureza-. Ni yo ni Nahim pusimos jamás las bombas.

¿De qué hablaba? El Caminante no supo que decir. No entendía a qué se refería.

— Alejandra. A ver, no entiendo ¿lo que dices es una metáfora? Si es así, perdona, pero no capto qué quieres evocar. A lo mejor soy muy tonto, a lo mejor mi mente sólo comprende ideas simples. ¿Qué quieres decir con eso de qué no pusieron *jamás* las bombas?

— Sólo eso Leo, que no pusimos las bombas.

— Entonces quién las puso.

— Nadie pudo haberlas puesto.

Uno está acostumbrado a reaccionar cuando se enfrenta al peligro, cuando es agredido física o verbalmente, pero ¿cuándo alguien niega flagrantemente un hecho? ¿qué hacer? El Caminante se convirtió en el Mudo, no se atrevía siquiera a verla. ¿Estaría loca? ¿la soledad le habría llevado a inventar tales fantasías? Su confusión se alivió un poco al descubrir que estaban cerca de la cabaña. Su silueta oscura brillaba en los bordes con un tono plateado y los postes de madera que soportaban el techo parecían columnas mármol; en el cielo las nubes blanquecinas parecían fosforecer y el pastizal era como una cabellera metálica, moviéndose en suave oleaje con el viento. Esa imagen le recordó los cuadros de El Greco. Con tal símil en mente, asiéndose del placer estético como de un salvavidas, el Mudo logró sobrellevar el desconcierto. Al fin entraron. La chimenea estaba encendida. Al Mudo no le importó ese detalle, no le dio siquiera curiosidad conocer a quien se encargaba de mantener tanta comodidad sin hacer ruido,

sin dejar huella. Ale se sentó en el gran sillón que estaba frente al fuego. Traía una botella en la mano. ¿De dónde la había sacado?

— Leo, allí, junto a la puerta de tu cuarto está una alacena. Por favor pásame dos de las copas que hay encima.

En silencio, como le era propio, el Mudo obedeció. No se había fijado en la colección de vasos y copas de cristal que guardaba aquel mueble. Llegó hasta el sillón, puso las copas en el suelo. Ella las llenó de aquel líquido. A contraluz, al Mudo le pareció distinguir un tono opaco y cobrizo.

— Anda, pruébala, es una sidra que preparamos entre mis hijos y yo. Ya verás nuestros manzanos y también tendrás oportunidad de saber cómo fabricamos este licor. ¡Salud!

Hacía décadas que no probaba alcohol, que no sentía el tacto del cristal en los labios. Aquel brebaje le pareció exquisito, refrescante y aromático. Casi se sintió a gusto, pero el Mudo recordó la manera tan rara en que Ale había negado la catástrofe y de pronto tuvo una iluminación. ¡Claro! A lo que se refería ella era a que la catástrofe había sido natural. El temido pero improbable Tsunami habría coincidido con las maniobras realizadas por el PET en La Palma, pero su origen estaba en la naturaleza, no en los hombres. Sí, eso era. No obstante, se preguntaba, ¿porqué insistía ella en que el único causante de la catástrofe era Peiró? ¿Acaso se refería a que él había generado el evidente cambio climático que desde entonces padecíamos? ¿se refería a la ausencia total de comunicaciones? ¿Peiró habría desatado una ola de atentados simultáneos en las

redes de comunicación satelital? ¿habría volado los glaciares de Groenlandia? Con una sonrisa de alivio el Caminante expresó todas sus especulaciones. Pero la respuesta que le dio Alejandra fue aún más extraña.

— No sé si todo eso que dices lo habrá desencadenado Peiró, pues de hecho, así sucedió. Lo único que sé es que era imposible que se generara un Tsunami de tal magnitud por causas naturales; recordarás que eso nadie lo discutía. Peiró planeó todo para que la catástrofe fuera una realidad, vaya, no tengo que insistir, si tú mejor que nadie sabe que el deslizamiento que causó el Tsunami sólo podría haberse generado artificialmente. Mira Leonardo, lo único que quiero que me creas es que *jamás* pusimos las bombas.

Era demasiado. Alejandra jugaba con él o insultaba su inteligencia. ¿Qué clase de paradojas le planteaba? El Mudo se fue, el Caminante también. Sólo quedó Leonardo, y en su pecho, una antiquísima emoción comenzó a efervescer: la ira.

— Ya déjate de misterios. No entiendo nada. Habla con claridad, por Dios. ¿Cómo es que dices paradojas tan absurdas? La catástrofe sucedió: punto.

— Leo, debes creer lo que te digo. Sí, la catástrofe sucedió, pero Nahim y yo no sólo no pusimos las bombas, sino que nos cercioramos de que *nadie* pudiera disponer del Plutonio.

Incontenible, la ira tomó las riendas. ¿Nahim la habría convencido para creer tal disparate? ¿ese hombrecillo intentaba limpiar su culpa inventando fantasías tan

estúpidas? Y lo peor, ¿acaso olvidaba Alejandra a quién le intentaba escupir sus mentiras? ¡Si todo lo habían hecho *juntos*! Los músculos se le tensaron y el rostro le ardía, su estómago estaba duro como una piedra; tenía ganas de golpear la pared, el suelo, ¡algo! Quizás era la vejez, pero cada día disminuía la capacidad de Leonardo para controlar las emociones. Irritadísimo, casi gritando, le replicó.

— ¿Por quién me tomas? Mira Alejandra, estoy cansado, muy cansado. He tenido paciencia, he intentado de muchos modos explicarme lo que dices, lo que haces, pero tú sólo repites absurdos y disfrutas elaborando misterios. ¿Me quieres impresionar? ¿me quieres asustar? ¡Por quién me tomas, te lo repito! Tu actitud, esa patética manera que tienes de negar lo que es un hecho definitivo, me enferma. Yo te creía distinta. ¿Sabes? Por años estuve enamorado de ti, pero me parecías tan íntegra, tan fuerte, tan *mejor* que yo, que jamás intenté siquiera decírtelo. Me sentía indigno de una mujer así. Y ahora... ahora me sales con esa pueril forma de negar lo innegable. No digas nada, de veras, ya no quiero oírte. Me ha sido muy difícil mantener la cordura en todos estos años y hoy, teniéndote aquí enfrente, me doy cuenta de que tú estás loca, o tal vez muy cuerda. Sí, eso es, tan cuerda como aquellas mujeres “sedadas” a las que antes despreciaste. Ojala y toda esta “generosidad” tuya, todo este misterio teatral de comodidades inexplicables, no sea un modo de intentar sobornarme, de hacerme cómplice en tu delirio. Eres culpable, tanto o más que yo y eso es imposible evitarlo. Y no trates de exculpar a *tú* Nahim: él es tan canalla como Luis o como yo. ¡Ya basta! Creo que mañana mismo me regreso al desierto. No estoy disponible para aligerar el peso de tus actos, lo siento.

Alejandra no dijo palabra. Era casi de madrugada, el Caminante fue a su habitación. Cerró la puerta dispuesto a dormir, a olvidar todo antes de partir a *sú* desierto. Pero un nuevo elemento de comodidad cambió sus planes: la tenue luz que iluminaba el cuarto provenía de una flamante lámpara solar dispuesta sobre el escritorio. Allí, en el centro del círculo luminoso que proyectaban los leds, brillaba la dentadura sonriente de la Olivetti, como una invitación, que va, como un imperativo para seguir con la única labor que garantizaba cordura: escribir. Eso, escribir, escribir lo que su amiga deseaba negar, escribir la complicidad inexcusable que ella y todos habían tenido en la destrucción de tan miserable mundo.

Se sentó frente a la máquina. Miró el papel blanco que recién había puesto entre los rodillos: su mente también quedó en blanco. Luego pensó en el mundo derrumbado. En aquella época muy pocos fueron conscientes del peligro. La claridad de Sir Charles Wedgewood le pareció una rareza extrema para ese tiempo de penumbras; fue un recuerdo que sólo acrecentó el tamaño de su culpa: había confundido con pedantería su agudeza implacable. Demasiado tarde, el doctor Ancira intentó comprender cabalmente lo que significaba el “topismo”, el papel de la ingeniería social en la construcción de una civilización condenada al fracaso. Y claro, no sólo él, todos se habían entregado dócilmente a las atrocidades perpetradas por aquellos pseudointelectuales. Pero en el caso específico de la catástrofe, los involucrados en el PET eran responsables directos. Si Alejandra se empeñaba en negar su culpa, Leonardo Ancira se encargaría de recordársela. Si a pesar de ser consciente de su ignorancia filosófica, intentaba olvidar lo que era capaz de generar la razón humana, él se encargaría de recordarle lo que habían inventado Carneiro, Taft y demás *doctores*. Y si fuera poco, por si ella pretendía no haberlo vivido, él se encargaría de vomitarle sin pudor, todo el caos que rondó por el mundo en aquellos días.

*En un rancho de Ricardo Saavedra*

Comienzo de nuevo a escribir dirigiéndome a ti, mi querido lector. La vida tiene sorpresas escondidas, incluso cuando su curso, ya de por sí, esté sobresaturado de ellas. Algunos sucesos personales muy recientes me obligan a narrar, con detalles, lo que pasó pocas horas después de acontecida la Catástrofe. Tú eres el principal objeto de todo mi esfuerzo, lector de este tiempo, pero me tomo la libertad de dirigir estas líneas también a otros lectores, a los pocos que aún quedan como supervivientes de aquella época; los únicos que, sé de seguro, me leerán. Esos que parecen haber olvidado su complicidad en el sostenimiento y también en la caída de tal mundo de miseria.

Ya narré los hechos que circundaron mi visita a Oxford, recordarás que Ale y Nahim permanecían perdidos haciéndonos pensar que el plan de Peiró había sido descubierto. He de decirte que mi estancia en Inglaterra transcurrió sin incidentes. Luis llegó al final, según lo previsto. Yo me escabullí de su presencia y preferí visitar Pubs con Edgar Stein. Al fin partí de Europa sin despedirme de nadie que tuviera que ver con el PET. Pues bien, un día después de concluido el congreso sobre el teorema de Noether, me reuní con Luis Peiró en Los Angeles. Me dijo que todo el plan se había abortado. El paradero de Alejandra y Nahim era desconocido, sin embargo, la instalación y funcionamiento de los condensadores Salam había sido “un éxito rotundo”. La situación se tornaba paradójica, vivíamos al mismo tiempo el triunfo y el fracaso del PET. Luis me recomendó ser discreto. Hasta nuevo aviso, toda alusión a las *verdaderas* intenciones del PET, aún entre nosotros, habría de evitarse. Luis regresaría ese mismo día a Tenerife y yo me reincorporaría a la Universidad Nacional tres días después.

Desde nuestros lugares habituales de trabajo continuaríamos dando la apariencia de ser meros “expertos” en energía tectónica. Por supuesto, el papel que habíamos jugado en el diseño e instalación del eficiente equipo para generación de electricidad nos confería privilegios excepcionales. Para cualquier observador externo sólo podía esperarnos una increíble bonanza financiera y una innegable capacidad para influir en las esferas del poder. Pero en verdad, lo único que había conseguido, al menos yo, era un malestar crónico que se antojaba incurable. La frialdad de Luis, la conciencia de que estaba siendo cómplice de una atrocidad, se habían instalado en mi alma como recordatorios implacables de que ni yo, ni nadie más en el PET, podíamos considerarnos “libres de culpa”. Además, pesaba sobre mi ánimo una preocupación más vulgar y crudamente fatal: la posibilidad de ser descubierto. Tratando de aliviarme un poco, o al menos de olvidar, me comuniqué con un viejo amigo, Ricardo Saavedra. Él siempre fue alegre, se tomaba las cosas con una calma contagiosa y si algo necesitaba yo era eso: calma.

Ricardo, mi compañero de farras en Querétaro, testigo como yo de la existencia física del *Locus Tenebrarum*, era ya, un hombre muy rico. Heredó de su familia algunas tierras en Chihuahua y luego del ascenso de los fascistas al poder, logró colarse hábilmente en los círculos financieros norteamericanos, haciéndose socio de algunas empresas pioneras en los llamados “hiperranchos de desarrollo tecnoagrícola”. Ahora tenía múltiples negocios en ese campo. Poseía varias propiedades en Baja California y muchas veces me había invitado a visitarlo. Así pues, le hablé y él me prometió una estancia deliciosa, “como en los viejos tiempos”. Las cosas, sin embargo, serían muy distintas.

Por la tarde tomé un avión rumbo a La Paz. El trayecto sería corto, así que decidí relajarme bebiendo un poco en la sala de espera. Desde que iniciamos la documentación para abordar, pude darme cuenta que las medidas de seguridad estaban siendo

desusadamente severas. Sí, los atentados de Osborn podrían explicar tal cosa, sin embargo, la inquietud de sobrecargos y policías, sumada a su sospechoso mutismo, me hizo temer lo peor. ¿Habrían descubierto el Plan? ¿me estarían buscando? Nerviosamente toqué el anillo que llevaba en el dedo medio de mi mano izquierda. Allí estaba la cápsula de cianuro. ¿Tendría que usarla? No tuve mucho tiempo para pensar. Los guardias me indicaron que dejara el anillo junto con todas mis pertenencias en la charola de seguridad. Comencé a sudar, me puse pálido. Una mujer me preguntó si estaba enfermo, le dije que tal vez el whisky me había sentado mal. El policía miró mis documentos detenidamente mientras el anillo y mi cartera eran inspeccionados con aparatos electrónicos. Dos hombres muy altos se pusieron a mis costados, tomándome por los hombros. Abúlico, me dejé llevar. Tal parecía que las cosas habían terminado para mí. Me llevaron a una habitación aparte donde una mujer muy obesa comenzó a examinarme. Me tomó la presión, me escaneó con una sonda magnética y al fin dijo. “Señor, no debería beber tanto, tiene la presión muy alta y su ritmo cardiaco está aceleradísimo. Tome esta pastilla, repose un rato y no se preocupe, puede subir al avión siempre y cuando me prometa que irá a ver a su cardiólogo”. Me llevaron amablemente hasta mi asiento y me regresaron mis cosas. En mi ofuscación había olvidado que el anillo tenía un dispositivo electrónico que interfería con cualquier mecanismo de detección. Yo sentí un gran alivio, sin embargo, a mi alrededor imperaba la inquietud. La mayoría de la gente ya había abordado; desde las ventanillas contemplaban el despliegue de seguridad que se extendía por el aeropuerto. Todos se preguntaban qué estaba pasando. El vuelo llevaba media hora de retraso.

Al fin, la nave despegó rumbo a La Paz. Ya en el aire, el capitán advirtió por los altavoces: “señores, tal vez algunos lo hayan escuchado, no es un rumor, está confirmado: un Tsunami acaba de azotar toda la costa este de Estados Unidos. No

sabemos gran cosa, pero parece que la situación es muy grave. A los ciudadanos norteamericanos que quieran informarse más, les anunciamos que en breve podrán disponer de las terminales que hay en sus asientos para comunicarse con su embajada. Si tienen problemas en la transmisión no se preocupen, tal vez las líneas estén sobrecargadas. Llegando a La Paz, personal de su consulado estará esperando para ayudarles”. Encendí mi terminal. Accedí a las transmisiones de noticias y pude ver imágenes de satélite que mostraban una Nueva York sumergida bajo las aguas del océano. No, no era un montaje hiperteatral, esta vez se trataba de algo auténtico. El mismo escenario se repetía en otras ciudades de la costa atlántica. La recepción era muy mala. Con frecuencia se interrumpía la imagen, pero la contundencia del audio no dejaba alternativa: estábamos ante la peor catástrofe del milenio. Por lo visto, el Plan de Peiró se había consumado. Apenas llegué a La Paz me dirigí rapidísimo a la casa de Ricardo.

Ahora, mi querido lector, trataré de describirte mis recuerdos. Intentaré ser fiel, procuraré que mi memoria me regrese a aquel día aciago y desde allí, te iré narrando lo que sucedió.

\*\*\*\*\*

Llegué a un complejo habitacional muy lujoso, cerca del puerto. Me identifiqué y pude entrar sin dificultad. Al parecer, el conjunto estaba vacío. Todo mundo parecía haberse ido. La catástrofe comenzaba a cambiar la rutina de muchas gentes. La propiedad de Ricardo quedaba casi al principio de la calle principal, a un costado de la entrada al campo de golf. El jardín era enorme y al fondo se veía la mansión, que según recuerdo, me pareció ostentosa. Pagué al taxista y ya que no traía equipaje, caminé

solitario hasta llegar al porche. Subí la escalinata y me dirigí a la gran puerta de acceso. En casa de Ricardo no había nadie, solo un gran recado que decía. “Leo, las noticias son alarmantes, supongo que ya te enteraste, ¿te acuerdas de nuestro depa en México?, sigo sin soportar tus olvidos pues como te decía entonces, no soy gato de nadie, mucho menos tuyo: así que ya sabes qué hacer”. Sonreí, era una buena manera de indicarme cómo entrar sin que nadie más se enterara. Cuando estudiábamos juntos en la Ciudad de México, yo acostumbraba perder las llaves, y a Ricardo le enfadaba tener que abrirme, por eso llegamos al acuerdo de que, cuando eso pasara, en la enorme maceta que había a la entrada, escondida entre las grandes hojas de un árbol del hule, estaría la llave. Me dispuse a buscar algún adorno vegetal: flores, helechos, enredaderas; pero a la vista no había ni una planta. Miré hacia fuera del porche: sólo un árbol cercano proyectaba su sombra en el suelo de pizarra. Mis ojos escudriñaron la copa y allí, algo escondida entre las ramas, adherida a una de ellas con cinta adhesiva, estaba la llave. Trepé, la cogí y sin perder tiempo me dirigí a la puerta. Al abrir me topé con una silla que obstruía el paso, sobre ésta era muy visible un mapa, una tableta de memoria, otro juego de llaves y una nota que decía: “Leo, estoy ahora mismo con unos amigos en el rancho de la Sierra de Santa Rosalía. Con el control remoto del llavero se abre la puerta del garaje, allí dejé la camioneta. Mi rancho está muy cerca de donde acampábamos hace años, pero como sé que tal vez no te acuerdes te he dejado en la tableta de memoria un mapa para el geoposicionador”.

Casi con desesperación seguí las instrucciones. Aunque el geoposicionador no funcionaba, el mapa me fue bastante útil. No me costó mucho llegar a la vereda que llevaba hasta el rancho. Pese a que el paisaje era hermoso, los últimos sucesos me tenían tan aturdido que no le presté atención, como un autómatas sólo tenía ojos para buscar la perdida casa de campo. En menos de media hora di con ella. El pequeño cuartel de la

Guardia Municipal era la primera construcción en notarse al llegar. Estaba vacío, los policías habían sido acuartelados en La Paz, de modo que pude aproximarme a la entrada del rancho sin ningún problema. El camino desembocaba en un llano limitado a sus costados por enormes eucaliptos. Al fondo divisé unos pocos vehículos. Allí me estacioné y vi al grupo de amigos bajo la copa de un árbol muy frondoso, como a cien metros. Caminé muy de prisa, casi corriendo. Al verme, Ricardo, sin mediar saludos y agitando la mano me habló en voz alta.

—Leonardo, ven rápido, las cosas no están nada bien.

Llegué agitado, entre las personas de aquel grupo reconocí una o dos caras, pero las demás me fueron extrañas.

— No hay mucho tiempo para presentaciones. Leo, ellos son buenos amigos, a algunos los conoces, a los demás ya los irás conociendo. Y bueno —dijo dirigiéndose a los demás— él es el Doctor Leonardo Ancira, geólogo experto en tectónica, de seguro saben que es uno de los directores del PET.

Un hombre muy alto y delgado me increpó en inglés, diciendo que muchos pensaban que la catástrofe era un efecto secundario de la tecnología que se ensayaba en el PET. Otro hombre intervino, contraargumentando, asegurando que los propios técnicos del PET habían alertado a la población Canaria de una anómala actividad tectónica varias horas antes del Tsunami. Yo parecía un simple espectador en situación incómoda. Ricardo me rescató reanudando su monólogo.

— Arthur tiene razón, la tecnología del PET no tiene nada que ver con este desastre, aunque hay que aceptar que todo es muy confuso. Por si la catástrofe geológica no fuera suficiente, ya hay una crisis política de dimensiones inimaginables. No es para menos, nadie sabe porqué el presidente del país más poderoso del mundo fue incapaz de informarle a sus ciudadanos lo que estaba por suceder. Cuantimás ahora que sabemos que en Las Canarias la población ya estaba en alerta –encogió los hombros y moviendo nervioso la cabeza, continuó-. Las muertes se calculan en millones. Lo peor es que él sí que huyó inmediatamente de Washington. El discurso que acaba de dirigir a la nación, lejos de calmar los ánimos los ha encendido aún más. Su argumento fue que no avisó pues la catástrofe habría sido mucho peor...

Una mujer muy rubia, con los ojos enrojecidos por el llanto, intervino en la conversación. En lugar de hablar en inglés como los demás, dijo en un español bastante claro, aunque con fuerte acento.

—No le creo a Kauffmann una sola palabra. Que si al avisarles se hubieran dado actos de violencia, que si era como anunciarles una muerte segura, que si en 8 horas era imposible elaborar planes de rescate. Que en las mismas islas Canarias y en España de nada sirvió la alerta de Tsunami. Excusas infames, nada más. Y lo más grave y cínico, su declaración de que una vez pasado lo peor, ahora sí estaban en marcha las operaciones de auxilio con todo el apoyo de la guardia nacional. No Ricardo, eso fue un asesinato, lo va a pagar muy pero muy caro. Esos republicanos tienen sus días contados en la Casa Blanca...

—Carole, yo creo que todos tenemos, en general, nuestros días contados -le señaló Ricardo-. Esto apenas comienza y por cierto que no sólo Estados Unidos padeció al Tsunami, lo peor ha sucedido en el caribe. En Cuba, Puerto Rico, Dominicana, las muertes son incontables pues arrasaron con la mayoría de la población, vaya, hasta en Tamaulipas y Quintana Roo hubo inundaciones que dejaron numerosas víctimas. A mí, lo que me preocupa más, es que la dinámica de las corrientes oceánicas se vaya a alterar en estos momentos. No debemos olvidar que estamos a fines del otoño...

Yo apenas oía aquella discusión. Ya no estaba tan seguro, como unos días antes, de la *necesidad* de un suceso que hoy era ya un hecho. Me extrañaba, sin embargo, que nadie hablara de “atentados” o de terrorismo. Al parecer todos estaban de acuerdo en que aquello era producto de un terrible fenómeno natural, en el peor de los casos, de un efecto secundario de la tecnología del PET. Experimenté una opresión en el pecho: la culpa -un pesar que rara vez había sentido- comenzó a meterse en mis entrañas. Me mantuve cabisbajo, mudo, hasta que la voz fuerte de Ricardo me sacó de aquel autismo.

—Leo, ¿estás bien?

—Sí, sí, sólo que no puedo dejar de pensar en tanta gente muerta -dije, expresando una verdad a medias.

—Es cierto, pero esto ya se había advertido desde hace años. ¿No hiciste tu tesis doctoral en las Canarias? ¿No es cierto que muchos geólogos insistieron en la inestabilidad tectónica de La Palma?

—Sí, pero también existían argumentos muy fuertes en contra. Es más, la opinión aceptada por la comunidad científica ha sido invariable: una catástrofe como la que ahora vivimos sería imposible. En todo caso, de haber habido algún desplazamiento de tierra, éste habría sido mínimo, además de que se hubiera anunciado con mucha anticipación, luego de un vulcanismo muy fuerte que en todo caso, gracias a la red de monitoreo que desde hace un año instaló el PET, hubiéramos detectado con muchísima antelación. Y aún así, todos los análisis indicaban que eso estaba dentro de un margen probabilístico muy bajo...

Un joven nervioso, bajo y delgado interrumpió afortunadamente mi discurso, pues diciendo tal cantidad de verdades a medias, comenzaba a flaquear esa condición de actor que por más de un año había representado sin pudor. El muchacho traía un audífono en el oído izquierdo, al parecer escuchaba un pequeñísimo radio. Con rapidez se quitó el artefacto y lo guardó en un bolsillo, adelantándose, mientras hablaba, hasta quedar frente a mí.

—¡Bah! los grandes doctores, siempre tan *prudentes*. Usted jamás aceptaría que las alteraciones de sus aparatos hubieran provocado la catástrofe. Son todos iguales, sin conocer a fondo los efectos de la tecnología, su codicia los lleva a causar atrocidad y media. Pero eso no es todo. ¿Qué me dice del factor social? Esa falla era inestable y si una causa natural no la alteraba, ¿qué tal si algún artefacto explosivo lo hiciera? ¿qué le parece? —luego, volteando la cabeza con rapidez, dijo: Ricardo, acabo de escuchar que la posibilidad de un atentado no se descarta.

—¿Atentado? ¿de esa magnitud? ¿de quién? Desde hace décadas dejamos atrás esa barbarie, vaya, lo que hizo Osborn fue un imponderable, el hombre estaba demente y además los propios neoludditas se deslindaron de toda responsabilidad; ellos mismos aceptaron que no valía apoyar la violencia, que este es un mundo que puede mejorarse, y al fin, es preferible a cualquier otro...

—Eso crees —dijo el mismo joven, indignado- el mundo está lejísimos de ser justo; lo que es peor, cada vez hay más marginados. Yo no les creo nada a esos neoludditas: sólo son gringos con complejos de culpa. Si fueran de veras revolucionarios, si buscaran un mundo mejor, no dirían tonterías tan grandes. Este mundo es *mucho peor que cualquier otro*. Aquí en México, nuestro gobierno encarcela a cualquiera que se atreva a disentir aún pálidamente. Desde hace años, de manera arbitraria, con el pretexto de establecer “reservas de la biósfera” o “planes de urbanización ecológica”, se han trasladado de un sitio a otro pueblos enteros. Aquí en La Paz comenzó el detestable “proyecto”, pero lo peor ha pasado en los estados del sur. Desde Guerrero, Hidalgo, Querétaro o Oaxaca, comunidades completas se “reubicaron” hasta los famosos “hiperranchos” de Texas, Arizona, Chihuahua y Sonora; incluso a las infames fábricas del norte de Estados Unidos. ¿Quieres ejemplos? Tú los conoces bien Ricardo... pero no te acusaré. Ahí tienes a la Sierra Gorda de Querétaro, casi despoblada, con sus gigantescos “ranchos cinegéticos”, centros de diversión que sólo pueden pagar los millonarios y que se presumen como el fruto magnífico de los “programas de reubicación demográfica” impuestos por nuestros gobernantes fascistas. Y ya ves, en las ciudades, la policía permite que la gente bonita viva bien en sus colonias amuralladas, a salvo de esa turba de sirvientes desagradables, de baja estatura y piel morena. Y no somos los únicos. Este mismo año, en Brasil, se aprobó la “Ley de

prescindibles”: ¡el estado legitimó la creación de campos de concentración y nadie dijo nada!

La rubia, lo atajó en su discurso. Estaba rubicunda y furiosa al parecer.

—Otra vez lo mismo Héctor y mira que no te importa el momento. Te encanta discutir por discutir. ¡Ahora mismo ha muerto muchísima gente y tú sigues con tus panfletos izquierdistas! Perdona que te lo diga así, es algo que desde hace mucho pienso, pero creo que estás acomplejado por ser mestizo. No pongas esa cara, que tú has comenzado toda esta increíble discusión. Ninguna persona decente es racista. Es una triste coincidencia que la mayoría de marginados sean de piel oscura. Yo creo que eso es sólo un fruto injusto de la historia, y por cierto, únicamente les pesa a los que quieren. Ricardo es mestizo y es dueño de uno de los Hiperranchos de Chihuahua que tanto desprecias. ¡Y no me dirás que él es injusto!, además, ¡el presidente de Brasil es mestizo, por favor! En ese país no se legitimó ningún “campo de concentración”, sólo se intentó poner un poco de orden y justicia. No te recordaré que los ideólogos de todo fueron *filósofos de renombre*, gente instruida, nominada para el Premio Nóbel. Las favelas eran focos de delincuencia, se legisló para dignificarlas...

—¡Carole –irrumpió aquel muchacho con un grito que le distorsionó la voz- me parece inmoral que llores por las muertes de unos gringos que toda la vida estuvieron disfrutando a costa de lo que su país robaba a los demás y justifiques las de aquellos pobres marginados! Sobre el racismo podría decir tantas cosas. La primera que tú misma demuestras tu racismo al calificar mi inconformidad como un efecto de supuestos traumas por el color de mi piel. ¿Acaso estás ciega para negar los hechos?

¿cuándo has visto a alguien que no sea blanco en los restaurantes elegantes de México? Los únicos mestizos que allí verás son los meseros. En cuanto a Ricardo, es una de las raras excepciones. Incluso yo soy privilegiado, pero en general, el que no es güerito está fregado. Hace muchísimo tiempo que en este país el racismo se convirtió en una manera de “ser decente”. Hasta me atrevería a asegurarte que si permitieron el asesinato de De la Barca hace tantos años, fue, entre otras cosas porque era un “naquito” de piel morena. Y ese pelele de Souza no es presidente de nada, es un títere de las transnacionales que de veras gobiernan Brasil. Desde marzo, la policía encarcela a todo ciudadano que no tenga trabajo. Se le levanta un expediente y si tiene un historial de desempleo por más de 5 años, se le confina en un “Campo de Trabajo”. Allí le quedan sólo dos alternativas: o demuestra en el curso de un mes que es digno de ser considerado para un empleo, que es útil para el Campo de Trabajo, o se le expulsa, cancelando su condición ciudadana. Esa es la infame aportación “intelectual” de tus queridos “filósofos”. Fíjate bien y no quieras engañarte: los famosos “Campos de Trabajo” están a las orillas de la jungla; a los expulsados se les lleva a kilómetros de allí, en el corazón mismo de la selva, donde se les abandona sin siquiera ropa, pues ésta es un privilegio que, dice textualmente la infame ley, “sólo corresponde a un ciudadano”.

—Es cierto, y qué, antes nadie hacía nada para aliviar la miseria. Sólo quejarse como lo haces tú. La legislación que criticas es apenas un primer intento que puede y debe perfeccionarse...

—¿Cómo te atreves? -los ojos de aquel muchacho echaban fuego, manoteaba furioso- ¡claro! esas “leyes” siempre contarán con el beneplácito de ustedes. No me

extrañaría nada que esta catástrofe fuera un atentado contra tu hipócrita país; es más, bien merecido que se lo tenían, malditos gringos...

Ricardo intentó calmarlo, pero el muchacho se fue rápido, corrió hacia la maleza, dejando a la mujer estupefacta, provocándole espasmos de llanto que inútilmente trataban de calmar sus compañeros.

—¡Héctor!, cálmate -le gritó, pero él ya se había alejado bastante.

—Todos estamos muy nerviosos -dijo otro hombre de mediana edad-. Pero en algo tiene razón Héctor, no debemos excluir la posibilidad de un atentado.

Tardé muy poco en reconocerlo. Era Edgar Stein. Tuve ganas de saludarlo calurosamente, de preguntarle cuándo había llegado. Pero ésta no era una reunión social, estábamos en medio de una catástrofe.

—Desde hace décadas vivimos cambios sorprendentes en nuestra idea de civilización -dijo Stein. Ustedes en México bien lo saben. Todo el norte de su país está fácticamente gobernado por particulares. Eso ya era un hecho en el sur de los Estados Unidos, pero en México como que se tomaron las cosas muy al extremo. Los propietarios de Hiperranchos son pequeños señores feudales. Ellos concentran todo el poder y el dinero: las ciudades les pertenecen. Allí sólo habitan sus empleados, ya sean administradores o encargados de hoteles y centros de diversión. El grueso de la población productiva está en sus latifundios, en condiciones de esclavitud legal, pues su flamante constitución aprueba que un trabajador no perciba salario, siempre que el

Patrón se comprometa a velar por su salud, a garantizar el ejercicio del derecho ciudadano al voto, a conseguirle alimento y vivienda. Eso es justamente a lo que te comprometiste tú por ejemplo Ricardo, cuando firmaste con tus obreros el Contrato de Sustentación Patronal. Hay que decirlo, esa reestructuración económica generó extraordinarias ganancias. Es más, los “programas de reubicación demográfica” a los que se refería Héctor, fueron acogidos con beneplácito pues además se vieron como la única solución al desempleo y la marginación. Y eso no es exclusivo de México; fue el gran aporte de la democracia latinoamericana al mundo del mercado. El mismo modelo se aplica ahora en Rusia, y el Parlamento Europeo ya está por legislar al respecto. Y aunque lo digo con sarcasmo, debo aceptar que hay patrones benévolos como tú, Ricardo.

—No hablemos ahora de la justicia o la injusticia de este mundo -dijo Ricardo con impaciencia- no es el momento. Si los invité aquí, ahora, ha sido porque debemos planear qué hacer. Estamos en una situación de privilegio y tenemos una obligación. El mundo se ha sumido en una gran crisis, el caos asecha como nunca y esto que digo, lo saben bien, no es ni exageración ni metáfora. Es necesario que pensemos en los posibles escenarios para poder enfrentarlos de la mejor manera. Leonardo -dijo mirándome con ojos de esperanza- es una suerte providencial que estés aquí, tú eres el experto en geología, tú estuviste en las Canarias como director del PET, tú conoces detalles que nos podrían ayudar. Si como todo parece indicar, estamos ante una catástrofe natural, ¿podríamos esperar réplicas? ¿se desencadenará alguna serie de inestabilidades tectónicas a nivel planetario?

Yo sabía muchas cosas, sabía mucho más de lo que pudieran imaginar sobre la crisis. Pero de lo que específicamente me preguntaba Ricardo no sabía nada. Sólo estaba seguro de algo: Alejandra y Nahim habían consumado el proyecto de Luis de alguna manera. Ellos, como yo, éramos los asesinos en esta historia.

## *En la Casa Grande*

Estábamos en la Casa Grande, desde hacía rato el sol del amanecer penetraba por los grandes ventanales. Carole se había quedado dormida en un sofá, los demás intentaban captar señales de video. Algo raro pasaba con las transmisiones de satélite pues la recepción se pixelaba o el audio dejaba de escucharse. Además la electricidad estaba fallando, de modo que debíamos bastarnos con la reserva que proveían las fotoceldas de la residencia. Nadie podía evitar el nerviosismo. Los murmullos delataban inquietud y varios grupitos se reunían, dispersos, en la amplísima estancia. La concurrencia era singular, la mayoría norteamericanos que pese a llevar años viviendo en México no hablaban ni pizca de español. No lo necesitaban, en La Paz, el idioma más común era el inglés. Así que sólo Ricardo, Stein y yo platicábamos en castellano. Héctor acababa de salir. Todos le siguieron con la mirada, mostrando gestos de desaprobación. Su actitud ante Carole les había molestado. Sin embargo, yo no pude ocultar mi simpatía por aquel muchacho, aunque en cada palabra pronunciada latiera el clamor de la culpa.

— Héctor tiene razón –dije- lo que ahora vivimos no es sino el resultado de un mundo injusto, verdaderamente atroz. No puedo evitarlo, la imagen de aquellos pobres que fueron abandonados en las selvas de Brasil se me presenta como un icono de la indecencia. Y lo peor es que en su día apenas si nos pareció “excesivo”, nadie habló de atrocidad...

— A ver Leo, debo aclararte algo –dijo Edgar- yo sí que levanté la voz. No sólo escribí ensayos y artículos, fui a São Paulo, asistí a las enormes manifestaciones de las que ningún medio televisivo informó. Pero además visité los *Campos de Trabalho*. Es muy significativo que se llamen así, de manera idéntica a los campos de concentración nazi.

— Edgar, Leo, ya! ¿no?, me parece absurdo hablar de ideas tan de panfleto, tan fuera de lugar –replicó con fastidio Ricardo-. Tampoco creo que deba recordarles que vivimos una crisis que hace ocioso polemizar al respecto.

De súbito, con un grito desmesurado que nos alarmó, Edgar, enfadadísimo, atajó a Ricardo. Los grupitos dispersos comenzaron a reunirse en torno nuestro. Contemplaban incrédulos la actitud de Edgar. Era algo que nadie esperaba, pues Stein tenía unos modales muy suaves, casi delicados. Al parecer, la crisis estaba mostrando facetas inesperadas en cada uno de nosotros.

— ¡Claro que es el momento de hablar de todo esto! Si estamos donde estamos es, precisamente, por nuestra tibieza, por ese dejar-pasar tan típico de nuestra clase... bueno, no de tu clase Ricardo, ustedes no dejan-pasar, ustedes *sostienen*. Me refiero a nosotros, a Leo y a mí.

— No, por Dios. Con Héctor ya es más que suficiente, ¿qué edad tienes Edgar? Al menos deberías usar un lenguaje más original, nos estás repitiendo las mismas palabras de un adolescente...

— No me interrumpas Ricardo, no te atrevas a interrumpirme –balbuceó Edgar, tartamudeando de ira-. ¡Yo vi las atrocidades de los *Campos de Trabalho*, yo asistí como observador incrédulo, escandalizado, a las conferencias que los “expertos” ofrecían para explicar la razón y “bondades” de su “novedosa” legislación! No repito a “un adolescente”, simplemente veo lo que tu abotagada existencia te obliga a maquillar o peor aún, a negar. Héctor lo dijo muy bien: “los grandes doctores”; yo agregaría “los grandes señores”. Ustedes, los señores, por supuesto que tienen que apoyar el *status quo*, pero sólo los “expertos” podían atreverse a “argumentar”, a decir tanta salvajada con una sonrisa en la boca. Vaya, hasta tenían el descaro de decirse “humanistas”. Yo, por replicar, aún siendo tan “experto” como ellos, siendo tan “doctor” como ellos, fui descalificado olímpicamente: “otra vez Stein, el conflictivo; aunque ya saben, es buena persona y tarde o temprano se dará cuenta que no tiene razón”. ¡Bah! lo único de lo que me arrepiento es de mi carácter: debía haberles gritado, debía haberles dicho lo que eran: unos farsantes, unos hijos de puta. Yo también fui tibio. Pero lo peor, lo verdaderamente peor, no fue el modo en que nuestros “expertos” acogieron tales crímenes, sino los aplausos que recibieron de las comunidades académicas alrededor del mundo. Se habló de una medida drástica pero sin duda necesaria, se calificó de “valiente” la determinación del gobierno brasileño. Hasta hubo filósofos, los autoproclamados “topistas”, como Gilles Reveilhac y Bebel Carneiro, que teorizaron al respecto, hablando de una nueva era de humanismo, de una nueva polis que al fin garantizaría la felicidad de los hombres. En el centro de tanta palabrería estaban las ideas *humanidad, ciudadano, estado de derecho, globalización humanística...*

— Por favor Edgar, te lo suplico, no quiero ofenderte, de veras. Aunque no me gusta que me califiques de “señor” estoy totalmente de acuerdo contigo, es más, me

apeno por tantas cosas que dejé de hacer, pero Edgar, ve nada más el problema en que estamos. No vamos a tener ni el tiempo ni el ánimo de escuchar una conferencia sobre los *campos de trabajo* o sobre la injusticia social ahora que la civilización entera está en riesgo.

— ¿Terminaste? No, de veras, ¿ya terminaste? Así que no *estamos* dispuestos a escuchar “conferencias”. Leo, creo que Ricardo lee tus pensamientos ¿no es cierto?.

— Lo siento, pero yo creo que éste sí que es el momento de hablar de lo que *necesitemos* hablar cada uno –dije yo, totalmente convencido-. Ricardo, Edgar tiene como tú, como yo, como el mismísimo Héctor, el derecho de hablar de lo que le plazca, es más, en verdad que *creo indispensable* que los escuchemos quienes queramos. Héctor se ha ido. Tú también podrías irte, pero yo, pues bueno, yo sí quiero oír a Edgar.

— Ah, okey, perdonen. Sí, es cierto, creo que debemos hablar, hablar, hablar... no importa que todo se esté desmoronando.

— Dime Edgar –dije yo, como animándolo a seguir y sin tomar mucho en cuenta a Ricardo, que pese a todo, no se iba- ¿qué es un ciudadano para los topistas? Yo nunca fui muy atento de las discusiones de los sociólogos –agregué con total sinceridad- por favor, explícame.

— Mira, más que una argumentación sociológica, esa fue otra de las aportaciones infames de la filosofía... tal vez exagere, pero eso sí, la ideología topista cae en el terreno de los sofismas más pobres de la historia. Ni tendría que decirlo, los

nuevos “señores” rara vez tienen la cultura de Ricardo; la mayoría son unos semianalfabetas que intentan sentirse “cultos” apoyándose en las barbaridades de los “grandes doctores”. Ahí tienes a los dueños de los ranchos cinegéticos de la Sierra Gorda, con sus “haigan” y sus “ahoy”, pero eso sí, muy concededores de las “virtudes magnéticas” del cuarzo, muy “respetuosos” de la “madre tierra”, organizando cursos muy exclusivos sobre “terapias orgánicas” con doctores traídos de Suiza. En fin, me preguntas y te contesto: según Reveilhac y Carneiro, ésta última ideóloga de los *Campos de Trabalho*, un ciudadano es aquel que cumple con los tres atributos de lo que bautizaron pomposamente como “el hombre del nuevo milenio”: ser consumidor, ser productor y ser elector. Cualquier omisión a tales atributos implica una falta, que en principio, ha de buscarse en la estructura del estado. El producir y el consumir, como elementos necesarios de la economía, deben ser garantizados por un estado benefactor de las empresas proveedoras de trabajo; una economía sana ha de avalar la generación de empleos y por tanto, la activación del consumo. Satisfechos los propósitos de la economía, el ciudadano podrá ejercer su siguiente e indispensable atributo: ser elector, en otras palabras, participar “activamente” de la democracia. Si hipotéticamente el estado cumplía, si las empresas daban trabajo y aún así el ciudadano omitía alguno de sus atributos, entonces la falla estaba en el individuo. El desempleado sería desempleado, no por falta de trabajo, sino porque el trabajo disponible no le agradaba. No sería la falta de recursos el impedimento para que un ciudadano particular dejara de consumir, sería su poco sentido de comunidad...

Edgar se interrumpió, tenía el rostro encendido, estaba furioso, otra vez tartamudeaba y farfullaba su enojo con gruñidos y palabras en alemán, tan ilegibles unos como otras. Desde hacía rato la sala se había vaciado, la mayoría estaban afuera o

de plano se habían ido a dormir. Stein sólo discutía con nosotros; se calmó un poco y continuó.

— Pues vamos, esos “filósofos topistas”, supuestos intelectuales de vanguardia, vinieron con el cuento de que la perfección social debe estar en un lugar concreto, el deseado *topos* de la democracia: el Estado Ciudadano. Claro, partiendo de la concepción tan mañosa de ciudadano que su descaro se atrevió a definir. Con aquel libracó, “Ciudad, *topos* de la democracia”, dieron la “argumentación” para que los magistrados brasileños legislaran, considerando que la “persona humana” debía, necesariamente, estar comprometida con la *polis*. ¡Claro! Como que hablaban del “individuo” anónimo tan caro a los fascistas. Quien no se implicara trabajando en las plazas disponibles, quien tuviera remilgos para cooperar con la producción y el consumo, tenía el derecho de titubear hasta por tres años. Pero si su historial de desempleado o “no-consumidor” excedía ese plazo, el estado le daba una última oportunidad: el *campo de trabajo*. Si aún allí, luego de seis meses no demostraba ser capaz de ninguna actividad productiva, ya no sería el estado el culpable, sería el individuo, nadie más. Sin trabajo el consumo es imposible, sin producción ni consumo, el ejercicio democrático es ilegítimo; en una palabra, sin esos atributos, la “persona humana” deja de ser ciudadano y como tal ha de ser tratado. ¡Que monstruosidad! Pero más monstruoso fue el silencio ante las imágenes de aquellos pobres, desnudos, miserables, abandonados a su suerte en medio de la selva. Sí, tanta barbarie fue la semilla de lo que ahora vivimos y si no, uno de sus fertilizantes más poderosos.

— Ya basta, si van a divagar como autistas mientras el mundo se derrumba, creo que pierdo mi tiempo...

— ¿Autistas? Mira Leo, esto sí que es interesante, Ricardo hablando de autismo. Todos ustedes, los nuevos señores feudales, mi queridísimo Ricardo, son los autistas de nuestro tiempo. Ya te lo había dicho antes, tu condición de “señor” no te exime de responsabilidad, por más que hayas sido benevolente y hasta “liberal” con tus vasallos. Fíjate bien, en todas tus propiedades hay iglesias pagadas por ti. En todas tus propiedades tus “trabajadores”, léase siervos, viven en casas que tú les prestas, se “sanar” en centros de salud que tú tienes. ¡Hasta les dictas el número de hijos que han de tener o dejar de tener! Lo que no les dices es que *tus* demógrafos planean el tamaño de *sus* familias de acuerdo a las necesidades productivas del mercado. ¡Bah! En tus ranchos, estudian, o mejor dicho se *entrenan*, en escuelas de curas que tú sostienes. A cambio no les pagas ningún salario...

— ¡Eso no es cierto! Sabes bien que a fin de año les doy dinero, que además les doy vacaciones, que a sus hijos, aún a riesgo de que las autoridades laborales me acusen de violar el Contrato de Sustentación Patronal, les permito salir a trabajar a donde quieran, que soy muy laxo con las regulaciones demográficas...

— Ya lo dije, eres un señor benévolo. ¿Te das cuenta cómo hablas? “les permito”, “les doy”. Tú no tienes obreros, tienes criados. Y conste, todo lo que haces es perfectamente legal. ¿Sabías que Reveilhac fue consejero del dictadorzuelo Loyola? Cuando De la Barca fue asesinado, los gringos apoyaron a Loyola. Él hizo lo que sus amos le pidieron. Toda la legislación que México aprobó en torno a los “hiperranchos de desarrollo tecnoagrícola” fue inspirada en los trabajos de Reveilhac. El ideal del nuevo ciudadano, *ser productor, ser consumidor, ser elector*, podía cumplirse de un

modo ingenioso en los hiperranchos. Allí, los demógrafos, los ingenieros sociales y los médicos pusieron en marcha un sistema de “bienestar social” neomalthusiano, donde el control poblacional se calcula en términos de proyecciones de mercado, donde la salud y la educación responden tan sólo a los requerimientos productivos. Se ha generado una modalidad muy racional de esclavitud legitimada, dando lugar a polémicas extrañas y bizantinas, que distraen del hecho mismo de la servidumbre. Por ejemplo, los nuevos siervos sin duda son productores, pero ¿acaso son consumidores? No, pero sin embargo promueven vigorosamente el consumo. En todo el norte de México, las ciudades se han convertido en centros muy activos del mercado. Hay enormes plazas comerciales, hiperteatros, casinos. Los mayores consumidores son los empleados administrativos de los hiperranchos. Y en los casinos, los grandes clientes son “señores” como tú. Todavía recuerdo la encendida defensa que hiciera el senador Corral de la “ciudadanía plena” de los obreros de los hiperranchos. Algunos políticos intentaban limitarles sus derechos ciudadanos, en especial el derecho al voto, argumentando que no eran consumidores. Corral habló del “consumidor secundario”, ese “obrero” que gracias a las reformas constitucionales, disfrutaba de un “enorme bienestar social” en el interior de las grandes propiedades productivas del norte. Claro, no percibía sueldo, pero era sujeto de seguridad social, educación y sobre todo, era impulsor del gran despegue económico de las ciudades en México. Por eso debían resguardarse sus derechos electorales.

— Ya, ya, ya. Edgar, me voy, eres un farsante, estás enseñando el cobre. Tú, el defensor de los derechos ciudadanos, hablando en contra del derecho inalienable a elegir gobernantes.

— ¿Elegir? No te hagas tonto, no engañas a nadie. En las escuelas de tus ranchos los curas pastorean a los siervos. Les enseñan a ser esclavos dóciles y eficientes; el único objeto de que aprendan a leer es que puedan cumplir órdenes. Lo demás es mero entrenamiento en habilidades indispensables para el trabajo. Y luego, a la hora de las elecciones, los curas se encargan de que todos los vasallos voten por el Partido Mexicano, el nido donde la ultraderecha y el clero se han apoltronado desde hace décadas.

La discusión fue interrumpida por la entrada súbita de Héctor. Algo inquietante había dicho a los pocos que quedaban en la sala, pues todos salieron muy rápido, dirigiéndose directamente a sus autos. Incluso Carole tomó muy en serio las palabras del muchacho, pues también corrió hasta su carro. Ricardo, Edgar y yo lo miramos atónitos.

— Se los dije —comenzó diciendo con una curiosa tranquilidad— lo inevitable se ha desatado. La Paz es la guerra.

Se rió casi como un loco. Luego explicó.

— ¿Se acuerdan del burdelito que hay rumbo a Pichilingue? Tú, Ricardo, ¿te acuerdas de tu amiguita, la señorona, la Cynthia? Pues al parecer ella y sus artistas decidieron aprovechar el momento. Desarmaron a la policía, destruyeron plantas de energía, y ahora mismo, queman iglesias y hoteles. ¿Qué te parece? Tu bonito mundo se está cayendo a pedazos.

Stein y yo abrumamos con nuestras preguntas a Héctor. El muchacho parecía feliz, contaba lo poco que había visto con una delicia extraña, como si los actos vandálicos que tenían a la ciudad en vilo le generaran un placer largamente esperado.

— Yo sabía que algo así tendría que pasar —dijo Héctor—. Lo que nunca imaginé fue el modo y el tiempo. Creo que es una bella Némesis, ¿no lo crees así Ricardo?

Ricardo no contestó. Estaba demasiado abstraído en sus recuerdos. Él había querido mucho a Cynthia. Poco antes de instalar su casa en La Paz le propuso matrimonio. Era una locura, pero una locura sana, una locura que en todo caso él se podía permitir. Casarse con una prostituta tan conocida habría causado habladurías, pero sabía bien que nadie se atrevería a externar opiniones vulgares en su presencia. El dinero y el poder son fuente de respeto, aunque éste sea fingido. Sin embargo, los convencionalismos no constituyeron la causa de que Cynthia no fuera ahora mismo su esposa. Fue la propia Cynthia quien se negó. Ella, por más que la criticaran todos, era una mujer íntegra. A decir verdad, la única mujer íntegra que conocía. Bueno, aparte de Alejandra, claro. Pero entre las dos, las diferencias eran evidentes. Y no del modo ramplón que cualquiera advertiría. Ambos espíritus tenían raíces semejantes y frutos distintos: como un mismo árbol partido por un rayo. Sí, Ale era la rama sana, Cynthia la rama herida. Esa imagen le pareció precisa, incluso poética. Por supuesto jamás se la revelaría a nadie, estaba harto de que lo calificaran de cursi. Le bastaba saber que para él no cabía duda: Cynthia y Ale, la rama herida y la rama sana del mismo árbol. Pero la salud de Ale le había hecho durísima, de frutos inalcanzables que florecían en ramas muy altas. Y las heridas de Cynthia le habían obligado a fructificar muy temprano, casi a ras de suelo, dando unos frutos pequeños, quizás no muy perfectos, pero eso sí, dulces,

jugosos. Ale era egoísta, Cynthia generosa. Y fue su generosidad el obstáculo para el matrimonio. Jamás habría aceptado ser la *señora de Saavedra*; jamás habría podido rehusar sus favores a quien los quisiera; pero jamás se habría atrevido a herirlo. Por eso se negó. Simple y llanamente. Aún así, en cuanto él se mudó a La Paz, ella lo vendió todo y emprendió la aventura en ese negocio: “El Oasis”. Quería estar cerca de él. Ricardo sólo la visitó un par de veces. Luego, el tiempo y el mundo le impidieron siquiera acercarse a un lugar que, cada vez más, le parecía ajeno. Y ahora, en el centro de este pequeño apocalipsis, Ricardo se daba cuenta de la magnitud de ese sentimiento de extrañeza. Sin duda Cynthia era una mujer mucho más compleja de lo que él podía imaginar.

— No sé nada. No entiendo nada —dijo al fin Ricardo.

Héctor no insistió. Como todos, pudo notar que lo que pasaba en la mente de Ricardo era algo íntimo, algo que no teníamos derecho a perturbar. Guardamos un silencio que al fin rompió Edgar.

— Ric, tal vez sería bueno que fuéramos a La Paz —dijo con una voz suave, la que todos conocíamos antes de las acaloradas discusiones de las últimas horas.

— Sí, tal vez —contestó sombrío.

Cada quien subió a su vehículo. Avanzamos con cautela hasta la carretera principal. Allí, la línea recta del asfalto se perdía en un horizonte donde varias columnas de humo evidenciaban lo que nos había contado Héctor. Intenté sintonizar algo en el

radio, pero en las estaciones de La Paz sólo se escuchaba música. Ningún satélite estaba disponible y sólo se oía una ruidosa transmisión convencional desde San Diego. Informaban de la catástrofe, de una intensa reacción civil que estaba preocupando tanto al gobierno, que la Guardia Nacional ya se había hecho cargo de la seguridad en más de la mitad de las ciudades del país. En eso el auricular del móvil vibró en mi oído. Era Luis Peiró.

— ¿Me escuchas Leo? –decía la voz lejana de Peiró, entre interrupciones e interferencia-. Oye, las cosas salieron bien, mucho mejor de lo esperado (...) Permíteme, trataré de acceder a otro satélite.

Hubo una pausa de casi dos minutos, después, el móvil volvió a sonar. La transmisión era mejor, pero seguía siendo ruidosa y poco clara. Con gran atención traté de entender lo que me decía.

— Parece que hay problemas con la red satelital. No sé si se deba a una sobrecarga o a otra cosa más grave, pero al menos tengo acceso a un canal en el satélite del Institutum.

— ¿Qué pasó? ¿Dónde están Alejandra y Nahim?

— Pues ya ves. ¡Lo hicieron! Hace apenas tres días me pude comunicar con ellos y me salieron con excusas inverosímiles para explicar porqué no habían activado las cápsulas de Plutonio. Claro, no mencionaron el Plutonio, pero me dijeron “no

podimos activar las cápsulas”. Les pregunté cuándo, porqué, pero sólo me daban excusas, evasivas. Hasta creí que nos habían traicionado.

Como la transmisión era mediocre supuse que no estaba entendiendo bien, así que le pedí que me repitiera lo que había dicho. De otro modo, aunque con las mismas interrupciones de la deficiente transmisión, me volvió a decir lo mismo. ¡Había hablado con Ale y Nahim la víspera de nuestro encuentro en Los Angeles! ¿Porqué no me lo había dicho? Muy molesto le manifesté mi extrañeza ante su engaño.

— Mira Leo, ya de por sí era raro que se hubieran perdido tanto tiempo. Luego vino el acoso de los guardias en todas las instalaciones del PET y para acabar me salen con eso de que no habían instalado las cápsulas. ¿Te das cuenta? Algo raro pasaba. Temí que fueran a traicionarnos. Por eso no te había dicho nada. Para efectos prácticos era conveniente que todo mundo al interior del PET pensara que seguían perdidos. Además, te debo confesar que luego de tanta anomalía, ni siquiera confiaba en ti. ¿Qué tal si ellos te hablaban y se intentaban refugiar contigo? Eres muy amigo de Alejandra, vaya, la quieres demasiado y me sonaba probable que la protegieras, ¿qué tal si aprovechando eso te usaban para culminar su traición? Peor aún ¿qué tal si te convencían? Ni modo Leo, esto es así. Pero ahora no tengo dudas. Siempre fuimos un excelente equipo. Sobre todo ellos. Tan eficientes que nadie, ni siquiera nosotros, nos enteramos del momento exacto en que todo habría de consumarse. Ahí tienes, lo hicieron, a destiempo, sí, pero lo hicieron. Habrán tenido sus razones. No me interesa cómo, el caso es que pasó.

Era incómodo charlar en medio de tantas interrupciones, pero era más incómodo oír el tono frívolo con el que Peiró hablaba. No podía dudarse que algo grave pasaba con la red satelital. Recordé los negros presagios de Wedgewood ¿estaríamos entrando a una cascada de catástrofes como las que predecía su teoría? El ruido no cesaba en la transmisión y mientras tanto, ya tenía a la vista la ciudad. Le conté a Luis lo que estaba pasando en La Paz. Pude escuchar su risa, distorsionada por la interferencia.

— No cabe duda de que los mexicanos tenemos mucho de españoles, mira que una puta encabezando la revolución... igualito que la *Cuarenta céntimos* durante la “semana trágica” en Barcelona.

Esas fueron las últimas palabras que escuché de él. Por más que lo intenté nunca más pude comunicarme con Luis Peiró. De él me quedaría, tan solo, el recuerdo de su cinismo.

## *La guerra de La Paz*

En La Paz estalló la guerra. El edificio de oficinas de Ricardo estaba cerca del malecón y tenía un penthouse desde el que podía verse toda la ciudad, el muelle y la bahía. El panorama se antojaba desolador: un horizonte urbano cargado de humaredas y un puerto donde los yates ardían en llamas.

Hasta ese día, La Paz siempre había hecho honor a su nombre: era una ciudad pequeña y tranquila, especialmente a partir de la última década, cuando el Tratado Binacional de Desarrollo le convirtió en cabeza del Programa Piloto de Urbanización Ecológica. Las disposiciones de la reestructuración urbana que sufrió La Paz, incluían uno de los primeros experimentos exitosos de Reubicación Demográfica. Un 10% de la población se trasladó a San Diego y más del 50% a Chihuahua. Su destino fueron múltiples Hiperranchos, donde las condiciones de trabajo irregular e inestable se resolvieron a través de los novedosos Contratos de Sustentación Patronal. Con las flamantes versiones neomalthusianas de una organización que ya existía en las Haciendas de la época de Porfirio Díaz, La Paz se convirtió en una ciudad modelo, sede de asociaciones exclusivas y fraccionamientos de lujo. El centro de la ciudad alojaba oficinas de empresas ligadas a los Hiperranchos, así como numerosos restaurantes, casinos y clubes náuticos. De modo que, con una policía escasa y poco acostumbrada a sobresaltos, la improvisada “revolución” pudo prosperar sin gran dificultad, en especial luego de aquella embestida tan contundente a los cuarteles.

Los sucesos se habían desatado en la madrugada, cerca de Pichilingue. Varios jóvenes, asiduos clientes de “El Oasis”, discutían acaloradamente la catástrofe que había destruido buena parte de la costa este de Estados Unidos. Desde la tarde hasta casi el amanecer, entre copas y gritos, Cynthia se enfrascó en las encendidas discusiones que habían sustituido al habitual desfile de cuerpos desnudos y carcajadas. De toda la concurrencia, un pequeño grupo de italianos se mostró partidario de medidas extremas: debía aprovecharse el momento, la hora de acabar con el imperio yanqui había llegado. Lógicamente se desató un zafarrancho, pues la mayoría de quienes allí estaban eran norteamericanos. Las “valkirias”, encargadas de seguridad de “El Oasis”, calmaron los ánimos con su singular naturaleza femenina; luego de apaciguar clientes rompiéndoles costillas y fracturando narices, el público se depuró. Muchos se marcharon, pero aquellos que no, convirtieron aquel burdel en un verdadero simposio. Pese al discurso antiyanqui de los italianos, más de la mitad de la clientela seguía siendo norteamericana, sin embargo, atendían respetuosamente la crítica implacable de los europeos. Cynthia estaba tan conmovida por lo que calificó de “una optimista sorpresa” que decretó barra libre.

Aquellos gringos resultaron mucho más radicales que los italianos, varios provenían de UCLA y confesaron pertenecer al grupo de los “neoludditas”, cuyo líder, David Osborn, se había autoinmolado seis meses atrás, en el único acto terrorista del que se tenía noticia en los últimos quince años: la destrucción del complejo industrial de hidrólisis, en Urbana, Illinois. Esos muchachos explicaron que al igual que Ned Ludd en el siglo XVIII, ellos creían que las máquinas son la síntesis de los males que engendra la civilización. Hablaron con tal vehemencia de sus principios, de la lógica que había detrás de su odio hacia la tecnología, de su sed por lograr un mundo más justo, que Cynthia, arrebatada por una emoción que creía extinta desde su pubertad, recuperó el

entusiasmo por la vida. Reunió a las *valquirias* y trepada en una mesa, mostrando las piernas esbeltas, orgullosa de tener cuarenta años, pronunció un discurso: se autoproclamó una neoluddita, contagiando a sus musculosas compañeras, que no tardaron en irrumpir en el patio de “El Oasis” con sus camionetas todo-terreno, amenazantes, temibles. Aquello se convirtió en una celebración al estilo de un cuadro de El Bosco: en las mesas se bebía al máximo, las mujeres se dejaban desnudar al tiempo que gritaban consignas neoludditas, las camionetas giraban en torno al patio, mientras a bordo, las *valquirias*, semidesnudas, sólo cubiertas por chamarras de cuero, bragas negras y botas militares, conducían salvajemente al tiempo que intentaban fornicar con los clientes que las acompañaban.

La caótica turba se dirigió a la planta de energía solar en Pichilingue. Cynthia, sentada al lado de Jana, una mujer de casi 100 kilos y más de un metro noventa de estatura, gritaba por el altavoz: “extinguir la electricidad es una necesidad”. En amenazante caravana todos coreaban esa y otras consignas que su euforia iba improvisando. Las descomunales camionetas avanzaron veloces sobre las instalaciones, pasando con sus neumáticos, más altos que las rejas de protección, como se pasa por un suave vado. Los guardias, tomados por sorpresa, no pudieron reaccionar a tiempo, por su parte, los neoludditas de UCLA, sin duda unos profesionales, actuaron con rigor: bajando de los vehículos aún en marcha se dirigieron hasta los cuarteles de seguridad, con golpes y gritos anularon la posible agresión de los vigilantes, luego, sin perder tiempo, se apoderaron de los vehículos de la propia compañía de energía solar, uniéndose a las valquirias, que haciendo honor a su nombre acompañaban las violentas acometidas con música de Wagner. Los todo-terreno trepaban sin dificultad sobre las filas de fotoceldas, destruyéndolas como si fueran frágiles terrones de azúcar. El reciente amanecer lanzó sus rayos rojizos encima de las láminas rotas de Selenio, que

reflejaban sinnúmero de haces de luz penetrando la polvareda. El espectáculo tenía cierta belleza apocalíptica: una fulgurante niebla parda, oscurecida por las sombras siniestras de máquinas que giraban vertiginosas, cabalgadas por bellísimas y enormes mujeres desnudas, salvajes como amazonas. Para finalizar con un toque dramático, los italianos estacionaron camiones y demás autos de la compañía de electricidad en torno de los edificios que almacenaban y distribuían la energía. A todos los vehículos les quitaron las válvulas de seguridad de sus depósitos de hidrógeno; el sonido chillante de las alarmas sonaba como el concierto desquiciado de infinidad de insectos cibernéticos. Luego, Jana y uno de los gringos más altos de UCLA enfilaron un todo-terreno en llamas, a máxima aceleración, rumbo a los almacenes. Gritando, saltaron pocos metros antes de que éste chocara contra la valla de camiones estacionados. Las detonaciones se siguieron una a otra, terribles, violentísimas. Todo el complejo de energía solar que se ufana de ser el principal proveedor de electricidad de La Paz y Cabo San Lucas, desapareció entre humo y voladuras. Aquel fue sólo el principio de la jornada, pues los improvisados revolucionarios decidieron dividirse. Unos, liderados por Jana y un italiano de apellido Falconi, se dirigieron hacia el sur, dispuestos a destruir los campos generadores de energía eólica y las subestaciones de microondas de El Triunfo. Los demás, encabezados por Cynthia y los neoludditas, ya enfilaban rumbo a La Paz.

En el camino, una desviación llevaba hacia uno de los ranchos de Ricardo. Cynthia detuvo bruscamente la camioneta que conducía, por el altavoz gritó una nueva consigna: “estamos maduras para acabar con los curas”. El coro destemplado repitió el estribillo y sin dilación, se desvió del camino principal. Como en la mayoría de propiedades de Ricardo, la entrada estaba resguardada por un fortín de la Guardia Municipal, sin embargo, los sucesos de las últimas horas tenían tan preocupada a la policía, que se había convocado a todo el personal para acuartelarlo en La Paz. El retén

estaba vacío y nadie se opuso a la marcha del ruidoso contingente. Poco más adelante, sólo una reja de malla ciclónica separaba la propiedad del desierto. Los todo-terreno entraron violentamente derrumbando al débil obstáculo. Dejaron atrás algunas de las casitas de los obreros, luego, ya que un predio estaba destinado a captar energía solar, los neoludditas decidieron que debían cumplir con sus principios. Dos rondas con sus vehículos bastaron para dejar aquel complejo en ruinas. Cynthia, que conocía bien el lugar, no se había detenido, fue directamente hasta la escuela y el templo. Recordó fugazmente a Ricardo, pensó en su ingenuidad convencional cuando le había propuesto matrimonio y luego su memoria le arrojó de lleno la sarta de sandeces con las que el cura había condenado la intención de su amo. Animada por el enojo, acompañada por cuatro de sus valquirias se dirigió a los aposentos del párroco. Derrumbaron la puerta a cadenzos. El cura, adormilado aún, no sabía qué estaba pasando. Las mujeres semidesnudas lo levantaron en vilo. Le gritaban “qué, ¿porqué pelas esos ojotes? ¿Nunca habías visto tantos pares de chiches juntos?” Se reían al tiempo que le quitaban la ropa. Cynthia le decía “todos los curas son unos ladrones. Nada de lo que llevas te pertenece, se lo robas a estos pobres diablos que apenas si tienen para comer. Ahora sí, vas a poder estar en paz con tu dios, te dejaremos encueradito, tal y como él te echó al mundo”. Los demás llegaron a tiempo para ver el espectáculo de aquel pobre hombre asustado, implorando por su vida. Cynthia le gritaba “no somos asesinas. Eso déjaselo al papa y a sus obispos. Sólo te estamos poniendo como deberías, así, encueradito”. Luego, antes de que la gente pudiera acercarse demasiado, los neoludditas prendieron fuego a la iglesia. Amarraron al cura desnudo en el tumba-burros de una de las camionetas y a toda velocidad continuaron su marcha rumbo a La Paz.

Poco antes de llegar, los neoludditas tomaron la iniciativa y decidieron que su primer objetivo debía ser de carácter táctico: el cuartel de la Guardia Municipal. Se

dividieron en tres grupos, dos atacarían por sorpresa la armería desde diferentes flancos, el otro entraría al edificio principal. Cynthia se puso muy nerviosa, lo que estaban por hacer era muy peligroso; sin embargo, animada por el vértigo de las últimas horas, decidió ponerse al frente de quienes tomarían el cuartel principal. Era muy temprano y la interrupción súbita de la electricidad, aparte de los problemas de comunicación satelital, impidieron que los policías fueran advertidos de lo que estaba pasando, por esa razón nadie se preparó para lo que vino después. La mayoría de los guardias armados se encontraban en el gran zócalo del edificio principal, haciendo honores a la bandera, esperando las órdenes del día. En la armería unos pocos oficiales se dedicaban a terminar el inventario del equipo que se repartiría entre el personal, de modo que la entrada de los neoludditas les tomó desprevenidos. Hubo una breve lucha, dos de los gringos de UCLA fueron heridos, uno de los policías acabó con la nariz y un brazo fracturados, fuera de eso, la toma de la armería fue casi pacífica. En muy poco tiempo, los italianos incendiaron los seis depósitos de municiones. Fue tal el caos y el escándalo que provocaban las detonaciones que los guardias armados del edificio principal apenas si opusieron resistencia cuando el grupo de mujeres invadió su recinto: todos creyeron que algún ejército terrible había tomado la ciudad. Por su parte, aprovechando que casi todas las patrullas estaban estacionadas, los neoludditas repitieron lo que ya habían hecho en la planta de energía solar: quitaron las válvulas de seguridad de los depósitos de hidrógeno de un buen número de autos y luego los hicieron estallar. Fue entonces que sucumbió la primer víctima: Alaura, una de las valquirias, que al lanzar su camioneta contra las patrullas no pudo saltar a tiempo. Con todo, ni los heridos ni la mujer muerta alteraron el curso de los disturbios. De hecho, Cynthia no se enteró de la tragedia sino mucho después, por lo que una vez neutralizada la Guardia Municipal, continuó a la cabeza de la turba, dirigiéndola con energía.

Aún lejos, desde el Penthouse, Ricardo y sus amigos veían los frutos de la revuelta encabezada por Cynthia. El edificio entero estaba en riesgo; era difícil que ella y los neoludditas hicieran una excepción, respetándolo. El jefe de seguridad del inmueble lo sabía, de modo que ya había dispuesto todo para lograr la evacuación inmediata de su Patrón: un par de autoplanos estaban preparados para despegar. Todos subieron a bordo, menos Héctor y Edgar, que sin decir palabra, se dirigieron a la planta baja. La Revolución había comenzado y *tenían* que sumarse a ella.

En otras condiciones el caminante habría desesperado y pese a los obstáculos, hubiese bajado de la montaña por sus propios medios. Pasaban ya dos semanas desde la plática con Alejandra y no sabía nada de ella, salvo que se había llevado sus últimos textos. Estaba impaciente, ¿los habría leído? ¿le habrían hecho impostergable admitir su complicidad en la catástrofe? ¿los habría destruido? Quizás, en un arrebato de ira, ahora mismo lo estuviera “castigando”, dejándolo anclado en ese “refugio” tan aislado como la peor cárcel. Pero ninguno de los obstáculos que le describió su amiga era invencible: tenía a su disposición cuerdas y conocía al menos un sitio relativamente simple de franquear. Sin embargo, de irse, debía dejar atrás sus escritos. En todo caso aún tenía la Olivetti y muchas hojas en blanco como para reconstruir sus memorias ¿Esa era la razón de que siguiera allí? No, bien podría reescribirlos a mano: en su mochila conservaba lápices y plumas. Entonces, ¿cómo permanecía aún en la cabaña? La causa de tan inesperado comportamiento estaba en una mujer, esa que invisible y con amor, lo cuidó desde su arribo: Vida, la hija adolescente de Alejandra. Por ella, el caminante escribía algo nuevo: un diario. ¿Aprobaría su actitud la *Escritura*?

Ciertamente, sus fantasías sobre la Musa le preocupaban menos que la belleza tangible, real, de Vida. Creía más sano ejercitar la imaginación escribiendo un diario, un relato de lo que ahora mismo estaba viviendo, en lugar de anclarse insanamente a una memoria que sólo depositaba amargura. Convencido puso manos a la obra. El caminante continuó con aquel diario toda la noche, esperando ávido el amanecer, para

poder ver de nuevo a la causante de su *traición* a la diosa. Porque, con todo, Vida seguía siendo casi invisible. A su modo, ella también era una creación de su mente. No la tenía enfrente ¿acaso podría afirmar que existía? La única certeza surge de lo que tenemos enfrente y aún esa certeza es precaria, pues los sentidos engañan. Así que sin más que la memoria, esa misma que un poco antes había despreciado, reconstruía su imagen: el cuerpo esbelto, los senos pequeños, firmes, de adolescente; el pelo castaño y lacio, la sonrisa ingenua, el carácter alegre. ¿Vida existía? ¿existía Vida? Sólo se encontraba con ella algunas mañanas, muy temprano. Otras a mediodía, cuando aprovechaba para ayudarle a asear la cabaña y a preparar la comida. Por eso esta vez, ansioso, casi no durmió. En cuanto la luz del sol entró a su cuarto se levantó, con la esperanza de hallarla, de confirmar su existencia.

Al parecer no estaba en la cabaña. Salió al porche buscándola. Caminó alrededor de la casa. Era una sensación muy desagradable estar así, a la espera y sin certezas. ¿Dejaría de venir? ¿dejaría de existir? Recordó que en la pequeña bodeguita había una escalera, fue por ella y trepó al techo. Esquivó cuidadosamente las fotoceldas y se sentó a horcajadas en la parte más alta del tejado, sobre la viga maestra. Desde allí se veía la serranía, frontera irregular desde la que surgían nubes rojas en rebaño. Permaneció un rato en silencio. Un silencio muy profundo, pues no era ese que simplemente hiere los oídos con ausencias. El silencio que lo envolvía estaba en su mente. Ni una palabra, ni un solo pensamiento. Esa paz se perturbó en el instante en que se percató de la mismísima sensación de lo *apacible*, del momento en que le puso nombre. La conciencia parece estar encadenada a las palabras. El caminante pensó “aquí estoy, viendo un paisaje bellissimo, esperando a una joven aún más bella, sin el menor asomo de vejez en mi corazón”. Porque así era: su cuerpo parecía haber olvidado la edad; ni rastro de su cojera o de su tos; ni rastro de la debilidad de sus piernas o del cansancio de

los pulmones. No se sentía joven: *estaba* joven. ¿De qué otro modo explicar la agilidad con la que había subido? Apenas ayer, mientras le ayudaba a Vida, su cuerpo mostraba todos los signos de la vejez. Pero hoy... Respiró profundo. El caminante dio un salto. Allí, en la parte más alta del techo, saltó como niño. Giró en el aire sin perder el equilibrio y volvió a saltar. Era delicioso sentirse así y sin embargo, eso no estaba bien. Una inquietud sorda se movió en el centro de su espíritu; como si de repente, un monstruo dormido estuviera por salir de su sueño milenario. La conciencia y su prole, las palabras (¿o sería al revés?), dieron rienda suelta a diálogos interminables, ensimismados. Sí, pensar en la Escritura como en una musa, incluso como en una diosa, era costumbre metafórica, se dijo a sí mismo. Pero él no estaba pensando en metáforas cuando reflexionaba sobre las emociones de los dioses. Recordaba el rostro de la Escritura, sus palabras enigmáticas en aquel idioma remoto, quizás latín; su túnica alba, su cuerpo perfecto. Había estado a su lado. Había sentido su respiración. No, no era metáfora. Un miedo pavoroso se le entrañó, como una inundación, como un incendio incontrolable. ¿Qué le pasaba? ¿sería la locura? ¿sería una pesadilla? Estaba a punto de mirarse las manos cuando un zumbido muy agudo, en su lado izquierdo, le hizo voltear con temor. En un movimiento rapidísimo, que sin embargo, a él le pareció de lentitud extraordinaria, pudo distinguir una mancha roja, brillante, en el borde de su campo visual. Tardó siglos en hallar la forma de aquella sombra, de aquella mácula imprecisa. Su conciencia luchaba con dos certezas igualmente terribles: la rapidez con la que estaba sometiendo sus sentidos a ese extraño estímulo; la lentitud, la casi inmovilidad de esa misma impresión sensorial. Con la percepción escindida, sin embargo, la memoria acudió como un héroe, salvándolo de tener que soportar el golpe fatal del infinito. La mancha se convirtió en un objeto concreto, rotundo: una pieza de metal reluciente, bermellón, de forma aerodinámica. El cuerpo principal era una especie de estructura

ovoide, achatada dorsoventralmente, de la que partían, justo en medio, un par de alas en delta. En el centro de cada una de esas alas, un cilindro omnidireccional alojaba unas aspas que empujaban al aire con violencia, causando un pequeño vendaval. La parte central del cuerpo de ese artefacto estaba coronada por una burbuja transparente, que alojaba en su interior dos figuras incuestionablemente humanas. La inesperada visión que en principio no había reconocido era un autoplano. Como si jamás hubiesen existido, los pensamientos inquietantes, pavorosos, que un momento atrás lo habían amenazado, desaparecieron de la conciencia, sin dejar el más mínimo rastro. La vieja máquina parecía recién salida de la fábrica, así de reluciente se ofrecía a la vista; de ella se estaba apeando Vida. Hermosa, alegre, como si fuera su novia. Él se levantó de un salto: estuvo a punto de perder el equilibrio. Sus rodillas le dolieron y los músculos de las piernas le recordaron, de golpe, el peso de la edad. Cauteloso, llegó a la orilla del techo y penosamente, fue bajando.

Hubiera querido correr, pero la cojera le impedía ir más rápido. Vida en cambio, se precipitó con ligereza de la nave y se dirigió presurosa hasta donde él. “Ven rápido – le gritó- hay alguien que quiere verte”. El caminante ya estaba a unos metros del autoplano. Una persona permanecía adentro. Esforzó la vista y pudo distinguir un rostro conocido. Se acercó más y al fin supo quién era: Nahim. Ese hombrecillo. Los celos estaban a punto de desbocársele, pero un detalle minúsculo volvió a despertar aquel monstruo, que adormilado, moraba en su interior. Sí, claro que era Nahim, pero su rostro, ese rostro, ¡no podía ser! La percepción volvió a escindir-se; en un instante, su memoria comparó aquella faz que tenía enfrente con la otra, la copia indeleble que se guardaba en los sinuosos archivos neuronales: eran idénticos. Pero ¿y el tiempo? Es más, la cara que ahora mismo estaba viendo era aún más joven. “Anda Leo, ven a conocerlo –dijo ella, y agregó divertida- Leo, te presento a Leo”. La burbuja

transparente se abrió y en lugar de la figura enclenque que esperaba, del autoplano salió un joven muy alto, atlético. El muchacho, extendiéndole el brazo, dijo: “Debes ser Leonardo Ancira, mi mamá nos ha hablado muchísimo de ti. Me pidió que te dijera que la disculpes por haberte dejado estas dos semanas. Como sea ya estamos aquí, para llevarte a una cena que te ha preparado muy en especial”. Turbado, el Caminante estrechó aquella mano, recibiendo un apretón firme, afectuoso. El chico, de cerca, sí que se parecía a Nahim, pero no quedaba duda de que en sus venas corría la sangre de Alejandra: los ojos eran tan verdes como los de ella y no dudaba en que tendrían la misma capacidad de cortar fríamente a quien se atreviera a desafiarlos.

## *La búsqueda*

Aunque jamás escucharon con certeza la voz del Mudo, la Lola y el Nico, sin lugar a dudas, habían oído a *alguien* transmitiendo por la radio. El Loco estaba tan entusiasmado que a Lola le entró una ternura imparable y al fin, acabó convenciendo a todos para que emprendieran la búsqueda. Durante las últimas semanas, la sequía había sido más fuerte que nunca; el calor era insoportable y la comida escaseaba. Ella y el Loco, acompañados en su regreso un mes atrás por un grupito de maras, habían pasado por el extenso izotal y vieron que infinidad de botones brotaban en racimos, anunciando la próxima floración de aquellos árboles. Le comentó al Nico que según sus acompañantes, la cosecha sería inacabable; éste recordó el exquisito sabor de la flor de yuca y así fue que consideró una buena idea ir hasta allá. Claro, el Loco pensaría que todo eso lo hacían para buscar a su amigo, pero en verdad era una idea que bien podría aliviarles de la hambruna.

Emprendieron la caminata un día particularmente cálido. Habían comenzado su andar recorriendo el viejísimo río de concreto, pero la intensidad del sol los hizo buscar refugio por la tarde, en una lomita donde abundaban los mesquites. Desde allí, a lo lejos, divisaron que un grupo de bárbaros deambulaba por el serpenteante camino. No podía ser de otro modo: la sequía y el hambre los impulsaba a explorar el desierto. Aquello no era un buen augurio, en adelante tendrían que cuidarse mucho. Entre ella y el Nico idearon una estrategia. Viajarían lejos de la carretera, bordeándola siempre, ocultándose entre los matorrales, procurando avanzar de preferencia por la noche.

La búsqueda les permitió disfrutar de la prodigalidad del desierto. Las tantarrias caminaban con lentitud antediluviana por los troncos de los mesquites. Su cuerpo gordo, asado con hierbas, poseía un gusto exquisito. La caza de ratones y liebres era casi fácil, de modo que aquel andar, más que un esfuerzo penoso, les ofrecía un placer como hacía mucho no disfrutaban. Pese a la sequía, en las cañaditas que el Mudo les había descubierto los arroyos les brindaban un agua deliciosa y allí mismo, las raíces de algunos matorrales les permitían proveerse de una especia que condimentaba extraordinariamente el fruto de sus cacerías.

Luego de un par de días, tras haber subido muchos cerros trabajosamente, contemplaron, desde el más alto de ellos, al amplio valle que se extendía a sus pies. Al otro extremo la sierra emprendía su oleaje montañoso y allí abajo se veía un extenso arenal, bordeado por afloramientos de roca desnuda. Sin embargo, el paisaje no era del todo desolador. En un extremo, flanqueada por las crestas rocosas de pequeñas cañaditas, una lengua de vegetación anunciaba el inicio del izotal. Llegar hasta él les llevaría un día entero. Decidieron permanecer una breve temporada en aquel cerrito. Había comida abundante y el lugar era seguro. Luego, cierta mañana nublada, aprovechando la pausa que les dedicaba la sombra, emprendieron la dura jornada. Caminaron hasta bien entrada la tarde. Por la noche continuaron, soportando el frío y el viento que arrastraba minúsculos perdigones de arena. Por fin, cuando despuntaba el alba vieron las primeras yucas. Aquel lugar, en efecto, rebosaba de flores; no sólo las flores de los izotes, también las de muchos cactus que experimentaron probar, descubriendo, que a veces, eran deliciosas. Pese a que pasaban buenos momentos, el Loco no olvidaba que todo ese trayecto lo realizaban para buscar a su amigo. Insistió una y otra vez para saber cuándo reanudarían la búsqueda.

— En eso andamos Loco –dijo el Nico.

— No, no es cierto. Ya nos quedamos mucho aquí, aquí nos quedamos sin buscar nada. El Mudo fue muy bueno y por eso comemos tan rico, el Mudo nos enseñó. Ya nos quedamos mucho, aquí ya nos quedamos mucho.

La insistencia del muchacho fue implacable. A Lola le enterneció y al fin, convenció al Nico para que buscaran un poco.

— A lo mejor y sí, en verdad, el Mudo anda por ahí –dijo apuntando con la barbilla hacia el cerrado izotal- en todo caso, no perdemos nada buscando.

Decidieron separarse en dos grupos. En uno andarían el Chino y Lola; en el otro, el Loco y Nico. Muy temprano reanudaron la búsqueda. Nico creía que todo aquello era una necesidad. Estaba disfrutando como nunca de una paz y una plenitud casi olvidadas. Así que luego de un rato, hartos del Loco, le dijo:

— Mira Loco, yo creo que buscaremos mejor al Mudo si nos separamos. El sol está por llegar al mediodía. Vamos a andar cada quien por nuestro lado hasta que se haga de tarde. ¿Ves aquellas piedras? Allí nos vemos antes de que el sol se meta.

El Loco sonrió y abrazó al Nico. Éste aprovechó para recostarse bajo una yuca, dispuesto a dormirse, aprovechando la frescura de la sombra. El muchacho echó a andar presuroso. Estaba seguro que él solo habría de encontrar al Mudo. La idea le encantó.

Pese a lo extraño de su primer encuentro, los Leonardos no tardaron en llevarse muy bien. En pocos días fueron fincando una amistad que parecía de años. Alejandra veía con satisfacción el modo en que ambos se ayudaban, platicaban, bromeaban. “Es como si fueran padre e hijo”, pensó.

Vida estuvo un poco menos tiempo que antes en la cabaña, cosa que al principio entristeció al Caminante. Pero la amistad del joven Leonardo le dio sobriedad al amor que sentía por la muchacha, ciñéndole a una categoría menos peligrosa, convirtiéndolo en un cariño casi paternal.

Pasaron varios días y aunque Alejandra estaba presente, el Caminante casi no hablaba con ella. Seguía pensando en abandonar aquel refugio, pero la amistad del joven Leonardo –que le recordaba tanto su propia juventud- le inclinó a pasar algunos días más con ellos: al cabo se iría de todas maneras.

Un día, después de comer, Vida y su hermano salieron a trabajar en los cultivos. Alejandra y el Caminante se quedaron solos. Fue ella quien inició la conversación, pues el Caminante ya había decidido convertirse en el Mudo.

— Ya ves que yo no quería andar “planteándote enigmas”. No hay ningún misterio en las comodidades que has disfrutado, Vida se ha encargado de ti desde que llegaste. Lo que pasa es que tiene muchísimas actividades en el campo y procura terminar rápido sus obligaciones aquí, en la cabaña. Por eso mismo, ahora, tuvo que irse

con Leo. No te lo he contado, pero acá no estamos solos. Al llegar nos topamos con algunos técnicos que habían quedado varados luego de la catástrofe. Tuvimos ciertos problemas con ellos, algunos muy graves. Sin embargo, los más jóvenes nos comprendieron y juntos hemos logrado no sólo sobrevivir, sino llevar una vida bastante buena.

— ¿Quieres decir que además de ustedes hay más gente acá arriba?

— Es lo que te estoy explicando. Mira, aparte de nuestra familia hay otras dos. En total somos once personas. Bueno, contigo ya somos doce.

— ¿Porqué no las he visto?

— Ya te conté que esta reserva tiene casi cinco mil hectáreas. Es suficientemente grande. La cabaña está en una zona boscosa que protegemos con mucho cariño. Al otro extremo, en el sur, donde se hallaba el campo de golf, instalamos nuestros cultivos: allá están mi Leo y Vida ahora mismo –Alejandra sonrió pensativa-. Mira, el sistema de riego para ese jueguito de ricos estaba muy bien diseñado. Nosotros le hemos dado un uso menos vulgar: de allí provienen nuestros alimentos. Leo se encarga, junto con otros, de todo lo relacionado con hortalizas. Vida tiene dotes especiales para tratar con animales, así que su labor está en la granjita apícola, cuidando además de nuestras gallinas y unas poquitas ovejas. La ves muy poco porque recién se declaró una plaga que estaba diezmando a las ovejas. Ya casi la controlamos, pero Vida y otros pasan casi todo el día cuidando del ganado, limpiando sus corrales, sacrificando los animales que no tienen remedio, en fin, que apenas si le daba tiempo de venir contigo. Por eso nunca

la habías visto, y bueno, en estas dos semanas, Gonzalo, el veterinario, decidió cargar solo con la mayor parte del trabajo; por eso, al fin la pudiste conocer.

— ¿Y tú que haces?

— No soy haragana, si eso piensas. Tampoco estoy tan vieja como para no poder trabajar. Le ayudo a Vida, pero también me encargo de preparar conservas y carnes frías.

— En tu paraíso privado sólo se dedican a comer ¿verdad?

— No acabas de decir eso con sarcasmo, ¿o acaso sí? Mira Leo, mi principal ocupación está en cosas menos materiales, ¿cómo te explico? Vaya, en echar a andar sueños.

— ¿Tú te has convertido en filósofa? Hasta donde recuerdo no les tenías mucho aprecio a esos señores.

— No soy filósofa. La filosofía murió con todo el mundo que nosotros derrumbamos.

— ¿Qué dices? ¡Nosotros! Bueno, al fin lo reconoces. Es un avance.

— No regresemos a la discusión de hace días. Lo que estoy diciendo es que ya no hay mundo, lo que intento que comprendas es que ahora, nuestro papel está en construir otro mundo.

— ¿Insistes en no ser filósofa? Pero si hablas idéntico. Es más, eres tan pretenciosa como cualquier filósofo. Vivíamos en *un* mundo y eso nos llevó donde ya sabes. Fíjate bien, en la palabra ¿eh?: *un*. Así, subrayado. *Un mundo*, eso excluye a otros. Parece que no te das cuenta, esa intención tuya cae en el mismo vicio: la exclusión. Los humanos somos *muchos mundos*. Pero bueno, qué le puedo decir a una *filósofa*. Debes tener muy buenos argumentos para descalificarme ¿no es cierto?

— Leo, ¿te parece si olvidamos ese tema? Sólo quiero que sepas que nunca te olvidé, que el haberte encontrado ha sido el suceso más importante de mi vida. Tan importante como el nacimiento de mis hijos. He visto que se llevan muy bien. Les pareces extraordinario. En cuanto tuvo tus escritos, Leo los devoró. Los dos me hablan tan bien de tí que, bueno, que me siento afortunadísima de que estés con nosotros. Porque, debo decirlo, sólo concibo el bienestar de ellos contigo cerca de mí.

Leonardo quedó azorado. ¿Le estaba confesando su amor? Eso sí que era una sorpresa. Sí, su vida estaba plagada de sorpresas. Pero ésta resultaba del todo, así, en cursivas, *del todo inesperada*. Se daba cuenta que pese a conocerla de tantos años, a Alejandra jamás la entendería. ¿Cómo interpretar lo que acababa de declararle? ¿acaso se habría aburrido de Nahim? De ser así, ¿lo que hacía no era una vulgaridad? Intentar engañarlo en un lugar tan pequeño era absurdo. ¿Acaso ya no vivían como pareja? Podría ser, tal vez ella estuviera sola. Claro, por eso él todavía no se topaba con Nahim. Era de esperarse, al fin siempre fue misántropa. De modo que, ¡cuidado!, su cariño, a

estas alturas, representaba un peligro. Él era viejo, ella también. Ambos tenían mañas, desencantos y heridas irremediables.

Leonardo dejó de pensar. El Caminante regresó a su ser. Era indudable una cosa: debía retornar al desierto. Alejandra, como cada uno de los que habían vivido en aquel mundo miserable, conservaba la misma arrogancia, la misma tortuosidad de todo el género humano. Sí, eso era. Él, el Caminante, sólo tenía un propósito para lo que le quedaba de vida. Dejar testimonio. Escribir. Ahora, con lo que estaba viviendo, un nuevo tema habría de desarrollar para su análisis: la tortuosidad humana.

Vaya, ¿no estaba cayendo él mismo en la arrogancia? Qué pretencioso. Mira que escribir sobre la tortuosidad humana. Pero si de ello se habían ocupado tantos literatos, tantos pensadores mucho más capaces.

La confusión y el desaliento se apoderaron del Caminante. No había espacio para Leonardo ni para él. Sólo quedaba el Mudo. Tal vez, ese hombre decidiera callarse por completo. Tal vez, todo este esfuerzo de dejar testimonio debiera abandonarse.

— Leo, no te lo había dicho, pero Nahim murió hace diez años.

Hubo un silencio. Leonardo se dio cuenta de que, si de pequeñeces humanas se trataba, él era sobresaliente. No supo qué decir, era como si el Mudo estuviera al frente de su persona, pero no, él era Leonardo Ancira. Y así, como el doctor Ancira se había comportado: anacrónico, minúsculo y altanero.

— Fue hace mucho Leo, no me gusta recordar el tema. Por favor no te confundas. Yo te aprecio, te quiero. Nunca te pensaría mi pareja, pero siempre fuiste mi compañero. Y ahora más que nunca desearía que lo siguieras siendo. Yo amé a Nahim,

él fue el único *hombre auténtico* que conocí. No tengo por qué fingir contigo. Tienes mis diarios, sabes lo que pienso de ti. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado. No sólo es el tiempo, es *todo lo que ha pasado*. En aquel mundo andábamos a ciegas; teníamos intenciones, propósitos, pero nada era claro. Ahora, ya sin estorbos que obstruyan la vista, tenemos claridad. Es claro que vivíamos en el peor de los mundos, es claro que de ninguna manera valdría rescatar su memoria. Pero también es claro que de ese mundo miserable surgieron frutos de vida. Suena paradójico, pero la vida de esos frutos sólo podría germinar fuera del mundo que la engendró. La catástrofe, como una siega, preparó el terreno para iniciar el cultivo. Yo no puedo ni quiero ser filósofa; me considero más próxima a una campesina. El mundo del que te hablo es un ejercicio de labranza. Mis compañeros en esta montaña, mis hijos y yo, formamos un grupo de labriegos. ¿Te das cuenta? Hablo de grupos, no de totalidad. Tal vez debería decir que nuestro sueño es formar una *red de mundos*; una civilización que se funde en el respeto de lo diferente. Pero bueno, en *nuestro* grupo sólo yo tengo la memoria para recordar que siempre, todas las civilizaciones comienzan con buenos propósitos, con intenciones como las que te acabo de mencionar. Los hijos de nuestra comunidad jamás vivieron en aquel patético mundo. Sus padres eran demasiado jóvenes entonces, tal vez demasiado simples, para tener plena conciencia de que la catástrofe tuvo su lado bueno. Ahora tú estás aquí. Mi amigo, mi compañero, pero sobre todo, alguien que también cree necesario dejar testimonio de lo que fue aquel mundo de miseria. Por eso te digo, sólo concibo el bienestar de mis hijos, de nuestros hijos, si tú me ayudas en este sueño.

Sin estar muy seguro de lo que iba a decir, Leonardo preguntó.

— ¿Cuál es ese sueño Ale?

— Es algo largo de explicar. ¿Acaso crees que sólo nosotros pudimos conservar tecnología? En varias partes, de diversas maneras, hay grupos similares al nuestro.

Leonardo escrutó el rostro de su amiga. Notó la expresión, entre triste e ilusionada. No supo que más decir, su silencio era en sí una pregunta.

— ¿Sabes por qué me ausenté éstas dos semanas? Estuve en contacto por radio con varios de esos grupos. Uno más aquí en México, dos en Argentina, otro en Nueva Zelanda y dos en Australia. Ellos me aseguran que existen muchos, algunos en el norte de África y en Asia, pero sólo he podido contactar con los que te he dicho. Hablar simultáneamente con ellos fue un logro extraordinario. Se lo debemos a los australianos, que pudieron poner un satélite en órbita justo hace dos semanas. Ya antes nos habíamos comunicado, pero el audio era pésimo, se interrumpía constantemente y ni soñar con video. Ellos me sugirieron esperar, pues iniciarían transmisiones digitales. Hicimos pruebas con nuestro equipo, y los demás grupos de los que te hablé también. Al fin, cuando todos estuvimos seguros de que teníamos la tecnología a punto, lanzaron el satélite. Fue un éxito. Yo sólo había contactado con el grupo de México y con el de Australia, de los otros sabía de modo indirecto, pero gracias al satélite y la transmisión digital, hemos tenido conferencias simultáneas con los demás. Incluso ya comenzamos las pruebas para el video. Sin embargo, en medio de la euforia, también hubo espacio para la nostalgia y para la tristeza. Me enteré de barbaridades atroces. A menos de medio año de la catástrofe, los cambios climáticos se desataron de tal modo que estamos ya en una nueva era glacial. Parece que se desprendieron gigantescos icebergs de Groenlandia, deteniendo la corriente del golfo: tal como lo preveía Wedgewood. Esa fue

la peor de todas las catástrofes. El hemisferio boreal está en buena parte cubierto de hielo.

— Ahora entiendo. Por eso dices que Luis fue el único causante de la catástrofe: él o sus compinches provocaron la ruptura de los glaciares.

— No, no. Fue algo natural. ¿No te acuerdas que tú mismo escribiste sobre ello al transcribir lo dicho por Wedgewood? El tsunami impidió que se realizaran las labores de emergencia planeadas en Groenlandia. Ese mismo año, los icebergs derivaron, bajando la salinidad del atlántico norte e interrumpiendo la Corriente del Golfo. Pero no fue lo peor. Rusia intentó sacar provecho de la situación, invadiendo varios países de Medio Oriente. China hizo lo propio, el caso es que muy pronto se desató la guerra. Irán, defendiéndose, envió bombas nucleares contra Israel. Israel contestó. Luego (nadie pudo dar detalles, pues hasta ahora se comienza a reconstruir la historia), luego, por algún motivo se desencadenó la guerra entre Rusia, China y Japón. Mis amigos dicen que no hay ninguna ciudad en el hemisferio boreal que haya quedado intacta.

— ¿Y Estados Unidos?

— Los gringos se salvaron de la guerra mundial. Ellos ya tenían su propia guerra en casa, una guerra civil poco después de la calamidad del tsunami. Aparte de padecer el efecto de armas insólitas, los azotó el rigor de un cambio climático para el que no estaban preparados.

— ¿Y las telecomunicaciones?

— Esas sucumbieron poco después. Con el caos que vivía el mundo nadie fue capaz de dar mantenimiento a la cargada red satelital. Los artefactos comenzaron a chocar entre sí, inutilizándose. En un par de años ninguno funcionaba. Si a esto sumas que todos los países desarrollados padecían los estragos del cambio climático y de la guerra, no debe extrañarte que desde entonces halla prevalecido el silencio.

— Pero, oye, en México no pasó nada, ¿porqué?

— Eso crees. No nos hemos percatado del caos más allá de nuestras narices. Según parece, huyendo del frío y la devastación de la guerra civil, los gringos invadieron todo el norte. Los narcos respondieron con violencia y los gringos usaron armas bacteriológicas. Fue una torpeza, ellos solitos se exterminaron, junto con sus enemigos, pero a la vez dejaron aquellos parajes desiertos e inhabitables. De hecho, el otro grupo que hay en México lo formaron gentes de Guadalajara. Para que te des una idea de la magnitud de ese siniestro: las epidemias diezmaron a toda la población de Jalisco. Vaya, casi todo México padeció con esa guerra. Lo que pasa es que nosotros estamos en un lugar privilegiado. Los desiertos de por acá han sido nuestro oasis.

— ¿Y la Ciudad de México? ¿el sureste?

— Leo, apenas sé lo que te he dicho.

— ¿Pero cómo es que sobrevivió el grupo de Guadalajara? Me aseguras que todo Jalisco padeció epidemias mortales.

— Así es. Ellos abandonaron el continente en cuanto las epidemias se hicieron incontrolables. Ahora tienen una pequeña comunidad en isla Clarión. Hasta allá se vieron obligados a huir, pues los gringos andaban tras ellos. Nunca creyeron que sobrevivirían, pero ahí los tienes. Suponen que sus perseguidores también fueron presa de la enfermedad.

De nuevo se quedaron en silencio. ¿Qué sueño podría lograrse en medio de tantas tragedias?

— Entre todos tenemos planeado organizar una red –dijo Alejandra, renovando su entusiasmo-. El primer paso será ponernos de acuerdo. Para ello haremos un encuentro precisamente en isla Clarión. Es un lugar que a todos nos queda más o menos a la misma distancia. Los australianos junto a los neozelandeses han formado pequeñas comunidades en varias islas del Pacífico, de manera que no les será difícil llegar a isla Clarión. Por cierto, de no haber sido por esas colonias nunca me habría comunicado con ellos. Fíjate, cada isla es algo así como una avanzada, cuyo único propósito ha sido servir de nodo para las retransmisiones de radio, desde Australia hasta el continente. En esas minúsculas comunidades se ha comenzado a ensayar toda la estructura de organización que ha de formar la red.

— Entiendo que los australianos viajen por mar. Si los antiguos polinesios pudieron hacerlo, no dudo que ellos también. ¿Pero los demás? ¿ustedes mismos? ¿cómo viajarán hasta allá, Ale? Esas islas están mar adentro, son lejanísimas.

— Los autoplanos Leo. Con el equipo adecuado, con suficiente hidrógeno, son capaces de cruzar océanos. Gracias a los satélites que están poniendo en órbita nuestros amigos de Australia, los geoposicionadores podrán funcionar y las computadoras trazarán la ruta. Claro que habremos de hacer adaptaciones. Nunca tendremos bastante cobertura para confiar por completo en esos instrumentos. Pero con suerte y pericia podremos llegar a un destino que, cierto, es muy lejano aunque no inalcanzable.

— Sí Ale, lo que intentas es un sueño. Tal vez lo logres, pero yo creo que es un sueño insano. Mira bien lo que dices: usarán *tecnología*. Además, todos tienen la misma y única utopía. Hablas de “diversidad”, de “redes”, pero piénsalo: con *una sola utopía* la diversidad está de más. No quiero desanimarte, pero creo que tu sueño garantiza el retorno del mundo miserable que, creímos, ya había muerto. No Ale, sin diversidad el hombre está condenado.

— Leo, ¿no me expliqué suficiente? ¡estoy de acuerdo contigo! Déjame que insista: nosotros también pensamos que lo necesario es conservar la diversidad. Por eso te hablo de una red. No es que sea un solo mundo, sino una *red de mundos*. Imaginamos una nueva civilización donde en lugar de un mundo haya muchos; donde prevalezca el respeto a lo local sin olvidar el conjunto: la red misma. Eso es una Utopía, lo sé. Pero hay una convicción que tus textos me han enseñado: sólo las utopías tienen sentido. No son sueños, ni quimeras, tampoco absolutismos que se logren por mera imposición. Tal vez Wedgewood o Wallestone dirían que son una fuerza física, un impulso para el movimiento. Quizá Quallenberg las considerara el componente de información de un sistema dinámico. Yo sólo sé que vale la pena luchar por *ésta* Utopía.

En cierta manera, el caminante envidiaba a su amiga. Esa candidez apasionada le confería un espíritu joven. No había duda: el anciano era él, nadie más. Sin embargo estaba seguro de que las quimeras de su amiga representaban un poco más de lo mismo. Que va, eran un impulso *moderno*, algo así como la espora infecciosa del mundo miserable que creían muerto. Ese mundo, mientras hubiera sobrevivientes, era inmortal.

“Tal vez el destino sí existe”, pensaba con inquietud, “y el hombre no esté reservado para sobrevivir por mucho tiempo en esta tierra”. O tal vez era él (volvió a pensar pero con un extraño alivio), quien, con su escepticismo extremo estaba condenado a perecer. Lo bueno de toda la discusión era que otra vez, él sentía esa mezcla de ternura y admiración por los impulsos de su amiga. El rostro de Alejandra resplandecía y no creyó justo seguir discutiendo. Cambió de tema, la plática fue derivando a materias menos confusas, a cotidianidades. Hablaron un poco de Nahim, de Luis Peiró. Alejandra le contó cómo pasaron, ella y su pareja, casi un año encerrados en la casa que Peiró tenía en la Colonia Juárez.

— Ese canalla nos quería usar aún después de todo el infierno que había desatado. Sí Leo. Él fue el único causante de todo, aquí y en cualquier mundo concebible. Pero te decía, aquella casa era un búnker. No sé qué planes tendría, con el cuento de que sólo allí encontraríamos seguridad, más que por mi gusto, obligada por la aprehensión de Nahim que temía por mi salud, nos quedamos.

— ¿Estabas enferma Ale?

— ¡No! Mi salud era excelente. Estaba embarazada.

— ¿De Nahim?

— De quién más. En fin, que de hecho tuve a Leo en esa casa. Debo aceptar que recibí cuidados excelentes, pero como sea, estábamos en una cárcel. Lo supimos porque alguna vez intentamos salir y los guardias nos lo impidieron, primero aduciendo que el exterior era inseguro, luego usando la fuerza. No tiene caso que te dé los detalles de aquel cautiverio, lo importante es que Nahim conocía la casa mucho mejor que el propio Peiró. Al menos conocía muy bien los sótanos y las demás instalaciones. Allí había dispuesto su laboratorio, allí fue donde probó por primera vez sus condensadores. Como él había gozado de total independencia en los ingenuos días de sus experimentos, sabía bien donde estaba el autoplano que Peiró había mandado traer de Alemania. Era un juguete ilegal, ya ves, los ricos mexicanos tenían privilegios que ni los gringos podían ejercer en su país: allá estaban prohibidos, aquí también; pero con dinero, acá podías usarlos, allá no. Tú lo sabes, para cuando la catástrofe, aunque recién se había autorizado su venta en México, nunca hubo tiempo para que se trajera ni uno. Los que estaban aquí llegaron de contrabando. Y en este país no había millonario que no tuviera uno. Vaya, si hasta viajaste en el autoplano de Ricardo poco después de los desmanes en La Paz; Peiró trajo el suyo muchísimo antes: pensó que podría haberle ayudado en caso de algún contratiempo. Luego se olvidó de él. Ya sabes, ese tipo tenía dinero a pasto y ni siquiera conocía bien sus posesiones. Pero Nahim recordaba el lugar donde lo habían escondido y, con la previsión de siempre, desde nuestra llegada se cuidó mucho de revelar su existencia. Fue tan discreto que ni a mí me había mencionado nada. Claro, hasta el día en que supo, definitivamente, que teníamos que huir.

El silencio se hizo de nuevo. El caminante quería seguir con su amiga, pero las palabras se le habían acabado. Era necesario encarar lo inevitable: tenía que irse.

— Ale, no sabes cómo agradezco todo lo que has hecho por mí. No sólo salvaste mi vida, me la regresaste. De veras. Pero créeme, no puedo seguir aquí arriba contigo y tus encantadores hijos. Respeto tu utopía pero no la comparto. Yo tengo mis propósitos personales, humildes, quizás más egoístas. Para lograrlos necesito soledad: la paz del desierto. Ale, me voy hoy mismo. Ojala pudieras decirme como bajar; pero si no, no te apures, ya me las ingeniaré.

— No quiero presionarte de ninguna manera para que cambies de parecer. Tal vez no me creas, pero entiendo tus razones, de veras. Conozco la principal: sé que te parece infantil que yo pretenda deslindar mi responsabilidad en lo que pasó. Déjame decirte: no eludo nada, de hecho sé que tuve un papel decisivo. Pero ¿cómo hacerte ver que, en verdad, yo no puse las bombas?

Leonardo se movió incómodo, intentó levantarse e irse. No estaba dispuesto a discutir más de un tema que detestaba. Además, cabía la posibilidad de que esa ilusión insana que obsesionaba a su amiga, fuera un comprensible recurso de su psique para sobrellevar la pérdida de Nahim. Ante ello, él no podía juzgar nada, vaya, *no debía juzgar*. Por eso lo mejor era irse cuanto antes.

Alejandra reaccionó de inmediato. Impidió que su amigo cumpliera su propósito poniéndose frente a él, mirándolo fijamente, despidiendo desde sus ojos aquel brillo que tanto temía.

— Leonardo, antes de que te vayas lee esto —dijo ella poniendo sobre la mesa dos paquetes de papeles- cuando menos, es algo que puedo pedirte a cambio de haberte salvado la vida, y si no, de haberte leído. Mira, este primer paquete tiene un documento que te va a interesar especialmente: son extractos de varios textos de David Osborn, el neoluddita. Me los envió uno de los australianos.

— ¿Cómo?

— Te digo que aún quedan artefactos electrónicos. Leo me ha ayudado mucho; es muy hábil para reparar esas máquinas. No sé cómo, pero sin haberlas visto nunca funcionar, le basta que le explique lo que hacían para que él se las ingenie. Las impresoras que había acá, en las instalaciones del club de golf, eran de última generación: usaban papel biodegradable fotosensible. Para echarlas a andar se requería ese papel, y para conseguir ese papel hubiéramos necesitado toda la infraestructura industrial de aquel entonces. Lo bueno es que también había otras máquinas. Una elegante impresora de invitaciones, por ejemplo: un aparato de estilo retro que usaba tinta. Pues Leo fabricó un híbrido: usó los circuitos de comunicación de las máquinas nuevas con el sistema de inyección de tinta de la máquina retro. Los cartuchos del pigmento los llenó con mi preparación de *Myrtilocactus* y *Larrea*. ¡Funcionó! Ahora tenemos un sistema que nos permite intercambiar información gráfica. Lo único malo es que ocupa mucha tinta y nos veremos obligados a preparar mayores cantidades de las que ahora tenemos. En fin, que ese equipo lo usaremos rara vez. La vieja Olivetti es muchísimo más eficiente, le bastan unos pocos mililitros para imprimir cientos de hojas.

— Ay Ale. ¿Te das cuenta de que así comenzó todo? Primero serán las impresoras, luego los autoplanos y de allí en adelante no pasará mucho para que regresemos al viejo mundo que tanto detestabas.

— No Leo, no es así. Ahora vivimos una etapa de transición. Pero las cosas han de cambiar por necesidad. Lo comprenderás mejor luego de leer los textos de Osborn. Mira, los Australianos, los mismos que lanzaron el satélite, son neoludditas. Usan la tecnología para formar la red, pero su plan es dejarla a un lado tarde o temprano.

— No me explico cómo has llegado a convertirte en una mujer tan ingenua. Lo siento, no te entiendo ni me interesa entenderte. Tampoco te juzgo, simplemente te anuncio que me voy. Ahora ve, si no me interesa entenderte a ti que eres mi amiga, mucho menos a Osborn y sus neoludditas. Date cuenta, no soy desagradecido, simplemente no quiero seguir aquí. Y no me vayas a venir con que es imposible salir sin un autoplano. Yo también me las ingenio, no te preocupes.

— Por favor, si quieres me quedo los textos de Osborn, pero sé justo y deja que mi diario te explique lo que pasó en La Palma la víspera de la catástrofe. Si después de eso decides irte, yo misma te llevo al desierto. Te lo juro. Tú me conoces y sabes que lo haré, ahora por favor, lee. Pero si no quieres, está bien. Ya mismo te regreso. Aunque ni creas que te voy a justificar: me parecerás un engreído, pero lo peor, un mal amigo. ¿Qué dices?

El caminante quedó unos segundos en silencio. Luego, sin pensar demasiado, extendió la mano. Alejandra le pasó los paquetes. El caminante solo tomó el diario, dio

media vuelta y se fue a su cuarto, dispuesto leer y también a irse después, sin más discusiones.

*Fragmento del diario de Alejandra*

(Versión mecanografiada)

Para probar los condensadores, sugerí situar una serie de osciladores subsónicos en un transecto que iba desde el Barranco de la Herradura hasta el Barranco de Candelaria, en la parte norte de la isla de La Palma. La línea de vibración transmitiría ondas de muy baja frecuencia en una porción rica en cristales de feldespatos, creando un efecto similar al de una débil tensión tectónica. El experimento atravesaría una parte discreta de la isla de este a oeste. Esa me pareció la sección ideal, capaz de amplificar el fruto de la simulación con notable intensidad, pues justo en medio del trayecto, la capa de rocas incrementa su masa de manera asombrosa. Desde la superficie, ese sitio corresponde al Roque de los Muchachos, cuya cima no podría ser mejor para instalar la red experimental de Condensadores Salam.

Meses antes, la montaña, antes administrada por el Consejo de Turismo, pasó a manos del Consejo de Energía de las Canarias. Al haberla elegido no sólo dispondría del mejor lugar, sino que estaba eliminando potenciales obstáculos burocráticos para emplazar nuestra delicada tecnología. La fina trama de la red Salam, arreglada en torno a un eje espiral, semejaría una gran telaraña cubriendo toda la cúspide. Aunque el sitio ocupado por cada condensador se ubicaría en una locación milimétrica, la red en sí requeriría una superficie de al menos treinta hectáreas. Nahim y yo trabajaríamos en su centro exacto, a casi 2,400 metros sobre el nivel del mar, aprovechando las viejas instalaciones del abandonado observatorio astronómico. Sus dimensiones me parecieron muy apropiadas para colocar el detector de emisión piezoeléctrica. Además, propuse

armar en los edificios aledaños, un prototipo del complejo generador de energía tectónica. Nahim estimaba acumular suficiente energía en el ensayo para mantener todo el equipo del laboratorio funcionando al menos seis horas. Como estrategia que evitara falsas expectativas, Luis decidió que anunciáramos una autosuficiencia de tan sólo dos horas, algo que aún iba a sorprender a los inversionistas, en especial cuando supieran que la emisión de baja frecuencia, pálida copia de tensiones tectónicas, habría durado menos de tres minutos. De tener éxito, el apoyo era seguro. Por otra parte, el monto total de la prueba sería muy razonable, manteniéndose dentro del techo financiero del Consejo de Energía de las Canarias. Nuestros gastos contrastaban con los del proyecto final, que prometía ser muy caro; cosa que para las compañías energéticas (casi todas norteamericanas), representaba una inversión minúscula capaz de producir ganancias fabulosas. Desembolsarían con gusto, para perforar hasta las zonas de tensión tectónica en Cumbre Vieja, cuantos millones exigieran los requerimientos tecnológicos y humanos. Con ironía burlona, Luis tenía el propósito de que los tiranos costearan su propia muerte.

Como era de esperarse, el Consejo aprobó mi sugerencia. En menos de un mes comenzó la actividad. Mientras Nahim y yo colocábamos los osciladores subsónicos a lo largo del transecto de las cañadas, un equipo especializado, bajo la vigilancia de Luis, perforaba con precisión milimétrica los nichos que alojarían la red de Condensadores Salam. Dos semanas después, el prototipo generador de energía tectónica estaba terminado. Fue entonces cuando, obligada por las Leyes de Secrecía Industrial, tuve que instalar cada condensador totalmente sola, por supuesto con el auxilio del experto: Nahim Salam. Nadie más podría permanecer en la cumbre de El Roque. Una vez terminada esa fase, efectuaríamos la prueba definitiva. Era el momento de enfrentar nuestro éxito, o, debíamos considerarlo, un fracaso comprometedor. Con todo, preferí

no pensar en esa posibilidad y si en cambio, me dediqué a disfrutar del retiro monástico a que nos obligaba nuestro trabajo. Estábamos en invierno y el frío era fuerte. No faltaba el agua-nieve ni tampoco la incesante furia de los Alisios. Por las mañanas la niebla impedía ver al sol, una tenía que conformarse con aquella luz blanquecina, uniforme, que jamás proyecta sombras. A esas horas, solía caminar a ciegas en torno a nuestro refugio, me deleitaba con el aroma metálico de las minúsculas gotitas suspendidas y, repitiendo una costumbre que me encantaba cuando niña, abría la boca para paladear el inimitable de vapor frío del nublado. El paisaje era bellissimo, la bruma, lenta, elegante, corría su manto de vez en vez, dejando mirar al horizonte azul, profundo, lejano. Aquella visión del océano, distante y silencioso, me recordaba el propósito de nuestro esfuerzo. Imaginaba la inmensa fractura quebrando violentamente a la isla, y luego una ola gigantesca desplazándose mar adentro, a la vez que su gemela chocaba con lo que quedaba de las costas rocosas de La Palma. ¿No estaría siendo cómplice de una atrocidad? Qué va, no era cómplice, era una de las ejecutoras. Los remordimientos, sin embargo, difícilmente prosperaban, pues el viento brumoso solía cubrir de nuevo al mar, y el frío obligaba a mi cuerpo a moverse, a dejar de perder energía en el ocio enfermizo de la culpa.

En aquel clima extremo realizamos el minucioso trabajo de instalación de cada condensador; algo que exigía paciencia y precisión absolutas. La geometría de la red Salam, pese a extenderse en un área grande, como ya dije, implicaba trazos locales cuyas distancias se medían en nanómetros; trabajábamos con alteraciones de campo a escala subatómica y cualquier error pondría en riesgo la totalidad del proyecto. Teníamos limitaciones de presupuesto y nos veíamos en la necesidad de usar terminales remotas, dependiendo del computador central en Tenerife para realizar los cálculos, además, las máquinas que depositaban los condensadores en su nicho se operaban

manualmente, y era un engorro lograr que la instalación se terminara con la exactitud requerida. Con doce horas de retraso, al cabo de cuatro días consideramos que la prueba estaba lista.

Ese día, un lunes, disfrutábamos de muy buen clima. Los Alisios soplaban con fuerza suficiente para dejar la cúspide de la montaña libre de nubes. Eran las dos de la tarde y los monitores de actividad de cada oscilador subsónico estaban en línea, sin marcar ninguna falla. Los 55 Condensadores Salam registraban todos los circuitos funcionales y el detector de carga piezoeléctrica se había activado sin problemas. Antes de comenzar debíamos corroborar la geometría del campo magnético alrededor de la red Salam, para ello indujimos una corriente muy ligera que permitiría al satélite del *Institutum Canarium* detectar cualquier asimetría. A las 2:25 recibimos el visto bueno, de modo que pudimos comenzar. Eran las 2:30 de la tarde en punto cuando echamos a andar los osciladores subsónicos. Si las cosas iban bien, detectaríamos inmediatamente la magnitud de la carga piezoeléctrica y a partir de entonces los eventos sucesivos serían perfectamente predecibles: ocho minutos después, las alteraciones espaciotemporales en torno a los Condensadores Salam generarían los primeros impulsos eléctricos, cuya intensidad sería comparada con aquella de la carga piezoeléctrica detectada antes. Dos minutos más, es decir, a los 10 minutos de iniciado el ensayo, y habríamos de tener el amperaje suficiente para que todo el complejo se desconectara de la red de alimentación externa, permitiéndonos depender sin obstáculos de la energía generada por nuestra propia red. Sin embargo las cosas sucedieron de manera algo distinta. Cuatro minutos en seguida de las 2:30 comenzaron las alteraciones espaciotemporales y un minuto más tarde logramos total independencia de energía. El nivel de carga era ni más ni menos que el calculado, pero el tiempo de activación se logró en la mitad de lo predicho.

Aunque sin duda, para todo efecto práctico, estábamos ante un gran éxito, tanto Nahim como yo nos inquietamos muchísimo. Sin perder de vista los monitores que registraban cada instante del experimento, corroboramos minuciosamente los cálculos. Eran correctos. Luego introdujimos la evidencia experimental, esos 5 minutos menos a partir de las alteraciones espaciotemporales. Lo que había pasado era imposible. Todo el sistema era un circuito termodinámico cerrado. Según los cálculos originales, el resultado del simulacro tendría que ser tal, que, considerando el consumo energético de los osciladores subsónicos como el 100% de energía inicial en el sistema, los condensadores deberían haber alcanzado una eficiencia superior al 89%, vaya, la entropía habría sido de apenas un 11%. Pero la realidad mostraba una eficiencia del 133%, algo por completo inverosímil, pues implicaba un 33% de ganancia encima del 100% inicial. ¿De donde provenía la energía extra?

Contra cualquier pronóstico, la reacción generada por tan enorme anomalía fue de una ingenuidad imperdonable. Luis tenía tal entusiasmo por lo que consideraba un triunfo rotundo, que no dio importancia al extraño suceso y en cambio, estuvo presto a felicitarnos. Ante nuestra preocupación sólo dijo: “está fluyendo electricidad, lo demás son burradas”. No lo creíamos así, algo andaba mal. Era como si alguien se sintiera tranquilo al descubrir que un buen día, al tirar una piedra, en lugar de caer, ésta saliera disparada hacia el espacio. Lo que había pasado no era posible porque violaba la más poderosa y persistente ley de la naturaleza: la ley de la entropía. Llevábamos ya 30 minutos desde el inicio, Nahim y yo discutíamos, intentando salvar el fenómeno, tratando de encontrar razones para algo tan anormal. De repente nos quedamos sin energía. En pocos segundos la planta auxiliar comenzó a funcionar, sin embargo, por algún motivo desconocido, las comunicaciones se interrumpieron. Revisamos los monitores: la carga de los condensadores 2, 3, 13 y 21 había subido por arriba del rango

y la computadora los había desconectado, interrumpiendo el flujo en toda la red. La única manera de reactivarlos era *in situ*, pues carecíamos de un sistema de control remoto. Un nuevo elemento se sumaba: ¿porqué había subido el nivel de la carga?, ¿porqué en los condensadores 2, 3, 13 y 21? Todo el funcionamiento de la red dependía de simetrías y esos condensadores se hallaban en nodos relacionados con el eje espiral. Es más, sospechaba que los nodos faltantes en la serie, el 5 y el 8, también registrarían algo anómalo. Estaba por comunicarle eso a Nahim cuando la red auxiliar falló. Sólo las terminales portátiles funcionaban. Miré las cifras: tal como imaginaba, los nodos 5 y 8 registraban sobrecarga. Permanecía absorta ante las pantallas cuando, sin ninguna razón, también las terminales se apagaron. ¿Cómo era eso? ¿las baterías se habían agotado? ¿cómo explicar que ni siquiera se anunciara la falla con la advertencia inevitable del software? Cogimos la herramienta y salimos de inmediato, al abrir la puerta una niebla impenetrable nos recibió. Vaya, todo estaba comenzando a salirse de la norma. ¿Acaso no se esperaban cielos despejados? Yo misma había mirado por la ventana unos minutos antes y sólo vi el cielo azul, inmaculado. Nahim me dijo “creo que nuestra suerte se acabó, ve nomás esa niebla ¿cómo diablos vamos a dar con los condensadores desconectados?” Yo recordaba que el más próximo, el 18, quedaba frente a nosotros, a no más de 100 metros. De hallarlo, sería cosa de seguir los cables hasta alcanzar los condensadores apagados. Confiada por mis caminatas matutinas en la niebla, sin pensarlo eché a andar. Pese a su renuencia inicial, Nahim me siguió. Realmente no se veía nada, una podía extender el brazo y la mano se perdía en la bruma, sin embargo confié en mi capacidad de orientación. Anduve muy despacio, intentando ir siempre en línea recta. Nahim venía detrás, tocándome el hombro para no perderse. El frío era tremendo y la blancura sólida en derredor daba una sensación de irrealidad al ambiente. Yo sólo sentía las irregularidades del piso, caminando a tientas, pues era imposible

verme los pies. Al cabo de unos minutos me di cuenta de que había cometido un error. Una cosa era andar en torno a las instalaciones y otra caminar así, en una niebla tan cerrada, sin posibilidad alguna de orientarse. Eso sólo podía ocurrírsele a una imbécil. Muy a mi pesar tuve que aceptar mi estupidez. Se lo dije a mi compañero, que sólo gruñó un poco para luego contestar: “bueno, creo que mejor nos sentamos aquí y ya”. No nos costó mucho hallar unas rocas donde detenernos a reposar la frustración. Estuvimos en silencio, soportando el frío y la inactividad. Un sutil viento comenzó a soplar, creando turbulencias en el vapor, que giraba en espirales tenues, opuestas, cada vez más extendidas. Quedé fascinada por el modo tan peculiar en el que giraban aquellos remolinos, arrastrando consigo la espesura de la neblina, como en una danza teatral, como en un preludio dramático. ¿Preludio? Preludio de qué. Es curioso pero en aquel momento *sentía* que todo ese ambiente era el escenario de algo misterioso, inquietante. Mis pensamientos me parecieron por completo ilógicos, incluso pueriles. Muy pronto descubriría que entre las diversas capacidades del intelecto humano, la intuición suele superar a la razón.

El primer golpe de intuición lo percibió Nahim. Me dijo: “es curioso, ¿ya te fijaste que la niebla sólo se ha disipado frente a nosotros? Hacia atrás no se ve nada”. Era cierto, el muro blanquecino impedía atisbar ningún detalle de las instalaciones que acabábamos de abandonar. El segundo golpe lo recibió mi nariz. El aroma era distinto. Olía a resina, un olor muy sutil, pero sin duda la fragancia provenía de coníferas. ¿Dónde estaba el bosque? El Roque no se caracteriza por tener vegetación abundante, los bosques se extienden mucho más abajo y jamás había percibido aquel aroma, ni siquiera cuando el viento venía de las cañadas o de la Caldera del Taburiente. Alentados por la curiosidad más que por el propósito de buscar los condensadores comenzamos a caminar. El terreno era un poco distinto. Recordaba un vado y había una zona plana,

recordaba un árbol y había una roca. ¿Estaba tan desorientada? No tenía puntos de referencia para asegurarlo, la niebla parecía haberse diluido en un hemicírculo, como si sólo hubiera un claro semicircular frente a nosotros, de modo que no se podía ver otra cosa que una breve porción de meseta despejada. Nahim, otra vez habló: “Ale, esto no parece aleatorio: la niebla se ha ido en la mitad de la red únicamente. ¿Tienes alguna idea de la razón?”. Permanecí callada, no tenía nada que decir. Preferí caminar hasta el nodo más cercano. No tardamos en dar con él. Sentí algo extraño al acercarme a los cables, era raro, pero no parecían ser los mismos. Nahim también dudó, aunque inmediatamente me dijo que sin duda eran los cables correctos, del calibre específico, del material que habíamos elegido. Como para explicar el nerviosismo de que éramos presa le dije que tal vez, la magnitud del campo electromagnético alrededor de la red estaba alterando nuestro sistema límbico, provocándonos esa mezcla de miedo y extrañeza que desde hacía rato sentíamos. Él estuvo de acuerdo. A partir de ese momento logramos calmarnos y sin más observaciones subjetivas, dirigimos nuestro esfuerzo a buscar los condensadores que habían fallado. En poco tiempo dimos con ellos, los pusimos en línea, listos para ser reactivados desde el complejo generador de energía tectónica. Fue hasta ese momento que dejamos de tener la vista fija en los cables de la red; nos dimos un respiro y miramos en torno. Estábamos a unos metros del condensador 21, cuando Nahim llamó mi atención. “Ale, ¿ya viste allá? ¿qué es eso?”. A un centenar de metros, frente a nosotros, una serie de promontorios rocosos se erguían entre la niebla. ¿Sería una ilusión óptica? Para salir de dudas decidimos verlos de cerca. Al parecer, esas estructuras se alzaban en la frontera de la pared blanquecina que, con remolinos vaporosos, separaba la parte despejada de aquella bruma alba y sin embargo tenebrosa.

Eran unas columnas artificiales, sin duda alguna. Medirían unos cuatro metros de altura cada una. Extendiéndose en un círculo de alrededor de cien metros de diámetro, formaban una explanada que emulaba vagamente a Stonehenge. Sentí un raro escalofrío, como una corriente helada bajando por el canal de mi espalda. Me dio un miedo que paulatinamente se convirtió en pavor. Intentando disimular mis emociones puse el rostro más inexpresivo que pude y busqué con ansia a Nahim. Allí estaba, a mi lado, tan azorado como yo. No pude evitarlo y el impulso de buscar protección me obligó a aferrarme de su brazo. Pude sentir sus músculos tensos, firmes. Por primera vez desde que lo conocía, me daba cuenta de que él era un hombre atractivo, muy varonil. Esos pensamientos me asaltaron con tal fuerza que olvidé el miedo y a cambio experimenté una timidez tan evidente, que no pude evitar soltarme con brusquedad, como si él me hubiera pillado en algún acto vergonzoso. Nada de eso, Nahim fue muy dulce y con suavidad me atrajo hacia sí, acarició mi pelo y dijo “está bien Ale, sí, esto es muy raro, además el frío es mucho más fuerte que hace rato, anda, acércate más, podemos andar juntos”. En otras condiciones yo me habría opuesto a su invitación, pero no sólo era el miedo, una nueva emoción comenzó a filtrarse sutilmente en mí: su abrazo no sólo me daba seguridad, me hacía feliz. ¿Estaría enamorándome? Qué locura. Cómo podía enamorarme así de súbito, sin ningún aviso. Pero yo me conocía bien y esa sensación no me era ajena; en general me daba miedo, por eso trataba de evitar situaciones que me expusieran a su influjo, pero estando allí, con Nahim, me sentía singularmente confiada, a mis anchas. Ese hombre, me daba cuenta, era un *buen hombre*, ¿sería un *hombre auténtico*? La voz grave de Nahim me sacó de pensamientos tan confusos, tan riesgosos, aunque si de intuiciones hablamos, intuía que *algo pasaría* entre él y yo. En un tono muy neutro me dijo: “parece que los tómulos están hechos de toba volcánica. Aquí sólo hay basalto, tuvieron que traer las rocas de mucho más abajo.

Deben ser restos arqueológicos guanches, pero, ¿recuerdas haberlos visto antes?” Bastante turbada, tanto por las emociones que de improviso se habían apoderado de mi voluntad, como por lo extraño del entorno en que estábamos, apenas si pude responder con un movimiento negativo de mi cabeza. Más para recuperar el control que para otra cosa, me separé de Nahim, fingiendo un minucioso interés en descubrir la composición de las rocas.

Aquellos montículos estaban separados entre sí con evidente simetría. Los conté, eran doce. Nahim ya estaba en el centro del círculo que formaban; como yo, también parecía contar las columnas. Su figura solitaria, suavizada por la bruma, tenía un porte misterioso, singularmente bello. Le imaginé un Hierofante, un ser sabio, revestido de alguna cualidad sutil, inexpresable. ¿Qué cualidad sería esa? ¿cómo definirla? De súbito la palabra precisa vino a mi mente: *varonilidad*. El neologismo era exacto: Nahim tenía el aspecto de un hombre, pero su condición sexual no era la de un macho, sino la de un *hombre auténtico*; un potencial que iba mucho más allá de la mera presencia o ausencia de pene y gónadas. Sí, de eso podía estar segura. “Ven aquí Ale –me dijo, con esa voz conocida, ahora llena de nuevos matices- date cuenta donde estoy parado”. La superficie sobre la que permanecía de pie era completamente plana, de una sola pieza y casi a ras de suelo. Una mirada más próxima revelaba su origen y aún más interesante, su forma. Aquella era sin duda una enorme roca volcánica, un basalto de tono algo más claro, trabajado para lograr una superficie muy plana y regular. Lo sorprendente, ya lo dije, era su forma: un pentágono perfecto, algo achatado en sus aristas por la erosión. Desde allí, los doce túmulos evidenciaban un acomodo cuidadoso. Coincidiendo con la punta del pentágono, a unos cincuenta metros se erguía una pareja de columnas muy próximas entre sí. En posición opuesta, en el centro exacto de la base del polígono, otras dos columnas se levantaban de idéntica manera, también a unos cincuenta metros.

Instintivamente volteé a mi izquierda, luego a mi derecha: extendiendo los brazos y trazando una recta imaginaria, un par de túmulos en cada extremo repetían la disposición que ya había visto. Era como si una cruz virtual dividiera la roca pentagonal en cuadrantes simétricos. Mirando en torno podía apreciarse que en el centro de cada cuadrante, una torre de piedras, solitaria y algo más baja, daba al círculo pétreo una apariencia megalítica, ligada con certeza a algún ritual astronómico.

“Mira arriba –gritó Nahim entusiasmado- ¡el disco del sol se ve entre la niebla, allá es el poniente! ¿viste? ¡estos túmulos apuntan hacia los puntos cardinales! ¿Cómo es que algo tan grande, tan importante, jamás lo hubiéramos visto?”. Nahim y yo quedamos absortos, confusos. La niebla se cerraba de nuevo y aquel miedo que hacía poco me había dominado regresó. Apuré a Nahim, le insistí histéricamente: aquello que estábamos viviendo no sólo era extraño, se antojaba absolutamente anormal. Comencé a temblar de pavor, fue imposible controlar un comportamiento tan irracional como raro en mi persona. El propio Nahim estaba desconcertado por mi reacción. Por fortuna su desconcierto no alteró su sobriedad y mucho menos su buen corazón. Con mucha calma me abrazó, conduciéndome fuera de aquel raro coliseo. Aprovechando que aún había suficiente visibilidad, fuimos hasta el condensador número 21, lo activamos, de allí echamos a andar siguiendo los cables. No paramos hasta llegar al condensador 18, pero la densidad de la niebla era tal, que con todo el pesar de mi alma tuve que aceptar la insistencia de Nahim para que esperáramos hasta que fuera posible orientarnos.

Habrán transcurrido unos diez minutos cuando el vapor se adelgazó, girando en aquellos remolinos encontrados que paulatinamente irían disipando la bruma. Apenas dispusimos de la claridad suficiente, aguzamos la vista buscando algún punto de referencia conocido. A lo lejos, la silueta de las instalaciones del complejo de energía

tectónica nos regresó la confianza. Corrimos, no deseábamos que el vaho tenaz volviera a cubrirnos: necesitábamos con urgencia ver algo *normal*.

Dentro del complejo todo parecía estar en orden: el flujo de la red Salam se había restablecido y las cosas parecían dispuestas para que reanudáramos el ensayo. Así lo hicimos. Con las comunicaciones funcionales, informamos de un modo excesivamente neutral que los condensadores habían sido reactivados. De los rarísimos sucesos que habíamos vivido no mencionamos una sola palabra.

Días más tarde, al término de una comida ofrecida por el Consejo de Energía de las Canarias para celebrar nuestro “éxito”, Nahim le comentó con mucha discreción nuestra aventura a un viejo amigo suyo, un hombre ya mayor que poseía una granja apícola cerca de la Caldera del Taburiente.

— Pues mira doctor, yo creo que eso fue obra de Roberto —dijo al tiempo que profería una sonrisa socarrona—. Cosas así pasan en las montañas, sobre todo cuando la niebla baja haciendo remolinos.

— ¿Roberto?

— Sí doctor. ¿Puedo hablarte con franqueza?

— Dime, dime, pero ¿quién es Roberto?

— Pues mira, yo ya se lo había prevenido a Don Luis, pero ¿qué caso iba a hacerme él, tan sabio, tan importante? Soy poca cosa, no sé nada de máquinas, pero conozco bien esos montes y esas cuevas. Por acá nadie se mete a los laberintos

tenebrosos donde ustedes han trabajado: ese es el territorio de Roberto. Yo ya lo imaginaba, que va, estaba seguro. Andar hurgando en las entrañas de los cerros es algo que no iba a gustarle nada a Roberto: el mundo de allá abajo le pertenece por completo.

Aquel hombre guardó un silencio desesperante, se quedó pensativo y no dijo nada más. Miré a Nahim, extrañada. Él parecía satisfecho, pero yo no. Picada por la curiosidad le pregunté a su amigo.

— Dígame por favor, ¿quién es Roberto?

— El diablo doctora Araujo, el diablo.

## *Cuarto Sueño*

Con la atención irremediabilmente fija en el mundo de los hombres, la tigresa contempló la piel del lago. Vio a los volcanes yaciendo su imagen sobre la superficie bruñida y supo que era necesario dirigirse al corazón del Nagual Conejo: un pequeño grupo de islotes en el centro de la planicie líquida. Bordeó las turberas, y como los viejos elefantes, escuchó la voz que la invitaba a fundirse en el Vacío. Mientras caminaba, cierto sonido fue insinuándose, primero muy tenue, al fin profundo, grave, retumbante. De las entrañas del Volcán emanaba aquel rugido. Una fumarola blanquísima comenzó a pintarse en el firmamento, como una nube de tormenta, como un torbellino de vapor. La tierra cedió, abandonó por un momento su fiel tendencia a la inmovilidad, ondulándose, oscilando, haciendo que en el lago se formaran olas que recordaban la inquietud del mar, provocando en los árboles una agitación trémula que les tiraba algunas hojas, asustando a las aves, que ya se elevaban en parvada hacia el cielo. Los extraños animales de patas desgarbadas corrieron en su peculiar posición bípeda. Emitían aquellos sonidos susurrantes, salpicados de toses y siseos. El más anciano de ellos, Guardián del Espíritu de los Mayores, recibió en el mismo centro de su mente un mensaje: la cacería sería difícil, quizás fatal. El habitante de la Piedra había sentido la ira del Valle, el clamor de los Guardianes.

Olvidando que todo está unido, las criaturas bípedas solían alterar lo que permanece. El habitante de la Piedra, a propósito, cambió algo importante: la permanencia del último tigre no sólo en el mundo de los hombres, sino también en otro lugar, la capa donde solía merodear cuando soñaba. Por eso el Volcán protestaba,

advertía a los recién llegados. Pero ellos carecían de memoria, eran incapaces de entender. Imaginaron que aquel Guardián del Valle estaba iracundo, nada más.

Por cierto la ira es una emoción propia de los Recién Llegados, pero hay una fuerza que está en su origen, el motor profundo, más universal, ligado al misterioso mandato de lo existente. Cada cosa, mientras existe, intenta permanecer. Cuando su existencia se ve amenazada, cuando la permanencia queda en riesgo, entonces, la fuerza que intenta mantener la unión se manifiesta. En los hombres muchas emociones se ligan a ella, una es la ira. Pero en la naturaleza aquella expresión se da en formas violentas y sin embargo, absolutamente neutras. No hay emoción en ellas, es imposible. El habitante de la Piedra sintió el impulso de esa fuerza no-humana: en el Volcán había algo que él tradujo como ira.

Por su parte, la tigresa sabía que su muerte estaba próxima. ¿Qué sería de sus cachorros? ¿llegarían a nacer? Si moría ¿quién podría alimentarlos? La muerte, tal vez, abrazaría también a sus pequeños. Sin embargo, su instinto la guiaba con certeza: en los islotes permanecía la esperanza. Nadó con facilidad, tal como lo hacen todos los felinos. Llegó a la orilla de la isla más grande, alcanzó una playa rocosa y merodeó en busca de refugio. Pronto reconoció que un cerrado matorral, bordeado de nopales gigantes, podría permitirle dar a luz. En el lago, vio cómo un cardumen de peces plateados saltaba fuera del agua y sintió la seguridad de que no le faltaría comida. Tal vez, sus crías pudieran nacer, tal vez pudieran salir de ese hermoso y terrible Valle, más fuertes, capaces de valerse por sí mismas, antes de que la muerte inevitable la alcanzara a ella.

En el claro del bosque, los cazadores se reunieron una vez más. ¿Abandonarían la batalla? ¿tendrían que irse de aquel lugar mágico? La más anciana de sus hembras así lo creía. A diferencia del Guardián del Espíritu, ella solía estar más en contacto con la tierra. Mientras aquel viejo conversaba con las imaginaciones que su mente tejía, ella

hablaba con las plantas, con los minúsculos habitantes de los árboles, con las aves y el viento. Conocía su lenguaje; no era el susurro de los hombres, era una lengua silenciosa que exigía atención paciente. Las criaturas no humanas se comunican con signos muy sutiles, como el tenue aroma de la humedad cuando está por llover, o el misterioso tacto del viento cuando cambian las estaciones. Ahora había escuchado el clamor del Volcán, había sentido la inquietud de la tierra. ¿Una advertencia para evitar la muerte de aquella Guerrera de los dientes como sables? ¿una insinuación para que abandonaran el Valle? Pero ella, como la tigresa, era hembra. La opinión de un macho tenía más fuerza, era definitiva. Así que el Guardián de la Piedra, convencido por el Espíritu que resguardaba, decidió qué había de hacerse: la cacería tendría lugar ya, sin piedad, sin dilación.

Cubiertos por los signos mágicos del águila, impregnados con el olor persistente de las hierbas que frotó sobre su piel la anciana, los cazadores se dirigieron al lago. Eran casi invisibles: el aroma de su especie había sido diluido, ahora semejaban una planta; un vegetal en movimiento, temible. Hábiles, sabían leer las huellas, podían reconstruir en su mente la trayectoria seguida por su presa. Muy pronto supieron a donde dirigirse. Se dividieron en dos grupos: rodearían a la Guerrera Digna. El ataque habría de ser terminante, no podían permitirse errores: los colmillos y las garras de su adversario eran mortales.

La tigresa supo que iban por ella. Desde muy lejos los percibió. No fue el olor o el movimiento lo que delataba su presencia, era la perturbación que lograba su miedo, el agitar violento de la sutil trama que lo liga todo.

A su modo, las rarísimas criaturas desgarradas, nadaban casi tan bien como un felino. Su rapidez era menor, pero su habilidad para sumergirse, para girar como una anguila, para detenerse como una rana, les brindaba un rasgo único, inigualable y letal. Así fue que llegaron al borde del islote. Sigilosos, bucearon entre el tular. Reptaron por

el cieno, con una paciencia que sólo un cazador como la tigresa habría sido capaz de igualar. Porque de hecho, con infinita paciencia, la tigresa se arrastró hasta quedar muy cerca de uno de ellos. La guiaba el instinto, una alegría constante capaz de enfocar toda su atención en cada acto. Ella sabía la inminencia de su muerte, pero estaba viva. Todo ser vivo está *siempre* en la inminencia de la muerte, así que no había nada distinto: era como cualquier otro día de caza. La tigresa llevaba días sin comer y el impulso del ayuno era un aliciente que aguzaba sus sentidos: allí, muy cerca, estaba un hombre, allí, muy cerca, estaba su hambre. Sin hacer ruido, con un movimiento suave, su zarpa acarició el rostro de aquella criatura. Le sorprendió la fragilidad de su cuerpo, la delicadeza de esa piel desnuda que se desgarraba tan fácil como una hoja. Antes de que la agonía inyectara fuerza caótica a los miembros de su presa, la leona de los colmillos gigantes cerró su mandíbula sobre el pecho del humano. Éste murió rápido, con tanta calma como si nada hubiese sucedido. Sin embargo, a ella, el sabor de la sangre le despertó tal alegría, que por un momento se distrajo. Se entregó a una sensación muy vieja, en parte entusiasmada por las crías que llevaba dentro, en parte porque era la primera vez que saboreaba aquella carne suave. Se puso a jugar con su presa. La arrojó a un lado y se tiró sobre ella, con las patas le soltó algunos golpecitos, otra vez se hizo a un lado, corrió como alejándose para luego caerle encima, saltando de nuevo. Estaba feliz.

El escándalo no sólo delató su presencia, alarmó a los recién llegados. Los dos grupos se acercaron de prisa, pudieron ver cómo el agua se había teñido de rojo, contemplaron los despojos inertes de su amigo, desgarrado bajo la sombra inmensa de la leona. Casi al mismo tiempo, la tigresa se percató de que estaba rodeada. Supo que muy pronto habría de danzar con la muerte. Rugió con fuerza. Los hombres, aterrorizados, descargaron sus flechas sobre el cuerpo del magnífico animal. Las plumas de águila no

sólo les daban estabilidad, la magia de los ancianos les dispensaba el atributo de la perfecta puntería. Ella sintió cómo se le hundían aquellas cosas. No era dolor, era una especie de presión, un golpe suave que poco a poco se revelaba como emisario de la muerte. Confundida, corrió hacia el matorral. Las flechas le habían herido en un costado, perforándole el hombro, lastimándole una pata, pero ella no se sentía perdida, sabía que aún conservaba toda su fuerza.

Los hombres recuperaron la sobriedad del cazador. Por el momento dejaron solo a su amigo muerto, únicamente lo llevaron a la orilla para evitar que el lago lo reclamara, hundiéndolo para siempre hasta su fondo. Volvieron a separarse. Sabían que la leona había penetrado al matorral: estaba detrás de la vasta nopalera.

Se lamía las heridas. Las flechas se habían quebrado, dejando apenas un trozo de madera saliente abriéndose paso entre la piel. Las crías se le movían en el vientre, tal vez atemorizadas, tal vez conscientes de que tenían que moverse, pues muy pronto la muerte les impediría disfrutar, para siempre, el placer efímero de la voluntad. Los guerreros llegaron hasta su guarida. Ella sentía dolor, un dolor extraño, ajeno, no por su propia vida, sino por el don que quizás nunca llegaran a paladear sus pequeños. Ansioso, lleno de miedo, un cazador del primer grupo lanzó su flecha. No esperó la señal, no actuó como líder que era de su tropa. Simplemente apuntó al vientre de la leona. La flecha penetró profundo, partiendo en dos el cuerpo de varias crías. La muerte reclamó su pago de inmediato. Una emoción profunda invadió a la madre herida: sabía que sus hijos estaban muriendo. Más que dolor, algo parecidísimo a la ira, a esa emoción que los hombres creían tan exclusiva, la dirigió hasta el lugar de donde había salido el proyectil asesino. De un salto cayó sobre el hombre. Con furia le desgarró el vientre, le sacó las entrañas y se fue. No quería ayudarlo con el golpe fatal de su mandíbula: esa criatura debía sufrir, debía morir lentamente, como sus crías. Los demás

cazadores, sin pensarlo, guiados por el pánico, lanzaron sus flechas casi sin apuntar, dirigiéndolas a ciegas hasta el lugar donde el animal se había ido. No esperaron más, mientras corrían hacia el centro del matorral, seguían sacando flechas de la cesta que llevaban a su espalda, lanzándolas casi al azar. La lluvia de proyectiles cayó como una tormenta sobre la leona. Muy pronto se sintió herida de muerte. Algunas de sus crías seguían vivas, pero era irremediable: jamás verían la luz. En un último acto, antes de perder la vida, la tigresa jaló consigo la conciencia de sus cachorros. El Valle, generoso, acogió ese resplandor, fundiéndolo con la materia inerte de las rocas que formaban al islote. La sangre derramada corrió hasta alcanzar las raíces de un nopal, penetró tan hondo que éstas absorbieron toda su humedad. Cuando los cazadores llegaron, el líder del otro grupo, temeroso de que el animal yacente saltara sobre ellos, lanzó torpemente una flecha, pero no dio en el blanco, el proyectil con las plumas de águila hirió al cacto que recién había absorbido la sangre de la leona. Entonces sucedió un prodigio: como una gota bermellón, del cuerpo de la planta salió un fruto, tan rojo como la sangre, tan grande como el corazón.

En el campamento, el Espíritu de la Piedra supo que algo extraño había pasado. Enlazado aún a su ser mineral, se percató de que la tigresa ya vivía en el centro mismo del Nagual Conejo: su conciencia no era de los hombres, como él, ella logró preservarla uniéndose a la tierra. Supo también que los cazadores habían herido al cacto sagrado, al mismísimo Nagual del Águila. Algo habría de suceder, algo espantoso, inconcebible.

Cuando regresaron, todos, sin excepción, eran presa de un ánimo sombrío. El anciano Guardián, intérprete de fantasías, sintió que en el centro de su mente surgía una orden. Dos hombres habían muerto. El primero, víctima justa de la Guerrera Digna, fue el tributo involuntario de los recién llegados al Valle. El segundo, agresor sacrílego de la vida, por matar las crías de la leona preñada, sobre sus descendientes había echado

una carga inmensa. Pero ocurría algo más: el prodigio. Aquel fruto sanguíneo, con la forma de un corazón humano, indicaba que el linaje del hombre que había herido al cacto, tendría también que cargar con una responsabilidad ineludible sobre su simiente. Según el pensamiento del anciano, esos eran signos claros que entrañaban *órdenes*. Los sucesores del asesino de las crías de tigre, honrarían la memoria de la Guerrera Digna convirtiéndose en guerreros: serían los Caballeros Tigre. Los descendientes del agresor del Cacto Sagrado, Nagual del Águila, habrían de honrar la memoria de su animal tutelar: serían los Caballeros Águila. Y todos los demás, los Errantes, nietos de aquellos que se empeñaron en la Gran Cacería, habrían de honrar al Valle, tendrían que ofrendar el fruto máspreciado de su cuerpo: sus corazones. Sólo así limpiarían la afrenta, sólo así serían dignos del poder.

Y mientras los hombres tejían un mundo con las fantasías de aquel anciano, el Valle, unido a la última tigresa de colmillos como lunas crecientes, movido por aquel motor profundo, universal, preparaba algo que los hombres habrían interpretado como venganza. El Volcán detendría su vómito de fuego. No más señales de vida que un tenue penacho de humo. Los recién llegados interpretarían su calma como una señal benigna. Era inevitable que allí se instalaran, era inevitable que en su arrogancia inexperta profanaran el Valle. Los robles desaparecerían, las turberas se retirarían y el hombre llevaría su ingenua soberbia al centro mismo del Nagual Conejo, fundando ciudades, sepultando al lago bajo los escombros de sus huertos flotantes. Pero miles de años después, cuando su simiente se creyera dueña de la tierra, cuando las hembras de las criaturas bípedas, desgarbadas, se llenaran de crías, otro de los Guardianes, el volcán del Águila, reclamaría sus vidas.

Así fue. Una erupción violenta y sin embargo, absolutamente neutra, incluso indiferente. No hubo emoción en ella. Eso habría sido imposible.

— ¿Qué pensaste?

Le preguntó Alejandra al Caminante, que ensimismado, salía de su habitación. El sueño de la dientes de sable le dejó un gusto afligido, que amenazaba con amargarle el ánimo. Pero su razón, intrigada y más fría, logró enfocarse en el otro relato. Había leído aquel pasaje del diario y más que otra cosa se sentía incómodo: la anécdota le sonaba familiar. Recordó una historia de cuando era joven, algo que siempre había creído una leyenda de adolescentes, de esas que solían tejerse en torno a los primeros grupos de rock, como sustitutos modernos y precarios de la mitología.

— Es raro –le dijo a su amiga- aún no entiendo bien cómo esos papeles podrían justificar tu pretensión de no haber puesto las bombas. En cuanto al sueño me pareció muy triste; no es algo que me extrañe, he sentido lo mismo con todos los que has escrito. Pero volviendo a lo que te pasó en La Palma, me sonó a algo que, tal vez, también conozcas.

— ¿Qué cosa?

— ¿Recuerdas a “Il Balleto di Bronzo”?

— No, ¿qué es eso?

— Un grupo de rock italiano, de los setentas, del siglo pasado. Estuvo de moda otra vez cuando resurgió el *neoprogresivo*, hace unos treinta años, justo en las vísperas de la catástrofe.

— ¿Y?

— Sólo hicieron un disco. Se llamaba así, simplemente *Il Balletto di Bronzo*. Aquel acetato tenía cuatro partes: *Introduzione, primo incontro, secondo incontro, terzo incontro*. La letra era enigmática, hablaba de la “verdadera realidad” y demás. La música sonaba casi como Emerson, Lake y Palmer, pero hasta allí las semejanzas con otros intérpretes de rock progresivo. Los pocos que conocían aquella única obra decían que el grupo sólo esperó a que el disco saliera a la venta para suicidarse.

— No entiendo.

— Lo que pasa es que según la leyenda, los de *Il Balletto* compusieron la música luego de una experiencia muy extraña en alguna isla del Atlántico. Allí se internaron a cierta cueva en la cima de una montaña. Al regresar se hallaron en un lugar que los desorientó. Estaban seguros de que la salida era la misma, pero muchas sutilezas les hacían dudar. Los árboles eran diferentes, la disposición de las rocas también, fuera de eso, lo demás parecía idéntico. Al llegar al poblado, sin excepción, todo era *absolutamente* distinto. Según esto, habrían entrado a un “universo paralelo”; por eso su disco tenía aquellos títulos: “incontros”, los encuentros con el mundo alterno. Supuestamente, experimentaron cosas extraordinarias, sobre todo, terribles. Nadie te

decía en qué consistían. Los que presumían de *conocedores*, yo creo que sin saber ni de lo que hablaban, se hacían los misteriosos y como que te insinuaban que todo lo que vieron *allá* se convertiría, a la larga, en causa *necesaria* de aquel único disco. Luego se supone que alguien de aquel universo penetró a este. Como consecuencia de ello los tres músicos se suicidaron. Unos treinta años más tarde, a principios de este siglo, *Il Balletto* dio un concierto en la Ciudad de México. En lugar de echar por tierra la leyenda ese suceso la fortaleció. De los integrantes originales, sólo sobrevivía uno. Decían que él, junto a sus otros compañeros, había soltado el rumor del suicidio para encubrir el hecho de que en verdad, habrían emigrado al otro universo. El sobreviviente retornó a este mundo, reintegrando un nuevo *Il Balletto*, pues tenía una “misión”. Nadie supo cuál sería ésta; hubo quien dijo estar seguro de que el *neoprogresivo* era el fruto de la exitosa misión. En fin, cuando leí lo que escribiste me acordé de la anécdota, porque se supone que ellos también habrían visto una construcción megalítica “al otro lado”. En éste las rocas no existían, pero en aquel sí. Por eso te preguntaba por *Il Balletto*. A lo mejor te inspiraste en ellos.

— Mira Leonardo, si piensas que todo lo inventé, si no me crees, será mejor que te lleve a tu desierto. Anda, trae tus cosas, el autoplano está afuera.

— Ale, por favor. No me entiendes. No estoy diciendo que no te crea, sólo hablo de lo que me evocó lo que escribiste.

— Ah, ¿sí me crees? Entonces porqué dices que me “inspiré” en ellos.

— Fue un decir, vaya, fue una tontería. Mejor quisiera que me contaras qué explicación le dieron a su experiencia en el Roque. No creo que vaya a ser una historia de demonios, ¿o sí?

— Claro que no. Mira, estoy cansada de tus ironías, si no estás convencido mejor te regreso. No hay problema, tienes razón. Esta utopía es sólo mía, bueno, mía y de esos otros que piensan como yo. Trae tu mochila ya.

— Ah pues!, no te voy a rogar si eso quieres. Te creo y punto. Voy por mis cosas.

— ¿De veras?

El caminante no contestó, estaba fastidiado. En cierta forma era un alivio poderse ir, así que se dirigió sin dilación a ordenar papeles, libros y demás. Apenas entraba al cuarto, Alejandra lo detuvo.

— Perdóname. Te contaré qué explicación tiene mi historia. Luego, si quieres, nos vamos al desierto.

— Está bien –el Caminante movió la cabeza, incrédulo, harto de los titubeos y enojos de su amiga. Con un suspiro preguntó- ¿qué pasó?

— Pues en parte tiene cierta relación con la leyendita que me has contado, pero ésta no es ninguna leyenda. Es un hecho, un hecho muy inquietante. Fíjate Leonardo,

hasta cierto punto, la catástrofe fue una bendición. Había algo peor que el tsunami en el plan de Peiró. La tecnología que instalamos, vaya, toda la red de condensadores Salam, de haber proliferado, hubiese creado un Apocalipsis de consecuencias imprevisibles. Y mira que la palabra que estoy usando no es una metáfora cursi, es una descripción precisa.

— Ahora soy yo el que no entiendo.

— Luego de que aquel viejo me habló de “Roberto”, me enteré de que así le llaman al diablo en La Palma. Tal parece que tiene que ver con alguna tradición popular o algo por el estilo. El caso es que con la anécdota me fui enterando de varias cosas muy interesantes. Por ejemplo, que allí, en el Roque, alguna vez hubo un conjunto de rocas muy parecido al que vimos Nahim y yo. De hecho, los arqueólogos llaman a esas estructuras “Tagoror”, y tal como sospechábamos, se ligaban a prácticas muy antiguas en relación a los movimientos de los astros. El problema es que el Tagoror del Roque llevaba más de dos siglos de haber sido destruido. ¿Te das cuenta? Nosotros *vimos* una estructura del pasado. Ni Nahim ni yo insistimos en el tema con otras personas, fuimos discretos y comenzamos a atar cabos. Para empezar, Nahim se puso a revisar el cronómetro de las computadoras el día de los raros sucesos. Todas las terminales reconocían horas similares pero una fecha errónea. La prueba se había hecho un lunes, pero según el registro habría sido un jueves, *tres días después*. Al ver eso examinamos el reloj interno de cada condensador. Comenzando por los que habían fallado, los datos eran rarísimos. Arrancaban en la hora exacta, luego se atrasaban un par de horas, luego se adelantaban, hasta que al fin marcaban el informe de esos *tres días después* de la prueba. Nahim, que antes que nada tenía grandes dotes para la física teórica, se enfrascó

en una serie de cálculos, luego me dijo: “debemos revisar si también hubo alteraciones espaciales”. Al analizar los datos nos percatamos de que todas las variaciones se daban por igual en el tiempo y en el espacio. No sólo había flujos temporales redundantes, algo que Nahim bautizó como “cronomareas”, sino que la topología del propio condensador se distorsionaba. Ante ello era posible que las alteraciones de campo llegaran a tener efectos macroscópicos. De ser así, lo que habíamos vivido era una “esponjización” del espacio-tiempo en el interior de la Red. Ese término lo inventó Nahim, pero aunque suene mal explica bien lo que pasó.

— No te alcanzo a comprender; al menos no comprendo la lógica de lo que dices. Como fantasía suena simpática, pero no le veo ningún sentido racional.

— Nosotros tampoco.

Alejandra intentó explicar todo lo que había pasado en aquellos días confusos que antecedieron la catástrofe. El caminante la escuchó con detenimiento. No juzgó nada. Sintió deseos de escribir. Lo que le estaba platicando su amiga era digno de ser considerado. Fue a su cuarto por papel y lápiz, tomó notas. Después de todo, no se iría tan pronto de aquel refugio. Tal vez Ale tuviera razón.

## *En Cumbre Vieja*

Pese a que los ingenieros habían iluminado profusamente los túneles, el saberse a cientos de metros de la superficie le causaba a Nahim un malestar casi incontrolable. Era como si aquellas leyendas sobre el diablo, o Roberto, le llegaran muy hondo, superando su natural disposición a la sobriedad. Por supuesto que nunca mencionó esa flaqueza a su compañera. Para disimularla intentaba ser despreocupado e incluso bromista. Por su parte, Alejandra se daba cuenta de la incomodidad que las profundidades generaban a Nahim, pero con indulgencia, lo seguía en su farsa, si bien con muy poco entusiasmo. Sin embargo había un punto ciego del que ella no podía percatarse: desde el inexplicable día de la prueba en el Roque de los Muchachos, Nahim también era presa de sueños recurrentes, obsesivos, fuente última de esa aversión por cualquier oscuridad que recordara una catacumba.

— Bueno Ale, ahora sí sabremos si esta madeja de cables y metal sirve para algo —exclamó Nahim, haciendo un esfuerzo por darle un tono casual a sus palabras.

La instalación definitiva de la Red de energía tectónica en Cumbre Vieja estaba por iniciar. El Plan, ahora sí, iba en serio. La pareja se dio a la tarea de montar los Condensadores Salam. Horadaron una pequeña cavidad, de un diámetro no mayor a 10 centímetros y una profundidad equivalente. Esa fue la única acción que les requirió algo de esfuerzo físico, pues de allí en adelante todo sería automático.

— Qué diferencia –dijo Nahim- ahora sí me siento en Europa. ¿Te acuerdas del trabajal que nos costó la prueba en el Roque?

Ale no estaba de acuerdo. Ella había disfrutado mucho la ocasión. Lo que le preocupaba eran los extraños sucesos de aquel día. Al parecer Nahim olvidaba ese detalle, sin embargo, pensó, no tenía mucho caso tocar el tema, en las próximas horas ya sabrían si lo que les había pasado era un fenómeno digno de tomar en cuenta. Intentó contestar en tono superficial y desenvuelto.

— Pues sí, aunque allá disponíamos de una vista bellísima y aquí no tenemos otra cosa que paredes de roca. Tienes razón, esto es mucho más europeo, muy cómodo y completamente aburrido.

Nahim sólo sonrió. Lo que decía Alejandra le regresaba a la realidad: estaban *en el subsuelo*. En efecto, Ale se dio cuenta de que le era muy difícil sonar despreocupada. No deseaba incomodar a su amigo, pero dada su escasa habilidad para la delicadeza creyó mucho mejor hablar de lo inmediato, sin hacer comentarios de ningún tipo.

— Bueno –dijo ella, como si no se hubiera dado cuenta de la expresión inquieta de Nahim- todo está listo, sólo nos falta colocar estos juguetitos en su lugar.

Pusieron en la pequeña abertura al “topo”, un robot equipado con barrenas. Conectaron las mangueras portadoras de lubricante y los conductos extractores de detritos, activaron el servomecanismo y se dedicaron a esperar. En las próximas horas, su única ocupación sería supervisar el desempeño de la pequeña máquina. De cada

mochila extrajeron sus respectivas Unidades de Trabajo: dos sillas plegables, bastante cómodas, equipadas con una ciberpantalla de membrana. La ciberpantalla era una delgadísima lámina rectangular de 30 pulgadas, de polímero flexible, tensada por un bastidor que alojaba los componentes electrónicos de la computadora. El software era muy eficiente, permitía el despliegue de ventanas con botones sensibles al tacto, así como de un stick para manipular los programas gráficos que lo requirieran. Desde ese centro de control, Nahim y Alejandra podían monitorear en tiempo real la labor del “topo”, controlar manualmente su desempeño, comunicarse con la superficie ya fuera al centro de investigaciones en La Palma o a sus propias casas, en Madrid o en México. Por supuesto, en la memoria de la ciberpantalla estaban disponibles los mapas geológicos de las cavernas de la isla así como todo el proyecto detallado sobre la detección y uso de deformaciones espacio-temporales para extraer energía. Pasaron algunas horas de rutina. Mientras Nahim se distraía viendo videos cómicos en una ventana de su pantalla, Alejandra se había colocado los audífonos para escuchar música.

Al final de la jornada, la pareja salió al exterior. Todo había sido bastante fácil. Aquella labor prometía ser aburrida pero nada más. Por varios meses trabajaron en el sistema de cavernas, instalando los “topos”, supervisando su buen funcionamiento, escuchando música y viendo videos cómicos, casi olvidando que todo ese esfuerzo tenía un propósito terrible. Cuando terminaron la instalación de todos los condensadores llegó el momento decisivo. Indujeron una carga, midieron alteraciones y, allí estaba la anomalía de nuevo: cronomareas, esponjización espacio-temporal. Los condensadores, trabajando en serie, inevitablemente generaban esos efectos. Sin embargo, la faena no podía detenerse por ese motivo. Aún faltaba una pieza clave en la estructura de la red de energía tectónica: el sistema de relevo de campo. Era posible que con el sistema

instalado las alteraciones disminuyeran, o por el contrario, se magnificaran de una manera inesperada.

De nuevo bajaron a una de las cavernas más profundas, revisarían el lugar donde podrían iniciar la perforación de la parte más delicada de toda la red: los veinte relevadores de campo. Aquellos instrumentos estarían dispuestos en partes estratégicas, distribuidos en zonas de alta inestabilidad, justo donde el complejo de fracturas profundas de La Palma registraba mayor fragilidad. Supuestamente, los artefactos representaban un mecanismo de prevención que garantizaría no sólo el buen funcionamiento de la red, sino además, un magnífico medio para monitorear cualquier posible movimiento que pudiera provocar deslizamientos de bloques tectónicos: desde simples acomodos de masa hasta actividad volcánica. En realidad, cada relevador de campo iría acompañado de su pareja fatal: una bomba de Plutonio enriquecido.

— Casi hemos terminado –dijo Nahim en un tono sombrío-. A partir del próximo martes pondremos un “topo” en los veinte nodos: uno por relevador. No creo que tengamos problemas, calculo que nos bastará un día para dejar el “topo”, subir, y desde el Centro de Control supervisar la excavación. Son veinte relevadores, así que ocuparemos veinte días.

Alejandra no contestó. Se sentía incómoda. De hecho estaba de pésimo humor. No sabía cómo, pero habría de evitar lo que tenían que hacer. Nahim tampoco parecía a sus anchas.

— ¿Sabes Ale? Ayer, mientras corrías el programa de simulación hablé con Luis.

— ¿Ah, sí? – dijo Alejandra muy molesta-. ¿Cuántas veces te viste con Peiró mientras yo estaba trabajando como tonta? Ya veo que ustedes se entienden bien, no creo que vayas a necesitar me mucho Nahim. Bueno, sí, necesitas *una ayudante* ¿no es cierto? Pero ¿sabes? He estado pensándolo y...

Nahim la interrumpió.

— Ale, Ale, deja que te acabe de contar, por favor. Mira, le expliqué a Luis cómo es que la red causa alteraciones espacio-temporales *extrañas*. Insistí en que no podemos instalar los relevadores así como así, que debemos hacer una prueba de carga...

Ahora fue Alejandra la que interrumpió a Nahim.

— ¿Pruebas?, ¡por favor! Si lo que vamos a hacer es matar gente, ¡de qué pruebas estás hablando!

— Ale, no grites, no sabemos quién o quienes nos escuchen ahora mismo.

— ¡Grito cuando quiero y como quiero! Mira Nahim, yo...

Nahim se acercó bruscamente a ella, le puso la mano izquierda en la boca, a la vez que con la derecha se llevaba un dedo a la suya propia, haciendo un gesto elocuente con las cejas, intentando convencer a Alejandra, con toda esa mímica, para que guardara

silencio. Luego, ya que ella se calmó, comenzó a hablar en un tono neutro, como si nada hubiera pasado.

— Mañana mismo vamos a probar la red con una corriente mayor para medir alteraciones en el continuo espacio-tiempo. Ya sabes –dijo repitiendo aquella mímica facial- hay mucho espionaje industrial y no queremos hacer cosas que, como tú dices bien, podrían ser irresponsables y causar muertes. Habrá muchos obreros cerca en las subestaciones de los nodos Fibonacci –otra vez hizo aquellos gestos, con una exageración desesperada, como advirtiéndole a Alejandra de que no debía decir nada- y si no hacemos la prueba ellos estarían en riesgo cuando el complejo de energía tectónica esté terminado. Sí, comprendo tu nerviosismo. Por eso, mañana mediremos alteraciones espacio-temporales *por encima* de cada nodo Fibonacci.

Aunque buena parte de lo que había dicho Nahim tenía sentido, la mayoría eran disparates. Sin embargo algo sutil se escondía tras aquella perorata. ¿Estaría él tan confundido como ella? ¿Tampoco querría llevar a sus últimas consecuencias la atrocidad ideada por Peiró? Muy pronto, los próximos sucesos contestarían las dudas de Alejandra, por ahora no le quedaba sino confiar en una corazonada, en esa misteriosa calma que le provocaba la simple proximidad de Nahim.

## *Un encuentro con los empresarios*

No había pasado ni media hora desde que Nahim había anunciado a Alejandra sus propósitos, cuando de improviso, Luis Peiró se presentó ante ellos. Lo acompañaban algunos empresarios norteamericanos, el director del Consejo de Energía de Las Canarias y otro personaje, sonriente, impecablemente vestido, con el corte de pelo tan cuidado, que parecía más bien portar un casco.

— Nahim, Alejandra, ¡qué gusto verlos! Miren, déjenme presentarles a Don José María Villafranca, nuestro nuevo Ministro de Seguridad Nacional. Nos hace el honor de acompañarnos junto con el Dr. Juan José Álvarez...

Aquella ceremonia le pareció insoportable a Alejandra. Luis era un camaleón. Se comportaba como un verdadero burócrata, con un servilismo muy convincente, con una inmensa naturalidad para desenvolverse en medio de políticos, empresarios y demás personajes que a ella le repugnaban, que no podía calificar de otra cosa que de sinvergüenzas.

— No les quitaremos su tiempo –continuó Luis, luego de la interminable presentación- pero nuestros benefactores no querían dejar pasar la oportunidad de conocerlos. Además, le debemos a Don José María una extraordinaria concesión que va a aliviarles mucho de la terrible carga de trabajo que han venido desarrollando desde hace meses.

Aquel hombre del casco, comenzó a hablar. Su sonrisa parecía tan inmutable como la rigidez de su pelo. Era un discursito aburrido, como si estuviera frente a las cámaras, elogiando al PET, refiriéndose a una “nueva era de progreso”, calificando a Alejandra y Nahim como “científicos de talla mundial”, etcétera... En síntesis, lo que venía a anunciarles era que la instalación de los nichos para los relevadores de campo ya estaba en marcha, efectuándose con personal autorizado por el Consejo de Energía de Las Canarias. Alejandra y Nahim se vieron un instante, tratando de disimular su preocupación.

— Pero las normas de secrecía industrial, la prueba en los nodos Fibonacci – comenzó a replicar Nahim; de inmediato fue interrumpido por Luis.

— No te preocupes, la prueba se ha realizado ya, de manera automática. En unos minutos ustedes podrán revisar los datos, *nadie más*. Y en cuanto a la perforación de los nichos, el equipo del Consejo sólo realizará el trabajo rudo. No es que sean incapaces de mayor refinamiento, de ninguna manera, pero justamente, como tienes a bien recordarnos, las normas de secrecía industrial hacen que sólo tú y la doctora Araujo instalen personalmente cada relevador; sin embargo, gracias a las gestiones de Don José María, esa labor que a ustedes les tomaría casi un mes, a ellos les llevará apenas un día: son un equipo entero. Así que bueno, ya se dieron cuenta de la excelente noticia: dentro de unas 72 horas a lo sumo, el sistema de relevo de campo estará a punto. Sólo tendrán que armar los artefactos cuanto antes, de manera que si todo marcha en orden, la próxima semana el PET será inaugurado.

Uno de los empresarios norteamericanos habló en inglés, de manera poco delicada.

— El doctor Peiró ha sido un poco demasiado generoso con ustedes –dijo sin alterar su rostro inexpresivo-. Nunca explicaron el porqué de tantos retrasos, ni tampoco el motivo de su silencio. Hemos gastado millones de dólares y luego de casi dos meses de no tener noticias de sus avances, nos acaban pidiendo aún más prórrogas. Quiero hablar claro. El personal que ahora mismo perforará los nichos nos costará mucho. Espero que ahora sí no tengan pretextos. Las pruebas se realizarán a más tardar el próximo fin de semana. Yo y mis inversionistas comenzamos a tener dudas de que todo esto funcione con el nivel de excelencia que nos habían prometido.

El ambiente se tensó. Luis Peiró comenzó a perder la sonrisa. Estaba rubicundo, todos lo miraban. Al fin, sin dejar el tono amable, se dirigió al empresario, en español.

— Neil, déjame recordarte una cosa. Por encima del dinero está la ley. Hasta ahora no hemos violado ni un solo punto del contrato que realizamos con las numerosas empresas involucradas en el PET; tú y tus inversionistas representan el 15% de las acciones, no son mayoritarios y han de someterse a los acuerdos del Consejo. Si te has impacientado es porque somos excelentes. Te habíamos acostumbrado a nuestra eficiencia extrema, de modo que creíste que el ritmo acelerado de los primeros meses continuaría igual. No fue así, sin embargo, permíteme ayudarte a que recuerdes un poco –sacó de su bolsillo una tableta de memoria y la activó, se escuchó la voz del presidente del Consejo - “...las pruebas preliminares del PET comenzarán a más tardar entre el 20 de octubre y el 14 de noviembre” –detuvo el artefacto electrónico y con una sonrisa,

continuó-. Estamos a apenas a finales de julio. Si como parece, todo queda listo para la semana entrante, seguiremos siendo excelentes. Los doctores Salam y Araujo cumplirán con su parte con varios meses de anticipación. Yo creo que merecen un poco de más crédito y desde luego, se han ganado el irrestricto respeto que les tiene el Consejo.

La mayoría del grupo aplaudió. El hombre del casco le dio unas palmaditas al empresario, que permanecía con el rostro tan inmutable como al principio.

— Bueno, no se diga más –exclamó Peiró-. Doctores –dijo dirigiéndose a Alejandra y Nahim- venimos por ustedes para que nos hagan el honor de acompañarnos a cenar. Mañana temprano podrán armar los relevadores en el buque del *Institutum*.

Nahim se excusó por ambos, arguyendo que dadas las nuevas condiciones, tendrían mucho trabajo por hacer. Era cierto. Y fueron tantos los preparativos, que de hecho, ni él ni Alejandra pudieron verse hasta el día siguiente. Los esperaba el barco donde armarían los terribles artefactos.

«No había remedio: la parte más delicada de su misión se realizaría en altamar. El atentado de Osborn puso en riesgo todo el Plan, de modo que luego de mucho pensarlo, Luis decidió que el armado de condensadores y bombas se haría en un lugar a prueba de cualquier inspección súbita: qué mejor que alguno de los barquitos del *Institutum Canarium*. Todo el cuento de el “logro” del ministro de seguridad nacional, encubría el riesgo inminente de ser descubiertos; la astucia de Peiró, a duras penas, había ganado minimizar las intervenciones de la guardia nacional. Sin embargo, Alejandra y Nahim parecían hallarse obligados a llevar hasta sus últimas consecuencias todo el proyecto. ¿Habría alguna posibilidad de conjurar lo inevitable? Tal vez no. Desde el momento de la visita del grupo de inversionistas, les fue imposible gozar de un solo instante de privacidad. Fuera lo que fuera, si algo se les ocurría tendría que ser en altamar, mientras armaban los relevadores.

Era muy temprano cuando se encontraron en el muelle. El yate que estaban por abordar parecía una más de las elegantes naves privadas en las que turistas de mucho dinero se divertían, sin embargo, el símbolo del *Institutum* y la matrícula oficial, le acreditaban como una nave especial de investigaciones, sujeto de inmunidad industrial y tecnológica, es decir: a prueba de fisgones.

El barco salió del puerto impulsado por las silenciosas hélices de sus motores eléctricos, pero en cuanto estuvo a una distancia prudente, activó las turbinas y en muy poco tiempo llegó a un punto seguro, mar adentro. Ale y Nahim se instalaron en el

laboratorio, solos, pues su faena requería del máximo secreto. Se hallaban protegidos por unos trajes de nanofibra de carbono y polímeros a prueba de radiación. De un maletín metálico, a su vez blindado por capas de idéntica manufactura, extrajeron las cápsulas de Plutonio. Eran 20 tubos plateados, de apenas 15 centímetros de longitud y no más de 10 centímetros de diámetro; la mayor parte de su volumen correspondía al aislamiento contra la radiación. Trabajosamente, Ale extrajo la primera caja con 10 tubos, Nahim la segunda. Permanecieron en silencio un rato largo.

— ¿Estás pensando lo mismo que yo? – dijo al fin Nahim, mirando fijamente a Alejandra.

— Si es lo que creo, sí.

— Entonces vamos a hacerlo.

Sin mediar más palabras, simultáneamente, se dirigieron al extractor de desperdicios: un conducto por donde tenían pensado arrojar trajes y mantos antirradiación, con el objeto de no dejar ni una huella de sus actos. La primera en realizar lo que tenían en mente fue Alejandra. Tomó uno a uno los tubos y les fue arrojando al extractor. Lo mismo hizo después Nahim. El Plutonio se hundió poco a poco en el océano. Ningún rastro de su existencia podría conocerse jamás. Después, sin siquiera verse a la cara, regresaron a su mesa de trabajo.

— Ahora sí, vamos a armar los colectores de energía en cada relevador –dijo Ale.

Y procedieron a cumplir su tarea, sin más alteración que la que ya habían producido, de manera definitiva. »

\*\*\*

El Caminante dejó de tomar aquellas notas. Alejandra, por fin, le había contado detalladamente su historia, descubriéndole porqué aseguraba jamás haber puesto las bombas. Que todo fuera verdad no ayudaba ni un ápice a entender lo que había sucedido. Aunque ya sospechaba qué respuesta le iba a dar su amiga, preguntó.

—Entonces ¿cómo es que explotaron unas bombas que jamás fueron instaladas?

— ¿Recuerdas la integral de caminos de Feynman?

— Sí, la trayectoria de una partícula subatómica viajando entre dos puntos no es sino la integral resultante de *todas* las trayectorias posibles, o sea que la partícula viaja por esas otras rutas, aunque el resultado observado siempre coincida con el más probable, dando la falsa impresión de que sólo se recorrió *una* trayectoria. Pero Alejandra, date cuenta, hay un problema colosal que tú conoces perfectamente: eso sólo es válido a nivel cuántico, aparte de que es una mera interpretación. Si lo que me quieres decir es que los artefactos que explotaron *proviene de otra de las posibles trayectorias de la realidad*, vaya, si de lo que me hablas es de la interacción

macroscópica entre universos paralelos, me pides que te crea un absurdo, una verdadera tontería. Es como si quisieras dar crédito a la leyenda de *Il Balleteo di Bronzo*.

— ¿Qué otra explicación me puedes dar entonces?

— No tengo ninguna. Pero eso que dices es imposible.

— ¿Imposible? ¡sucedió! Leo, yo ya estaba en México cuando se desató el Tsunami. Recuerda lo que te dije: Nahim y yo arrojamos al mar todo el Plutonio de los artefactos nucleares. De hecho, los dos estábamos en Guadalajara cuando escuchamos en las noticias lo que había pasado. Para ese momento ya habíamos decidido perdernos de la vida de todos cuantos conocíamos. Por rutas distintas, llegaríamos a Australia: planeábamos instalarnos hasta allá, con nueva documentación, nuevos nombres, nueva vida. ¡Qué ilusos! Fue en el aeropuerto, cuando yo despedía a Nahim, que nos enteramos. Él ya tenía un vuelo rumbo a Caracas, que por supuesto canceló.

— Oye, ¿qué tal si Luis fraguó un plan alternativo dispuesto para entrar en acción si algo fallaba?

— No Leo, por más que le busques bien sabes que eso es imposible. De haber sido el causante, Luis te lo habría presumido muy orgulloso, no tengo que recordarte el tamaño de su ego. Además hay otro dato. Prepárate. El día que instalamos los relevadores llovía muy fuerte. Era una situación delicada pues la red Salam se activaba automáticamente al inducirle una carga. Existían infinidad de sistemas de seguridad para impedirlo, pero hasta ese momento la instalación estaba incompleta y aunque muy

remota, existía la posibilidad de que algún relámpago pusiera en funcionamiento la red. Nosotros permanecíamos en el perímetro de los nodos Fibonacci, ya sabes, esos nodos estuvieron relacionados con los sucesos del Roque. Mientras nos dirigíamos al centro de control, lo que no creíamos posible sucedió: una descarga activó la trama de condensadores. Lo supimos porque de inmediato comenzó a precipitarse humedad en torno nuestro; además porque sentíamos pavor. Otro de los efectos indirectos de los colectores de energía tectónica consiste en estimular el sistema límbico, generando esas oleadas de pánico que tanto temíamos. La niebla no era tan espesa como aquella vez del Roque, pero el girar de los remolinos de vapor no dejaba lugar a dudas: estábamos en medio de una anomalía espacio-temporal. Deja que te lo explique un poco mejor. Según la teoría de Nahim, la estructura “espumosa” del espacio-tiempo a nivel cuántico, por efecto de los condensadores era “amplificada”. Vaya, no es que se amplificara realmente, pero la descripción es elocuente, pues aquella geometría subatómica en el campo espacio-temporal se expresaba macroscópicamente, quizás por algún efecto fractal, una especie de supersimetría caótica, del tipo de la que describiera Quallenberg al referirse a estructuras sociales. En fin, eso es lo que Nahim llamaba “esponjización”. Nosotros estábamos en una de las “burbujas” de la esponja. Decidimos esperar; los relevadores, si funcionaban bien, desconectarían la red cuando la tensión de carga disminuyera. Era poco más del mediodía, pero al cabo de unos minutos se hizo súbitamente de noche. ¿Qué sucedía? ¿Las cronomareas nos llevaban a la noche anterior? ¿a la próxima noche? Yo estaba aterrada y de no ser por Nahim, hubiera hecho locuras. En fin, que a duras penas comenzamos a caminar. Afortunadamente, la niebla se disipó y una luna llena, enorme, nos permitió andar sin titubeos, aunque no pudimos evitar desviarnos de la ruta; nos habíamos alejado bastante del camino, más de diez kilómetros. Tras varias horas dimos con una vereda. Nahim la conocía, por ella

llegamos hasta la cabaña de un amigo suyo. Divisamos las luces de la casita y entramos. Nos recibió aquel hombre, extrañadísimo. Nos preguntó dónde habíamos estado, al fin, nos contó que Luis lo había ido a visitar con algunos guardias, pues estaban buscándonos desde hacía casi un mes. ¿Te das cuenta? Para nosotros apenas pasaron unas horas, pero las alteraciones de la red nos hicieron avanzar *un mes hacia delante*.

—No puede ser.

—Fue, sin duda así fue. Y esas modificaciones del continuo espacio-tiempo tienen efectos muy diversos; ya te hablé de los que provocan en el sistema límbico. Pues resulta que también cambian la naturaleza de los sueños. Leonardo, mis sueños comenzaron desde la primera vez que fuimos a casa de Luis. Los laboratorios de los que ya te había hablado quedaban *cerquísima* del ridículo “centro de operaciones” de Peiró. ¿Sabías que aquella ocasión, cuando estuvimos juntos por primera vez en su casa de la colonia Juárez, en las habitaciones que quedaban al otro lado del patio estaba el equipo de Nahim Salam?

— Sí, ya me habías contado algo, pero eso qué tiene que ver.

— Mucho. Esa primera noche, ni te lo debería recordar, comencé a tener aquellos sueños recurrentes y perfectamente ordenados que tú has incluido en lo que escribes. ¡Pues date cuenta: mi cuarto *estaba encima* de uno de los primeros condensadores Salam que se pusieron a prueba! El subsuelo de toda aquella ala de la casa era un laboratorio y fue en el sótano, debajo de mi habitación, que esa noche se realizó el primer ensayo con ellos. Luego, como ya sabes, a partir del día en que

vivimos los inexplicables fenómenos en el Roque de los Muchachos, Nahim también tuvo sueños recurrentes y obsesivos. Creo que las alteraciones espaciotemporales que provocan tales artefactos induce estados de insólita excitación en la mente; tal vez sea que el subconsciente ingresa a su modo en el vértigo del caos espaciotemporal, teniendo vislumbres de múltiples sucesos en diferentes puntos de espacios y tiempos alternos. Leo, yo no creo que sea una hipótesis descabellada. Hasta hubo un artículo por aquel entonces, del doctor Gossman, donde se demostraba que los impulsos nerviosos, a nivel de los microtúbulos neuronales, están sujetos a las ecuaciones cuánticas de Feynman, ¡imagínate si no iban a interferir los condensadores Salam con un proceso de tal naturaleza!

— Puede ser, pero me suena a ciencia ficción, a meras especulaciones. En cuanto al doctor Gossman, fuera de su misteriosa desaparición, que le dio un halo de genio incomprendido, su fama en el medio científico era, por decir lo menos, controvertida.

— Mira, tú mejor que nadie se ha percatado de esto: hay cosas que no sabemos, es más, que dadas nuestras limitaciones perceptuales, estamos incapacitados para siquiera imaginar. Ve simplemente al mundo en el que ahora vivimos, ¿acaso habrías imaginado que esto iba a suceder? Lo que pasa es que *nuestro mundo*, aquel que ya se extinguió pero del cual vinimos, ese mundo de miseria, nos hizo ingenuos y arrogantes. Leo, acéptalo, de la realidad no sabemos nada. Sin embargo tienes razón. Mi explicación es absurda y de haberse evitado la catástrofe, yo habría acompañado a Gossman en su mala fama. Lo único que te puedo decir, como una especulación desesperada, es que, de algún modo, los Condensadores Salam provocaron que los

efectos cuánticos se amplificaran en su proximidad de una manera ordenada y coherente, hasta afectar estructuras macroscópicas. ¿Cómo? No me lo preguntes, no lo sé. Jamás lo sabremos. Toda nuestra física teórica se apoyaba en instrumentos monstruosos que devoraban cantidades inmensas de información y energía. La máxima fuente de energía de la que disponemos ahora es esta fogata, y en cuanto a la información... mejor ni hablar. Hace años que destruimos nuestra memoria. En todo caso, al menos hay algo que tranquiliza mi conciencia: en aquel otro universo, lo que hicimos Nahim y yo *aquí*, evitó *su* catástrofe. ¿Qué habrá pasado después? ¿en ese mundo alterno vivirán peor que en este? ¿vivirán mejor? Al menos sé una cosa: mi utopía es la promesa de tornar la catástrofe de *este mundo* en una bendición.

Otra vez hubo silencio. La visión del fuego, la danza trémula del plasma en torno a los carbones encendidos, distendió el ánimo del caminante. En un impulso suave, se acercó a Alejandra. La abrazó. Ella se acurrucó contra él. Lo miró con aquellos ojos que lo dejaban tan indefenso. El beso que tanto habían postergado, casi una vida, llegó sin estrépito, con naturalidad. Por fin, el único sueño verdadero de Leonardo Ancira se estaba cumpliendo.

## *Quinto sueño*

Los ríos de lava fluyeron abatiendo las laderas del Cerro del Águila. Avanzaron sin prisa, sin detenerse tampoco, devorando bosques enteros para al fin llegar hasta el lugar considerado por los hombres, orgullosos, su dominio. Primero sucumbieron sus huertos, luego sus casas, ellos mismos, pero sobre todo, sus hijos. Aquellas crías pagaban la deuda que su especie tenía con el Valle. El brujo habitante de la piedra estuvo a punto de hundirse en el flujo ardiente; el anciano guardián pereció bajo la lluvia de cenizas. Pero un joven, Caballero Tigre, recuperó el cofre de madera entre los escombros. El brujo sembró en el centro de la cabeza de aquel muchacho una convicción: debían abandonar el Valle, debían aguardar muy lejos hasta que la ira de los volcanes se quietara.

El peregrinar fue prolongado, al fin, el vuelo de un águila les mostró su nuevo hogar: una isla con siete cuevas. Desde allí aguardarían la señal para regresar. Pasaron muchas generaciones y el habitante de la piedra, con su imaginación, pudo al fin develar el enigma. La tigresa, como el águila, eran semejantes: tenían al sol por signo tutelar. Ellos, los Recién Llegados, habían puesto en riesgo el equilibrio entre el día y la noche. Por eso el Valle los había arrojado de su seno. Pero ahora, él estaba dispuesto a reparar el daño.

Los sacerdotes se reunieron. El Espíritu de los Mayores, el Habitante de la Piedra, inspirando la fantasía del Gran Sacerdote les daba una orden: era necesario ir en peregrinación, marchar en pos de emisarios preparados a ofrecer un sacrificio. Los hombres habían puesto en peligro la permanencia del sol, lo habían debilitado. Por eso

habrían de ayudarlo en su batalla con la noche. Sus corazones, aún latiendo vigorosos, serían arrancados y su sangre, agua de vida, fortalecería al sol.

Se convirtieron en un pueblo de guerreros. Sus batallas no buscaban más gloria que fortalecer al día, que restaurar el equilibrio que sus ancestros habían roto profanando el Valle. Cierta noche, el Gran Sacerdote, Guardián del Espíritu de los Mayores, tuvo un sueño: la serpiente, Nagual de la noche, acechaba al Águila, Nagual del día. Era un augurio, sin duda, ¿pero qué significaba? El Habitante de la Piedra, consultado como oráculo, les dijo que debían regresar al Valle. No a reposar, no a intentar siquiera recuperarlo. Habrían de regresar pues estaba por revelarse una señal. Partieron de inmediato, era inquietante que la noche acechara al día, sin duda tendrían que someterse al destino: estaban dispuestos a afrontarlo.

A su arribo, desde las sierras que bordean el Lago, los Errantes pudieron ver que las orillas del Nagual Conejo estaban habitadas por *otros*. El Volcán que emanaba de su interior un tenue penacho de humo, junto a los demás Guardianes, había permitido que esos *otros* fundaran ciudades, echaran simiente. ¿Sería el preludio de su posterior castigo? Como ellos ¿morirían bajo los escombros y la ceniza? Los Errantes cuidaron no ser vistos. Merodearon los alrededores en espera de una señal, hasta que cierto día, el vuelo de un águila los condujo hasta la orilla del viejo lago. Su aleteo era suave y parecía acompañarlos, llevarlos hasta el mismísimo centro del Nagual Conejo. Allí estaban los islotes que habían profanado sus ancestros, los nopales sagrados, henchidos de aquellos frutos rojos, como corazones. Mientras contemplaban aquello, un prodigio inquietante los alarmó. El sol, de súbito, comenzó a oscurecerse. Un disco negro como la noche lo ocultaba. ¿Sería el augurio cumpliéndose? ¿el acecho de la serpiente, nagual nocturno, triunfaba engullendo al sol? Antes de que la oscuridad fuera total, el Gran Sacerdote invocó al nagual del día. El Águila respondió al llamado; voló alto. Se detuvo

un momento, flotando estática gracias a sus enormes alas batientes, luego bajó en picada hacia el tupido matorral. Los Errantes estaban atentos, algún estruendo evidenciaba la batalla. Por unos momentos todo quedó en tinieblas. Al fin la vieron remontarse victoriosa, algo llevaba en sus garras, un animal retorciéndose. El Águila se posó en el Nopal sagrado a devorar su presa: la Serpiente. El Nagual del Día devorando al Nagual de la Noche: la señal esperada. El Sol recuperó su resplandor y el disco de la noche fue derrotado. El Valle los perdonaba, podían regresar.

Muy lejos de allí, en otro nudo de la red infinita que forman el tiempo y el espacio, los descendientes de los abuelos de sus abuelos, de aquellos que no habían seguido en pos de la Gran Cacería, exploradores de otros horizontes habían marchado hacia el poniente. Jamás cruzaron la planicie de hielo, en cambio llegaron hasta el borde opuesto del mar. Asentados ya en su tierra seca y montañosa, aferrados con su estirpe a la tierra dura, crecían a su manera. Igual que sus primos, cargaban sobre sí una historia de profanaciones. Igual que sus primos, carecían de memoria. Igual que sus primos se sometían a los mundos inventados por la imaginación. En una profunda cueva situada a las afueras de una de sus ciudades, erigida según los viejos por un gigante, yacían los secretos de un poder sin límites: riquezas, oro, sabiduría. El lugar sacro era resguardado por un águila. El ave vigilante, de ojos profundos, desde su reino aéreo rondaba las cañadas, vigilaba el caudaloso río, pero sobre todo, no perdía de vista la cueva mágica. Llamaban Hércules al mítico gigante y Toledo a la orgullosa ciudad.

En otro meandro del tiempo, los Emigrantes se han instalado en el Valle. Su fantasía los ha llevado a confundir la sangre con la luz, la luz con la vida, la vida con el día, el día con el resplandor del sol, el sol con el águila, el águila con el tigre. La guerra es para ellos un tributo, la necesidad desapegada de dar el corazón para proteger al fuego solar. Los *otros* no comprenden su mundo; ellos poseen sus propias fantasías.

Pero el Habitante de la Piedra, encerrado en la avidez de *controlar*, es incapaz de percatarse de la rebeldía latente en aquellos a los que considera sus vasallos. Imagina que su pueblo durará muchos soles, que sobrevivirá al Quinto, que ya está por terminar.

Una playa alterna, en el mismo río de instantes, alberga la historia de los descendientes de los abuelos de sus abuelos. Como sus primos ellos han prosperado, sometiendo a *otros*, en sitios que, con soberbia, consideran *sus tierras*. Pero han acumulado rencores y una guerra amenaza su poder. Su rey, olvidando la tradición, ignorando que detrás de toda leyenda yace el rostro de la verdad, decide profanar la Cueva de Hércules. Necesita los tesoros que ésta guarda, los requiere para pagar mercenarios que le auxilién a calmar la sed provocada por su miedo de que el poder le sea expoliado. A la entrada del oscuro dominio ctónico hay una casa, encerrojada por el mismísimo gigante. Nadie ha violado sus trinquetes, forjados por el propio Hércules. Pero el rey, necio, invade la caverna. Los prodigios se suceden como última advertencia: un par de ídolos de barro hablan con voz profunda “no traspases esta puerta”. Pero el rey es sordo y rompe los fortísimos tablones. Dentro hay un cofre, una voz misteriosa, no humana, lanza su último consejo: “detente, pues si abres estos baúles, la desgracia caerá sobre tu pueblo”. Con arrogancia, el rey descarga la fuerza de su espada sobre la chapa del arcón. Dentro, en lugar de los tesoros, a cambio de las inmensas riquezas, un lienzo dibuja las tribulaciones que le aguardan. La voz no humana sentencia con voz definitiva: “hombres como éstos, portando sus espadas curvas, ceñido el cónico yelmo sobre sus rostros barbados, te someterán a ti y a tu pueblo”.

Entonces, arribando desde *su propio espacio*, a Toledo llega un águila. No está sometida a ningún tirano, no pertenece al mundo de los hombres. Para ella el tiempo es un río que puede remontarse a donde sea, que puede seguirse en el delta infinito de cada

instante, en cualquier dirección. Lleva un fogón encendido en el pico. Cae, pero no es el descenso de un animal herido, es un vuelo vigoroso, lleno de propósito y energía. La Casa Encerrojada recibe el golpe ardiente del ave en su techo. La paja que lo cubre es presa de las nacientes llamas que, animadas por un súbito viento, se levantan ávidas, devorándolo todo. El fuego, como un mar ígneo, reparte su oleaje por la casa, disgregándola, convirtiéndola en escoria y chispas rojizas. Una de ellas se eleva alto, muy alto. Se pierde en el negro del cielo, gira, revolotea presa de los caprichos del viento. Pero antes de disipar el fulgor que la anima desciende de nuevo. Su danza desordenada vibra en el espacio, extraviada, sin rumbo. Al fin regresa al fuego que la hizo nacer, un fuego que es todos los fuegos. Se confunde con el brillo trémulo de las llamas, que como dedos acariciantes ya se posan una y otra vez en la desnudez expuesta de unos pies humanos, desgarrándolos, separándoles de su matriz húmeda para liberar la piel en un vapor siseante. Es el recubrimiento vivo tornándose carne muerta. Es una piel cobriza que ya está mutando, sangrante y negra, que pronto tendrá la apariencia inerte del carbón. Su dueño es un hombre vigoroso y sobrio que soporta el dolor con estoicismo. Su nombre: *Águila que cae*, Cuahutémoc.

Los arrogantes aztecas, creyéndose dueños del Valle, igual que sus feroces primos, desoyeron las advertencias de sus tlacuilos, los videntes que preservaban la tradición. En un lienzo, la imagen de hombres blancos y barbados anunciaba: “personas como éstas someterán a tu pueblo”. Aquel héroe de los pies quemándose era el último rey, descendiente de los linajes fundadores: su padre, un Caballero Águila; su madre, hija de un Caballero Tigre. Con su muerte pagaba la deuda definitiva con el Valle, pero las tribulaciones de aquellos que en adelante se atrevieran a residir en él no terminarían, a menos que se decidieran a abandonarlo. Y esa maldición se extendió a los confines de todo el continente. No sólo los aztecas, todos los *otros* tuvieron que someterse a la

tiranía de los Nuevos Recién Llegados. Muchos murieron, sólo los más hábiles, aquellos que habían aprendido de los animales la conciencia impecable de existir, fueron capaces de aislarse de la tiranía. Con sus guías, hombres capaces de viajar a las capas de los mundos, emigraron a otros lugares. Visitaron bosques donde los tigres de colmillos como lunas crecientes, cazaban igual que antes. Visitaron un Valle donde el Nagual Conejo permanecía intacto, aceptando la esporádica llegada de hombres íntegros, dispuestos a aprender de las aves y los volcanes. Andando por orbes tan ajenos, tan opuestos a los vanos afanes del poder, pudieron aprender la sabiduría de los animales, incorporándola a su frágil naturaleza humana. Fueron millones los que lograron tal hazaña. Pero no todos pudieron alcanzarla. Los que quedaron, perdidos, sin memoria, expoliados hasta de sus creencias, tuvieron que reguardar las migajas de sus mundos como leyendas oscuras, mezcladas con las creencias de los conquistadores. Tuvieron que cultivar el estoicismo.

Porque aquella conquista fue dolorosa. Sus primos barbados padecían el rencor de los subyugados: habían sido siervos, ahora *debían ser amos*. El viejo brujo de la Piedra, sobreviviente de las fauces de un tigre, desafiante de la muerte, capaz de salvarse aún de la furia implacable de los ríos de lava, sucumbió ante las inesperadas fantasías de sus nuevos tiranos. Aquellos hombres, descendientes de los abuelos de sus abuelos, creían que un dios sangrante les confería la gracia no solo de ese Valle, sino de todo el orbe. Quebraron ídolos, destruyeron templos, redujeron a guijarros el cuerpo ancestral de la roca sagrada, disgregando en el vacío la conciencia de *el que contemplaba a las estrellas*.

La nueva ciudad que se erguiría sobre el lago con el tiempo llegaría a ser monstruosa. Sus habitantes, hijos de uniones sin amor, fruto de la acción ciega del poder, se convirtieron en seres tristes, convencidos de que la vida era fatal,

irremediable. Sin conciencia, ayudaron a segar la vida que rodeaba al Valle. Sufrieron haciendo sufrir.

Siglos después, una mujer, descendiente de los pueblos que profanaron el Valle y la Cueva, sueña estas líneas. Intenta transcribirlas con fidelidad, pero incapaz de tal proeza, las convierte en relatos torpes, semejantes a las fantasías insanas de cualquier hombre. Ella vive en un tiempo trémulo, ondulante aunque tiránico. Sus ancestros fundaron la nueva ciudad, un mar de concreto que secó al lago sagrado. Pero un buen día, sueña cómo uno de los hijos de sus hijos, sueña que ella lo sueña. Es el remolino del tiempo mostrando el mañana, un provenir que aún no ha llegado. Aquel muchacho joven es soñado por una mujer madura. Ella se maravilla de la extraña sensación de soportar en la entrepierna aquellas excrescencias cárneas, sometidas irremediablemente a la gravedad. Se siente aliviada también, porque en el pecho, la ausencia de sus senos la ha liberado de un peso que creía tan propio como inevitable. Pero lo que más le extraña de su nueva condición es el espectáculo que contemplan sus ojos: en el sitio donde antes se encontraba la gigantesca ciudad ahora hay un lago. Sus contornos, desde lo alto, delinean el cuerpo de un conejo. Sumergidas bajo sus aguas yacen las estructuras oxidadas de edificios, origen de las esporádicas islas rectangulares que salpican la superficie líquida, como desvencijados e inmóviles Icebergs. Los volcanes son visibles, no hay obstáculos que impidan contemplar su figura proyectándose sobre la superficie lisa, como espejo, del gran lago. La nieve los cubre hasta sus faldas, confundiéndose en las partes bajas con los nacientes bosques, que ya recobran su lugar en aquel Valle antes profanado y ahora, alegremente recuperado por la vida.

Pasaron varias semanas. Dejó de escribir, incluso de leer. Sólo recordaba la sensación desoladora de aquel último sueño escrito por su mujer. Porque ahora, lo creía, Alejandra ya era su mujer y él intentaba ser su cómplice. El Caminante llegó a pensar en ese tiempo que podría compartir con ella no sólo su utopía, sino la vida entera. Incluso guardó todos sus escritos en un baúl que Leo chico le había hecho para tal propósito. Con el mismo entusiasmo con el que antes escribía, puso todo su empeño tratando de comprometerse con Alejandra, puso todas sus fuerzas para que el sentido de vivir se bastara con el amor que había entre los dos. Pero fue inútil. Estaba demasiado viejo, era demasiado escéptico, y la necesidad de que su memoria dejara testimonio era imparable.

Así sentía su alma, pero al mismo tiempo se sabía incapaz de enfrentar ese hecho ante Alejandra. Estaba tan ilusionada, tan feliz de tenerlo junto, como *su compañero*. Sin embargo él no podía ser compañero de nadie: era un solitario, era el Caminante. Intentó ocultar sus emociones cargándose de trabajo, ayudando a Vida, acumulando valor a partir del logro que su corazón había alcanzado con aquella adolescente: trocar el amor sexual en cariño desinteresado, en ternura paternal, en algo tan simple como la generosidad. Fue inútil. Su corazón, precisamente por haberse fortalecido con aquella transparencia, lo impulsaba a ser franco; aunque por otro lado, ese mismo corazón se ablandara apenas entraba en la proximidad de la mujer que amaba, de la amiga de tanto tiempo. No, jamás podría confesarle directamente su convicción de regresar al desierto, de terminar en soledad humilde lo único que creía sensato: sus memorias.

La carga de la confusión era insoportable. Necesitaba desahogar tanto peso. ¿A quién contarle sus pesares? El hijo mayor de Alejandra parecía su mejor candidato. Los Leonardos se entendían muy bien, entre ellos había una confianza poderosa. El Caminante se arriesgó a confesarle sus dudas al muchacho. Aunque éste se sorprendió un poco al principio, Leo chico estuvo de acuerdo cuando le pidió que lo llevara al desierto. “No podría comprometerme con el sueño de tu madre, lo siento” le dijo, y el joven creyó que de no estar tan ligado a su madre, le habría acompañado.

Tramaron un plan: el pretexto debía ser creíble. Tras pensarlo mucho, al fin decidieron llevarlo a cabo. Procuraron un momento en el que Alejandra estuviera presente, para luego, algo lejos de ella aunque no lo suficiente para que no escuchara, representar un diálogo. El Caminante fingió interesarse mucho en los cultivos hidropónicos de Leo chico, luego, habló como al descuido de sus correrías por el desierto. El muchacho le preguntó si había algún arenal rico en micas.

— Sí, claro –dijo fingiendo desinterés, luego agregó-. ¡Ah!: quieres un sustrato donde controlar los nutrientes. ¿Sabes? Conozco una pequeña cuenca donde se ha depositado montmorillonita, ese mineral puede serte útil.

— ¿Me llevarías?

— Si tu mamá no se opone, claro que sí –dijo el Caminante, sintiendo un sordo sentimiento de culpa por su hipocresía.

Alejandra fue tomada por sorpresa. Sabía que salir del refugio era siempre un riesgo, algo que ahora en especial debía evitarse. Sus planes, su utopía, estaban por

consumarse. Lo pensó. Aún les faltaba generar más hidrógeno en la planta hidrolítica para almacenarlo en los tanques auxiliares que habían reparado. Tenían poca agua y el proceso era lento. Sin ese combustible extra jamás llegarían con el autoplano hasta isla Clarión. Leo chico estaba a cargo, ¿valía arriesgarse?

— Má, con suficiente sustrato, en muy poco tiempo podríamos disponer de una sobreproducción de hortalizas como para resolver los problemas que tendremos cuando ellos vengan acá dentro de medio año.

Ciertamente, la próxima reunión con los grupos de Australia, Nueva Zelanda e Isla Clarión, sería en su refugio de la sierra. Pero lo que acababa de decirle su hijo era una excusa más bien pobre: no habría demasiados problemas con la comida, aunque eso sí, cualquier excedente sería bienvenido. Alejandra reflexionó un poco, se decidió y dijo:

— Está bien, pero yo los acompaño.

Antes de que Leo chico replicara algo, el Caminante, más viejo y de mente más tortuosa, intervino.

— Perfecto. A mí me parece excelente que nos acompañes Ale, ya sólo tenemos que hacer los preparativos. Dime Leo, ¿cuánto material vas a necesitar?

Aprovechando que Alejandra estaba de espaldas, le hizo un gesto urgente a Leo, si no entendía, si no improvisaba bien, su plan podría dejar de funcionar.

— Mmm. ¿Me ayudas a calcular cuánto material necesitaré?

— Claro, anda, vamos a ver esos números.

Sin dar tiempo a que Alejandra interviniera los dos se fueron rumbo a los viveros. Allí planearon mejor su escape. Calcularían una carga tal que apenas podrían ir los dos. Así lo hicieron. Alejandra se mostró algo renuente pero al último cedió. Al otro día, muy temprano, el Caminante regresaría a su cueva, dispuesto a emprender una utopía menos ambiciosa que la de su amiga: terminar sus memorias. Parecía que al fin, él se había tornado mucho más escéptico que ella.

La mañana lucía espléndida. El Caminante se despertó tempranísimo, cuidando no toparse con Alejandra; no quería flaquear. De hecho, fue hasta donde Leo chico y lo apuró para que salieran antes de lo acordado. Subieron sus cosas al autoplano y se dispusieron a partir. El Caminante contempló el artefacto: la nave, a su modo, era hermosa. Tal vez el adjetivo fuera exagerado, pero aquellas formas aerodinámicas, su color rojo brillante, su silueta recortada por la luz del sol naciente, tenía algo de belleza. Los asientos eran muy cómodos y el sonido de las máquinas apenas si se escuchaba. Casi había olvidado la sensación de volar en autoplano. Aquellas máquinas eran veloces y extraordinariamente suaves, uno no sentía el movimiento. Se elevaron. Él no pudo hacer otra cosa que disfrutar los placeres de la vista: era fascinante hallarse tan cerca de las nubes. Tal como se lo había dicho Ale, la meseta artificial que les servía de refugio tenía la apariencia de una gran serpiente. La luz amarillenta del amanecer proyectaba la larguísima sombra de los acantilados sobre el valle. El espectáculo era admirable. En poco tiempo salieron de esa parte de la sierra, humedecida por el viento marino que

venía del Golfo. Desde lo alto, el caminante contempló el paisaje de las cañadas. Recordó a los bárbaros que habían intentado matarlo, pero también a la Lola, al Loco, al viejo mara y su llana ternura. Era tal la velocidad del autoplano que no bien acababa de ver el lugar donde los maras tenían sus chozas cuando ya estaba enfrente de la extensa planicie del arenal. Bastaron pocos minutos para llegar hasta el afloramiento calcáreo donde el hijo de Alejandra lo había rescatado. Desde lo alto se veía que muy cerca estaba la Cañada del Pelicano y cruzándola, un extenso izotal. Conforme bajaban el bosque de yucas le pareció singularmente acogedor: sobrio y sin embargo lleno de vida.

— Estamos llegando —le dijo el joven Leonardo.

— Sí.

El Caminante no dijo más, parecía que estaba a punto de convertirse en el Mudo. Leo chico aterrizó muy cerca de la cuevita que le había servido de refugio a su anciano amigo. Apenas bajaron, sin decir palabra, ambos comenzaron a llevar sus pertenencias hasta el fondo de la oquedad. Al fin, el muchacho rompió el silencio.

— Leo, te puedo llevar hasta donde está la cañada, verás que queda muy cerca.

El Mudo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Caminaron en silencio, no más de cinco minutos. Tras un promontorio rocoso, las paredes de la cañadita se hicieron visibles, abajo, un arroyo de agua cristalina desembocaba en una poza no muy grande, pero sobrada como para darse un buen baño y también para abastecerse de agua potable.

— Qué te parece –dijo el muchacho- ¿te das cuenta? Estabas muy cerca de aquí cuando te encontré.

— Sí. Creo que me quedaré un buen rato. Es un lugar ideal: hay agua, al otro lado está el izotal y allí hay comida. Con suerte no tendré que usar la carne seca que me diste. Debe haber muchas tantarrias y otras delicias.

El muchacho le sonrió. Sin más le dijo:

— Voy a ir por el autoplano. Aquí hay agua suficiente para llenar los depósitos de la planta de hidrólisis. Mi mamá se consolará al saber que tendremos bastante hidrógeno para el viaje mucho antes de lo esperado.

El Mudo asintió y levantó la mano para despedirse. Fue bajando hasta la poza, tendría tiempo para darse un buen chapuzón. Al llegar le sorprendió la transparencia del agua. Aquel líquido era purísimo. Con la cuenca de las manos recogió un poco para beber. Tenía un sabor delicioso. También pudo sentir en la boca su tacto helado. Tal vez dejaría para otra ocasión la zambullida. Permaneció inmóvil, mirando el agua correr, disfrutando su murmullo. Los pocos mesquites le daban una apariencia bucólica a la pequeña cañada y el tronco verde y espigado de los ocotillos era un recordatorio de que estaba en medio del desierto. Pasó un rato, al fin, el sonido grave del autoplano se escuchó detrás de él. Vio a la reluciente nave, de un intenso bermellón, descender hasta la orilla opuesta. El muchacho, con agilidad, bajó de un salto y liberó las mangueras que alimentarían a los depósitos. Estaba observándolo cuando de pronto, un sonido seco

estalló muy cerca de sus pies, levantando una leve estela de polvo. Volteó y pudo ver con mucha alarma que un grupo de hombres bajaba apresuradamente por una de las paredes de la cañadita. Gritaban blandiendo una escopeta.

— ¡No se muevan putos! ¡Estéense allí, quietecitos!

Una ola de odio invadió el corazón del Caminante. Se encontraba de nuevo ante otros bárbaros. Sintió ganas de matarlos. Unas ganas imparables, feroces, de hacerlos pedazos. Pero ¿cómo? Vio a Leo chico, asustado, inmóvil. No, no podía permitir que lo dañaran. Le gritó:

— ¡Súbete de inmediato! ¡Anda, vete! ¡Yo sé cómo deshacerme de estos idiotas, anda, no titubees, vete ya!

Escuchó otro disparo, ésta vez muy cerca de su cabeza. Se agachó, protegiéndose detrás de una roca. Oyó cómo, a sus espaldas, el zumbido grave del autoplaneo mutaba a un tono agudo. Leo estaba despegando. El griterío de los bárbaros protestó, exclamando maldiciones, quejidos. Cogió una piedra y se asomó con prudencia. Uno de aquellos hombres le quedaba cerca; con toda su fuerza le arrojó aquel proyectil atinándole en la cabeza. De sus compañeros, el más próximo se agachó a ayudarlo. Mientras eso pasaba, el autoplaneo hacía un giro muy cerrado. En una maniobra peligrosa, Leo chico intentaba golpear a sus atacantes con el cuerpo de la nave. Uno de los hombres, el que tenía la escopeta, cayó al suelo, espantadísimo. Rodó hasta el arroyo, se levantó precariamente y apuntó al autoplaneo, que ya regresaba en vuelo rasante. Un solo disparo bastó para perforar los tanques de Hidrógeno. La

explosión fue tan violenta que el Caminante quedó ensordecido y una luz intensa lo hizo perder el conocimiento. Los fragmentos de la nave destrozaron todo lo que estaba cerca, entre otras cosas, a los bárbaros.

\*\*\*

La tarde estaba muy avanzada cuando despertó. Escuchaba el correr del agua y los cantos de las aves. Pudo ver a un petirrojo posado en la rama de un ocotillo, volando una y otra vez a ras del suelo, atrapando insectos, para luego regresar a la percha vegetal, despreocupado y al parecer, feliz. ¿Acaso un ave podía sentir felicidad? ¿acaso podría sentir tristeza? El Caminante trató de incorporarse, pero un agudísimo dolor le taladró desde la espalda hasta el pecho, provocándole un acceso de tos. Los espasmos lo contorsionaban y de pronto, una congestión acuciante le oprimió la garganta. Sintió que un mar de flemas le inundaba el pecho, ahogándolo, impidiéndole respirar, despertándole una pena intensa que le daba escalofríos. Incorporó un poco la cabeza, en un impulso instintivo para no asfixiarse. La tos fue más fuerte que nunca y culminó en un borborismo viscoso que tuvo que expulsar como si fuera vómito. El ataque cesó. Descansó un poco. Luego contempló los despojos que su cuerpo había arrojado: un esputo rojizo, extendido como pátina sobre las calizas. Aquel color, brillante a la luz del atardecer, le recordó la impecable pintura del autoplano: el mismo bermellón metálico, reluciente. Esa evocación le dolió aún más que el maltrecho cuerpo. Leo chico, ese muchacho, casi su hijo, su amigo, había muerto. ¿Iría a buscar sus despojos? Era muy tarde, la noche llegaría con un frío intenso. No podía permanecer allí. Mañana, si tenía suerte, si su cuerpo se recuperaba, emprendería la búsqueda. Hoy, con pesar, tendría que intentar llegar a su precario refugio. Se levantó y la tos volvió a ahogarlo. La sangre le

brotaba por la boca. Se tocó la espalda húmeda. Se vio las manos: rojas, empapadas. Estaba herido. Al parecer algunos fragmentos de la nave le habían perforado un pulmón. Por eso le costaba tanto respirar. “Tu final está cerca”, le dijo una voz dentro de sí. El Caminante no tuvo nada que argüir en contra; aún así, con las últimas fuerzas que le quedaban, llegó a la cueva, pero antes de poder siquiera entrar, cayó. Todo se convirtió en tinieblas.

---

# ΑΣΩ



El sol sobre los ojos lo agitó: era un brillo opaco, pero su piel sabía bien que ese resplandor tenía mucha intensidad. La vista le fallaba, no quedaba duda. La espalda le dolía; estaba recostado sobre roca sólida, helada. En un contraste feroz, su pecho ardía con el sol y su espalda se entumecía con el frío. Respiraba en jadeos rápidos y breves, por la boca. Cualquier movimiento le causaba tos y lo peor, la tos le extraía unas flemas sanguíneas y quemantes. Tenía que buscar a Leo, tenía que localizar sus despojos al menos. El Caminante se rió, tosió, dejó parte de las entrañas en cada espasmo. ¿Buscar los despojos de Leo? ¡Aquí estaban!: Leonardo Ancira, el despojo sanguinolento. La fiebre le nubló la vista de por sí agotada. ¿Así era la muerte? Se daba cuenta de que estaba ciego: ¿a dónde irían los atardeceres, las nubes quemándose? ¿a dónde la figura austera de sus amigos, los cactus? ¿qué les pasaría a las estrellas? ¿a las constelaciones? Sumido en tinieblas, recordó que hacía no mucho, él ya había dado respuesta a tan acuciantes preguntas: “Pero la luz de aquellos astros, su ser silencioso, permanecerá indiferente, pues para su existencia ningún ojo se hace necesario; mucho menos la razón”. Entusiasmado se imaginó que todos sus escritos podrían llevar un título más o menos así: “Para la luz ningún ojo se hace necesario”. Con acento delicado, la Escritura le comentó al oído: “es una lástima, Leo: ese habría sido un buen encabezado para la primera página de tus memorias. Pero ni modo, yo no creo que vaya a ser posible que las continúes”. El Caminante le replicó con firmeza “sólo tengo que aliviarme, sólo tengo que reposar un poco y seguiré escribiendo, ahora lo sé, más que nunca lo sé, debo

dejar testimonio”. La Musa, enternecida, acarició su pelo y le dijo: “Has cometido muchos errores mi pequeño; ni siquiera me enojé cuando imaginaste tu traición al amar, siendo tan viejo, a Vida, esa niñita. Y de tu amiga Alejandra, mejor ni hablar. Eres descuidado, muy descuidado: inventando, primero que escribías un diario y luego que amabas a alguien, abandonaste mucho tiempo tus memorias, la única tarea que daba sentido a tu existencia. Sí, es una lástima, pues como te decía, no creo que la termines. Hubiera valido la pena, sólo para ti, claro está, pero eso habría sido suficiente”. El Caminante, en su delirio, imaginó que abría los ojos en toda su amplitud, mirando extrañado a la hermosísima diosa. “No, no mi chiquito –le decía ella con gran dulzura– no pongas esa cara, hay algo que debo revelarte. Aún terminando tus memorias, ¿crees que alguien te iba a leer? Mi niño, ¿recuerdas a Coleridge? Él fue uno de mis amantes predilectos. Cuando leyó a Teócrito, otro de mis queridos, una estrofa lo impactó: «cuando llegue el día divino me daré al canto poético». Samuelito no era ingenuo como tú, así que agregó: «*but the tomorrow is yet to come*». Después de eso escribió muy poco. Óyeme bien: desde la época del poeta griego hasta la suya, que va, hasta la que tú mismo viviste, los hombres vegetaron en la ilusión de sus ciudades. Ahora que ya no existen tales monstruos más que en ruinas, la humanidad todavía es incapaz de paladear la vida como cualquier otro animal: *Bruta bonis frúitur præsentis bêstia vitæ*. Pequeño, el día divino está aún por venir. Nadie escuchará tu canto, principalmente, porque no sabes cantar, pero además, porque el mañana aún está por venir”. El Caminante quiso replicar, pero un murmullo intenso le rodeaba. Le pareció el sonsonete coral de una iglesia: «*dum vivit, vivit; cum móritur, móritur*». ¿Qué idioma era ese? ¿latín? Él no sabía latín. Volteó, tosió, sintió vértigo. Multitud de voces le hablaban. El viejo Mara repetía una y otra vez “Mudito, te lo dije pues, debías buscarte una ramita al menos, ¿cómo chingaos vas a apoyarte? estás viejo y cojo”. La Musa, con su voz dulce pero

firme, pronunció su última sentencia: “Leo, chiquito, te vas a morir y no acabaste tu tarea”.

El cielo azul y sin mácula tenía nostalgia de nubes. Tal vez por eso reinaba la calma: la voluntad del viento estaba quieta. Él caminaba despreocupado, alguien podría agregar “sin rumbo”, pero no había “alguien” y la palabra “rumbo” no significaba gran cosa en esos días; sin embargo, aquel muchacho buscaba algo. Ante sus ojos estaban el sol y las piedras, las hojas agudas de las yucas y el color inquieto, volátil, de las aves. Una paz muy mansa le acompañaba en las entrañas, la sonrisa le descubría las encías desdentadas y ya se le había esculpido como un gesto constante en el rostro. La efímera soledad que disfrutaba, comenzaba a convertirse en una amiga fiel. Casi no había ruidos: el silencio se interrumpía apenas por el crujir de los guijarros del camino y por el golpeteo de las ramas secas, agitadas muy de vez en cuando, por ese viento perezoso. En suma, la tarde transcurría con el mismo fluir de otros días, a no ser por la inesperada aparición de aquel objeto. Allá abajo, en el fondo de la cañada, como el trofeo mineral de otros tiempos, yacía un cascarón empolvado y maltrecho. La incipiente sed había dirigido al Loco hasta el lecho del río, pero ahora, ante la súbita visión de aquella cosa, en lugar del deseo de satisfacer al cuerpo, desde los precarios laberintos de su memoria se despertó el recuerdo inútil de otra época, ya inexistente, que sólo conocía de oídas. Una urgencia parecida a la necesidad –guía infalible, faro luminoso durante toda su vida- lo obligaba a mirar de cerca. Bajó por la ladera pedregosa, levantando una nube de polvo blanquecino que lo siguió, como una estela, hasta la mismísima orilla del arroyo. Porque aquel pequeño río no era sino un hilo de agua cristalina que reptaba

como una culebra, desembocando en una pequeña fosa de agua transparente. Llegó al borde y con sus manos en cuenco bebió del agua deliciosa y fría. El Loco levantó la vista: la cosa estaba a unos pasos de él. No era una piedra, ni un tronco, tampoco un animal. Era un objeto de otro tiempo, de otro mundo. Observó la silueta opaca y sintió el deseo de tocar su superficie áspera. Las manos percibieron un tacto terroso, cortante, que le dejaba una pátina parda, casi indeleble, sobre la piel. Se retiró un poco para observar mejor su forma. Era como un gran caparazón metálico de color rojo, aún brillante en algunas partes a pesar de estar muy maltrecho. Sintió una emoción imprecisa subiéndole por el pecho. La imagen del Mudo se le apareció. Recordó el rostro sonriente y cariñoso, contándole cosas de aquel viejo mundo que apenas si podía imaginar. Pensó que de estar con él, aquel objeto le habría encantado. O tal vez no, tal vez lo hubiera hecho sollozar. El Loco sintió entonces como un puño apretando su garganta y se soltó a llorar. Pensar en el Mudo le daba mucha tristeza; siempre le pareció débil, como un pajarito, a pesar de que el Nico y la Lola dijeran que era correoso como un mesquite. A lo mejor por esa debilidad se sentía tan próximo a él. Sí, no quedaba duda, la imagen del Mudo que más le hacía sentirlo cerca era aquella del rostro inflamado por los golpes; la boca rota, sin dientes, tan parecida a la suya. El Loco profirió unos bufidos furiosos: recordaba a los que habían lastimado a su amigo y un fuego le consumía por dentro, obligándolo a soltar golpes al aire. Eso le calmó un poco. Volvió a mirar aquel despojo rojizo. Con trabajos desprendió un tramo del gran cascarón estropeado, cuidando escoger un fragmento que conservara espacios brillantes. Arrojó un poco de agua encima del pedazo metálico, se quitó la camisa y la frotó sobre un hueco que le pareció muy liso. Cuando vio que su rostro se reflejaba en la superficie bermellón, suspiró satisfecho; estaba seguro de que su amigo estaría feliz cuando se lo mostrara. Ya sentía en su cabeza la mano cariñosa del Mudo, agitándole el pelo,

diciéndole “gracias Loquito, eres más listo que muchos que he conocido”. Animado por esa certeza, el Loco reanudó la marcha, seguro de que muy pronto le encontraría. Trepó por la pared de roca, salvó un promontorio y caminó por el piso duro y estéril. En el cielo, muy alto, unos zopilotes volaban en círculos. Imaginó que algún animal muerto estaría allí cerca. A veces, el cadáver de un venado, con su carne secándose al sol del desierto, podía proveer de un bocado no muy bueno, pero cuando menos comestible. Y como el Loco ya sentía los apretujones del hambre en su panza, pensó que no sería mala idea echar un vistazo. Mientras caminaba sobre la roca desnuda, un sonido seco, golpeante, retumbaba al ritmo del viento. Buscó su origen y lo halló en el interior de una grieta. Dentro de la estrecha fisura, un arrugado plástico vibraba de manera curiosa, según el capricho del viento. Se agachó y lo extrajo. Aunque algo quebradizo, aquel plástico era grande, y tal como le había enseñado el Mudo, con él podría llegar a captarse agua. Sí, el Mudo sabía muchas cosas. Así que otra vez, pensando en su amigo, el Loco dobló cuidadosamente su hallazgo, seguro de que podría sumarlo como un regalo más, a los que ya traía consigo. Siguió adelante, dándose cuenta de que los zopilotes giraban en círculos cada vez más próximos al suelo. Casi entusiasmado, el Loco marchó con sigilo; ya buscaba en su bolsa algo de orégano, condimento ideal para un buen trozo de carne seca, manjar capaz de aliviarle un apetito que comenzaba a ser intenso. A pocos metros, dos o tres carroñeras, de plumaje negro y cabeza encarnada, hurgaban entre lo que parecían ser unos desperdicios: huesos, ropa deshecha. El Loco corrió hacia los animales, haciendo tal escándalo, que éstos no tuvieron más remedio que huir volando. Conforme se acercaba, lejos de hallarse ante el cuerpo reseco de un venado, el cuadro que tenía ante los ojos le colmó el corazón de asombro, de recuerdos, de tristeza. Allí, volcada como un pedazo de basura, la osamenta disgregada de un hombre ofrecía sus despojos al desierto. ¿Quién habría sido aquel pobre? Miró de cerca:

una tibia blanca, limpiísima, sólo coronada por los restos secos y renegridos de unos pocos tendones, que todavía mantenían unidos los huesos del pie. Un poco más allá, entre los vestigios de una tela cenicienta, yacía el costillar, como un canasto abierto a la mitad, alojando en su interior una madeja de ramas secas. El Loco metió la mano, agitó aquel enredijo: un pequeño ratoncito salió corriendo directamente hacia un lado, marchando sin titubeos hasta la entrada de una pequeña cueva. Instintivamente, el muchacho persiguió al animalito. Al entrar, el frío contrastaba con el duro calor del desierto. Aunque la oquedad era pequeña, hallar al ratón sería difícil, así que mejor se sentó, recargando la espalda en las rocas heladas. Sus ojos, paulatinamente, fueron acostumbrándose a la oscuridad. El Loco miró al fondo, donde unos bultos persistían amontonados; se arrastró hasta ellos. Una mochila sucia, llena de remiendos, surcada por un collar de botellas de plástico, le permitió comprender de quién era el cadáver que acababa de descubrir. Los ojos se le nublaron, el rostro del Mudo le vino con tanta fuerza a la memoria, que pareció como si lo tuviese enfrente. Gimiendo, dejando escapar de sus encías desdentadas un espasmo tristísimo, el Loco buscó algo más, como esperanzado de que allí, escondido, estuviera su amigo. A un lado de la mochila permanecían los libros, aquellos que había robado del Museo de la Lola, y tendidas del mismo modo que un venado muerto, estaban las hojas abiertas del cuaderno donde el Mudo escribía sus memorias. Cómo le hubiera gustado comprender aquellos signos raros, mágicos, que tenían la fuerza de despertar en quien los entendía visiones silenciosas, risas, llanto y a veces, sabiduría. Pero no, tenía que conformarse con la certeza de un descubrimiento que ya lo preñaba con su semilla amarga, vertiginosa, que le germinaba en el pecho, creciendo, ramificándose y fructificando en un dolor descomunal, infame. No le cabía dentro. Entonces gritó con tal fuerza, profirió el nombre del Mudo con tanta energía, que los oídos le dolieron, pues el eco de su propia

voz resonaba interminable entre las paredes del minúsculo recinto. Un impulso lo sacó de la cueva. La luz intensa del sol le hirió, obligándolo a cerrar los párpados, exprimiéndole con mayor fuerza aquel jugo salado que le brotaba de los ojos. “Mudo, ¿porqué te moriste? ¿porqué me dejaste tan solo?” decía una y otra vez el pobre muchacho. Los zopilotes, indiferentes a su pena, seguían hurgando entre los restos, dando de vez en cuando esos saltitos que los hacía parecer tan torpes. El Loco, enfurecido, les arrojó cuanta piedra quedaba a su alcance. Las enormes aves, agitaron sus alas, levantando el vuelo, girando en círculos cada vez más altos, sin abandonar jamás la escena, sabedoras de que tarde o temprano, aquel raro animal de dos patas tendría que irse, dejándolas disfrutar del sutil aroma que despedía la escasa carne descompuesta del cadáver. El muchacho todavía les tiraba piedras hacia el cielo, y así siguió largo rato, hasta que el cansancio lo contuvo, permitiéndole contemplar de nuevo los huesos dispersos de su amigo. Pero, ¿esos fragmentos blanquecinos eran en verdad su amigo? ¿dónde había quedado la sonrisa suave, el rostro arrugado, la voz escasa con la que el Mudo hablaba? Tembloroso, el loco hizo a un lado la tela grisácea que como una piel delgada cubría la osamenta. Contempló el espectáculo del cráneo, redondo y pulido como una piedra. No, aquel no podía ser el Mudo. Era tan solo un esqueleto. Sí, una armazón inerte, tirada, dispersa, a merced de los caprichos del desierto, de la lluvia y el viento. El Mudo ya no estaba. Eso era todo.

Una paz sorda fue penetrándole las entrañas. La tristeza dejó su pátina acre, pero al fin, el Loco pensó que lo mejor sería regresar con Lola, con el Nico, con su hermano, el Chino. Contempló por última vez al esqueleto y se dio cuenta de que algún día, los huesos se confundirían con el polvo. Pudo percatarse de que su aspecto ahora recuperaba, un poco, la modestia simple de las rocas. Comprendió que la muerte, generosa, le permitiría a aquel cráneo alojar cada vez más vida. No ideas, esperanzas o

sueños, sino esos minúsculos bichitos, que despreocupados, bullían con su movimiento inquieto en el interior de la bóveda ósea. Y al fin, la Tierra, más generosa aún, lo incorporaría a su seno: sin dejar huella, como si nunca hubiera existido.

Versión terminada  
a las 23:15 horas del domingo 27 de mayo de 2007.  
Una noche húmeda, después de la lluvia.  
Versión revisada el martes 27 de junio de 2008,  
Poco después de las 6:30  
Una tarde nublada.  
La Cañada, Querétaro.